
LA CAUTIVA
DEL
CUERVO
MARTA SANTOS MARÍN

LA CAUTIVA DEL CUERVO

Crónicas de Hrafnheim — Libro I

Marta Santos Marín

La Cautiva del Cuervo
Crónicas de Hrafnheim — Libro I

© 2026 Marta Santos Marín

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio sin el permiso previo por escrito de la autora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO: Esta novela contiene escenas de violencia, contenido sexual explícito, cautiverio y trauma. Público adulto.

Primera edición digital: 2026

Capítulo 1

Cenizas

El primer vikingo que intentó sujetarme acabó con mi cuchillo de hueso clavado en el muslo. El segundo me derribó de un golpe en la mandíbula que me hizo ver puntos blancos durante tres respiraciones. El tercero ---el que tenía ojos de tormenta y un cuervo posado en el hombro--- se limitó a mirarme como si yo fuera un problema interesante.

Debería haberle clavado el cuchillo a él también.

No lo hice. Y ese fue mi primer error.

Pero estoy adelantándome. Antes de él vino el fuego.

Llevaba tres meses en aquella aldea de la costa de Jutlandia cuyo nombre ya no importa, porque después de esa mañana dejó de existir. Tres meses duró mi paz. Dormía en el establo de Torsten el herrero, sobre un jergón de paja que olía a caballo y a óxido, y a cambio le curaba las quemaduras de la fragua, le preparaba ungüento de milenrama para la espalda destrozada y le cosía los cortes que se hacía cada vez que bebía demasiado y se peleaba con la puerta. Era un buen arreglo. El mejor que había tenido en dos años de huir.

Esa mañana estaba en la cabaña de Torsten tratándole una quemadura fresca en el antebrazo ---segundo grado, ampolla limpia, nada grave--- cuando oí el cuerno.

No el cuerno de caza que usaban los pescadores para avisar de bancos de arenques. Este era un sonido más largo, más grave, un

mugido que venía del mar y hacía vibrar las paredes de madera. Torsten levantó la cabeza. Tenía la cara gris.

---Drakkars ---dijo.

Una sola palabra y el mundo se partió en dos.

Torsten agarró el martillo de la fragua con la mano buena y salió corriendo. Yo terminé de cubrir la quemadura con un vendaje rápido que no iba a servir de nada si un hacha le encontraba primero, guardé mis instrumentos en la bolsa de cuero que llevaba siempre atada al cuerpo, y corrí hacia la puerta.

Desde el umbral vi las velas.

Cuatro. Cuatro drakkars en línea, con velas a rayas rojas y blancas hinchadas por el viento del oeste, acercándose a la playa con la precisión de un cuchillo entrando en carne. Las proas tenían cabezas de dragón talladas en roble negro, con las fauces abiertas y los ojos vaciados, y de cada barco saltaban hombres al agua antes de que la quilla tocara la arena. Treinta, cuarenta, cincuenta. Armados. Rápidos.

Ya había visto esto antes. La misma escena, la misma pesadilla, solo que la otra vez fue de noche y los barcos no tenían velas rojas sino negras.

Skálholt.

El recuerdo me golpeó en el estómago como un puño. La longhouse de mi padre ardiendo. Los gritos. El olor a pelo quemado y a sangre fresca. La colina donde me quedé de pie, sola, mirando cómo todo lo que había sido yo se convertía en ceniza.

Cerré los ojos. Un segundo. Solo uno. Y cuando los abrí ya no era la niña de la colina: era la mujer que había sobrevivido a eso y a dos años de lo que vino después. Las manos dejaron de temblar. La

cabeza se despejó. Calculé opciones. La playa estaba cortada. El bosque quedaba al norte, detrás de las granjas: demasiado lejos, demasiado abierto. La única salida era el sendero que subía a los acantilados por detrás del establo.

Eché a correr.

No llegué.

La aldea era pequeña y los vikingos eran rápidos. En el tiempo que me costó cruzar la calle de tierra ya habían llegado a las primeras casas. El sonido que hacían era peor que los gritos: un rugido grave, coral, como el de una manada de animales hambrientos, mezclado con el crujido de puertas al reventar y el chirrido del acero contra la madera. Una cabra pasó junto a mí enloquecida, con los ojos en blanco. Un niño lloraba en algún lugar a mi derecha. No paré. Si paraba, moriría. Eso lo sabía con la misma certeza con la que sabía que la digital en dosis alta detiene el corazón y que la corteza de sauce baja la fiebre.

El primer vikingo me encontró en el callejón detrás de la casa de Gudrun la tejedora. Era enorme, pelirrojo, con una barba trenzada que le llegaba al pecho y un hacha en cada mano. Me vio y se rió. Una risa corta, casi amable, como si acabara de ver un gato haciendo algo gracioso. Alargó la mano para agarrarme del brazo.

Le clavé el cuchillo de hueso en la cara interna del muslo, dos dedos por debajo de la ingle. Sabía lo que había ahí: la arteria femoral, la vena safénica. No quería matarlo ---no soy idiota, matar a un raider solo consigue que los demás te maten más deprisa---, pero quería que me soltara y que le doliera lo bastante para no seguirme. La hoja era corta y vieja y no entró profunda, pero acerté

en el músculo y el hombre rugió, más de sorpresa que de dolor, y retrocedió un paso.

Ese paso fue suficiente. Corrí.

El segundo vikingo estaba a la vuelta de la esquina. Joven, rubio, sin barba todavía. Me vio venir con el cuchillo ensangrentado en la mano y los ojos de animal acorralado y no se rió. Me golpeó con el reverso del antebrazo en la mandíbula, un golpe seco y rápido que me lanzó contra la pared de la casa. El mundo se volcó. El suelo se convirtió en techo. Me caí. El cuchillo se me escapó de los dedos.

Cuando la visión volvió ---tres respiraciones, quizá cuatro; conté porque contar mantiene la cabeza funcionando cuando el cuerpo quiere rendirse---, estaba boca arriba en el barro. Me dolía la mandíbula con el latido sordo de una fractura que no era fractura, solo contusión profunda. Sabía la diferencia. El joven rubio me agarró del brazo y me puso de pie como si pesara lo mismo que un saco de grano, que quizá era exactamente lo que yo era para él: carga. Botín.

Me arrastró por la calle. Vi la aldea convertida en un mercado de carnicería. Los vikingos entraban y salían de las casas cargando todo lo que tuviera valor: pieles, herramientas, calderos de hierro, sacos de grano. Las mujeres gritaban. Una anciana estaba sentada en el suelo junto a su puerta abierta, muda, con la mirada fija en algún punto del cielo que yo no podía ver. Un hombre ---Olaf, el pescador, el que tenía una hija de tres años a la que yo le había curado el oído hacía dos semanas--- yacía boca abajo junto al pozo del pueblo. La mancha oscura bajo su cuerpo se extendía despacio, con la pereza de las cosas irremediables.

No apartes la mirada, me dije. No la apartes, porque si la apartas estás admitiendo que esto te puede romper, y tú ya estás rota y sigues de pie, y eso es lo único que tienes.

Me llevaron a la playa. Había otros cautivos: seis mujeres, dos hombres jóvenes, un niño que no dejaba de llamar a su madre. Los pusieron en fila junto a los barcos. A mí me separaron. El joven rubio le dijo algo a otro guerrero señalándome, y aquel guerrero --- un hombre bajo y ancho, con la nariz aplastada y cicatrices de viruela--- me ató las manos con una cuerda que apestaba a salitre y a grasa de foca.

Entonces oí la voz.

---Esa no. Tráedla.

No gritaba. No necesitaba gritar. Era el tipo de voz que funciona como una orden incluso cuando dice cosas normales, el tipo de voz que hace que los hombres se muevan antes de decidir si quieren moverse. Grave, clara, sin prisa.

El de la nariz rota me agarró del codo y me llevó por la playa, entre los restos del saqueo, hasta un grupo de hombres reunidos junto al mayor de los drakkars. Uno de ellos estaba de pie ligeramente apartado del resto, con los brazos cruzados, mirando la aldea arder con la concentración técnica de un artesano evaluando su trabajo.

Lo primero que vi fue el cuervo.

Negro, grande, con el pico cerrado y los ojos como cuentas de azabache, posado en su hombro izquierdo con la inmovilidad de un adorno tallado. Pero no era un adorno: el pájaro me miró, ladó la cabeza y emitió un sonido bajo, gutural, como una pregunta.

Después vi al hombre.

Alto. Ancho de hombros sin la tosquedad de los guerreros que ya había visto, con el tipo de cuerpo que se construye usando, no exhibiendo. Pelo castaño oscuro recogido en la parte alta de la cabeza, rapado a los lados, con trenzas finas entretejidas con cuentas de hueso. Barba corta y recortada con precisión, mandíbula angulosa, nariz torcida ---rota y mal curada, noté con automatismo de sanadora--- que le daba un perfil de halcón. Líneas de kohl negro alrededor de los ojos, al estilo de los nórdicos del oeste, que convertían su mirada en algo difícil de sostener.

Y los ojos. Grises. No el gris suave de la ceniza o de la piedra, sino el gris verdoso que tiene el mar del Norte antes de una tormenta, cuando el agua deja de ser agua y se convierte en amenaza.

Esos ojos me evaluaron. Sin prisa, sin lujuria, sin la crueldad burda del pelirrojo que se había reído. Me miró como se mira un problema que hay que resolver: la postura, las manos atadas, la sangre seca en mi mejilla, el barro en las trenzas, el vestido desgarrado en el hombro. Lo vi recorrer todo eso en tres segundos y archivarlo.

El hombre de la nariz rota habló detrás de mí, en nórdico antiguo:

---Esta le metió un cuchillo a Ulf en la pierna. Bjǫrn dice que antes la encontró en la cabaña del herrero curando una quemadura. Tiene instrumental de sanadora en esa bolsa.

Los ojos grises bajaron a mi bolsa de cuero, la que todavía colgaba de mi cuerpo porque ninguno de esos animales había pensado en quitármela. Luego subieron a mis manos: pequeñas, encallecidas, con restos de ungüento bajo las uñas y una quemadura

vieja de cauterizar en el dorso del pulgar derecho. Manos de sanadora. Manos que contaban una historia que yo no quería que leyera.

Entendía cada palabra de lo que decían. Llevaba años entendiendo nórdico antiguo, desde mucho antes de que huir se convirtiera en mi única habilidad útil: mi madre hablaba una variante del norte que había aprendido de los mercaderes saami, y mi padre era un jarl que cantaba las viejas sagas en la lengua original cuando el hidromiel le soltaba la lengua. Pero entender y revelar que entiendes son cosas distintas, y la distancia entre ambas había salvado mi vida más de una vez.

Así que lo miré con la cara vacía de una mujer que no entiende lo que pasa a su alrededor. Y esperé.

El hombre del cuervo dio un paso hacia mí. Uno solo. Olí cuero curtido, sal de mar, algo metálico que podía ser sangre o podía ser hierro de armas, y debajo de todo eso, muy debajo, algo cálido y resinoso, como madera de pino recién cortada. El cuervo en su hombro me observó con la cabeza ladeada. El hombre me observó con la cabeza recta. Los dos tenían la misma expresión de curiosidad calculadora.

---¿Eres sanadora? ---preguntó.

Lo dijo en nórdico. Yo no respondí.

---¿Eres sanadora? ---repitió, esta vez más despacio, como si hablar con más lentitud fuera a resolver la barrera del idioma. Luego intentó una versión torpe en lengua danesa del sur, que era lo bastante parecida a lo que se hablaba en Jutlandia---: ¿Tú curar gente?

Pude haberme quedado callada. Pude haber agachado la cabeza, haber fingido ser una aldeana más, haberme dejado meter en el barco con el resto de los cautivos y esperar una oportunidad de escapar. Era lo inteligente. Lo seguro.

Pero este hombre había quemado la aldea donde yo dormía. Había matado a Olaf, que tenía una hija de tres años. Y me miraba con esos ojos de mar tormentoso como si yo fuera un recurso que evaluar, un instrumento que sopesar, una herramienta que decidir si vale la pena cargar en el barco.

Así que reuní toda la saliva que tenía en la boca ---no era mucha; el miedo seca la garganta, dato médico que confirmé en mi propio cuerpo--- y le escupí en las botas.

El hombre de la nariz rota me dio un tirón del brazo que me hizo caer de rodillas. Otro guerrero, uno enorme con el pelo rubio hasta la cintura y una sonrisa que no encajaba en esa cara de gigante, dijo algo en tono de broma que hizo reír a los demás. El del cuervo no se rió. No se movió. No reaccionó a la saliva en su bota de cuero como no reaccionaría a una gota de lluvia: mirándola, registrándola, archivándola.

Luego bajó la vista hacia mí. Yo estaba de rodillas en la arena mojada, con las manos atadas y la barbilla en alto, porque si iba a mirarme desde arriba, le iba a devolver la mirada desde abajo. Eso también se lo había enseñado Skálholt: que la dignidad no depende de la postura, sino de los ojos.

Los suyos no tenían crueldad. Eso fue lo que más me desestabilizó. Había esperado encontrar en ellos lo que había visto en los ojos de los hombres de Sigurd aquella noche: satisfacción, hambre, ese brillo húmedo de los depredadores que disfrutan con la

caída de la presa. Pero en el gris verdoso de este hombre solo había cálculo. Y algo más, algo que no supe nombrar: como si me estuviera mirando y viendo otra cosa al mismo tiempo. Algo que yo le recordaba. Algo que le dolía.

Duró un instante. Después la máscara volvió a su sitio y habló con la misma voz de antes, la que hacía que los hombres se movieran sin pensar:

---Llevadla al barco. Con cuidado.

Con cuidado.

Dos palabras. En nórdico no son más expresivas que en cualquier otro idioma: *varúliga*. Pero las dijo mirando al hombre de la nariz rota, y había algo debajo de esas dos palabras que funcionó como la hoja de un cuchillo girando despacio bajo la piel: una advertencia, una línea trazada en la arena, la promesa silenciosa de que si algo le pasaba a la mujer de rodillas, alguien iba a responder por ello.

El de la nariz rota aflojó la mano en mi brazo. Me levantó con una delicadeza que no había mostrado antes.

Me llevaron al drakkar más grande. La proa tenía la cabeza de dragón más elaborada: colmillos de roble, ojos vaciados, una cresta de escamas talladas que bajaba por la roda. El barco olía a brea, a madera mojada, a sudor de remero. Me sentaron junto al mástil, con las manos todavía atadas, y el hombre de la nariz rota me dejó ahí sin decir nada.

Los otros cautivos fueron al segundo barco. Oí llorar a una de las mujeres. El niño ya no llamaba a su madre.

Me quedé mirando la aldea. Desde el agua se veía todo con la claridad impasible de la distancia: el humo de las casas que ardían, las figuras minúsculas de los guerreros cargando botín, el cuerpo de

Olaf junto al pozo, los perros ladrando a nada. Tres meses de mi vida en ese lugar. El jergón en el establo. La quemadura de Torsten a medio curar. La niña del oído infectado que me traía manzanas silvestres como pago.

No te encáriñes con los sitios, me había dicho una vez una vieja curandera saami que me enseñó a usar el musgo para las heridas. *Los sitios se queman. Las personas se mueren. Lo único que no puedes perder es lo que llevas dentro de las manos.*

Cerré los puños dentro de las cuerdas y miré hacia delante, hacia el mar abierto, donde no había nada más que agua gris y un horizonte que no promete nada.

El cuervo llegó antes que su dueño.

Voló desde la playa y aterrizó en la borda del barco, a medio brazo de donde yo estaba sentada. Me miró con la cabeza ladeada. Tenía los ojos negros, sin iris, como dos gotas de tinta fresca. No era un cuervo salvaje: tenía una cinta de cuero fino atada a la pata izquierda, desgastada por el uso, y las plumas del pecho estaban demasiado lisas para un ave que vive sola. Un animal criado por un hombre. Un animal que elige en quién confía.

Ladé la cabeza igual que él, imitándolo sin pensarlo. El pájaro emitió un sonido bajo, casi conversacional, como si le pareciera bien mi respuesta. Luego dio tres pasos por la borda ---tres pasos precisos, deliberados, con la elegancia torpe de las aves grandes en superficies estrechas--- y saltó a mi rodilla.

Pesaba más de lo que esperaba. Tenía las garras tibias a través de la lana del vestido y una forma de acomodarse que sugería que había hecho eso antes: posarse en personas, reclamar rodillas ajenas como territorio propio. Me miró otra vez. Graznó suave.

---Tú también estás atrapado aquí, ¿verdad? ---le dije en voz baja, en el nórdico antiguo de mi madre que no había hablado en años y que me salió de la boca como sale la sangre de una herida recién abierta: caliente, involuntario, imposible de contener.

Una sombra cayó sobre nosotros.

El hombre del cuervo estaba de pie junto al mástil, mirándonos. No sé cuánto tiempo llevaba ahí. No sé cuánto había oído. Su cara no decía nada: la máscara de jarl, la cara de piedra que probablemente había aprendido a ponerse antes de aprender a afeitarse. Pero los ojos grises estaban clavados en el pájaro posado en mi rodilla con una expresión que la máscara no lograba tapar del todo.

Sorpresa. Y debajo de la sorpresa, algo más oscuro y más peligroso que no supe leer.

---Huginn ---dijo, y era una orden.

El cuervo no se movió.

El hombre repitió el nombre. El pájaro giró la cabeza hacia él, emitió un graznido largo y grave que sonaba a insulto, y volvió a mirarme a mí.

El guerrero rubio enorme ---el que había hecho la broma antes--- soltó una carcajada desde la popa.

---Cinco años, Eirik. Cinco años y nunca ha hecho eso con nadie.

Eirik. Así que se llamaba Eirik. Archivé el nombre igual que archivaba síntomas: información útil, posible herramienta, guardar para más tarde.

El tal Eirik no respondió al rubio. Siguió mirándome. O mirándonos: al pájaro y a mí, juntos, una imagen que parecía perturbarlo de una manera que yo todavía no entendía.

Luego se dio la vuelta y se fue a la popa a dar órdenes. Los remeros se pusieron en posición. La vela subió. El drakkar se apartó de la playa con un crujido de madera y un tirón del agua, y la costa de Jutlandia empezó a encogerse detrás de nosotros.

El cuervo se quedó en mi rodilla.

Bien, pensé. *Al menos alguien en este barco tiene la decencia de hacerme compañía.*

Lo que no pensé ---lo que me negué a pensar, con la misma disciplina con la que me negaba a llorar delante de desconocidos--- fue en el hombre que se había ido a la popa. En sus ojos de tormenta. En cómo había dicho *con cuidado* y el mundo había obedecido. En la forma en que me había mirado desde arriba y yo había mirado desde abajo y en ese cruce había pasado algo que mi cabeza de sanadora no sabía clasificar.

No era miedo. El miedo lo conocía bien, tenía textura y sabor y nombre.

Esto era otra cosa. Algo sin nombre que se instaló bajo las costillas, al lado izquierdo, donde late lo que no se puede controlar.

El viento cambió de dirección. La vela se tensó. El drakkar aceleró hacia el norte, hacia un lugar que no conocía, en manos de hombres que me habían arrancado de mi vida por segunda vez.

Acaricié la cabeza del cuervo con los dedos atados y miré el mar.

No lloré.

No iba a darles eso también.

Capítulo 2

El mar entre nosotros

El pájaro no me obedecía.

En cinco años, Huginn había respondido a mi voz como respondía a la carne cruda: con la certeza inmediata de un animal que reconoce a su dueño. Lo había criado desde pollón, con un ala rota que curé mal porque no sabía lo que hacía y un temperamento que curé peor porque se parecía al mío. Cinco años. No había posado sus garras en el hombro de otra persona. Ni una vez. Ni siquiera en el de Signe, que le daba trozos de queso y le hablaba con la voz que se reserva para los niños y los animales tontos.

Y ahora estaba en la rodilla de una cautiva que me había escupido en las botas, y cuando le dije su nombre con la voz que siempre funcionaba, me contestó con un graznido que cualquier nórdico habría traducido como *véte a la mierda*.

Bjǫrn, que disfruta de mis desgracias con la devoción de un hermano de sangre, se había reído desde la popa. Los remeros habían sonreído. Hasta Kveld, que no sonreía ni cuando bebía, había torcido la boca.

Me fui a la popa porque si me quedaba un segundo más mirando a esa mujer con mi cuervo en la rodilla iba a decir algo que no le correspondía decir a un jarl delante de su tripulación.

No sé qué. No sé qué habría dicho. Y eso era el problema.

Los hombres esperaban órdenes. Di las que tocaba dar: formación de navegación, rumbo noroeste siguiendo la costa danesa

hasta el punto de cruce hacia Noruega, primer turno de remo para los veinte de babor, segundo turno cuando el viento cambiara. Cosas que podía decir con la parte del cerebro que funcionaba sin mí, la parte que había sido entrenada por mi padre para gobernar un barco antes de gobernar un clan.

La otra parte ---la parte que no me obedecía, igual que el maldito pájaro--- seguía en la proa, con la mujer.

Se llamaba Sólveig. O al menos eso había dicho un viejo del pueblo antes de que le taparan la boca con el reverso de una mano: *Sólveig, la sanadora, no le hagáis daño, cura a todo el mundo, por los dioses*. Sólveig. Fuerza del sol. Un nombre demasiado luminoso para una mujer con esa cantidad de rabia detrás de los ojos.

Porque lo que yo había visto en esos ojos, cuando me miró desde abajo con la barbilla en alto y las manos atadas y la sangre de alguien más secándose en su mejilla, no era miedo. He visto el miedo en todas sus formas: el miedo que paraliza, el miedo que hace correr, el miedo que vacía los intestinos y convierte a los hombres en animales. Lo he visto en aldeas saqueadas y en campos de batalla y en los ojos de mi padre tres días antes de morir, cuando supo que Sigurd venía a por él y no había suficientes espadas para impedirlo.

Los ojos de esta mujer no tenían miedo. Tenían cálculo. Tenían memoria. Tenían esa precisión helada de alguien que ya ha perdido lo peor que se puede perder y ahora simplemente evalúa los daños.

Conocía esa mirada. La veía cada mañana en el agua del barril cuando me lavaba la cara.

Le había clavado un cuchillo a Ulf en el muslo. A Ulf, que pesaba el doble que ella y llevaba un hacha en cada mano. Le había clavado

un cuchillo de hueso, no de hierro, lo que significaba que era pobre o que viajaba ligera, y había acertado en la cara interna del muslo, a dos dedos de la ingle, lo que significaba que sabía exactamente dónde cortar para hacer daño sin matar. No había apuntado a ciegas. Había elegido el punto. Con la frialdad de alguien que conoce la anatomía por dentro.

Sanadora. Cuchillo. Precisión. No era una curandera de aldea que sabe calentar piedras y rezar a los dioses equivocados. Era algo más.

Y yo la necesitaba.

Había salido de Hrafnheim con cuatro barcos, sesenta guerreros y una lista de lo que necesitábamos para sobrevivir al invierno: grano, hierro, pieles, sal. Todo eso lo tenía. Las bodegas de los drakkars iban llenas, la plata iba repartida en bolsas de cuero entre los hombres, y el botín era suficiente para alimentar al clan durante los meses oscuros.

Pero lo que realmente me había sacado de mi fiordo no era el grano.

Era la tos.

Había empezado en otoño, con los primeros fríos. Dos niños primero, luego cuatro, luego once. Una tos húmeda, profunda, que les arrancaba el aire de los pulmones y les dejaba los labios azules y los ojos hundidos. Thyra, la völva, había probado sus remedios: raíces cocidas, sahumerios de enebro, cantos a Eir, la diosa de la curación. Nada funcionaba. La vieja Astrid, que había sido la curandera del clan desde antes de que yo naciera, había muerto en primavera de una fiebre que tampoco supo curarse a sí misma. Y sin curandera, sin nadie que supiera qué hierbas usar y en qué dosis, Hrafnheim se estaba quedando sin niños.

Seis habían muerto en dos meses. Seis. Tres niñas, dos niños, un bebé que no había llegado a cumplir su primer invierno. Yo mismo había cargado dos de esos cuerpos pequeños hasta la pira funeraria y los había visto arder con la garganta cerrada y los puños apretados mientras sus madres gritaban y los padres miraban al fuego con la cara de los hombres que quieren matar algo y no encuentran qué.

No hay enemigo al que clavarle un hacha cuando el enemigo es la fiebre.

Así que hice lo que un jarl hace cuando su gente se muere y él no tiene respuestas: salí a buscar respuestas en otra parte. En cada puerto del viaje había preguntado por curanderos, sanadores, cualquiera que supiera tratar la tos de los niños. En Hedeby me hablaron de un saami que curaba con hongos, pero había muerto el invierno anterior. En Ribe me vendieron hierbas que no sirvieron para nada. En tres aldeas de la costa danesa encontré curanderas que sabían tanto como yo, es decir, nada.

Y entonces llegamos a la última aldea. Y mis hombres encontraron a una mujer menuda y rubia, en la cabaña de un herrero, curando una quemadura con una técnica que Bjǫrn ---que había visto más heridas que años tiene--- describió como *nada que haya visto antes*. Tenía instrumental propio: cuchillas finas, agujas curvas, un mortero de piedra, tarros de ungüento envueltos en tela encerada. Las herramientas de alguien que se dedica a esto con la seriedad de un artesano, no con la improvisación de un aficionado.

Le había clavado un cuchillo a Ulf en el lugar exacto. Sabía dónde estaban los vasos y dónde estaban los músculos y la diferencia entre herir y matar.

Necesitaba a esta mujer. Mi clan la necesitaba. Los niños que todavía tosían en sus catres la necesitaban.

Y ella me había escupido en las botas.

Me gustó.

No debería haberme gustado. Un jarl no admira la insolencia de una cautiva. Un jarl evalúa recursos, toma decisiones, maximiza ventajas para su clan. Todo lo que hago, cada raid, cada ruta comercial, cada alianza, cada muerte, es por Hrafnheim. Mi padre me enseñó eso antes de enseñarme a sostener una espada: *Tú no eres tuyo, Eirik. Eres del clan. Tu cuerpo, tu sangre, tus decisiones. Todo es del clan. El día que lo olvides, el clan muere contigo.*

Así que la mujer era un recurso. La mejor sanadora que había encontrado en tres semanas de costa. La traía a Hrafnheim porque mis niños se morían y ella podía salvarlos. Eso era todo. Eso tenía que ser todo.

Pero no lo era, y yo lo supe en la playa, cuando me miró de rodillas con esos ojos de hielo y yo vi dentro de ellos algo que no era miedo sino puro desafío, la clase de desafío que un hombre reconoce porque es el mismo que lleva dentro, y pensé ---con la claridad inoportuna de las revelaciones que llegan en el peor momento posible---: *Ah. Esto va a ser un problema.*

El viento cambió a media tarde. Bueno, constante, del sureste: viento de favor que nos ahorraba remo y acortaba el cruce. Ordené izar la vela completa y puse a Kveld en el timón porque era el mejor timonel que tenía y porque necesitaba caminar.

En un drakkar de veinticinco metros no se camina mucho. Se va de popa a proa y de proa a popa entre bancos de remeros que huelen a sudor y cuero mojado, pisando cabos y esquivando sacos

de botín. Pero necesitaba moverme. Necesitaba hacer algo con las piernas y con las manos y con la parte de mi cerebro que no dejaba de pensar en lo que no tenía que pensar.

La vi antes de querer verla. Eso es lo que me dije: que no iba a buscarla, que simplemente caminaba hacia la proa porque el viento era mejor allí. Mentira. La peor clase de mentira, la que uno se cuenta a sí mismo y ni siquiera le sale convincente.

Estaba sentada junto al mástil donde la habían dejado, con las manos atadas en el regazo y la espalda contra la madera. No lloraba. No temblaba. No miraba hacia la costa danesa, que todavía era una línea gris en el horizonte de estribor: miraba hacia delante, hacia el mar abierto, como si ya hubiera aceptado que lo que dejaba atrás no valía la pena mirar.

O como si estuviera acostumbrada a perder lugares.

Huginn seguía con ella. Se había instalado en el cabo que subía al mástil, a la altura de su cabeza, y de vez en cuando bajaba a su hombro o a su rodilla con la familiaridad de un animal que ha decidido que este humano le pertenece. Ella no lo espantaba. Tampoco lo acariciaba. Lo dejaba estar con la tolerancia fatigada de alguien que ha aprendido a aceptar lo que no puede controlar.

Maldito pájaro, pensé. Y después: *Maldito yo, que estoy celoso de un cuervo.*

Me acerqué. No sabía qué iba a hacer. Esto también era nuevo: yo siempre sabía qué iba a hacer. Planifico raids con semanas de antelación, calculo mareas, anticipo movimientos de enemigos, pienso tres jugadas por delante como en el hnefatafl que mi padre me enseñó de niño. No improviso. La improvisación mata.

Me detuve a dos pasos de ella. Desde esa distancia podía ver detalles que la playa no me había dejado registrar: las trenzas que le cruzaban la coronilla, apretadas y precisas, con el tipo de regularidad que habla de práctica diaria, no de vanidad. Pecas doradas en el puente de la nariz, tenues, como polvo de oro esparcido por una mano distraída. Una cicatriz fina en la ceja izquierda, vieja, de al menos diez años, el tipo de cicatriz que dejan las caídas de la infancia o los entrenamientos demasiado serios. Y las manos.

Las manos.

Pequeñas, de dedos cortos, con callos en la base de los pulgares y en las yemas del índice y el corazón: callos de mortero. Una quemadura redonda en el dorso del pulgar derecho, del tamaño de una moneda de plata, lisa y brillante: cauterización. No una quemadura accidental sino una marca de oficio, de alguien que trabaja con hierro caliente sobre carne viva y a veces se quema porque la carne está demasiado cerca de la suya. Uñas cortas, limpias pese al barro del raid, con restos de algo verde bajo la derecha: ungüento, hierba, medicina.

Manos que sabían cosas. Manos que habían tocado heridas y las habían cerrado. Manos que habían sostenido la vida de otros entre los dedos y habían apretado hasta que la vida se quedara.

Para, me dije. *Es un recurso. Manos de recurso. Deja de mirarle las manos.*

Ella levantó la cabeza. Me miró. No con la rabia de la playa: esa se había enfriado y compactado en algo más denso, más peligroso, como el hielo que se forma sobre un lago y parece sólido hasta que pisas y descubres que debajo hay agua negra que te va a tragar.

---Agua ---dijo.

Una palabra. En danés del sur, no en nórdico. *Vatn*, habría dicho si hablara mi lengua. Pero dijo *vand*, que era la forma danesa, y lo dijo con un acento que no encajaba del todo, como si el danés fuera un traje que le quedaba bien pero no era el suyo.

Hice una seña a Kveld. El timonel le pasó un odre de agua. Ella lo cogió con las manos atadas, bebió despacio ---un trago largo, controlado, sin la desesperación de los cautivos que beben como si fuera su último trago, sino con la administración de alguien que sabe que el agua es un recurso y los recursos se dosifican--- y me lo devolvió sin darme las gracias.

Bien. No quería que me diera las gracias. Las gracias de una cautiva a su captor saben a bilis.

---Las cuerdas ---dije, y señalé sus muñecas. Las tenía en carne viva. La soga de salitre sobre piel mojada, combinada con el movimiento del barco, le había arrancado la primera capa de piel en una franja roja que un sanador ---que *ella*, probablemente--- habría catalogado como abrasión de segundo grado.

Saqué el cuchillo del cinturón. Ella no se echó atrás. Ni un centímetro. Me miró el cuchillo, me miró a mí, y en la línea que trazaron sus ojos entre el acero y mi cara leí la pregunta con tanta claridad como si la hubiera dicho en voz alta: *¿Vas a cortarme las cuerdas o la garganta?*

Corté las cuerdas.

Ella se frotó las muñecas. Las examinó con la mirada clínica de una profesional evaluando el daño: giró las manos, flexionó los dedos, comprobó la movilidad de la articulación. Despacio. Sin dolor aparente, o al menos sin dolor que estuviera dispuesta a mostrarme.

---Necesito ungüento para esto ---dijo. En danés, otra vez---. Y un vendaje limpio. La infección entra por las manos.

No pedía. Informaba. Había una diferencia, y ella la manejaba como quien maneja un bisturí: con precisión, sin disculpa.

Le hice una seña a Bjǫrn para que le trajera un trozo de tela limpia. Mi segundo al mando, que medía dos cabezas más que yo y podía partir un escudo con las manos desnudas, cruzó el barco con la delicadeza de un oso intentando no pisar flores y le tendió la tela con una sonrisa que habría resultado encantadora si no viniera de un hombre cubierto de sangre ajena.

---Bjǫrn ---se presentó, señalándose el pecho.

Ella cogió la tela sin mirarlo.

Bjǫrn volvió a mi lado. En voz baja, para que los remeros no oyeran:

---Tiene carácter.

---Le ha clavado un cuchillo a Ulf.

---Ulf se lo merecía. ¿Has visto cómo le cortó las cuerdas y no te ha dado ni las gracias?

---Lo he visto.

---Te ha escupido en las botas.

---También lo he visto, Bjǫrn.

---Y el pájaro\...

---Bjǫrn.

Se calló. Pero la sonrisa no se le fue de la cara en toda la tarde. Bjǫrn tenía la irritante capacidad de ver exactamente lo que yo no quería que viera y la aún más irritante costumbre de no decirlo con palabras sino con esa sonrisa ancha de hombre que sabe algo que tú todavía no quieres saber.

La tarde se fue con el sol. El viento mantuvo el rumbo. Los hombres comieron pan duro y carne seca y bebieron cerveza aguada y cantaron, porque después de un raid exitoso se canta, es lo que se hace, es lo que mi padre hacía y su padre antes que él: canciones de mar y de victoria y de dioses que miran desde el Valhalla y se ríen de los hombres que creen que controlan algo.

Yo no canté. Observé.

Ella había rechazado la comida que le ofrecieron. Tomó agua del odre dos veces más, en tragos medidos. Se vendó las muñecas con la tela que le había dado Bjǫrn, doblando y apretando con una eficiencia de movimientos que no necesitaba espejo ni ayuda. Cuando cayó el sol y el frío del mar abierto se metió entre la ropa, la vi apretar los brazos contra el cuerpo y bajar la barbilla hacia el pecho, y supe que tenía frío y que no iba a pedirme una manta ni aunque se le congelaran los dedos de sanadora que yo necesitaba intactos para mis niños.

Le dije a Kveld que le llevara una piel.

Kveld me miró con su cara de piedra.

---¿Una piel? ¿Para la cautiva?

---Para la sanadora ---corregí---. Si se le congelan las manos, no sirve.

Kveld se encogió de hombros y le llevó la piel. Ella la cogió. No se la puso encima de inmediato: la examinó primero, pasó los dedos por el pelaje, comprobó que no tuviera parásitos. Sanadora hasta en eso. Luego se la echó sobre los hombros y enterró las manos en el pelo de lobo y cerró los ojos.

No me miró. No me buscó con la vista para darme las gracias, ni para desafiarme, ni para nada. Simplemente cerró los ojos y se fue a

algún lugar dentro de su cabeza al que yo no podía seguirla.

Debería haber dejado de mirarla entonces. Un jarl no mira a una cautiva mientras duerme. Un jarl comprueba el rumbo, verifica las guardias, calcula el tiempo de llegada, piensa en la carga y en el reparto y en los muertos que ha dejado atrás y en los que todavía le quedan por delante.

Hice todo eso. Y la miré.

Dormida tenía la cara distinta. La rabia se relajaba y lo que quedaba debajo era más joven y más triste de lo que había parecido en la playa. Las líneas de tensión alrededor de la boca se suavizaban. Las cejas dejaban de estar fruncidas. Y en la curva de los párpados cerrados y en la forma en que las pestañas le descansaban sobre las pecas de los pómulos había algo que me recordó a los niños de Hrafnheim cuando por fin la tos los dejaba dormir: ese agotamiento que va más allá del cansancio, que es el cuerpo diciendo *basta, basta, déjame descansar aunque sea un rato*.

¿Cuánto tiempo llevaba huyendo? Porque eso era lo que leía en ella, ahora que la rabia no me distraía: huida. No era una aldeana de Jutlandia. Las aldeanas no llevan instrumental de cirujano en una bolsa de cuero atada al cuerpo como si fuera lo único que les queda. Las aldeanas no saben dónde está la arteria femoral. Las aldeanas no hablan danés con acento de otro sitio.

¿De dónde vienes?, pensé. ¿Qué estás huyendo? ¿Qué te hizo alguien para que mires a los hombres armados con los ojos de una persona que ya ha visto lo peor?

Preguntas que no tenía derecho a hacer. Preguntas que no importaban. Lo único que importaba era que supiera curar la tos de

mis niños, que Hrafnheim tuviera una sanadora, que el clan sobreviviera al invierno.

Lo único que importaba.

Mentiroso, dijo una voz dentro de mí que se parecía demasiado a la de mi madre. *Mentiroso, hijo mío. Mientes igual que tu padre.*

El recuerdo me golpeó sin aviso, como siempre. Mi madre. Ása. La mujer que sabía leer las runas y había predicho tres inviernos duros con una precisión que aterraba a los guerreros más duros del clan. La mujer que me cantaba en nórdico antiguo hasta que me dormía, con una voz grave que no se parecía a ninguna otra voz del mundo. La mujer que el clan desterró por bruja y mi padre dejó ir porque defenderla habría costado su posición de jarl, y la posición era más importante que la esposa, y el clan era más importante que el amor, y todas esas razones que suenan sensatas cuando las dice un hombre poderoso y suenan a cobardía cuando las recuerda su hijo veinte años después.

Mi madre murió sola, en una cabaña del bosque, un invierno que ella misma había predicho que sería el más frío en diez años. Tenía razón. Siempre la tenía.

Mi padre no fue a buscarla. Yo tenía doce años y no podía ir solo. Para cuando la primavera abrió los caminos y pude escaparme del clan, lo único que encontré en la cabaña fue un cuerpo que la nieve había conservado con una misericordia obscena, como si quisiera que la viera exactamente como había muerto: acurrucada junto a un fuego apagado, con las manos sobre el vientre y la cara vuelta hacia la puerta.

Esperando a que alguien viniera.

Nadie vino.

Tenía doce años. La enterré solo, con las manos desnudas porque no había llevado pala, cavando en la tierra helada que me arrancó las uñas y me dejó los dedos en carne viva. Tardé todo el día. Cuando terminé no recé a Odín ni a Freyja ni a ninguno de los dioses que se suponía que debían proteger a los suyos, porque si proteger significaba esto, prefería no creer en nada.

Le puse una piedra encima. Sin runas, sin nombre. No porque no lo mereciera, sino porque no sabía tallar y no iba a pedirle a nadie del clan que lo hiciera. Era mío. Mi madre. Mi dolor. Mi piedra.

Volví a Hrafnheim y no hablé del tema. Nunca. Con nadie excepto Bjǫrn, y con Bjǫrn solo porque me encontró a la vuelta, con las manos ensangrentadas y la cara seca, y no me preguntó qué había pasado: solo me lavó las manos en el arroyo y me llevó a su casa y me dio de comer y se sentó a mi lado sin decir nada hasta que se hizo de noche.

Y ahora, dieciséis años después, estaba en un drakkar mirando dormir a una mujer que sabía curar con las manos igual que mi madre sabía curar con las runas, y la voz de Ása me decía *mentiroso* desde un lugar dentro de mi cráneo donde la había enterrado junto con todo lo demás.

No es lo mismo, le respondí a la voz. *Ella es un recurso. Es para el clan. Es para los niños.*

Sigue mintiéndote, dijo mi madre muerta. *Pero mírale las manos otra vez y dime que solo ves un recurso.*

Me aparté de la proa. Volví a la popa. Me senté junto al timón, con la espalda contra la borda y los ojos fijos en el cielo nocturno del norte, donde las estrellas brillaban con la indiferencia exacta que yo necesitaba: frías, distantes, incapaces de juzgar.

A las estrellas no les importaban mis mentiras. El mar tampoco. El viento soplaba donde soplaba.

Y a veinte pasos de distancia, envuelta en una piel de lobo que yo le había dado por razones prácticas y absolutamente nada más, una mujer cuyo nombre significaba *fuerza del sol* dormía con un cuervo velando su sueño.

Mi cuervo.

Me quedé mirando las estrellas hasta que los ojos me ardieron del frío y de no parpadear.

No dormí.

Y cuando el amanecer rompió el horizonte como una herida lenta, gris primero y luego roja, como todas las cosas que empiezan con gris y terminan en sangre, lo primero que hice fue buscarla con la mirada.

Estaba despierta. Sentada exactamente donde la había dejado, con la piel de lobo sobre los hombros y a Huginn en la rodilla, mirando el amanecer con la cara lavada por la luz nueva. El viento le había soltado mechones de las trenzas y le cruzaban la cara como hilos de oro sobre hielo.

Y me estaba mirando.

No sé cuánto tiempo llevaba haciéndolo. No sé qué vio en mi cara ---la máscara debía de estar en su sitio; siempre está en su sitio; llevo dieciséis años poniéndomela cada mañana como otros se ponen la túnica---. Pero ella me miró y yo la miré y entre los veinte pasos de cubierta y cuerdas y hombres dormidos que nos separaban hubo algo que no era odio y no era deseo y no era reconocimiento pero que se parecía a los tres como una herida se parece a la cicatriz que va a dejar.

Ella apartó la vista primero. Bajó los ojos hacia Huginn, le acarició la cabeza con un dedo, y dijo algo al pájaro que no pude oír por encima del viento.

Al norte, una línea oscura empezó a dibujarse en el horizonte. La costa noruega. Hrafnheim estaba a medio día de navegación.

Medio día. Y después la llevaría a mi clan, a mi fiordo, a mi tierra. Le daría un lugar para trabajar. Le daría instrumentos y hierbas y todo lo que necesitara para salvar a los niños que se me estaban muriendo. Y ella me odiaría por haberla traído en cadenas y yo aceptaría ese odio como el precio justo de lo que había hecho, y el clan sobreviviría, y eso sería todo.

Eso tenía que ser todo.

Huginn alzó el vuelo desde su rodilla, cruzó el barco en tres aleteos y aterrizó en mi hombro. Me clavó las garras a través del cuero de la túnica, giró la cabeza hacia la mujer de la proa y emitió un graznido largo, insistente, el sonido que hacía cuando quería que yo prestara atención a algo.

Ya lo sé, pensé. *Créeme, maldito pájaro. Ya lo sé.*

La costa se acercaba. El fiordo esperaba. Y en algún lugar entre la proa y la popa de mi propio barco, entre una mujer que no quería estar allí y un hombre que no podía dejar de mirarla, algo había empezado que no iba a poder parar.

Lo sabía como sabía leer el mar: no porque alguien me lo hubiera enseñado, sino porque lo llevaba en la sangre.

Y la sangre no miente. Aunque su dueño lo intente.

Capítulo 3

Hrafnheim

El fiordo se abrió como una herida en la costa.

Así lo vi la primera vez: una hendidura larga y estrecha entre paredes de roca gris, con el agua tan quieta que parecía metal fundido, y a lo largo de las laderas, donde la piedra se rendía a la tierra, casas. Pequeñas desde la distancia. Techos de turba verde que se confundían con la hierba de la colina, como si hubieran crecido del suelo en vez de haber sido construidas por manos humanas. Humo de hogares. Una docena, quizá quince columnas de humo blanco que subían rectas en el aire frío de la mañana, porque no había viento dentro del fiordo. El viento se quedaba fuera, en el mar, como un animal que sabe que no está invitado.

Hrafnheim. El hogar del cuervo.

Los remeros aceleraron el ritmo cuando la proa pasó entre los acantilados de la entrada. Cantaban. No la canción de victoria de la noche anterior sino algo más hondo, más lento, con una cadencia que marcaba el golpe de los remos contra el agua: una canción de regreso. De llegar a casa. Se les cambió la cara. Los mismos hombres que habían quemado una aldea dos días antes sonreían ahora con los ojos blandos de los niños que vuelven de un sitio que les daba miedo.

Los odié un poco más por eso. Por tener un lugar al que volver y sonreír.

Desde la orilla empezaron a llegar gritos. Voces agudas, de mujeres y niños: el sonido de un pueblo que ve regresar a sus hombres vivos. Una mujer con un bebé en la cadera corría por el muelle de madera agitando un brazo. Dos niños se tiraron al agua y nadaron hacia el segundo drakkar, y un remero los sacó a bordo de un tirón, riendo, chorreando, vivos de una forma que dolía mirar.

No es tu hogar, me dije. *Ningún lugar lo es ya.*

Pero la parte de mí que había crecido en un fiordo parecido a este, con el mismo olor a humo de abedul y sal de mar y hierba mojada, esa parte se cerró como un puño alrededor del recuerdo y apretó.

Skálholt tenía un fiordo más ancho. El agua era más azul. El humo de la longhouse de mi padre olía a enebro porque mi madre ponía ramas en el fuego cada mañana, y cuando abrías la puerta al amanecer el aire tenía esa mezcla de frío y dulzor que no he encontrado en ningún otro lugar del mundo. Mi hermano Arn se tiraba al agua desde el muelle igual que esos niños, gritando, con el pelo rubio pegado a la cara y la risa de alguien que no sabe que va a morir antes de cumplir veinte años.

Cerré los ojos. Un segundo. Dos. El tiempo justo para empujar el recuerdo al lugar donde guardo las cosas que me destruirían si las dejara sueltas. Abrí los ojos. El fiordo seguía ahí, ajeno a mi dolor, hermoso con la indiferencia de las cosas que no saben que te están rompiendo.

El drakkar atracó. Los hombres saltaron al muelle. El botín empezó a bajar en sacos y fardos. Eirik ---que no me había dirigido la palabra en todo el día, que me había mirado exactamente dos veces, las dos demasiado largas--- fue el último en saltar a tierra. Se

movía por el barco con la soltura de un hombre que ha pasado la mitad de su vida en el mar: sin pensarlo, sin mirar dónde pisaba, con una economía de movimiento que mi cerebro de sanadora catalogó automáticamente como *reflejos excelentes, coordinación superior, probable experiencia de combate desde la adolescencia*.

Deja de evaluarlo clínicamente, me dije. Y acto seguido noté que la cicatriz del pectoral le tiraba cuando levantaba el brazo izquierdo. Vieja, mal curada. Si dejaba que la fascitis se extendiera, perdería movilidad en el hombro antes de los treinta y cinco.

No es tu paciente. Es tu captor. Deja de diagnosticarlo.

El gigante rubio ---Bjǫrn--- me hizo un gesto desde el muelle para que bajara. Le devolví una mirada que en cualquier otro contexto habría significado *ni hablar*. Él suspiró, subió al barco, me ofreció la mano con una gentileza absurda para un hombre de su tamaño y dijo:

---Por favor.

Me dieron ganas de reírme. No me reí. Ignoré su mano, me agarré a la borda y salté al muelle sola. Mis piernas protestaron después de dos días en el barco: las rodillas flojas, los tobillos inseguros sobre la madera sólida que no se movía como el mar. Tropecé. No caí. Bjǫrn alargó la mano para sujetarme y yo le aparté el brazo con el codo.

---No me toques.

Lo dije en nórdico. Se me escapó. La lengua de mi madre, saliendo de mi boca en el peor momento posible, delante de un hombre que podría reconocer mi acento y preguntarse por qué una supuesta aldeana de Jutlandia habla el nórdico occidental con la entonación limpia de alguien que creció en la corte de un jarl.

Bjǫrn levantó las cejas. Abrió la boca. La cerró. Me miró con una expresión que en otro hombre habría sido sospecha y en él parecía simple curiosidad, la de un oso que acaba de descubrir que la piedra que estaba olisqueando es en realidad un huevo.

---No había dicho que no hablara nórdico ---murmuró.

No respondí. Pasé junto a él con la barbilla alta y caminé por el muelle como si supiera adónde iba. No lo sabía. Pero caminar con propósito es más seguro que quedarse quieta pareciendo perdida, y eso lo aprendí en los dos años de huir: que la gente que camina como si tuviera un destino rara vez es cuestionada.

Eirik me alcanzó antes de que llegara al final del muelle. No me tocó. No me habló. Se puso a mi lado y caminó medio paso por delante, marcándome la dirección sin darme órdenes, guiando con el cuerpo como hacen los perros pastores con las ovejas: presencia, no contacto.

No soy tu oveja, pensé.

Pero lo seguí, porque no tenía elección, y porque Huginn se había posado en su hombro y de vez en cuando giraba la cabeza hacia mí y hacía ese sonido bajo que ya empezaba a interpretar como *ven, síguenos, no pasa nada*.

Sí que pasa, pájaro idiota, pensé. *Todo pasa.*

Hrafnheim era más grande de lo que parecía desde el agua. El sendero subía desde el muelle por una pendiente suave hasta una explanada donde se concentraban las construcciones principales: una longhouse enorme que debía de tener treinta metros de largo, con puertas de roble talladas con cabezas de cuervo; varias casas más pequeñas alrededor; un establo del que salía un olor cálido a vaca y heno; una fragua cuyo fuego ya estaba encendido; un

almacén; un cobertizo para barcos. Todo construido con la solidez meticulosa de gente que sabe que el invierno mata y que un techo mal hecho es una sentencia de muerte.

La gente salía a recibirnos. No solo a los guerreros: a mí. Me miraban. Decenas de ojos, desde los bancos de la puerta de la longhouse, desde las ventanas de las casas, desde detrás de los faldones de las madres. Niños me señalaban sin disimulo. Una mujer vieja se persignó ---no el gesto cristiano, sino el martillo de Thor sobre el pecho--- y escupió al suelo. Un hombre con una pierna vendada me miró con la hostilidad sorda del que ve llegar a un extranjero y lo primero que piensa es *qué me va a quitar*.

No bajé la mirada. La sostuve. Ojo por ojo, cara por cara, como se mira a los perros que te ladran: sin bajar la cabeza, sin retroceder, sin ofrecer la garganta.

Eirik me llevó a la longhouse.

El interior era oscuro después de la luz de fuera. Mi visión tardó unos segundos en ajustarse, y lo primero que registré no fue lo que vi sino lo que olí: humo, carne asada, grasa de lámpara, sudor viejo impregnado en la madera, cerveza, lana húmeda. Y debajo, tenue, algo enfermizo: el olor dulzón de la fiebre y la mucosidad. Lo conocía. Lo reconocía como se reconoce la firma de un enemigo. Enfermedad respiratoria. Crónica. En este espacio cerrado, con esta ventilación, con este nivel de humedad.

La longhouse estaba llena. Habían entrado más personas detrás de nosotros: guerreros del raid con sus familias, curiosos, gente del clan que quería ver el botín y a la mujer que el jarl había traído del sur. Se sentaron en los bancos laterales que corrían a lo largo de las paredes. El fuego central crepitaba en su foso de piedra, y las

chispas subían hasta las vigas del techo donde las sombras se movían como animales.

Eirik subió a la plataforma del fondo, donde estaba la silla del jarl: un asiento de roble con reposabrazos tallados en forma de cabezas de cuervo, igual que la proa de su barco. Se sentó con la naturalidad de un hombre que ha ocupado ese lugar tantas veces que su cuerpo conoce el ángulo exacto de la madera. Huginn voló del hombro al respaldo. Los dos me miraron.

Todo el clan me miraba.

Estaba de pie en el centro de la longhouse, sola, con el vestido desgarrado del raid, las muñecas vendadas, el pelo medio suelto de las trenzas, barro en las botas y sangre de otro en la mejilla que no me había molestado en limpiar porque limpiarla habría significado que me importaba lo que pensaran de mí.

No me importaba. Lo que me importaba era no caerme. Las piernas me temblaban de hambre y de tensión y de dos días de comer nada, porque había rechazado la comida del barco por orgullo, que es el combustible más estúpido del mundo y el único que me quedaba.

Eirik habló.

Su voz llenó la longhouse con esa autoridad que no necesita volumen, que funciona como la gravedad: no la eliges, simplemente te afecta.

---Esta mujer es Sólveig. Es sanadora. La mejor que he encontrado en tres semanas de búsqueda.

Pausa. Dejó que la información aterrizara. Los murmullos empezaron y murieron solos.

---Desde hoy, Sólveig es la sanadora de Hrafnheim. Curará a nuestros niños. Curará a nuestros enfermos. Trabajará con lo que necesite: hierbas, instrumentos, espacio. Se le dará todo.

Otra pausa. Más larga. Las caras a mi alrededor eran un mapa de reacciones: esperanza, sospecha, hostilidad, curiosidad. Una mujer joven con pecas en la nariz y pelo rojo encendido me miraba desde el segundo banco con una expresión que no encajaba con las demás. No era hostilidad ni sospecha. Era interés. El tipo de interés descarado de alguien que mira un animal nuevo y ya está pensando en cómo acercarse a tocarlo.

Eirik se inclinó hacia delante en la silla. El movimiento fue mínimo pero la sala lo registró: una docena de espaldas se enderezaron, un niño dejó de moverse, el murmullo se cortó.

---Sólveig está bajo mi protección. Directa. Personal. Nadie la tocará. Nadie la amenazará. Nadie le hablará como si fuera menos de lo que es. Quien tenga un problema con esto, que lo hable conmigo ahora.

Silencio. El fuego crepitaba. Huginn limpió una pluma con el pico.

Y entonces, desde el fondo de la sala, donde la luz del fuego apenas llegaba y las sombras eran más espesas, alguien se rió.

Fue una risa de borracho: húmeda, gruesa, con el tono de alguien que lleva bebiendo desde antes de mediodía. Un hombre se levantó del último banco. Grande, de barriga y hombros anchos, con la barba descuidada y una mancha de hidromiel en la túnica. Hallvard, oí que alguien decía. El nombre pasó por la sala con un suspiro, el tipo de suspiro que la gente emite cuando sabe que alguien va a hacer algo estúpido y no puede impedirlo.

---¿Protección directa del jarl? ---Hallvard avanzó dos pasos hacia el pasillo central, tambaleándose apenas---. Joder, Eirik. No la culpo. Si yo me trajera una thrall así del sur también la querría toda para mí. ---Otra risa. Se giró hacia el hombre que tenía al lado y añadió, lo bastante alto para que la sala entera lo oyera---: Aunque yo la compartiría. A la primera le quito esas trenzas y\...

No terminó la frase.

Eirik no se levantó de la silla. No alzó la voz. No hizo nada que pudiera clasificarse como movimiento brusco. Simplemente se puso de pie con la misma lentitud deliberada con la que un lobo se levanta de la nieve cuando ha visto algo que quiere morder, bajó de la plataforma y caminó hacia Hallvard.

Tres pasos. Cuatro. Cinco. La sala se abrió para dejarlo pasar. Nadie se movió excepto para apartarse. Una mujer cogió a su hijo y lo acercó a su cuerpo. Bjǫrn, que estaba apoyado en una columna cerca de la puerta, no se movió. Pero su sonrisa de oso amable había desaparecido y lo que quedaba debajo era algo que no invitaba a estar cerca.

Hallvard, a su crédito, no retrocedió. Era más grande que Eirik, más ancho, probablemente más pesado. Pero cuando Eirik se detuvo frente a él, a la distancia que se usa para escupir o para matar, vi cómo el color se le iba de la cara como el agua de un cubo volcado. No era el tamaño. Era la mirada. Los ojos de tormenta se habían vaciado de todo lo que yo había visto en ellos ---la curiosidad, el cálculo, esa cosa oscura y sin nombre que aparecía cuando me miraba a mí--- y lo que quedaba era gris puro, frío, la nada perfecta de alguien que ha decidido exactamente cuánto daño va a hacer y está esperando la excusa para empezar.

Eirik le agarró la cabeza con una mano.

No el cuello, no el hombro: la cabeza. Los dedos se cerraron sobre el cráneo de Hallvard como se cierran sobre una piedra que vas a lanzar, y con un movimiento seco, controlado, sin desperdicio de fuerza, le estrelló la cara contra la mesa del hidromiel.

El sonido fue áspero, húmedo. Madera contra hueso contra líquido. Jarras volcadas. Hidromiel derramándose al suelo con un gorgoteo perezoso. Hallvard intentó levantarse. Eirik no lo soltó. Le mantuvo la cara contra la madera mojada con una presión que no era suficiente para romper pero sí para inmovilizar, y con la otra mano sacó el cuchillo del cinturón de Hallvard ---no el suyo; el del propio hombre--- y se lo apoyó en la nuca. En el punto exacto donde la base del cráneo se une a la primera vértebra cervical. El punto donde un corte limpio separa el pensamiento del cuerpo.

Sabía que Eirik conocía ese punto porque yo conocía ese punto. Y la precisión del gesto era la de alguien que lo había usado antes.

La longhouse entera contenía la respiración. Sesenta, setenta personas. Ni un ruido. Ni los niños. El fuego ni siquiera crepitaba, como si las llamas también estuvieran esperando.

Eirik habló. Bajo. Sin prisa. Con la intimidad terrible de las amenazas que no son amenazas sino promesas.

---Nadie. La tocará.

Tres palabras. Le soltó la cabeza. Guardó el cuchillo en su propio cinturón ---no se lo devolvió--- y dio media vuelta. Caminó de vuelta a la silla del jarl con la misma calma con la que había ido. Se sentó. Huginn le alisó una pluma del hombro con el pico, como un secretario que ordena papeles después de una reunión.

Hallvard se levantó de la mesa con la nariz reventada y sangre en la barba. No dijo nada. Se fue hacia la puerta con la mirada en el suelo. Nadie lo ayudó. Nadie lo miró.

Nadie la tocará.

Observé la escena desde mi posición en el centro de la sala, con las manos quietas a los lados y la cara tan vacía como pude mantenerla. Por dentro era otra cosa. Por dentro estaba procesando información a la velocidad a la que proceso los síntomas de una emergencia: rápido, frío, sin espacio para lo que no sea útil.

Dato uno: Eirik había cruzado la sala y destrozado la cara de uno de sus propios guerreros por una frase obscena sobre mí. No un enemigo. No un rival. Su hombre. Delante de todo el clan.

Dato dos: no lo había hecho con rabia. Lo había hecho con la precisión calibrada de alguien que elige la cantidad exacta de violencia necesaria para enviar un mensaje. Suficiente para romper una nariz. No suficiente para matar. El mensaje era tan claro como un cuchillo limpio: existe una línea y cruzarla tiene un precio.

Dato tres: la línea era yo.

Y el dato que no quería procesar, el que empujé al fondo de la cola y tapé con todos los demás: que mientras Eirik le estampaba la cara a ese hombre contra la mesa, lo que sentí no fue horror. No fue gratitud tampoco, que habría sido peor. Fue algo que no tenía nombre, algo caliente y eléctrico que me subió por la base de la columna y se me instaló en la garganta, y que mi cerebro de sanadora, en un acto de traición clínica, clasificó automáticamente como *excitación*.

No. No, no, no.

Me negué a examinar eso. Lo empujé junto con los recuerdos de Skálholt y las ganas de llorar y todo lo demás que no podía permitirme, y lo cerré con llave.

Eirik siguió hablando al clan. Detalles prácticos, logística de la sanadora: dónde trabajaría, qué necesitaría, cómo funcionaría el nuevo arreglo. Su voz había vuelto al registro de mando normal, neutro, eficiente, como si no acabara de romperle la nariz a un hombre con una mano. El clan escuchaba. Nadie protestó. Nadie hizo preguntas.

Cuando terminó, la gente empezó a dispersarse. Guerreros que iban a buscar a sus familias. Mujeres que volvían a los hogares. Niños que corrían entre las piernas de los adultos. La longhouse se vació con la eficiencia de la rutina: esta gente sabía cómo moverse después de un raid, cómo volver a la vida normal, cómo absorber la violencia como se absorbe la lluvia. Con naturalidad. Sin drama.

La pelirroja del segundo banco no se fue.

Se acercó a mí mientras el último grupo salía por la puerta, caminando con la despreocupación felina de alguien que no tiene la menor intención de ser discreta. Era joven, más que yo: diecinueve, quizá veinte. Pelo rojo encendido, suelto hasta la mitad de la espalda, sin trenzas, lo que en una mujer nórdica era una declaración de rebeldía tan fuerte como ir desnuda. Cara redonda, ojos marrones con motas doradas, nariz respingona, mandíbula firme. Se parecía a Eirik en la mandíbula y en la forma de sostener los hombros: rectos, como si estuviera permanentemente lista para recibir un golpe o darlo.

Se paró frente a mí. Me miró de arriba abajo con un descaro que en otra persona habría sido ofensivo y en ella era simplemente

honesto.

---Signe ---dijo, señalándose---. Hermana de él. ---Señaló hacia la silla del jarl con el pulgar---. No te preocupes, no muerdo. Ese es su trabajo. ---Sonrisa rápida, sin dientes, como un destello---. ¿Tienes hambre?

Debería haber dicho que no. Debería haber mantenido la distancia, el muro, la coraza de indiferencia que me había mantenido viva dos años. Pero la palabra *hambre* entró por los oídos y bajó directa al estómago, que llevaba dos días comiéndose a sí mismo, y el cuerpo traicionó a la voluntad como lo lleva haciendo desde que existe: sin permiso, sin vergüenza, sin negociación.

Me rugía la tripa tan fuerte que Signe lo oyó.

Se rió. Una risa corta, sin malicia, con la calidez involuntaria de quien se ríe de algo que le parece endémicamente humano.

---Ven ---dijo---. Hay estofado de cordero. Y pan. Y si me prometes que no le clavas un cuchillo a nadie más en la pierna, te doy hidromiel.

La miré. Busqué en su cara lo que siempre busco en las caras nuevas: la trampa, el ángulo, la intención oculta. No encontré nada. Solo la expresión abierta de una chica joven que probablemente se aburría en este fiordo y veía en mí algo más interesante que las ovejas.

---No prometo nada ---dije.

Signe sonrió más.

---Mejor. Las mujeres que prometen cosas me aburren.

La seguí. No porque confiara en ella sino porque el hambre es un argumento más persuasivo que la desconfianza, y porque detrás de su sonrisa había algo que reconocí: soledad. La soledad específica

de una mujer joven e inteligente en un sitio pequeño donde nadie la toma en serio.

Conocía esa soledad. La había llevado puesta dos años.

Me llevó a una de las casas más pequeñas, junto a la longhouse. Dentro estaba caliente y olía a lana y a comida. Me sentó en un banco junto al fuego, me puso un cuenco de estofado en las manos y se sentó enfrente a mirarme comer con la atención concentrada de un gato observando un ratón.

Comí. El estofado estaba bueno: cordero tierno, raíces, cebolla, eneldo. Un sabor de hogar que no esperaba y que me cerró la garganta en el tercer bocado. Lo forcé a bajar. Seguí comiendo. Cuando el cuenco se vació, Signe lo llenó otra vez sin preguntar.

---Hablas nórdico ---dijo, como quien dice *tienes pecas*. Un hecho, no una acusación.

No respondí.

---Lo hablas bien. Mejor que bien. Hablas como alguien de aquí, no como los daneses del sur ni como los suecos. ¿De dónde eres?

---De ningún sitio.

---Todo el mundo es de algún sitio.

---Yo no. Ya no.

Signe me miró un momento largo. La sonrisa se fue. Lo que la reemplazó fue algo más serio, más adulto, un destello de comprensión que no esperé de una chica de diecinueve años que llevaba el pelo suelto por rebeldía.

---Mi madre era de un sitio ---dijo, bajando la voz---. Después el sitio la echó y murió sin sitio. Eirik no habla de ella. Nunca. Pero sé cómo se ve una persona a la que le han quitado el lugar donde encaja.

No dije nada. Seguí comiendo. Pero algo en mi pecho se aflojó medio grado, como un torniquete que se afloja lo justo para dejar pasar un hilo de sangre.

La puerta se abrió. Entró una mujer vieja.

Vieja de verdad: sesenta años o más, que en este mundo era la edad de los robles y los glaciares. Delgada, encorvada sobre un bastón de fresno, con el pelo blanco recogido en un moño tan apretado que le tiraba de la piel de las sienes. Tenía un ojo bueno, marrón oscuro, y un ojo muerto, cubierto por una catarata blanca que le daba un aspecto de luna llena mirando desde una cuenca de hueso. Vestía de negro. Llevaba un collar de cuentas de ámbar y dientes de animal del que colgaba una bolsa pequeña de cuero que mi nariz identificó antes que mis ojos: hierbas, incienso, algo dulce y viejo. Material de völva.

Signe se levantó del banco como si hubiera entrado un oso.

---Thyra.

La vieja no miró a Signe. Me miró a mí. Con el ojo bueno, que era agudo y marrón y tenía la paciencia infinita de alguien que ha visto suficientes inviernos como para saber que todo lo que importa llega tarde o temprano. Y con el ojo muerto, que no veía nada del mundo de los vivos y quizá veía otras cosas que yo prefería no imaginar.

Se acercó. El bastón golpeaba el suelo de tierra con un ritmo seco, regular, el tic-tac de un reloj hecho de madera y voluntad. Se detuvo frente a mí, a un brazo de distancia, y me miró de una forma que nadie me había mirado en mi vida.

No me miraba la cara. No me miraba las manos ni la ropa ni las muñecas vendadas. Miraba algo que estaba detrás de todo eso, algo

debajo de la piel, algo que yo no sabía que tenía y que ella parecía leer como yo leía los síntomas de un enfermo: con una certeza que no necesitaba explicación.

La sangre me bajó de la cara. Lo sentí: el calor retirándose de los pómulos, de la frente, como una marea que se va. No de miedo. De reconocimiento. De la certeza instantánea, anterior al pensamiento, de que esta mujer sabía algo sobre mí que yo no le había contado a nadie.

Thyra habló. Su voz era como su bastón: seca, rítmica, imposible de ignorar.

---Los dioses no te trajeron aquí por accidente, hija del sol. --- Una pausa. El ojo bueno se entrecerró---. Pero lo que te espera no es solo luz.

El fuego crepitó. Una chispa saltó al suelo y murió sola.

Signe, detrás de mí, no respiraba.

Thyra me sostuvo la mirada un instante más. Después se dio la vuelta, golpeó el suelo con el bastón, y salió de la casa con la lentitud implacable de alguien que no tiene prisa porque sabe cómo termina todo.

Hija del sol.

Sol. Sól. Sólveig.

O quizá no se refería a mi nombre. Quizá se refería a otra cosa, a algo que la völva había visto en sus runas o en sus sueños o en el ojo muerto que miraba donde los vivos no miramos. Quizá sabía. Quizá sabía de dónde venía yo, y de quién era hija, y qué había ardido y quién lo había quemado.

El estofado se me enfrió en las manos. Signe dijo algo que no oí. El fuego seguía crepitando con la indiferencia de las cosas que arden

sin importarles quién mira.

Y en algún lugar fuera de esa casa, en un fiordo que no era el mío, en un clan que no era mi clan, en una vida que no había elegido, un hombre con ojos de tormenta y un cuervo en el hombro acababa de romperle la cara a otro hombre por mí. Y una völva me había mirado como si supiera exactamente quién soy.

Apreté el cuenco caliente entre las manos y pensé: *Estoy en peligro.*

No del tipo que se resuelve con un cuchillo de hueso. Del otro. Del que entra despacio, con sabor a estofado de cordero y sonrisas de pelirrojas y pieles de lobo que alguien te pone en los hombros mientras duermes.

El tipo de peligro que, cuando te das cuenta de que estás dentro, ya es demasiado tarde para salir.

Capítulo 4

Veneno y miel

El problema con tener una sanadora cautiva que te odia es que en algún momento tienes que hablarle.

La dejé con Signe una hora mientras organizaba el reparto de botín. Distribuir provisiones después de un raid es el trabajo más aburrido y más necesario de un jarl: cada familia recibe según su contribución, cada guerrero según su rango, cada viuda y cada huérfano según la deuda que el clan tiene con sus muertos. Mi padre solía decir que un jarl que reparte mal come solo. Mi padre tenía razón en muchas cosas. En otras era un cobarde, pero en el reparto nunca falló.

Bjǫrn se encargó de los sacos de grano. Kveld de las pieles. Yo conté la plata, anoté los pesos en la tablilla de cera que usaba para las cuentas del clan, y repartí las monedas árabes y francas con la mano izquierda mientras la derecha firmaba la orden de reparar el segundo drakkar, que había vuelto con la quilla dañada.

Con la parte del cerebro que no estaba ocupada en gobernar, pensé en ella.

En cómo había mirado la escena con Hallvard. No con gratitud. No con miedo. Con esa expresión de evaluación clínica que ya empezaba a reconocer como su modo por defecto: datos entrando, hipótesis formándose, conclusiones archivándose para uso futuro. Me había mirado romperle la nariz a un hombre como quien mira a un cirujano operar: con interés técnico y distancia profesional.

Excepto al final. Al final, durante medio segundo, había visto otra cosa. La había visto tragar. Había visto cómo le subía el color al cuello, por debajo de las trenzas, una línea rosada que desapareció tan rápido como había llegado. Un dato que no encajaba en la evaluación clínica. Un síntoma que ella no había querido que yo registrara.

Lo registré. Porque soy un hijo de puta que se fija en las cosas que no debería.

Guardé la tablilla de cera. Le dije a Bjǫrn que revisara los números. Fui a buscar a la sanadora.

La encontré en la casa de Signe, sentada en el mismo banco donde la había dejado, con un segundo cuenco de estofado vacío y la expresión de alguien que ha comido por primera vez en días y no sabe si sentirse agradecida o furiosa por haber necesitado que alguien le diera de comer. Signe estaba sentada frente a ella, con los codos en la mesa y la barbilla en las manos, mirándola con esa curiosidad voraz que tiene mi hermana cuando encuentra algo nuevo que investigar.

Cuando entré, Signe me miró con una sonrisa que conozco desde que tenía tres años y que siempre significa problemas.

---Sólveig me estaba contando qué hierbas usa para la fiebre.

---Sólveig no te estaba contando nada ---dijo Sólveig, sin mirarme---. Sólveig estaba comiendo. Tú estabas hablando sola.

Lo dijo en nórdico. Perfecto. Limpio. Con la cadencia del noroeste, la de los fiordos al sur de mi propia costa: vocales largas, consonantes afiladas, el tipo de nórdico que hablan los jarls y los skaldar, no los pescadores ni los mercaderes. Un nórdico de corte, de longhouse, de chimenea con enebro.

Me quedé en la puerta.

En el barco había hablado danés del sur. En la playa, solo silencio y saliva en mis botas. Y ahora, sentada en la casa de mi hermana comiendo mi comida, hablaba mi lengua con una fluidez que no se aprende en tres meses en una aldea de Jutlandia. Se aprende en años. Se aprende de niña. Se aprende mamándola junto con la leche.

No era una aldeana. No era una curandera itinerante sin pasado. Era algo más y llevaba mintiéndome desde la playa.

La rabia fue breve y útil: me aclaró la cabeza. La guardé para después, junto con las preguntas que no iba a hacerle todavía. Primero lo práctico. Primero los niños.

---Ven ---dije---. Quiero enseñarte algo.

Se levantó del banco. No porque yo lo pidiera ---eso habría sido obediencia, y Sólveig Quien-Fuera-Que-Fuese no obedecía--- sino porque la curiosidad le pudo más que el rencor. La vi calcularlo: la puerta abierta a mis espaldas, el espacio entre mi cuerpo y el marco, la distancia hasta el sendero del muelle. Si estás pensando en huir, pensé, no hace falta que lo disimules tan mal. Te lo leo en los ojos igual que tú me lees las heridas.

La llevé por el sendero que bajaba del grupo de casas principales hacia el río. El río de Hrafnheim es estrecho y rápido, agua de deshielo que baja de las montañas con un frío que corta los huesos, y a lo largo de su orilla crecen los álamos y los abedules que dan sombra en verano y leña en invierno. El camino pasaba entre las raíces y las piedras del margen, y Sólveig caminaba detrás de mí con la atención de un animal en territorio desconocido: mirando todo, registrando todo, memorizando el terreno.

La cabaña estaba al final del sendero, apartada de las casas, junto a un recodo del río donde el agua se remansaba en una poza limpia. Había sido un almacén de pieles, pero antes de salir de raid había ordenado vaciarlo y limpiarlo. Dos días de trabajo: sacar las pieles, fregar el suelo de tierra con agua y vinagre, reemplazar las vigas podridas, montar estantes de madera contra las paredes, instalar una mesa de trabajo sólida con superficie lisa, colgar un caldero sobre el fuego central. El catre estaba en la esquina del fondo, con un jergón de lana y dos pieles de oveja. No era lujoso. Era funcional. Una cabaña de trabajo para alguien que necesita espacio limpio, luz, acceso al agua y distancia suficiente del clan para que los enfermos no contagien al resto.

Había pensado en todo eso antes de conocerla. Cuando todavía creía que encontraría a un viejo curandero con barba y mal aliento, no a una mujer con ojos claros como escarcha que hablaba mi lengua como si fuera suya.

Abrí la puerta. Ella entró.

La observé desde el umbral. Tenía la mandíbula apretada y las manos abiertas a los lados, listas para algo que no iba a necesitar. Y a pesar de eso, a pesar de la rabia y la desconfianza y las dos docenas de razones que tenía para no colaborar conmigo, vi el momento exacto en que la sanadora tomó el control y la cautiva se quedó atrás.

Fue un cambio físico. Los hombros se le relajaron medio centímetro. La mandíbula se aflojó. Los ojos ---esos ojos de hielo que podían congelar la sangre--- se suavizaron y se volvieron técnicos, evaluativos. Profesionales. Se acercó a la mesa de trabajo y pasó la mano por la superficie: lisa, sin astillas, limpia. Bien. Se

acercó a los estantes y abrió los tarros que había dejado ---hierbas básicas del almacén del clan: tomillo seco, menta, salvia, raíces de angélica---. Los olió uno por uno. Cerró dos y los apartó con el gesto de quien descarta material defectuoso. Fue al caldero, comprobó el grosor del hierro. Al fuego, evaluó el tiro de la chimenea abriendo la tapa de ventilación. Al catre, palpó el jergón, revisó las pieles en busca de parásitos. Se agachó y examinó el suelo de tierra bajo la mesa, probablemente buscando humedad, moho, cualquier cosa que pudiera contaminar heridas abiertas.

No dijo nada durante toda la inspección. Yo no dije nada. Huginn, posado en mi hombro, tampoco.

Cuando terminó, se giró hacia mí. Estaba de pie junto a la mesa, con la luz de la ventana entrándole por detrás y dibujándole un borde dorado alrededor de las trenzas, y la expresión que tenía no era de gratitud ni de rendición. Era de autoridad. La cara de alguien que sabe exactamente lo que necesita y está a punto de exigirlo.

---Si quieres que cure a tu gente ---dijo---, necesito esto: valeriana fresca, no seca, fresca, con la raíz intacta. Milenrama. Tomillo del bueno, no lo que tienes en esos tarros, que lleva muerto desde el verano. Corteza de sauce, cuanto más joven el árbol mejor. Saúco: bayas y flores, por separado. Miel. No hidromiel: miel cruda, sin calentar, sin mezclar. Tela de lino limpia para vendajes, hervida en agua y secada al sol. Un mortero de piedra, no de madera, la madera absorbe y contamina. Agujas de hueso: finas, curvas, al menos diez. Tripa de oveja para suturas, preparada con sal y vinagre. Musgo sphagnum del pantano del norte ---no del sur, el del sur está demasiado húmedo---. Agua limpia, del manantial, no del río: el río pasa demasiado cerca del establo y arrastra la mierda de

las vacas. Un segundo caldero, más pequeño, para hervir instrumentos. Y que tus guerreros se laven las manos antes de que yo los toque.

Silencio.

Huginn ladeó la cabeza. Yo también.

No era una lista de súplicas. Era una lista de requisiciones, dictada con la eficiencia de alguien que ha montado hospitales antes, que sabe lo que funciona y lo que mata, que distingue entre las hierbas que curan y las que rellenan espacio en un tarro para que parezca que haces algo. Cada elemento tenía una justificación implícita que yo no necesitaba preguntar porque ella no necesitaba explicar: la valeriana fresca es tres veces más potente que la seca. La miel cruda mata la infección donde el fuego no llega. El agua del manantial no arrastra parásitos.

Me había hablado durante cuarenta segundos y ya sabía más sobre medicina que Astrid, la vieja curandera, en cincuenta años de oficio. Esto no era conocimiento de aldea. Esto era formación. Rigurosa, profunda, de alguien que había aprendido de un maestro que sabía lo que enseñaba.

¿Quién eres?, pensé otra vez. ¿Quién cojones eres?

---¿Algo más? ---dije. Mi voz sonó normal. Seca. La voz de un jarl que registra demandas.

---Sí. Que tu cuervo deje de robarme la comida.

Huginn graznó. El sonido era indistinguible de una protesta indignada.

La comisura de mi boca se movió. Un tic. Un espasmo. La contracción involuntaria de un músculo que llevaba años sin ejercitarse en esa dirección. No era una sonrisa. Si alguien me

hubiera preguntado, lo habría negado bajo juramento ante Odín. Pero la comisura se movió y ella lo vio. Lo vi en sus ojos: un destello rápido, una contracción de pupilas, el registro instantáneo de un dato nuevo. Dato: el Cuervo tiene la capacidad física de casi sonreír. Archivar para análisis posterior.

---Hablas nórdico ---dije.

No era una pregunta. Era una declaración de evidencia, como las que ella hacía sobre síntomas: neutral, directa, a la espera de que el paciente confirme o niegue.

---Sí.

---Desde el principio.

---Sí.

---En el barco. Cuando te hablé en danés.

---Entendí cada palabra.

---Y cuando mis hombres hablaban entre ellos.

---También.

Ninguno de los dos apartó la mirada. El aire entre nosotros se tensó como la cuerda de un arco. No de rabia, aunque la rabia estaba ahí, mía, legítima: me había mentido. Había escuchado cada conversación de mis hombres durante dos días de navegación, había absorbido información sobre mi clan, mi raid, mi ruta de vuelta, y había guardado todo eso detrás de una máscara de incomprensión.

Pero la rabia duró lo que dura una chispa sobre nieve mojada, porque en el mismo instante en que la sentí, la entendí. Ella era una cautiva en un barco lleno de hombres armados. Entender lo que dicen tus captores cuando creen que no los entiendes es la única ventaja que tiene alguien sin espada, sin aliados, sin tierra. Yo habría hecho exactamente lo mismo. Mi madre lo habría hecho.

Cualquier persona inteligente atrapada en una jaula aprende primero el idioma de los barrotes.

---Bien ---dije.

Ella parpadeó. No se esperaba eso.

---¿Bien?

---Hablas mi lengua. Eso facilita las cosas.

Pausa. Me miró buscando la trampa.

---¿No vas a preguntar dónde lo aprendí?

---¿Vas a decírmelo?

---No.

---Entonces no voy a preguntar.

Otro destello en sus ojos. No sorpresa: cálculo. Me estaba reevaluando. Actualizando la ficha que tenía de mí en ese archivo clínico que llevaba detrás de esos ojos grises. Dato anterior: captor, saqueador, animal con cuervo. Dato nuevo: no presiona. No exige. Acepta un no sin exigir explicación. Revisión de diagnóstico en curso.

Me miró un segundo más de lo necesario. Después asintió con un movimiento seco de cabeza y se volvió hacia la mesa de trabajo, dándome la espalda. La espalda recta. Las trenzas cruzadas sobre la coronilla como una armadura. Los hombros cuadrados.

Dándome la espalda. Una cautiva dándole la espalda a su captor. O confiaba en que yo no iba a atacarla por detrás, o le importaba tan poco su propia vida que el riesgo no le compensaba el esfuerzo de girar la cabeza.

Las dos opciones me perturbaron por razones distintas.

Empezó a reorganizar los estantes. Movió tarros, descartó hierbas, reubicó el mortero, colocó los instrumentos de su bolsa de cuero ---las cuchillas, las agujas, los recipientes pequeños--- en una

disposición que tenía su propia lógica interna: lo urgente a la derecha, al alcance de la mano; lo menos urgente a la izquierda; los venenos arriba, lejos de los niños. Porque iba a haber niños en esta cabaña. Esa era la razón de todo esto.

La miré trabajar. No debía quedarme. Tenía un clan que gobernar, un reparto que supervisar, informes de daños del raid que revisar, una carta para el jarl Tormod del norte pidiendo refuerzos contra Sigurd que llevaba tres días sin escribir. Tenía obligaciones. Responsabilidades. El peso entero de Hrafnheim sobre los hombros, que es donde lleva viviendo desde que mi padre dejó de ser lo bastante fuerte para cargarlo y yo tuve que recogerlo del suelo.

Pero la miré trabajar.

Sus manos. Otra vez sus manos. La forma en que separaba las hierbas secas con los dedos, descartando tallos, seleccionando hojas, tocándolo todo con la delicadeza firme de alguien que sabe que las cosas frágiles requieren manos seguras, no manos suaves. Había un ritmo en lo que hacía, una coreografía aprendida de tanta repetición que ya no necesitaba pensar: esto aquí, esto allí, esto se guarda, esto se tira. Una competencia tan profunda que se había convertido en música.

La última vez que había visto a alguien trabajar así fue a mi madre preparando las runas. Las mismas manos seguras. La misma concentración que excluía al mundo. La misma capacidad de transformar lo ordinario ---unas piedras, unas hierbas--- en algo que podía salvar o destruir.

El pensamiento me quemó. Lo aparté.

---Eirik.

Su voz. Llevábamos dos minutos en silencio y dijo mi nombre y el sonido me recorrió la columna como agua fría vertida desde arriba. Era la primera vez que usaba mi nombre. En el barco yo era *el del cuervo*. En la playa, un monstruo sin nombre. En la longhouse, una fuerza que rompe narices. Pero ahora, en esta cabaña pequeña que olía a madera nueva y a las hierbas que ella estaba reorganizando, era Eirik. Dos sílabas que en su boca sonaban distintas a como sonaban en la de cualquier otro.

---Necesito ver a los enfermos. Hoy. Ahora. Antes de que oscurezca.

---Los niños están en la longhouse. Puedo\...

---No en la longhouse. Aquí. Los quiero aquí, uno por uno, con sus madres si son pequeños. Y necesito que me digas desde cuándo están enfermos, cuántos han muerto y de qué, qué les habéis dado hasta ahora y qué ha funcionado y qué no.

---Seis muertos en dos meses. Tos con sangre en los peores casos. Fiebre. Astrid, nuestra curandera, murió en primavera. Thyra ha probado remedios de völva: sahumerios, cantos, raíces. Nada.

Le vi la cara cambiar mientras escuchaba. La boca se le endureció. Las cejas bajaron. Noté el momento en que la información pasó de datos a diagnóstico: algo se encajó detrás de esos ojos, una pieza que encontró su sitio.

---¿Tos con sangre cuánto tiempo antes de morir?

---Días. Una semana en el peor caso.

---¿Pérdida de peso?

---Mucha. Dejan de comer.

---¿Sudores nocturnos?

---Sí. Las madres dicen que los catres amanecen empapados.

Asintió. Un asentimiento corto, el de alguien que ha confirmado lo que temía.

---Necesito verlos. Pero creo que sé lo que es. Y si estoy en lo cierto, puedo tratarlo. No curarlo de golpe: esto lleva tiempo, semanas, quizá un mes. Pero puedo evitar que mueran más.

Las palabras entraron como entra el aire después de estar bajo el agua. Llevaba meses ahogándome en la impotencia de ver morir a niños que no podía salvar, y esta mujer ---esta mujer que me había escupido en las botas, que me había mentido sobre su idioma, que no me había dado las gracias por nada y probablemente nunca lo haría--- acababa de decir *puedo evitar que mueran más* con la misma certeza con la que yo decía *el viento viene del norte*.

No le di las gracias. Las gracias de un captor a su cautiva suenan a insulto. En vez de eso dije:

---Tendrás todo lo que has pedido antes de que oscurezca.

---Bien. ---Se giró hacia la mesa. Pausa. Se giró de nuevo hacia mí---. Una cosa más.

---Dime.

---Si voy a trabajar como sanadora de tu clan, necesito entrar y salir del almacén de provisiones cuando quiera. Sin pedir permiso. Sin esperar a que alguien me abra la puerta. Sin tener que explicar para qué necesito miel o tela o grano cada vez que un niño se pone peor a las tres de la madrugada.

Lo que estaba pidiendo eran llaves. No lo dijo con esa palabra, pero las dos sabíamos lo que significaba. Las llaves del almacén son las llaves de la despensa, y las llaves de la despensa son el símbolo de la husfreyja: la señora de la casa. La mujer que administra, que decide, que tiene autoridad sobre el sustento del clan. En Hrafnheim

no había husfreyja desde que mi madre fue desterrada. Las llaves estaban en mi cinturón, junto al cuchillo y el anillo de jarl. Nadie las había tocado excepto yo.

Darle llaves a una cautiva era absurdo. Era un precedente que ningún jarl en su sano juicio establecería. Significaba acceso, autonomía, confianza. Significaba que la mujer a la que había traído encadenada en un drakkar dos días antes iba a poder moverse por el clan con la libertad de alguien que pertenece a él.

Me miró. No pedía. Esperaba. Con la paciencia de alguien que sabe que tiene razón y puede esperar a que el otro lo entienda.

Desengarché el llavero de mi cinturón. Tres llaves de hierro en un aro de bronce. Pesaban más de lo que parecían, y no solo por el metal. Se las puse en la mano.

Sus dedos se cerraron sobre el hierro. Los vi: los callos, la quemadura del pulgar, las uñas cortas. Las llaves desaparecieron en su puño como si siempre hubieran estado ahí.

No dijo gracias. No asintió. Me miró a los ojos durante dos segundos que duraron una vida, y en esos dos segundos leí algo que no era gratitud ni sumisión ni alivio. Era evaluación. Me estaba midiendo. Comprobando si el gesto era real o tenía trampa. Buscando el precio oculto, la condición no dicha, el anzuelo dentro del cebo. Porque alguien le había enseñado ---o algo le había enseñado--- que los regalos de los hombres poderosos siempre tienen un precio.

No encontró el precio. Porque no lo había. O quizá sí lo había y yo todavía no sabía cuál era.

---Antes de que oscurezca ---repitió ella, como si las llaves no hubieran pasado---. Los niños.

---Antes de que oscurezca.

Salí de la cabaña.

El aire de fuera olía a fiordo: sal, pino, turba húmeda. El sol de la tarde estaba bajo y anaranjado y pintaba las paredes de las casas con un color que parecía calor pero no lo era, porque en Noruega el sol miente en otoño, te enseña colores preciosos mientras el frío te come por debajo.

Me apoyé contra la pared exterior de la cabaña. Cerré los ojos. El peso de las llaves que ya no estaban en mi cinturón era más real que el peso de las que sí estaban. Podía sentir su ausencia contra la cadera, como un miembro fantasma después de una amputación.

Acabas de darle las llaves de tu clan a una mujer que te ha mentido desde el primer momento, que no sabes de dónde viene, que habla nórdico de corte y tiene manos de cirujano y ojos que han visto arder algo que amaban. Le has dado las llaves porque te lo ha pedido y porque tenía razón y porque, Odín me ayude, cuando dijo mi nombre algo dentro de mi pecho hizo un ruido que llevaba dieciséis años sin hacer.

Huginn aterrizó en mi hombro. Me clavó las garras con la familiaridad de lo habitual.

---Lo sé ---le dije al pájaro---. No hace falta que me lo digas.

El pájaro graznó. Me pareció que decía: *Estás jodido.*

Pasos en el sendero. Me eché hacia delante, leíjos de la pared, recomponiendo la máscara de jarl que se me había caído un momento en la intimidad de la madera y el aire frío.

Signe. Venía por el camino con una cesta de telas limpias bajo el brazo y la sonrisa de alguien que ha visto exactamente lo que no debería haber visto.

Se detuvo frente a mí. Miró la puerta de la cabaña. Miró mi cinturón: el espacio vacío donde habían estado las llaves. Miró mi cara, que ya tenía la máscara puesta pero quizá no lo bastante rápido.

---Le has dado las llaves.

---Necesita acceso al almacén.

---Le has dado las llaves, Eirik.

---Es la sanadora del clan. Necesita autonomía para trabajar.

---Le. Has dado. Las llaves. ---Cada palabra separada, como quien le explica algo a un niño que no entiende lo que acaba de hacer---. Lleva aquí tres horas.

---Signe\...

---Las llaves que no le diste a nadie en siete años. Las llaves de mamá. ¿A la cautiva que te escupió en las botas?

---Signe.

Mi hermana me miró con la boca apretada y los ojos muy abiertos. No de escándalo. De algo peor: de comprensión. La misma comprensión que tiene Bjǫrn cuando ve lo que no quiero que vea, pero en Signe amplificada por la brutalidad empática de alguien que todavía no ha aprendido a disimular que entiende las cosas.

---Voy a llevarle las telas ---dijo al fin, con la voz más suave de lo que la había oído en años---. Y voy a fingir que no he visto nada. Pero hermano\... ---se acercó un paso, bajó la voz--- ten cuidado. Las llaves no son un regalo que se da dos veces. Cuando se las quitas a alguien, no hay forma de que el daño no sea peor que el gesto original.

Entró en la cabaña sin esperar respuesta.

Me quedé fuera. El sol se ponía. El fiordo se oscurecía por los bordes como una herida que se cierra. En algún lugar del clan, los niños tosían. En algún lugar del norte, Sigurd Hakkonsson tramaba lo que fuera que tramaba. Y en la cabaña a mi espalda, una mujer que hablaba mi lengua como si fuera suya y guardaba secretos como quien guarda cuchillos estaba ordenando las hierbas que iban a salvar a mi gente, con mis llaves en el cinturón.

Ten cuidado, había dicho Signe.

Tarde. El cuidado habría sido no darle las llaves. El cuidado habría sido no buscarla con los ojos cada vez que entraba en una habitación. El cuidado habría sido no pensar en sus manos cada vez que cerraba los ojos.

El cuidado, como la mayoría de las cosas sensatas, había llegado después de que dejara de servir para algo.

Capítulo 5

Los niños

La primera niña que vi tenía cuatro años, costillas que podía contar a través de la túnica y un sonido en los pulmones que me heló la sangre.

Se llamaba Yrsa. Su madre la cargó hasta mi cabaña envuelta en una piel de oveja que olía a sudor y a miedo, ese olor ácido particular que desprende la gente cuando lleva semanas sin dormir de preocupación. La madre era joven, quizá de mi edad, con el pelo recogido de cualquier manera y los ojos hundidos por la falta de sueño. No me miró con hostilidad ni con esperanza. Me miró con la cara vacía de las personas que ya han gastado todas sus emociones y solo les queda una especie de obediencia mecánica: le han dicho que lleve a la niña a la sanadora nueva, y la ha llevado, porque ya no tiene la energía de creer ni de descreer.

Senté a Yrsa en la mesa de trabajo. La niña no lloró. Eso fue lo primero que me alarmó: los niños sanos lloran cuando un desconocido los toca, los niños enfermos protestan, los niños que no hacen nada están demasiado débiles para gastar energía en el miedo. Yrsa me miró con unos ojos azules enormes, vidriosos por la fiebre, y se dejó hacer con la docilidad espantosa de los que están cansados de pelear.

Le puse la mano en la frente. Caliente. No la fiebre ligera de un catarro sino el calor profundo y seco que sale de dentro, de los órganos, del lugar donde el cuerpo libra sus batallas sin que nadie lo

vea. Le acomodé la túnica, le puse la oreja contra el pecho y escuché.

El sonido de los pulmones de Yrsa era el sonido del barro cuando lo pisas con botas mojadas: húmedo, espeso, con burbujas de aire atrapadas en líquido que no debería estar ahí. Crepitaciones bilaterales. Bases congestionadas. Respiración superficial y rápida, como la de un pajarito que sabe que el gato está cerca. Le pedí que tosiera. Tosió: una tos profunda, productiva, que la sacudió entera y le dejó un hilo de mucosidad verdosa en los labios.

Mucosidad verde. Fiebre alta. Sudores nocturnos. Pérdida de peso. Tos con sangre en los casos avanzados.

Sabía lo que era. Lo había visto antes, en los campamentos de refugiados del sur, en las aldeas pobres de la costa donde la gente vive hacinada en casas sin ventilación y los niños se pasan las infecciones como se pasan los piojos. Neumonía bacteriana secundaria a una infección respiratoria mal curada. Probablemente empezó como una tos común, tal vez tosferina, y sin tratamiento adecuado la infección bajó a los pulmones y se instaló allí como un inquilino que no paga y destroza la casa.

Tratable. Si tenía lo que necesitaba, si actuaba rápido, si los niños tenían la fuerza suficiente para aguantar el tratamiento. Tratable, no garantizado.

---¿Cuántos? ---le pregunté a la madre.

Me miró sin entender.

---¿Cuántos niños están así?

---Once. Once vivos. ---Tragó---. Eran diecisiete.

Seis muertos. Eirik había dicho seis. La cifra me había golpeado en su cabaña como una piedra en el pecho, pero ahora, con Yrsa

sentada frente a mí mirándome con esos ojos enormes y vacíos, la cifra se convirtió en algo peor que un número: se convirtió en seis versiones de esta niña que ya no estaban.

Cerré el puño debajo de la mesa. Lo abrí.

---Tráelos. A todos. Uno por uno. Voy a examinar a cada niño del clan que tenga tos, fiebre o pérdida de peso. Y voy a necesitar que me cuentes exactamente cuándo empezó cada uno, qué les han dado y qué ha pasado.

La madre me miró y algo volvió a sus ojos. No esperanza todavía. Algo anterior a la esperanza: atención. La misma atención que pone un animal herido cuando oye un sonido que podría ser peligro o podría ser agua.

Se llevó a Yrsa y volvió con más.

Los vi a todos esa tarde. Once niños. Uno por uno, con sus madres o sus padres o sus abuelas. Edades entre dos y nueve años. Todos con el mismo patrón: tos húmeda, fiebre intermitente, pulmones que sonaban a pantano, pérdida de peso, sudores nocturnos. Los más graves, cuatro de ellos, tenían mucosidad con hilos de sangre. Los más leves, tres, todavía comían algo y respondían cuando les hablabas. Los cuatro del medio estaban en la zona gris donde todo puede ir en cualquier dirección.

Anoté todo en la tablilla de cera que encontré en un estante de la cabaña. Nombre, edad, síntomas, duración, tratamientos previos: raíces de angélica (inútil para esto), sahumerios de enebro (inútiles), infusión de menta (aliviaba los síntomas pero no curaba), oraciones a Eir (sin comentario clínico). Nadie les había dado tomillo en cataplasma. Nadie les había dado saúco para la fiebre. Nadie les había cambiado la ventilación de las casas, que era lo primero que

debería haberse hecho: sacar a los niños enfermos de la longhouse compartida, donde el aire reciclado propagaba la infección con cada respiración.

No era culpa de nadie. Era ignorancia. La misma ignorancia que mataba en todas partes: la gente no sabe lo que no le han enseñado, y a la curandera muerta nadie le había enseñado que la enfermedad viaja en el aire tanto como en el agua.

Cuando el último niño salió de mi cabaña, me senté en el borde de la mesa y me quedé mirando la tablilla. Once nombres. Once cuerpos pequeños que dependían de mis manos y de lo que había dentro de ellas. Once razones para no dormir hasta que esto estuviera bajo control.

Trabajé.

Eirik había cumplido su palabra: antes del anochecer, un guerrero trajo a la cabaña todo lo que había pedido. Valeriana fresca con la raíz intacta. Milenrama. Tomillo del bueno, fragante, recogido de las laderas del sur donde el sol le saca los aceites. Corteza de sauce joven, todavía flexible. Bayas de saúco secas y flores en un tarro aparte. Miel cruda, espesa, dorada, con olor a brezo. Tela de lino. Musgo sphagnum del pantano del norte, exactamente como había especificado. Dos jarras de agua del manantial. Un segundo caldero.

Todo. Cada cosa. Sin sustituir, sin improvisar, sin el *no encontré eso pero te traigo esto otro* que era la respuesta habitual de la gente cuando les pedías algo específico. Cada elemento exacto, como si Eirik hubiera repetido mi lista palabra por palabra a quien fuera que hubiera mandado a buscarlo.

No pensé en lo que eso significaba. No tenía tiempo. Los niños.

Empeé con las cataplasmas de tomillo y miel. Machaque el tomillo fresco en el mortero hasta que la cabaña entera olió a verano, a campo abierto, a los prados de Skálholt donde mi madre me había enseñado a distinguir el tomillo bueno del malo ---*el bueno te pica en la nariz, Sólveig; si no te pica, no sirve*---. Mezclé la pasta de tomillo con miel cruda en proporción de uno a tres: suficiente miel para que los niños se la comieran sin protestar, suficiente tomillo para que las propiedades antibacterianas hicieran su trabajo. La miel sellaba. El tomillo mataba. Entre los dos, daban al cuerpo la oportunidad de pelear.

Después, el saúco. Herví las bayas y las flores por separado en el caldero pequeño. Bayas para la fiebre: diaforéticas, hacen sudar, y el sudor es la forma que tiene el cuerpo de bajar la temperatura cuando el fuego interno amenaza con cocer los órganos. Flores para los pulmones: expectorantes, aflojan la mucosidad, abren las vías. Dos infusiones distintas, administradas en momentos distintos del día: las bayas por la noche, para que la fiebre baje mientras duermen; las flores por la mañana, para que tosan y expulsen lo que tienen dentro.

Corteza de sauce macerada en agua fría durante tres horas. Para el dolor y la inflamación. El sauce es el analgésico de los pobres y de los sabios: lo usan los saami, los anglos, los francos, los árabes. Todo el mundo sabe que funciona. Nadie sabe por qué. A mí me daba igual el por qué. Me importaba el cómo.

Valeriana para los que no podían dormir del dolor y la tos: un sedante suave que los relajaría lo suficiente para descansar sin deprimirles la respiración. Dosis mínima. En niños hay que medir con la precisión de un orfebre: lo que cura a un adulto puede matar a un

niño. Mi madre me hacía calcular las dosis en semillas de cebada: una semilla por año de vida para la valeriana, dos para el saúco, media para la digital. Me había hecho repetirlo hasta que lo soñaba, hasta que podía recitarlo dormida, porque *el día que dudes, Sólveig, el día que calcules mal, alguien morirá por tus manos*.

Cayó la noche. Seguí trabajando. Preparé las cataplasmas de vapor: musgo sphagnum empapado en infusión de tomillo, colocado sobre piedras calientes junto a los catres de los niños para que respiraran el vapor mientras dormían. El vapor abría los bronquios. El tomillo desinfectaba. El calor húmedo aflojaba lo que estaba pegado. Era lo más parecido a un hospital que podía montar con lo que tenía, y tenía más de lo que había tenido en dos años.

Las madres empezaron a traer a los niños a la cabaña. Les había mandado aviso con Signe: los cuatro más graves dormirían aquí esta noche, conmigo, donde yo pudiera vigilar la fiebre y la respiración cada hora. Las madres que quisieran quedarse podían quedarse. Las que necesitaran dormir, que durmieran: yo no iba a dormir.

Se quedaron todas.

Cuatro madres y cuatro niños y yo en una cabaña que olía a tomillo y a miel y a miedo. Acosté a los niños en jergones improvisados con pieles de oveja, les apliqué las cataplasmas en el pecho, les di la infusión de saúco con miel y la dosis de valeriana medida al grano, y me senté junto a ellos con las orejas abiertas y las manos listas.

Las horas de la noche pasaron con la lentitud pegajosa de las cosas que importan demasiado para correr. Comprobé la fiebre cada hora: mano en la frente, mano en el cuello, escuchar los pulmones. A Yrsa la fiebre le bajó a media noche, después de sudar tanto que

tuve que cambiarle la túnica. A Bjarki, un niño de seis años con cara de duende y los labios agrietados de fiebre, la tos le mejoró hacia las dos de la mañana: pasó de la tos seca y dolorosa que le sacudía el cuerpo entero a una tos húmeda, productiva, que sacó una cantidad obscena de mucosidad verdosa que le limpié con un paño sin hacer gesto, porque las madres estaban mirando y si yo hacía gesto ellas se asustaban.

A las tres de la mañana, la más pequeña, Ragna, de dos años, dejó de respirar.

La madre gritó. Las otras se despertaron. Yo ya estaba junto a Ragna antes de que el grito terminara, con la oreja en su pecho y los dedos en su cuello. Pulso débil. Respiración ausente. Le levanté la barbilla, le abrí la boca, le limpié la garganta con el dedo ---un tapón de mucosidad, espeso como cera, le bloqueaba la tráquea--- y soplé aire en su boca. Pequeño. Suave. Los pulmones de un bebé son del tamaño de un puño y se revientan si soplas con la fuerza de un adulto.

Un soplo. Dos. Tres. Escuché.

Nada.

Otro soplo. Le puse dos dedos en el pecho y presioné, rítmico, con la presión justa ---demasiada y le rompo las costillas; poca y no sirve---, contando en la cabeza como contaba mi madre: *uno y dos y tres y respira, niña, uno y dos y tres y respira*.

Ragna tosió.

Un golpe de tos que le sacudió el cuerpo pequeño, y detrás de la tos una arcada, y detrás de la arcada un llanto, y detrás del llanto, aire. Aire entrando en unos pulmones que habían dejado de

funcionar durante cuarenta segundos, quizá cincuenta, el tiempo que tarda un niño en morir y en decidir que todavía no.

La madre me la arrancó de las manos. La apretó contra el pecho llorando con un sonido que venía de un lugar anterior al lenguaje, el sonido de un animal que recupera a su cría y no puede procesar la diferencia entre el alivio y el terror. Las otras madres lloraban también, sin hacer ruido, con las manos sobre la boca.

Yo no lloré. Me temblaban las manos. Las cerré. Las abrí. Las cerré otra vez. Me lavé los dedos en el cuenco de agua y volví a comprobar a los otros tres niños, uno por uno, con la minuciosidad mecánica del oficio que es lo único que funciona cuando el cuerpo quiere derrumbarse y la cabeza sabe que no puede.

Los tres estaban estables. Yrsa dormía con la respiración más limpia que había tenido en semanas. Bjarki roncaba. El cuarto, un niño callado de siete años llamado Torfi, había dejado de sudar y tenía el color mejor: menos gris, más humano.

La fiebre estaba cediendo. El tratamiento funcionaba.

Me senté en el borde de la mesa y me quedé mirando a los cuatro niños dormidos y a sus madres acurrucadas junto a ellos y pensé: *Esto. Esto es para lo que sirvo. No para huir, no para esconderme, no para fingir ser nadie en aldeas de nadie. Esto.*

La puerta se abrió a las cuatro de la mañana, con el frío que se mete antes del amanecer.

Yrsa se había despertado llorando media hora antes. La fiebre le había bajado pero la tos la despertaba y tenía miedo y quería a su madre, pero su madre se había dormido por fin después de días sin cerrar los ojos, y yo no quise despertarla. Así que cogí a Yrsa, la senté en mi regazo, le puse otra cataplasma en el pecho y le conté

una historia en voz baja. La historia del dios Loki y la apuesta con los enanos, que era la primera saga que me había contado mi padre y que me sabía de memoria con las voces y las pausas y los gestos, porque mi padre la contaba con todo el cuerpo y yo la había aprendido igual, y nunca se me había olvidado, igual que nunca se me había olvidado el olor a enebro de su longhouse ni el sonido de su risa.

Yrsa se durmió contra mi pecho antes de que Loki perdiera la apuesta. Pesaba tan poco que apenas la notaba: un manojo de huesos y fiebre y pelo rubio que olía a sudor y a infancia, acurrucado bajo mi barbilla con la confianza absoluta de los niños que se duermen en brazos de alguien y no les importa quién sea mientras el calor esté ahí.

Me quedé dormida así, sentada en la silla junto a la mesa, con Yrsa en el regazo y la cabeza apoyada en mi propio brazo.

No oí la puerta.

Pero en algún momento de la noche, alguien entró en la cabaña. Alguien que se movía sin hacer ruido ---el tipo de silencio que se aprende en la cubierta de un barco, donde un paso torpe despierta a treinta remeros--- y que se detuvo junto a mi silla y se quedó ahí, de pie, durante un tiempo que no puedo calcular porque estaba dormida y lo que estoy contando lo reconstruyo después, con las pistas que mi cuerpo guardó mientras mi mente descansaba.

Alguien me puso una piel sobre los hombros.

Pesada, suave, con la densidad del pelaje de invierno. Piel de lobo. La reconocí sin verla, porque el tacto del pelo de lobo es inconfundible: más grueso que la oveja, más suave que la cabra, con una capa inferior de pelusa densa que atrapa el calor del cuerpo y

no lo suelta. Y debía de ser la piel buena, la de abrigo de verdad, porque el frío que me había estado royendo los hombros desapareció de golpe, reemplazado por una tibieza que se extendía por la espalda y los brazos como agua caliente.

Alguien comprobó la manta de Yrsa. La sube un poco, cubriendo el hombro que se había destapado. Dedos grandes, cuidadosos, el tipo de movimiento que hace una persona que no está acostumbrada a tocar cosas pequeñas y frágiles pero que pone todo su empeño en no romperlas.

Alguien se quedó un momento más, de pie, en la oscuridad, y después se fue con el mismo silencio con el que había llegado.

La puerta se cerró sin ruido.

Me desperté con la primera luz. Gris, tenue, la luz cobarde del amanecer nórdico que no se atreve a entrar del todo y se queda en el umbral como un invitado tímido. Yrsa seguía dormida contra mí, caliente, con la respiración regular por primera vez en semanas. Le puse la mano en la frente: tibia, no caliente. La fiebre había bajado.

Bien. Bien. Bien.

Entonces noté la piel.

Olía a cuero curtido. A sal de mar. A algo resinoso, cálido, que vivía debajo de los otros olores como una nota baja en una canción: pino, almizcle, algo metálico que podía ser hierro de armas o podía ser sangre vieja absorbida por las fibras. Y debajo de todo, calor de cuerpo. El calor de alguien que había llevado esa piel encima antes de ponérmela a mí, alguien cuyo olor se había impregnado en el pelaje con la intimidad de las cosas que se llevan mucho tiempo pegadas al cuerpo.

Lo conocía. Ese olor. Lo había olido en el barco cuando se acercó a mí, en la longhouse cuando pasó a mi lado para destrozarle la cara a Hallvard, en la cabaña cuando me dio las llaves y estuvimos tan cerca que habría podido contarle las pestañas. Cuero, sal, pino, metal. El olor del Cuervo.

Me envolví más en la piel. Fue un acto reflejo, anterior al pensamiento: el cuerpo buscó el calor antes de que la cabeza pudiera decirle que ese calor particular venía de un hombre particular y que enrollarse en él como un gato en una manta significaba algo que yo no estaba dispuesta a significar.

Me aparté la piel de los hombros.

Me la volví a poner. Porque tenía frío, y sólo porque tenía frío, y por ninguna otra razón que mi cuerpo quisiera inventarse a las cinco de la mañana con una niña dormida en el regazo y cuatro madres roncando en el suelo.

Me la quedé.

El segundo día fue mejor que la primera noche. Yrsa comió gachas. Bjarki se sentó solo y pidió agua con una voz ronca pero firme. Torfi, el callado, sonrió cuando su madre le trajo un trozo de queso seco. Ragna, la que había dejado de respirar, mamó del pecho de su madre con una fuerza que la hizo llorar de alivio otra vez.

Los otros siete niños vinieron a la cabaña para el tratamiento de día: cataplasma de tomillo y miel, infusión de saúco, vapores. Los menos graves mejoraron rápido. Tres de ellos ya no tenían fiebre por la tarde. Uno me miró con desconfianza y me preguntó si era una elfa, porque las elfas curan con las manos y yo curaba con las manos y tenía el pelo rubio como las elfas de las sagas.

---No soy una elfa ---le dije---. Soy una mujer con muchas hierbas.

---Las elfas también tienen hierbas.

---Las elfas no tienen callos en las manos. ---Le enseñé la palma---. ¿Ves? Manos de persona. Las elfas las tienen suaves.

Me miró los callos con una seriedad de investigador y asintió, parcialmente convencido.

El tercer día fui a la longhouse. Tenía cosas que decir y no pensaba decírselas a un intermediario. Encontré a Eirik sentado en la silla del jarl con Bjǫrn, revisando mapas de navegación desplegados sobre la mesa. Levantó la cabeza cuando entré. Los ojos grises me buscaron y me encontraron y se quedaron medio segundo más de lo que dura una mirada normal, y después volvió a la máscara de piedra y dijo:

---¿Cómo están?

---Mejorando. Pero no es suficiente. Necesito que hagas algo.

Bjǫrn levantó las cejas. Eirik no.

---La longhouse es el problema ---dije---. Los niños sanos duermen en el mismo espacio que los enfermos. El aire se comparte. La infección se propaga con cada respiración. Mientras no separes a los sanos de los enfermos y ventiles los espacios, esto no va a parar.

---¿Qué propones?

---Los niños enfermos se quedan en mi cabaña hasta que estén curados. Abro las ventanas de la longhouse dos veces al día, aunque haga frío. Las madres que cuiden a los enfermos se lavan las manos con vinagre antes de tocar a los niños sanos. Los enfermos no comparten cuencos, tazas ni pieles con nadie.

Eirik me miró.

---Los hombres no van a entender lo de las ventanas. Es otoño. Abrir las ventanas es dejar entrar el frío.

---El frío no mata. La infección sí. Díselo a tus hombres. Y si no te creen, enséñales cómo suena un niño que no puede respirar a las tres de la mañana. Después de eso, abren las ventanas.

Bjǫrn miró a Eirik. Eirik miró a Bjǫrn. Un intercambio silencioso entre dos hombres que llevan lo suficiente juntos para hablar sin palabras. Bjǫrn se encogió de hombros con una media sonrisa que significaba *tiene razón y lo sabes*.

---Se hará ---dijo Eirik.

No discutió. No pidió explicaciones técnicas. No me dijo que lo consultaría con el consejo del clan ni que había que respetar las tradiciones ni ninguna de las excusas que los hombres con poder usan para retrasar las decisiones que les resultan incómodas. Dijo *se hará* y fue suficiente.

Me di la vuelta para irme.

---Sólveig.

Me detuve. No me giré. No sabía por qué no me giré, excepto que cada vez que este hombre decía mi nombre algo pasaba en la base de mi columna que no me gustaba y no podía controlar, y si me giraba iba a tener que mirarlo y si lo miraba iba a tener que procesar lo que viera y no tenía energía para procesar nada que no fuera dosis y cataplasmas y pulmones.

---Ragna ---dijo---. Me han dicho que dejó de respirar y que tú la trajiste de vuelta.

---Hice mi trabajo.

---Tu trabajo le salvó la vida a una niña de dos años.

---Eso es lo que significa *hice mi trabajo*.

Pausa. Sentí su mirada en la espalda como se siente el sol de mediodía: caliente, directa, imposible de ignorar.

---Gracias.

Lo dijo bajo. Sin la voz de mando. Sin la voz de jarl. Con una voz que no le había oído usar antes, una voz que venía de algún lugar blando debajo de la piedra y el kohl y los años de máscara.

No le respondí. Salí de la longhouse. Caminé hasta mi cabaña con pasos rápidos y las manos temblándome, y no era por el frío ni por el cansancio ni por las tres noches sin dormir. Era por esa palabra. *Gracias.* Dicha por un hombre que me había arrancado de mi vida, que había quemado una aldea para encontrarme, que me tenía encadenada a su fiordo con llaves de hierro y ojos de tormenta.

Gracias no debería haber dolido. Pero dolió.

Dolió porque era real. Porque había oído suficientes mentiras en dos años para saber cuándo una palabra viene de la boca y cuándo viene de más adentro, y el *gracias* de Eirik había venido de un lugar donde la gratitud se parece al dolor, donde el alivio de que alguien salve a tus niños se mezcla con la vergüenza de no haber podido hacerlo tú.

Dolió porque me hizo verlo como una persona. No como un captor. No como un jarl. No como un problema que resolver ni un obstáculo que esquivar. Como un hombre que carga con un clan que se le muere entre las manos y que acaba de descubrir que la mujer a la que ha secuestrado puede detener la hemorragia.

Entré en la cabaña. Yrsa me esperaba sentada en el jergón, con las mejillas más rosadas que ayer y los ojos menos vidriosos. Tenía a Huginn posado en la rodilla.

El maldito cuervo me miró. Ladé la cabeza. Él ladé la suya.

---Tu dueño es un desastre, ¿lo sabes? ---le dije.

Huginn graznó con lo que solo podía interpretarse como acuerdo.

Yrsa se rió. Un sonido pequeño, cascado, roto por la tos, pero risa al fin. La primera que había oído de esta niña. El sonido más hermoso y más peligroso del mundo, porque significaba que estaba funcionando, que mis manos servían para algo más que sostener cuchillos y mezclar huidas, y ese pensamiento era una trampa.

Porque sentir que perteneces a un sitio es la primera fase de la pérdida. Primero te dejan necesitar. Después te quitan.

Lo sabía. Cada cicatriz de mi vida me lo había enseñado.

Pero Yrsa se rió, y yo tenía puesta la piel de lobo que olía a él, y por primera vez en dos años la palabra *hogar* me cruzó la cabeza sin que yo la invitara.

La empujé al fondo. La cerré con llave. Revolví las hierbas. Preparé la siguiente dosis. Seguí trabajando.

Pero la palabra se quedó ahí, detrás de la cerradura, arañando.

Capítulo 6

La cicatriz

Llevaba una semana evitándola y Bjǫrn ya no disimulaba la risa.

No la evitaba como se evita a un enemigo: con cálculo, con cautela, con la mano cerca del arma. La evitaba como se evita una hoguera cuando llevas tres días sin dormir y sabes que si te sientas cerca del calor te vas a quedar dormido y no vas a despertar. Evitaba la cabaña, el sendero del río, la zona del almacén donde ella entraba y salía con sus llaves como si el lugar le hubiera pertenecido siempre. Ajusté mis horarios. Cuando ella desayunaba en la longhouse, yo ya había comido. Cuando ella cruzaba la explanada hacia la fragua a buscar agujas nuevas, yo descubría que tenía asuntos urgentes en el cobertizo de barcos. Cuando su voz sonaba al otro lado de una pared, yo cambiaba de dirección.

Funcionaba. Gobernar un clan ofrece excusas infinitas para no estar en ningún sitio concreto.

---Pareces un gato rodeando un cuenco de leche ---dijo Bjǫrn el tercer día, mientras reparábamos la borda del segundo drakkar.

---No sé de qué hablas.

---Hablar no, quizá. Pero acabas de dar un rodeo de cien pasos para no pasar por delante de su cabaña.

---El camino del río estaba embarrado.

---No ha llovido en cuatro días.

Me concentré en la tabla que estaba clavando. El martillo golpeó limpio. Bjǫrn me pasó otro clavo con la sonrisa intacta.

---Leif dice que deberías hablar con ella.

---Leif debería ocuparse de sus propios asuntos.

---Leif es mi marido. Sus asuntos son los míos. Y dice que un jarl que le tiene miedo a una mujer de la mitad de su tamaño no inspira exactamente confianza.

Le clavé la mirada. Bjǫrn me la sostuvo con la tranquilidad de un hombre que lleva veinte años siendo mi hermano de sangre y ha sobrevivido a miradas peores.

---No le tengo miedo.

---No, tienes razón. Es algo peor que miedo. ---Se incorporó, se limpió las manos en la túnica---. Pero eso es problema tuyo, no mío. Lo mío es decirte que el hombro izquierdo te está matando y que llevas una semana sin poder levantar el brazo por encima de la cabeza, y que tienes una sanadora a doscientos pasos que podría arreglarte eso, y que no vas a verla porque eres un cobarde, y que un cobarde con un hombro inservible es un jarl muerto en la próxima pelea.

Silencio. El agua del fiordo chocaba contra los postes del muelle con un ritmo monótono que sonó de pronto muy alto.

Tenía razón. La tenía con la precisión brutal que lo caracterizaba, la misma precisión con la que partía escudos: sin aviso, sin elegancia, sin posibilidad de réplica. El hombro izquierdo me llevaba molestando desde antes del raid. La cicatriz del pectoral, vieja, la que me dejó un guerrero de Sigurd tres años atrás, tiraba cada vez que levantaba el brazo más allá de la horizontal. El tejido se había endurecido y con el frío del otoño se contraía como cuerda mojada. Dolía. No el dolor agudo que te avisa de algo nuevo sino el dolor sordo y permanente de algo viejo que empeora.

En el raid había compensado con el brazo derecho. Nadie lo notó excepto Bjǫrn, que notaba todo, y probablemente Sólveig, que había demostrado tener ojos que leían cuerpos como yo leía corrientes de mar.

---Está bien ---dije---. Iré.

Bjǫrn sonrió. Le habría golpeado si no fuera porque probablemente me habría devuelto el golpe y me habría roto la mandíbula.

Fui a la cabaña después del mediodía.

No inmediatamente después del mediodía. Después de repasar las cuentas del grano, supervisar la reparación del tejado de la casa de Tormod el viejo, hacer una ronda por las defensas del fiordo y perder una partida de hnefatafl contra Kveld que normalmente habría ganado con los ojos cerrados. Cuando se me acabaron las excusas, caminé por el sendero del río con la determinación de un hombre que va al patíbulo y quiere que quede claro que va por voluntad propia.

La puerta de la cabaña estaba abierta. Dentro olía a tomillo, a miel caliente y a algo herbal que no identifiqué. Los estantes de la pared estaban llenos de tarros ordenados por tamaño, con etiquetas escritas en runas que ella había tallado en trozos de corteza. Manojos de hierbas secas colgaban del techo. La mesa de trabajo tenía un mortero con restos de pasta verde y tres cuencos pequeños con líquidos de colores distintos.

En una semana, Sólveig había convertido un almacén de pieles en algo que parecía un templo. Un templo funcional, sin decoración ni adornos, pero con la organización inmaculada de alguien que sabe que el orden salva vidas y el desorden las mata.

Ella estaba de espaldas, inclinada sobre Bjarki, el niño de seis años con cara de duende. Le estaba escuchando los pulmones con la oreja contra el pecho, y el niño le hablaba sin parar, algo sobre un pez que había visto en el río y que era así de grande, las manos muy separadas, y Sólveig asentía con la concentración dividida de alguien que escucha dos cosas al mismo tiempo: los pulmones con el oído y la historia con todo lo demás.

---Más grande que Huginn ---decía Bjarki.

---Nada es más grande que Huginn. Huginn es el cuervo más grande del mundo. Me lo ha dicho él.

---Los cuervos no hablan.

---Este sí. Lo que pasa es que solo me habla a mí.

El niño se rió. Un sonido limpio, sin tos, el sonido de un niño que está mejorando. Sólveig se incorporó y le revolvió el pelo con una mano mientras con la otra apuntaba algo en la tablilla de cera. La escena tenía una domesticidad que me golpeó en el pecho como un puño que no esperaba.

Me vio.

El cambio fue instantáneo. La mano que revolvía el pelo de Bjarki bajó al costado. La sonrisa que le había estado dando al niño se apagó como una vela bajo el agua. La expresión que la reemplazó no era hostilidad ---ya no; eso había ido cediendo día a día a algo más complicado---, sino una especie de alerta controlada. Un ciervo que oye una rama romperse: no huye, pero está listo para hacerlo.

---Jarl ---dijo.

Me llamaba jarl cuando había gente delante. Eirik cuando estábamos solos. La diferencia era un muro que ella levantaba y bajaba según la audiencia, y el hecho de que yo supiera

exactamente cuándo iba a usar cuál de los dos significaba que la observaba demasiado.

---Necesito tu ayuda ---dije. Las palabras me costaron más de lo que deberían. Un jarl no pide ayuda. Un jarl ordena, instruye, dispone. Pero ella no respondía a órdenes, y yo había aprendido eso la primera vez que le di una y me miró como si acabara de decir algo gracioso en un idioma que no merecía la pena traducir---. El hombro.

Leí el diagnóstico en sus ojos antes de que dijera nada. La mirada le bajó al hombro izquierdo, evaluó la postura ---la forma en que lo cargaba ligeramente más bajo que el derecho, la tensión compensatoria en el trapecio, el ángulo del brazo--- y volvió a mi cara con la confirmación de algo que llevaba días sabiendo.

---Me preguntaba cuánto ibas a tardar en venir ---dijo.

Envió a Bjarki fuera con su madre. Cerró la puerta. No con llave: simplemente la empujó hasta que encajó en el marco, y el sonido de la madera cerrándose fue desproporcionadamente alto en el silencio que le siguió.

Estábamos solos. En su cabaña. Con la puerta cerrada. Y ella iba a tener que tocarme.

Es una consulta médica, me dije. *Has tenido docenas. Astrid te cosía heridas dos veces al mes. Es lo mismo.*

No era lo mismo y los dos lo sabíamos.

---Quítate la túnica ---dijo.

Lo dijo con la misma voz que usaba para decir *necesito más vendajes* o *hierve el agua*. Voz de trabajo. Voz de sanadora. Sin inflexión, sin pausa, sin ningún matiz que sugiriera que le pedía a un hombre que se desnudara en su cabaña con la puerta cerrada.

Me quité la túnica. Pasé el cuello por la abertura, saqué el brazo derecho primero ---el izquierdo no lo podía subir tan alto, que era exactamente la razón por la que estaba allí--- y la dejé en el respaldo de la silla. El aire de la cabaña era tibio por el fuego pero mi piel se erizo igualmente, y no era por la temperatura.

Sólveig se acercó. El espacio entre nosotros se redujo de tres pasos a uno, y después de uno a la distancia que necesitan las manos para trabajar: medio brazo. Desde ahí podía olerla. Tomillo. Miel. Algo debajo que era solo ella, un olor tenue y limpio que no pertenecía a ninguna hierba sino a piel caliente y pelo lavado con agua de manantial.

No me miró a la cara. Miró la cicatriz.

La conocía sin haberla visto: podía sentirla todos los días, una línea gruesa y dura que cruzaba el pectoral izquierdo desde la clavícula hasta la tercera costilla, con ramificaciones de tejido cicatricial que se extendían como raíces. Pero verla en sus ojos fue distinto. Vi cómo la recorría con la mirada, centímetro a centímetro, con la misma lectura técnica que había visto en el barco cuando examinó sus propias muñecas: evaluando profundidad, extensión, grado de fibrosis, daño a tejidos subyacentes.

---¿Quién te cosió esto? ---preguntó. Su voz había cambiado. No era la voz de trabajo. Era algo más frío, más afilado: la voz de un profesional que ve un trabajo chapucero y está calculando el daño.

---Astrid. La curandera.

---Astrid cosía como si estuviera remendando una vela. ---Sus dedos se acercaron a la cicatriz. Se detuvieron a un centímetro---. ¿Puedo?

Asentí. No me fié de mi voz.

Me tocó.

Los dedos de Sólveig eran fríos. Siempre tenía las manos frías, lo había notado cuando le pasé las llaves: dedos que vivían en agua y hierbas y metal, dedos que no descansaban nunca lo suficiente para calentarse. Las yemas recorrieron el borde de la cicatriz desde arriba, donde la clavícula formaba un arco bajo la piel, hasta abajo, donde la línea se curvaba siguiendo la costilla. Presionó en un punto. El dolor fue agudo, localizado, como una aguja entrando en un nervio.

No me moví.

---Adherencia ---dijo, más para sí misma que para mí---. El tejido cicatricial se ha pegado al músculo. Por eso no puedes subir el brazo. Cada vez que lo intentas, la cicatriz tira de la fascia y la fascia tira del deltoides y el deltoides grita.

---No grita. Protesta educadamente.

Me miró. Por primera vez desde que había empezado a tocarme, me miró a los ojos, y en la fracción de segundo antes de que volviera a bajar la vista vi algo que se rompió la disciplina profesional como una grieta en el hielo: un destello de algo que no era clínico ni evaluativo ni distante. Algo que tenía calor.

Desapareció. Volvió la máscara de sanadora.

---Puedo arreglarlo ---dijo---. Pero no va a ser agradable. Hay que romper las adherencias a mano. Significa presión sobre el tejido, manipulación profunda. Va a doler.

---He tenido peores.

---Eso es lo que dicen todos los hombres antes de gritar.

Preparó una mezcla en el mortero. La vi hacerlo con la fascinación que no podía evitar cada vez que la veía trabajar: los

dedos separando flores secas de árnica, midiendo aceite de linaza con la precisión de una balanza, añadiendo algo que olía a menta y picaba en la nariz. La pasta resultante era amarilla, espesa, con un olor que abría los pulmones y calentaba la piel antes de tocarla.

---Siéntate ---dijo, señalando el borde de la mesa.

Me senté. Ella se puso a mi lado izquierdo, de pie, con el cuenco de ungüento en la mano. Desde esa posición su cabeza quedaba a la altura de mi hombro. Podía ver la raya de sus trenzas, el nacimiento del pelo dorado en la nuca, las pecas pequeñas que tenía detrás de la oreja izquierda. Tres pecas. En triángulo. Como una constelación que nadie había cartografiado.

Deja de mirarle las pecas. Deja de mirarle todo.

Hundió los dedos en el ungüento y los posó sobre la cicatriz.

El primer contacto fue tibio. El aceite se calentaba con el tacto y se extendía por la piel con una suavidad que duró exactamente tres segundos, el tiempo que le llevó localizar la primera adherencia. Después empujó.

El dolor me subió del pecho a la mandíbula como un disparo. Cerré los dientes. Los músculos del abdomen se me contrajeron por reflejo. Los dedos de Sólveig no se detuvieron: presionaron más, con una firmeza que no encajaba con su tamaño, encontrando el punto exacto donde el tejido se había soldado al músculo y separeándolo con movimientos cortos, rítmicos, implacables.

---Respira ---dijo.

Respiré. No porque ella me lo pidiera. Porque me lo ordenaba con la misma voz con la que yo daba órdenes en la cubierta de un drakkar, y mi cuerpo le obedeció antes de que mi cabeza decidiera si quería hacerlo.

Trabajó en silencio durante un tiempo que no supe medir. Los dedos se movían por la cicatriz con una sistemática que había aprendido a reconocer en ella: de arriba abajo, de dentro afuera, cubriendo cada centímetro con la misma presión implacable. Había puntos donde el dolor era soportable y puntos donde el cuerpo quería apartarse de sus manos como un caballo de un hierro candente. No me aparté. Apretar los dientes y no moverme era lo único que podía controlar, así que lo controlé con todo lo que tenía.

Sus dedos encontraron un nudo profundo, debajo de la clavícula, donde el tejido era más grueso y más duro. Presionó. El dolor cambió de calidad: dejó de ser agudo y se volvió amplio, difuso, el tipo de dolor que no se puede localizar con un dedo porque ocupa demasiado espacio. Cerré los ojos. La mandíbula me dolía de apretar los dientes. El sabor de la sangre me llenó la boca ---me había mordido la mejilla por dentro sin darme cuenta, otra vez--- y la comisura del labio me temblaba con el esfuerzo de no hacer ruido.

---Si necesitas gritar, grita ---dijo Sólveig, sin dejar de trabajar---. No le cuentas nada al dolor que no sepa ya.

No grité. Pero un sonido salió de mi garganta que no era exactamente voluntario: un gruñido bajo, contenido, el sonido de un animal que acepta el dolor porque sabe que viene de una mano que ayuda.

Ella se detuvo. Los dedos dejaron de presionar. Se quedaron ahí, quietos sobre la cicatriz, tibios del ungüento, y la ausencia de dolor fue tan repentina y tan inmensa que me maré.

---La adherencia principal está rota ---dijo. Voz profesional. Datos---. Necesitarás tres sesiones más como esta en las próximas

dos semanas. Después, ejercicios de movilidad que te enseñaré. En un mes podrás levantar el brazo sin dolor.

Abrí los ojos. Ella estaba a mi lado, a medio brazo, con las manos manchadas de ungüento amarillo y la cara encendida por el esfuerzo. Le brillaba la frente. Un mechón se le había soltado de la trenza y le caía sobre la mejilla.

Levanté la mano. Sin pensar. El gesto empezó en los dedos y subió por el brazo antes de que la cabeza pudiera vetarlo: la mano subió hacia su cara, hacia el mechón, hacia la mejilla donde el pelo le hacía sombra.

Me detuve. A un centímetro.

Los dos nos quedamos inmóviles. Mi mano en el aire entre nosotros, sus ojos fijos en mis dedos con la inmovilidad de alguien que ve venir algo y no sabe si esquivarlo o recibirlo. El fuego de la chimenea crepitaba. Huginn, posado en la viga del techo, no hizo ningún ruido, que era la primera vez.

Bajé la mano.

Ella soltó el aire. No lo había oído contenerlo, pero lo oí salir: un soplo pequeño, casi silencioso, que se llevó algo que había estado suspendido entre los dos como un olor antes de la tormenta.

Se apartó un paso. Se limpió las manos en un paño. Se metió el mechón detrás de la oreja ella misma, con la eficiencia irritante de alguien que está diciendo *yo me arreglo sola, gracias* sin abrir la boca.

---Tres sesiones más ---repitió---. Mañana la segunda. No llegues tarde.

Cogí la túnica. Me la puse. El hombro ardía con el calor residual del ungüento y de sus dedos, y la diferencia entre ambos calores era

una línea tan fina que mi piel no podía distinguirlos.

---Sólveig.

Se detuvo junto a la mesa. No se giró del todo. Me ofreció un cuarto de perfil, la línea de la mandíbula, el borde de la oreja con las tres pecas.

---Gracias.

---Es mi trabajo ---dijo. Y después, más bajo, como si la frase se le escapara antes de poder atraparla---: Pero la próxima vez no te muerdas la mejilla. La sangre en la boca no te ayuda. Muerde un trozo de cuero si necesitas morder algo.

Salí de la cabaña con la túnica pegada al hombro por el ungüento y la certeza de que tres sesiones más iban a ser un problema. No un problema médico. Un problema de los que no tienen cura porque la cura y la enfermedad son la misma persona.

El sol de la tarde caía sobre el fiordo convirtiendo el agua en cobre fundido. Subí por el sendero hacia la explanada intentando pensar en algo que no fuera el olor a tomillo y miel y las tres pecas detrás de su oreja, y fallé, y estaba aceptando ese fracaso con la dignidad de un hombre que sabe que está perdido cuando Kveld apareció en la cima del sendero con la cara que ponía cuando las noticias eran malas.

Kveld nunca corría. Kveld caminaba con la misma velocidad uniforme con la que gobernaba el timón: constante, sin variación, sin prisa. Así que el hecho de que estuviera subiendo la cuesta a una velocidad que en él equivalía a un sprint me heló la sangre antes de que abriera la boca.

---Un barco mercante del sur ---dijo, sin aliento, que también era una primera vez---. Ha atracado en la bahía exterior. Traen noticias.

Sigurd ha tomado Vestfold.

Vestfold. El último fiordo amigo entre Sigurd y nosotros. El jarl Tormod del norte, al que llevaba semanas pidiendo refuerzos, tenía su ruta de suministro a través de Vestfold. Con Vestfold caído, esa ruta estaba cortada.

Pensé rápido. Las piezas del tablero se movían en mi cabeza como las del hnefatafl: posiciones, defensas, ataques posibles. Sigurd había tomado Vestfold en otoño, lo que significaba que planeaba invernar allí, afianzar el control y atacar en primavera. Hrafnheim estaba a diez días de navegación. Con hielo invernal, más. Teníamos meses, no semanas, pero meses que se acortarían si Sigurd decidía moverse antes del deshielo.

---¿El jarl de Vestfold? ---pregunté.

---Muerto. Ejecutado en su propia longhouse delante de su clan. ---Kveld tragó---. Le cortaron la cabeza y la clavaron en la proa del drakkar.

Sigurd. El mismo método. La misma firma. Mi padre no había sido decapitado pero sí asesinado con veneno, más lento y más cruel, un veneno que le fue corroyendo los órganos durante semanas mientras él creía que era una enfermedad común. Thyra lo sospechó pero no pudo probarlo. Nadie pudo probarlo. Sigurd siempre mataba de formas que parecían otra cosa: accidentes, enfermedades, duelos donde el vencedor ya había ganado antes de sacar la espada. La decapitación era nueva. Sigurd se estaba volviendo más atrevido. O más descuidado. O las dos cosas.

---Reúne al consejo ---le dije a Kveld---. En la longhouse. Ahora.

Kveld asintió y bajó hacia el pueblo. Me quedé un momento en la cima del sendero, mirando el fiordo. El sol seguía pintando el agua

de cobre. Las casas humeaban. Los niños que Sólveig estaba curando toserían un poco menos esta noche. Una aldea que parecía segura. Una paz que parecía real.

Sigurd venía. Lo sabía como se sabe que viene el invierno: no porque alguien te lo diga, sino porque el aire cambia. Sigurd había matado a mi padre. Había destruido clanes aliados. Había tomado Vestfold. Y Hrafnheim era el siguiente punto en su mapa, el último fiordo independiente de la costa occidental que se resistía a arrodillarse.

Cuando llegara ---no si, cuando--- encontraría a un jarl con un hombro maltrecho, sesenta guerreros, un clan que apenas sobrevivía al invierno y una sanadora que hablaba nórdico de corte y guardaba secretos que yo no había empezado a descifrar.

Bajé a la longhouse.

Antes de entrar, miré una vez más hacia la cabaña del río. Desde arriba se veía el humo de su chimenea, fino y recto en el aire quieto. Un hilo de humo. Una mujer adentro. Un cuervo en la viga. Once niños que estaban dejando de morirse.

Si Sigurd llegaba a Hrafnheim, todo eso ardía. Igual que Skálholt había ardido. Igual que Vestfold acababa de arder.

Me puse la máscara de jarl. Entré en la longhouse. Me senté en la silla de mi padre. Y empecé a planear la guerra que llevaba tres años huyendo de mí.

Pero detrás de la máscara, debajo de la estrategia y las defensas y las rutas de escape, debajo de todo lo que un jarl piensa cuando el enemigo se acerca, había una sola imagen que no podía borrar: tres pecas detrás de una oreja, en triángulo, como una constelación que solo yo conocía.

Y la certeza helada de que ahora tenía algo que perder.

Capítulo 7

El nombre

Oí el nombre por accidente. O quizá los dioses en los que no creo decidieron que ya era hora de que lo oyera.

Había ido a la longhouse a buscar más tela de lino para vendajes. Las reservas de la cabaña se agotaban rápido con once niños en tratamiento, y la llave del almacén pesaba en mi cinturón con la familiaridad de las cosas que usas tanto que dejan de ser ajenas. Entré por la puerta lateral, la que da al pasillo de almacenamiento, y estaba sacando rollos de lino del arca cuando las voces del salón principal me llegaron a través del tabique de madera.

Consejo de guerra. Eirik, Bjǫrn, Kveld, otros que no identifiqué por la voz. Hablaban bajo pero el tabique era fino y yo tenía el oído entrenado en escuchar lo que no debía ---dos años de fugitiva afinan el sentido auditivo hasta un grado que roza lo animal---.

---Vestfold ha caído ---decía Eirik. Su voz de jarl, sin grietas---. Tormod está muerto. La ruta de suministros, cortada.

---¿Cuántos hombres tiene? ---Bjǫrn.

---Los mercaderes hablan de doscientos guerreros propios. Más los que ha reclutado de los clanes sometidos. Podrían ser trescientos, quizá más.

---Nosotros somos sesenta.

---Lo sé, Bjǫrn.

Una pausa. Oí a alguien beber de un cuerno. El fuego crepitaba.

---Sigurd Hakkonsson no va a parar en Vestfold ---dijo Kveld, con su voz plana que sonaba igual hablara de mareas o de muerte---. Lleva diez años moviéndose hacia el oeste. Primero fue Skálholt. Después\...

No oí el resto.

No oí nada.

Skálholt.

El rollo de lino se me cayó de las manos. Golpeó el suelo con un sonido suave que nadie oyó excepto yo, y yo apenas lo oí porque la sangre me rugía en los oídos con el volumen de una cascada, de un incendio, del sonido que hace un mundo cuando se acaba.

Sigurd Hakkonsson.

El nombre entró en mi cabeza y detrás del nombre vino todo lo demás. No como un recuerdo. Como una ola. Como una puerta que se abre de golpe y al otro lado está la noche que lo destruyó todo, intacta, como si llevara dos años esperándome detrás de esa puerta con la paciencia de las cosas que saben que no puedes huir para siempre.

Los barcos con velas negras entrando en nuestro fiordo. La longhouse de mi padre ardiendo. El grito de mi madre que se cortó de golpe, como una cuerda de arpa que alguien corta con un cuchillo. Mi hermano Arn cayendo de rodillas en la hierba con una flecha en el pecho, mirándome con los ojos abiertos, diciendo algo que no pude oír por encima del ruido. Mi padre. Mi padre en la puerta de la longhouse, con la espada en la mano y la cara de un hombre que sabe que va a morir y lo único que le importa es ganar tiempo para que sus hijos escapen. El olor a pelo quemado. El olor a sangre fresca. El calor del fuego en la cara mientras corría colina

arriba con las piernas que no querían funcionar y los pulmones que no querían llenarme y la voz de mi madre en la cabeza diciendo *corre, Sólveig, corre, no mires atrás*.

Miré atrás.

Siempre miro atrás. Cada noche, en el momento entre el despertar y el sueño, miro atrás y veo Skálholt ardiendo desde la colina y a los hombres de Sigurd Hakkonsson moviéndose entre las casas como hormigas negras sobre un cadáver, y sé que todo lo que era yo terminó en esa colina y lo que vino después es otra cosa, otra persona, una mujer hecha de cicatrices y hierbas y la determinación estúpida de seguir respirando.

Sigurd Hakkonsson había matado a mi familia. Había quemado mi hogar. Me había convertido en nadie.

Y ahora estaba a diez días de navegación del fiordo donde yo vivía, y el clan que me había capturado era su próximo objetivo, y la ironía era tan afilada que cortaba: el hombre que me había arrancado la vida iba a venir a buscarme al lugar donde estaba empezando a reconstruirla.

Las manos me temblaban. Las cerré hasta que los nudillos se me pusieron blancos. Las abrí. Seguían temblando. Las metí entre las rodillas y me quedé en el suelo del almacén, agachada entre rollos de tela y sacos de grano, con la cabeza entre los brazos, respirando como me había enseñado la vieja curandera saami: dentro por la nariz, cuatro latidos, fuera por la boca, cuatro latidos. El aire entra, el pánico sale. El aire entra, el pánico sale. El cuerpo no puede estar en pánico si le das un ritmo al que agarrarse.

Las voces seguían al otro lado del tabique. Hablaban de defensas, de alianzas, de estrategia. La voz de Eirik era firme,

organizada, la voz de un hombre que ha pensado en esto antes y tiene un plan. Oí fragmentos: reforzar las defensas del fiordo, enviar mensajeros al jarl Halfdan del este, acumular provisiones para un asedio, entrenar a los jóvenes del clan para el combate.

Sigurd mató a tu padre, pensé, dirigiéndome a Eirik a través de la pared. *Sigurd mató al mío.*

La revelación me golpeó con la fuerza de las cosas obvias que no ves hasta que están delante de tus ojos. Eirik no luchaba contra Sigurd por territorio ni por poder. Luchaba porque Sigurd le había quitado a su padre igual que me había quitado al mío. La misma mano. El mismo monstruo. El mismo fuego, solo que el de Eirik había sido veneno en vez de llamas.

Compartíamos al destructor. Los dos huérfanos por el mismo hombre. Los dos luchando contra el mismo fantasma.

Y Eirik no lo sabía.

Me levanté del suelo. Recogí el rollo de lino. Comprobé que la cara estuviera en su sitio: máscara de sanadora, ojos neutros, manos firmes. Las manos no estaban firmes. Temblaban con un temblor fino, el de la adrenalina que no tiene salida, y no iban a parar en un rato.

Salí del almacén por la puerta lateral. El sol me golpeó en la cara. El fiordo brillaba como si no pasara nada, porque a los fiordos no les importan los nombres de los hombres que matan.

Caminé hasta la cabaña. Cerré la puerta. Me senté en la mesa de trabajo. Miré mis manos temblar sobre la madera durante diez minutos hasta que dejaron de hacerlo.

Después preparé las dosis del día para los niños. Porque el mundo se acaba, pero la fiebre no espera.

Eirik vino a la segunda sesión al mediodía.

No sabía que yo sabía. No sabía que había oído el nombre de Sigurd ni que ese nombre era la esquirla de hueso que llevaba clavada en el centro de mi vida. Entró en la cabaña con la misma determinación incómoda de la primera vez, como si cruzar mi puerta le costara más esfuerzo que una batalla, y se sentó en el borde de la mesa y se quitó la túnica con un movimiento que esta vez fue más rápido. Menos dubitativo. Como si ya supiera cómo iba esto.

La cicatriz me esperaba. La conocía ahora: cada centímetro, cada nudo de tejido, cada adherencia que quedaba por romper. Un mapa grabado en la piel de un hombre por un guerrero de Sigurd Hakkonsson, que era la misma persona que había grabado un mapa distinto en mi vida, hecho no de tejido cicatricial sino de ausencias.

Preparé el ungüento. Árnica, aceite de linaza, menta. Las manos me obedecían pero seguían rígidas, con esa tensión de alambre que queda después del temblor, como músculos que han gastado todo lo que tenían y ahora funcionan con reservas.

Me acerqué. El espacio entre nosotros se redujo al medio brazo de siempre: la distancia del trabajo, la distancia del tacto profesional. Desde ahí veía la cicatriz en detalle. Y hoy, sabiendo quién se la había hecho, la cicatriz me parecía otra cosa. No la herida de un guerrero cualquiera. La firma de Sigurd. La prueba de que el mismo hombre que había destruido mi mundo había intentado destruir el cuerpo de Eirik y solo había conseguido marcarlo.

Le toqué la cicatriz. Los dedos contra la línea gruesa del tejido, buscando el segundo nudo de adherencia, el que estaba más abajo, cerca de la tercera costilla. Presioné. Eirik cerró la mandíbula. El

músculo del masetero se le marcó bajo la barba recortada, y recordé su consejo de la primera sesión: *muerde un trozo de cuero si necesitas morder algo*. No lo había traído. Estaba mordiendo el aire.

Trabajé el nudo. Presión circular, profunda, rompiendo la fibrosis con los pulgares. El cuerpo debajo de mis manos era denso y caliente, con el tipo de musculatura que no viene del ejercicio sino del uso: brazos que reman, hombros que cargan, torso que absorbe golpes. La piel tenía más cicatrices que la principal: cortes finos en los antebrazos, quemaduras viejas en las manos, un tajo mal curado en el costado derecho que algún día tendría que examinar. Un cuerpo que había vivido, que había peleado, que había sangrado y seguido adelante.

Deja de catalogar su cuerpo como si fuera un paciente interesante, me dije. *Es tu captor. Es el hombre que te trajo en cadenas. Que su enemigo sea el mismo que el tuyo no cambia eso.*

Pero lo cambiaba. Lo cambiaba todo, y yo lo sabía, y la parte de mí que había aprendido a sobrevivir calculando ventajas ya estaba procesando las implicaciones: si Sigurd era el enemigo común, si Hrafnheim iba a luchar contra él, entonces yo tenía un interés legítimo en que Hrafnheim ganara. No por Eirik. No por el clan. Por mí. Porque Sigurd tenía que pagar por Skálholt, y si Eirik era el instrumento de ese pago, entonces yo tenía razones para quedarse que iban más allá de las llaves y las cadenas.

Razones propias. Razones de sangre.

Las manos me fallaron.

No mucho. Un temblor breve, un espasmo en los dedos que duró medio segundo y que en cualquier otra situación habría pasado desapercibido. Pero estaba tocando la cicatriz de un hombre que

notaba todo, que registraba el peso del aire y la dirección del viento como otros registran las palabras, y medio segundo fue suficiente.

Eirik me agarró la muñeca.

No con fuerza. Con precisión. Los dedos se cerraron alrededor de mi muñeca con la misma firmeza calibrada con la que había sujetado la cabeza de Hallvard: suficiente para detener, no para dañar. Y me miró.

Los ojos grises estaban a veinte centímetros de los míos. Desde esa distancia podía ver las vetas verdes que cruzaban el iris, como algas en agua profunda. Podía ver la línea de kohl que le enmarcaba los párpados. Podía ver las pestañas, oscuras, más largas de lo que tenían derecho a ser en un hombre con esa cara de halcón.

---Temblas ---dijo.

No era una pregunta. Era la misma declaración de evidencia que yo usaba con mis pacientes: síntoma identificado, a la espera de explicación.

---Cansancio ---mentí---. Llevo diez días sin dormir una noche entera.

No me soltó la muñeca. El pulgar le descansaba sobre mi pulso, en el punto exacto donde la arteria radial late bajo la piel. Podía sentir mi ritmo cardíaco. Lo sabía porque yo podía sentir el suyo a través de la yema de su pulgar: rápido, más rápido de lo que debería estar el pulso de un hombre sentado y quieto.

Dos pulsos. El mío contra el suyo. Los dos acelerados por razones distintas y por la misma razón.

---Mientes ---dijo. Sin acusación. Con la calma de quien constata un hecho, como *llueve* o *es martes*---. Pero no voy a preguntarte por qué.

Otra vez. Otra vez el mismo gesto: la pregunta que no hace, la puerta que deja cerrada, el espacio que me da sin que yo lo pida. Otro hombre habría exigido. Otro jarl habría ordenado. Eirik se limitaba a registrar la mentira y archivarla junto con todas las demás, en ese almacén de datos que llevaba detrás de los ojos de tormenta.

Me soltó la muñeca.

El punto donde su pulgar había estado palpitaba con un calor residual que no tenía explicación fisiológica. Sangre, capilares dilatados, presión localizada: eso era todo, eso tenía que ser todo, y sin embargo la piel de esa zona concreta de mi muñeca seguía quemando como si el contacto hubiera dejado una marca invisible que solo mi sistema nervioso podía leer.

Terminé la sesión. La adherencia cedió con menos resistencia que la primera vez: el tejido se estaba ablandando, respondiendo al tratamiento. En dos sesiones más tendría movilidad completa. Se lo dije con voz profesional, manos limpias, distancia reconstruida.

Se puso la túnica. Se fue.

Me quedé mirando la puerta cerrada con la muñeca contra el pecho, el pulgar de mi mano derecha presionando el punto donde había estado el suyo, como si pudiera conservar la impresión de su pulso en mi piel si apretaba lo suficiente.

Para, me dije. *Para ahora mismo.*

Paré. Lavé el mortero. Guardé el ungüento. Preparé las cataplasmas para la noche. Los niños.

Pero la marca en la muñeca seguía ahí, ardiendo con un calor que no tenía cura porque la cura y la enfermedad tenían la misma cara y la misma voz y el mismo pulgar.

Thyra vino al atardecer.

No la oí llegar. No la oí abrir la puerta, que era raro, porque la puerta crujía siempre. Simplemente levanté la cabeza del mortero donde estaba machacando saúco y allí estaba: de pie junto a la mesa, apoyada en el bastón, con el ojo bueno fijo en mí y el ojo muerto mirando a algún lugar que yo no podía ver.

Di un paso atrás. Instinto. La vieja völva me producía el mismo efecto que la proximidad de un fuego grande: calor y peligro al mismo tiempo, la certeza de que si te acercas demasiado pierdes algo.

---Has oído el nombre ---dijo Thyra.

No preguntó cuál. No hizo falta.

---Sé quién eres, hija del sol. ---El bastón golpeó el suelo una vez, seca, rítmica---. Lo supe la primera vez que te vi. Tienes la mandíbula de Harald, la nariz de Sigríd, y las manos de tu madre, que eran las mejores manos de sanadora entre aquí y Islandia. Conocí a tus padres. Estuve en Skálholt cuando tú eras una niña que corría descalza por el muelle y le sacaba los instrumentos de la bolsa a Sigríd para jugar a curar a los peces.

El suelo se movió bajo mis pies. No el suelo de la cabaña ---ese estaba firme, apretado, sólido--- sino el suelo del mundo: la base sobre la que había construido dos años de anonimato, de ser nadie, de llevar un nombre sin linaje y una bolsa de cuero como única identidad. Ese suelo se abrió bajo los pies y vi el abismo.

Alguien sabía quién era yo.

---No ---dije. La palabra salió automática, refleja, el sonido que hace un animal cuando le tocan la herida---. No soy\...

---Eres Sólveig Haraldsdóttir. Hija de Harald, jarl de Skálholt. Hija de Sigríd la sanadora. Hermana de Arn. Última de tu sangre. ---Thyra avanzó un paso. El bastón golpeó el suelo. El ojo bueno no parpadeó---. ¿Quieres que siga o me vas a mentir otra vez?

Me apoyé en la mesa. No por decisión: por necesidad. Las piernas no me sostenían. La mesa era sólida, de roble, hecha para aguantar el peso de lo que se pusiera encima, y en ese momento lo que se puso encima fue todo lo que había mantenido oculto durante dos años.

---Si Eirik sabe quién soy\...

---Eirik no sabe nada. Todavía. ---Thyra se sentó en la silla junto al fuego con la lentitud ceremonial de alguien para quien sentarse es un acto de voluntad, no de comodidad---. Eirik era un niño cuando estuve en Skálholt. No me recuerda. Y su padre nunca le contó que la völva que vivía en Hrafnheim había viajado a otros fiordos.

---¿Por qué no se lo has dicho?

La vieja me miró con una paciencia que me recordó a mi madre. No la paciencia dulce de las abuelas de las sagas: la paciencia afilada de una mujer que ha sobrevivido a sesenta inviernos nórdicos y no tiene tiempo para la estupidez.

---Porque hay cosas que deben revelarse en su momento. Y este no es el momento.

---¿Cuándo?

---Cuando estés lista. Cuando él esté listo. Cuando la verdad sirva para construir en vez de para destruir. ---Se inclinó hacia delante---. Si Eirik descubre hoy que eres la hija de un jarl, la política se lo traga todo. Los demás jarls querrán usarte: casarte, aliarte, convertirte en ficha de un tablero que no has elegido. Sigurd enviará asesinos en

cuanto sepa que queda una Haraldsdóttir viva, porque una hija de Harald con derecho a reclamar Skálholt es una amenaza que no puede permitirse. Y Eirik\... ---la voz de Thyra bajó un tono--- Eirik se verá obligado a tomar decisiones que ninguno de los dos queréis que tome todavía.

---¿Qué decisiones?

---Las que toma un jarl cuando descubre que la mujer a la que no puede dejar de mirar es más valiosa como alianza política que como sanadora.

La frase me golpeó en el estómago. No por la política. Por las cinco palabras del medio: *a la que no puede dejar de mirar*.

---Él no\...

---Niña. ---Thyra levantó una mano, seca, arrugada, con más fuerza en un dedo que yo en todo el brazo---. No insultes mi ojo bueno. Le veo la cara cuando entras en la longhouse. Le veo la cara cuando sale de esta cabaña. He visto a muchos hombres mirar a muchas mujeres en sesenta años, y lo que tiene ese muchacho en los ojos cuando te mira no es deseo. El deseo es fácil. Esto es más peligroso.

No respondí. No podía. La garganta se me había cerrado con la presión de lo que no podía decir: que yo también lo veía, que yo también lo noté el día del barco y cada día después, que cada vez que Eirik Ragnvaldsson me miraba con esos ojos de tormenta algo en mi pecho hacía un ruido que llevaba dos años muerto y que no tenía derecho a resucitar.

Thyra se levantó de la silla. El bastón golpeó el suelo.

---Tu secreto está a salvo conmigo, Sólveig Haraldsdóttir. ---Se dirigió a la puerta---. Pero los secretos son como las heridas: si no

los tratas a tiempo, se infectan. Y las infecciones matan.

Se detuvo en el umbral. Se giró. El ojo bueno me clavó como un alfiler clava una mariposa.

---Una cosa más. Sigurd no mató solo a tu padre. También mató al de Eirik. Lo sabes, ¿verdad?

---Lo sé.

---Bien. Entonces sabes lo que eso significa.

---Significa que tiene la misma razón que yo para querer verlo muerto.

Thyra sonrió. No era una sonrisa amable. Era la sonrisa de una mujer que ve la pieza del tablero moverse exactamente al lugar donde la esperaba.

---Significa más que eso, hija del sol. Significa que los dos estáis heridos por la misma espada. Y los que comparten la herida comparten la cura. Te guste o no.

Se fue. El bastón sonó en el sendero, cada vez más lejos, hasta que el silencio volvió a ser solo el río y los pájaros y el crepitar del fuego.

Me quedé de pie en la cabaña con las manos apoyadas en la mesa y la cabeza llena de nombres. Sigurd Hakkonsson. Harald Jarl de Skálholt. Sigríd mi madre. Arn mi hermano. Eirik Ragnvaldsson. Sólveig Haraldsdóttir, que llevaba dos años siendo Sólveig a secas, Sólveig de ninguna parte, Sólveig la que no tiene linaje ni hogar ni derecho a nada excepto las hierbas de su bolsa y la habilidad de sus manos.

Pero las manos me habían temblado. Por primera vez en dos años, las manos que no me habían fallado nunca ---ni cuando cosía heridas a la luz de una vela, ni cuando preparaba veneno para las

ratas que infestaban los establos donde dormía, ni cuando le clavé el cuchillo a Ulf en el muslo con la precisión de un reloj--- me habían temblado. Y había sido por un nombre.

No. Había sido por dos. El nombre del monstruo y el nombre del hombre que lo quería matar. Sigurd y Eirik. El destructor y el que podría vengarme. El pasado y lo que fuera que estuviera empezando a ser el presente.

Huginn entró por la ventana. Aterrizó en la mesa con algo en el pico: una bellota. Perfecta, redonda, brillante de humedad. La dejó frente a mí con la solemnidad de un embajador entregando un tratado y se quedó mirándome con la cabeza ladeada.

Un regalo. El maldito pájaro me traía regalos.

Cogí la bellota. Era lisa, pequeña, con la cáscara intacta. La cerré en el puño. Huginn graznó satisfecho y salió por donde había entrado, dejando una pluma negra en la mesa.

Abrí la mano. La bellota. La pluma. Regalos de un cuervo que no era mío y que insistía en actuar como si lo fuera.

Guardé la bellota en el bolsillo del vestido. La pluma la puse entre las páginas de la tablilla de cera donde tenía las dosis de los niños.

No significó nada. No podía significar nada. Era una bellota y una pluma y un pájaro idiota con síndrome de cartero.

Pero esa noche, cuando me acosté en el jergón de la cabaña con la piel de lobo que todavía olía a él, metí la mano en el bolsillo y cerré los dedos alrededor de la bellota y pensé: *Sigurd Hakkonsson viene. Y cuando llegue, voy a estar aquí. No huyendo. No escondida. Aquí.*

No sabía si era una promesa o una amenaza. Quizá las dos cosas.

Quizá la diferencia ya no importaba.

Capítulo 8

El filo

Vino a buscarme al amanecer, antes de que el clan se despertara, con la barbilla en alto y las manos cerradas y una frase que no esperaba:

---Enséñame a pelear.

Estaba en la orilla del río, lavándome la cara con agua de deshielo que me cortaba la piel de las mejillas y me dejaba la cabeza despejada. Huginn picoteaba algo entre las piedras. El cielo todavía era gris y el fiordo estaba quieto y yo no había dormido más de tres horas porque el consejo de guerra se había alargado hasta la madrugada y después me había quedado solo con los mapas y las piezas del tablero, moviendo fichas que representaban hombres que iban a morir.

Levanté la cabeza. Sólveig estaba a cuatro pasos, con una túnica limpia que le quedaba grande ---de Signe, probablemente--- y el pelo recién trenzado con una precisión que sugería que llevaba despierta un rato. No parecía alguien que pedía un favor. Parecía alguien que informaba de una decisión.

---No.

---No era una pregunta.

---Lo sé. La respuesta sigue siendo no.

Silencio. El río corría entre nosotros con la indiferencia de las cosas que no se meten en discusiones ajenas.

---Sigurd viene ---dijo.

Me enderecé. El agua me goteaba de la barba. Ella me miró con esos ojos que no pedían permiso para nada y que de alguna forma conseguían que fuera yo el que se sentía en desventaja.

---¿Cómo sabes\...?

---No soy sorda. Y las paredes de tu longhouse son de madera.

Apreté la mandíbula. Había escuchado el consejo de guerra. Por supuesto que lo había escuchado. Esta mujer escuchaba todo, veía todo, archivaba todo en esa biblioteca clínica que llevaba detrás de los ojos. Debería haberme parecido una intromisión. Me pareció lógico. Un animal en jaula estudia los barrotes.

---Tengo un cuchillo de hueso, Eirik. Un cuchillo de hueso y mis manos. Si un guerrero de Sigurd entra en mi cabaña mientras estoy curando niños, necesito algo más que ungüento de tomillo para defenderlos.

La imagen me golpeó. Sólveig en la cabaña, sola con los niños enfermos, con la puerta reventada y un hombre de Sigurd entrando. El cuchillo de hueso en su mano. La misma escena que había ocurrido en una aldea de Jutlandia tres semanas atrás, solo que la próxima vez el hombre no sería Ulf, que era un idiota con más barba que cerebro. Sería alguien peor.

---Bjǫrn puede entrenarte.

---No quiero a Bjǫrn. Bjǫrn pelea como un oso: aplasta. Yo no puedo aplastar. Necesito aprender a pelear como alguien que es más pequeño y más débil que todos sus enemigos.

Me miró. La frase colgaba entre los dos con la precisión de un diagnóstico.

---Necesito aprender a pelear como tú.

Conocía mi estilo. Había estado observándome ---en la longhouse, en el patio de entrenamiento donde entrenábamos cada mañana, quizá desde la ventana de su cabaña que tenía línea directa al campo--- y había catalogado mi forma de moverme con la misma precisión con la que catalogaba síntomas. Tenía razón, además: yo no peleaba como Bjǫrn. Bjǫrn era fuerza bruta, masa, impacto. Yo era velocidad, ángulos, anticipación. Podía ganarle a hombres más grandes porque les leía el movimiento antes de que lo hicieran y ya estaba donde no me esperaban cuando su arma llegaba al aire vacío.

Eso se podía enseñar. No fácil, no rápido, pero se podía enseñar. Y si Sigurd venía, quería a esta mujer con algo más que un cuchillo de hueso entre ella y la muerte.

Quería a esta mujer.

La frase se formó en mi cabeza con la naturalidad obscena de las cosas que llevan semanas construyéndose y eligen el peor momento para hacerse visibles.

---Mañana ---dije---. Al amanecer. Aquí, junto al río. Sin público.

---¿Por qué sin público?

---Porque vas a caerte muchas veces y no necesitas que cincuenta guerreros te vean hacerlo.

Algo cruzó su cara que habría sido una sonrisa si su boca se hubiera atrevido a terminar el gesto. No se atrevió. Pero la boca le tembló hacia arriba y eso, viniendo de Sólveig, era el equivalente a una carcajada.

---Al amanecer ---repitió. Se dio la vuelta y se fue por el sendero con esos pasos rápidos que parecían siempre estar caminando hacia algo urgente.

Huginn levantó la cabeza de las piedras, la miró irse y emitió un sonido que interpreté como *acabas de aceptar entrenar en combate cuerpo a cuerpo con la mujer a la que no puedes dejar de mirar, genio*.

---Cállate ---le dije al pájaro.

Vino al día siguiente. Y al siguiente. Y al siguiente.

El primer día le enseñé a caer. Es lo primero que se enseña, porque alguien que no sabe caer se rompe la muñeca o el cráneo la primera vez que un golpe lo derriba, y alguien con las muñecas rotas no puede sostener un cuchillo ni coser una herida. Caída lateral, caída hacia atrás, rodar con el impulso en vez de resistirlo, usar la inercia como aliada. Se lo expliqué con palabras mínimas ---no soy profesor; soy un guerrero que aprendió a base de golpes y que enseña a base de demostración--- y después le di un empujón suave para que lo probara.

Cayó mal. Se levantó. Cayó mejor. Se levantó. Cayó bien. Se levantó sin que yo la ayudara, con barro en las trenzas y hierba en la túnica y la expresión de alguien que está memorizando cada movimiento con la misma concentración con la que memoriza las dosis de valeriana.

Al cuarto día caía como si llevara años haciéndolo. Rodaba, se ponía de pie, las manos ya en guardia antes de que yo dijera nada. Una alumna anormalmente rápida. Le pregunté si había entrenado antes.

---Mi hermano ---dijo. Primera vez que mencionaba a un hermano. La cara le cambió medio segundo: una sombra rápida, como una nube cruzando el sol, y después nada---. Me enseñó lo básico cuando era niña.

No pregunté más. El hermano estaba muerto. Lo leí en la sombra.

El quinto día pasamos al cuchillo. Usamos palos de madera en vez de acero porque todavía no me fiaba de que no me clavara uno de verdad, y porque entrenar con palos te enseña la técnica sin el riesgo de perder dedos. Le enseñé las distancias: distancia de corte, distancia de estocada, distancia de seguridad. Le enseñé dónde cortar para incapacitar y dónde para matar.

---Ya sé dónde cortar para matar ---dijo.

---Lo sé. Le cortaste a Ulf a dos dedos de la femoral. Pero saberlo como sanadora y saberlo como guerrera son cosas distintas. La sanadora busca el punto para curar. La guerrera lo busca para destruir. El gesto es el mismo. La intención, no.

Me miró. En sus ojos pasó algo que no supe leer: una oscuridad rápida, como alguien asomándose a un pozo y decidiendo no saltar.

---Enséñame la intención.

Le enseñé.

El problema ---el problema real, el que había sabido desde el principio y había decidido ignorar porque la alternativa era dejarla indefensa--- empezó el séptimo día, cuando pasamos al combate cuerpo a cuerpo.

Cuerpo a cuerpo significa contacto. Significa agarres, llaves, derribos. Significa que mi mano tiene que sujetar su muñeca para enseñarle cómo zafarse, que mi brazo tiene que rodearle el cuello para enseñarle cómo escapar de un estrangulamiento, que mi pierna tiene que trabar la suya para enseñarle a voltear a un hombre más grande usando su propio peso.

Significa que cada mañana, a la hora en que el mundo todavía está gris y el río es lo único que suena, tengo las manos en el cuerpo de esta mujer. En sus hombros. En su cintura. En el hueco de su cadera donde la túnica se arruga cuando gira. Y ella tiene las manos en mí: en mis antebrazos, en mi pecho, en la base de mi cuello donde el pulso late demasiado rápido para que sea por el esfuerzo físico.

La primera vez que la derribé aterrizó de espaldas en la hierba con un golpe que le sacó el aire. Me agaché para ayudarla a levantarse. Le tendí la mano. La cogió. Y en el instante en que tiré de ella para ponerla de pie, con su mano pequeña y encallecida cerrada alrededor de mis dedos y su cuerpo subiendo hacia el mío con la inercia del tirón, su cara pasó a quince centímetros de la mía y olí el tomillo en su pelo y vi el sudor en sus sienes y las pecas que parecían polvo de oro y el labio inferior mordido de concentración, y pensé con la claridad de las catástrofes: *Si no la suelto ahora mismo, voy a besarla.*

La solté.

Ella retrocedió un paso. Se secó las manos en la túnica. Las manos que no le habían temblado mientras le rompía adherencias en mi hombro le temblaban ahora, y no era por el derribo.

---Otra vez ---dijo. Con la voz firme. Con las manos temblando.

Repetimos. Una vez. Dos. Diez. Cada caída y cada levantada era una negociación entre lo que teníamos que hacer y lo que queríamos hacer, y la distancia entre ambas cosas se reducía con cada contacto como se reduce la distancia entre dos barcos que la corriente arrastra hacia el mismo punto.

Al décimo día me sorprendió.

Le estaba enseñando la defensa contra un agarre frontal: alguien te sujeta de los hombros, tú bajas el centro de gravedad, introduces los brazos por dentro de los suyos y empujas hacia arriba para romper la presa. Simple. Eficaz. Lo habíamos practicado cinco veces. A la sexta, en vez de empujar hacia arriba, bajó la cadera, me trabó la rodilla con la pierna y me empu jó hacia un lado usando mi propia inercia. No era la técnica que le había enseñado. Era una variación que había inventado sobre la marcha, combinando lo que sabía del cuerpo humano con lo que llevaba diez días aprendiendo sobre ángulos y palancas.

Caí. De espaldas. En la hierba mojada, con el cielo gris arriba y la cara de Sólveig mirándome desde un metro de distancia con una expresión que intentaba ser neutra y no lo conseguía.

Estaba contenta. Lo leí en la esquina de su boca, en el brillo de los ojos, en la forma en que apretaba los labios para no sonreír. Acababa de derribar al jarl de Hrafnheim y estaba conteniendo la primera sonrisa auténtica que yo le había visto, y la contenía porque sonreír delante de mí era ceder terreno y ella no cedía terreno.

Pero la sonrisa estaba ahí. Debajo de la máscara. Queriendo salir.

---Bueno ---dije, desde el suelo---. Eso no te lo he enseñado yo.

---Anatomía ---dijo---. Tu rodilla estaba extendida. Tu peso iba hacia delante. Un empujón lateral en el fulcro correcto y la gravedad hace el resto.

---Me estás explicando cómo me has tirado al suelo.

---Te estoy enseñando. ---Pausa. La boca le tiró hacia arriba un milímetro---. Para que no te pase otra vez.

Me levanté. Nos miramos. El río corría. Huginn graznaba desde un abedul con la impaciencia de un espectador que quiere que pase

algo.

Y entonces ---no sé por qué, no sé qué se rompió en la pared que los dos manteníamos con tanto esfuerzo--- me reí.

No la risa seca de un jarl concediendo un punto. Una risa de verdad. Corta, brusca, arrancada de algún sitio que llevaba años sin producir ese sonido, como una puerta que se abre a un cuarto cerrado tanto tiempo que el aire de dentro huele a polvo y a infancia. Bjǫrn me hacía sonreír a veces. Signe me sacaba muecas de vez en cuando. Pero nadie me había hecho reír ---reír de verdad, desde el abdomen, con la cabeza echada hacia atrás y los dientes expuestos--- desde antes de que mi madre muriera.

Y Sólveig me miró y la máscara se le cayó de la cara.

Duró dos segundos. Tres. El tiempo que tardó en darse cuenta de lo que estaba pasando ---que me estaba mirando reír con la boca abierta y los ojos desarmados y una expresión que yo no quería nombrar porque nombrarla la habría hecho real--- y recomponer el hielo.

Pero la vi. La vi debajo del hielo.

Y lo que había debajo no era frío.

Ese día no entrenamos más. La excusa fue el sol que subía y el clan que despertaba. La razón real fue que los dos neces itábamos distancia para volver a respirar.

Me fui a la longhouse. Ella se fue a la cabaña. Huginn voló entre los dos como si no supiera a quién pertenecía.

Encontré a Bjǫrn en la puerta de la longhouse, sentado en el banco con una taza de leche caliente y Leif a su lado. Leif era la mitad del tamaño de Bjǫrn y el doble de peligroso: delgado, rápido, callado, con la cara bonita de alguien que la gente subestima y las

manos de alguien que no debería ser subestimado. Estaba apoyado contra el hombro de Bjǫrn con la naturalidad de dos cuerpos que llevan años ajustándose el uno al otro, y Bjǫrn tenía la mano en su rodilla con el descuido del hábito.

Levantaron la cabeza cuando me vieron. Bjǫrn registró la hierba en mi ropa, el sudor en las sienes, la expresión que yo todavía no había terminado de recomponer.

---¿Entrenando? ---preguntó, con esa inocencia que a nadie engañaba.

---A la sanadora. Combate básico. Por si Sigurd llega.

---Ah. Combate básico. ---Miró a Leif. Leif miró a Bjǫrn. Se entendieron sin palabras, como siempre.

---¿Qué? ---dije.

---Nada ---dijo Leif. Tenía la voz suave y la sonrisa afilada---. Solo que la última vez que Bjǫrn me enseñó combate básico, acabamos casados.

Bjǫrn se atragantó con la leche. Leif le dio una palmada en la espalda sin dejar de sonreír.

---No es lo mismo ---dije.

---No, claro ---dijo Leif---. Bjǫrn no le dio las llaves del clan a su instructora de combate después de tres horas de conocerla.

Los miré a los dos. Bjǫrn tenía leche en la barba y la expresión de un hombre que sabe que su marido acaba de decir algo que él no se habría atrevido a decir y que es completamente cierto. Leif me sostenía la mirada con la tranquilidad de alguien que lleva años viviendo con el guerrero más grande de Hrafnheim y no le tiene miedo a nada que mida menos de dos metros.

---Tengo un clan que gobernar ---dije, que era mi respuesta estándar cuando no tenía respuesta.

---Sí ---dijo Leif---. Y una sanadora a la que gobernar no parece interesarle lo más mínimo. Lo cual, si me permites la observación, es exactamente lo que te hace falta.

Entré en la longhouse sin responder. Detrás de mí, Bjǫrn murmuró algo y Leif se rió, y el sonido de esa risa me persiguió hasta la silla del jarl donde me senté a repasar los informes de defensa con la mandíbula apretada y las respuestas de Leif rebotando dentro de mi cráneo como piedras en un cubo.

La última vez que Bjǫrn me enseñó combate básico, acabamos casados.

Trabajé. Me concentré en lo que podía controlar: las defensas del fiordo, los puntos débiles, las rutas de evacuación para los niños y los ancianos si Sigurd llegaba antes de que estuviéramos listos. Envié un segundo mensajero al jarl Halfdan del este, esta vez con una oferta de alianza más generosa: acceso a nuestras rutas de pesca a cambio de cincuenta guerreros. Ordené redoblar la guardia en la entrada del fiordo. Revisé el armamento.

Las horas pasaron con la densidad de las horas útiles. Cuando caía la tarde y la luz del fiordo pasaba del gris al ámbar, salí a supervisar las defensas del acantilado norte. Al volver, pasé por delante de la cabaña de Sólveig.

No debería haber pasado. El camino de vuelta por el sendero del establo era más corto. Pero los pies van donde quieren cuando la cabeza está pensando en otras cosas, y mis pies querían pasar por delante de la cabaña del río. Mis pies eran unos traidores.

La puerta estaba abierta. Dentro, Sólveig le estaba poniendo una cataplasma a Yrsa mientras Bjarki le contaba otra historia de peces. La escena tenía la misma domesticidad que me había golpeado la primera vez: la luz del fuego en su pelo, los tarros de hierbas en los estantes, los niños que la miraban como si fuera la respuesta a una pregunta que no sabían formular. No me vio. Estaba de espaldas, inclinada sobre Yrsa, con las manos sucias de ungüento y la voz baja contándole algo a la niña que la hizo sonreír, y la sonrisa de Yrsa era lo más parecido a la primavera que había visto en meses.

Me quedé un momento. Un momento demasiado largo, de pie en el sendero como un fantasma que mira por la ventana de la casa donde vivía. Después seguí caminando.

No me vio.

Pero Huginn sí. El pájaro estaba posado en la viga de la puerta y me miró pasar con la cabeza ladeada y emitió un sonido bajo que podría haber sido un saludo o una acusación o las dos cosas.

La noche cayó sobre Hrafnheim con el peso de las noches de otoño, densas y frías, que duran demasiado y dejan demasiado tiempo para pensar. Cené en la longhouse con el clan: estofado de ciervo, pan, cerveza. Bjǫrn y Leif estaban sentados juntos en el segundo banco, hombro con hombro, compartiendo el cuenco con la eficiencia de dos personas que llevan años comiendo del mismo plato. Signe estaba al fondo, discutiendo con un guerrero joven sobre algo que tenía que ver con caballos y que parecía acalorado en una dirección que no era romántica sino competitiva.

Sólveig no cenó en la longhouse. Cenaba en su cabaña, sola o con los niños, desde el primer día. No la culpaba. Sesenta vikingos comiendo no es un espectáculo agradable ni un entorno seguro para

una mujer que todavía era, técnicamente, una cautiva. Aunque las llaves en su cinturón y el respeto en los ojos de las madres que le llevaban a sus hijos decían otra cosa.

Cuando la longhouse se vació y los fuegos bajaron y el silencio tenía el peso de la madera y la piedra, me quedé solo con los mapas. Estaba midiendo distancias entre Vestfold y Hrafnheim con una cuerda anudada cuando oí pasos.

Ella.

Estaba en la puerta de la longhouse, con una lámpara de aceite en la mano que le pintaba la cara de sombras y luz dorada. La piel de lobo en los hombros. Las trenzas más sueltas que por la mañana, como si hubiera pasado el día trabajándose el pelo con las manos sin darse cuenta.

---¿Puedo pasar?

La primera vez que pedía permiso para algo. Asentí.

Entró. Caminó hasta la mesa donde yo tenía los mapas. Se detuvo al otro lado, con la mesa entre nosotros como un territorio neutral. Miró los mapas. Las rutas trazadas con carbón. Las posiciones de los clanes marcadas con fichas de hueso. La ficha de Hrafnheim era un cuervo tallado que mi padre había hecho para mí cuando tenía diez años.

---Tu padre ---dijo.

No como pregunta. Como apertura.

La miré. Su cara era ilegible bajo la luz de la lámpara: sombras en los pómulos, ojos oscurecidos por la penumbra, la boca una línea recta que no revelaba nada.

---¿Qué pasa con mi padre?

---Sigurd lo mató. ---No una pregunta---. Con veneno.

El aire de la longhouse cambió de temperatura. No físicamente. Pero algo se enfrió dentro de mí, algo que llevaba años encerrado bajo capas de máscara y deber y la necesidad de gobernar sin que el dolor gobernara primero.

---¿Cómo sabes que fue veneno?

---Porque soy sanadora. Y porque las paredes son finas.

Silencio. El fuego casi muerto ardía en brasas rojas que daban más calor que luz. La ficha del cuervo proyectaba una sombra sobre el mapa que parecía un pájaro real.

---Mi padre murió en tres semanas ---dije. Las palabras salieron con la voz del hombre que era debajo del jarl, la voz que casi nunca usaba, la que sonaba como sonaría el agua del fiordo si pudiera hablar: fría, honda, cargada de cosas que se hunden---. Los primeros días creímos que era fiebre. Después, cuando dejó de comer y empezó a vomitar sangre, Thyra dijo que era veneno. Pero no había pruebas. Sigurd había mandado hidromiel como regalo dos semanas antes. Para cuando lo supimos, el barril estaba vacío.

---¿Qué síntomas tenía?

La pregunta me descolocó. No era la pregunta que esperas después de contarle a alguien cómo murió tu padre. Era la pregunta de una sanadora. La pregunta de alguien que está pensando en el veneno, no en el dolor.

---Vómitos. Sangre en el vómito y en las heces. Dolor abdominal. Debilidad. Pérdida de peso. Al final, convulsiones.

Ella asintió. Despacio. Con la cara de alguien que está encajando piezas.

---¿Le cambió el color de las uñas?

Parpadeé.

---Sí. Se le pusieron oscuras. Casi negras.

---Arsénico ---dijo Sólveig---. Administrado en dosis bajas durante semanas, probablemente en el hidromiel. Los síntomas imitan una enfermedad gástrica hasta que es demasiado tarde. Las uñas oscuras son la firma: la única señal que no se puede confundir con otra cosa.

La miré. Ella me miró. Entre los dos estaba la mesa con el mapa y las fichas y los tres años de preguntas sin respuesta que acababan de colapsarse en una sola palabra: arsénico.

Mi padre había sido envenenado con arsénico. Lo sabía Thyra, que lo sospechaba pero no podía probarlo. Lo sabía yo, que había visto morir a mi padre sin poder hacer nada. Y ahora lo sabía esta mujer, esta sanadora, esta extranjera con secretos propios que había mirado los síntomas y le había puesto nombre al fantasma.

---¿Podrías probarlo? ---pregunté. La voz me salió más baja de lo que quería---. Si tuvieras evidencia. Si tuvieras los restos del veneno, o el barril, o\...

---Si tuviera muestras del suelo donde se vertió el hidromiel, sí. El arsénico deja rastro. Se acumula en la tierra. No desaparece con la lluvia. Si alguien vació el barril en algún sitio dentro del clan, la tierra de ese sitio todavía lo tiene.

La esperanza es una cosa peligrosa. Lo sabía. Lo había aprendido del cuerpo de mi madre en la cabaña, de la piedra sin nombre, de los niños que se morían de tos. La esperanza te abre el pecho y deja entrar el frío, y cuando la esperanza falla, el frío se queda.

Pero la miré a los ojos y vi que no estaba ofreciendo esperanza. Estaba ofreciendo ciencia. Certeza. La posibilidad de convertir una sospecha en una prueba que pudiera presentar ante el Thing, ante

los demás jarls, ante cualquiera que necesitara una razón para unirse contra Sigurd que fuera más que la palabra de un jarl huérfano con un clan pequeño y un cuervo en el hombro.

---Te traeré tierra de donde se vació el barril ---dije---. Thyra sabe dónde fue.

Sólveig asintió. Se quedó un momento más, de pie al otro lado de la mesa, con la lámpara bailando sombras en su cara.

---Eirik.

---Dime.

---Siento lo de tu padre.

Lo dijo sin la blandura falsa del pésame de cortesía. Lo dijo como se dice *el hueso está roto*: un hecho, una realidad, algo que duele y que se nombra sin adorno porque adornarlo sería insultarlo.

Tragé. La garganta me arañó.

---Gracias.

Se fue. La lámpara desapareció por la puerta y con ella la luz y el olor a tomillo y esa presencia que llenaba cualquier espacio donde estuviera con algo que yo no podía nombrar pero que hacía que el espacio pareciera mejor.

Me quedé con los mapas, las fichas, la sombra del cuervo tallado y la palabra arsénico vibrándome en la cabeza como el tono de una campana después del golpe.

Tenía un arma nueva. No una espada ni un hacha ni un ejército.

Una sanadora que sabía leer venenos.

Y lo que eso significaba ---para la guerra, para el Thing, para todo lo que vendría después--- era más poderoso que cien guerreros.

Lo que significaba para mí era otra cosa. Algo que no tenía que ver con la guerra ni con la política ni con Sigurd. Algo que tenía que ver con una mujer que me había derribado en la hierba por la mañana y por la noche me había puesto nombre al dolor de mi padre, y que hacía las dos cosas con la misma precisión letal, y que cada día que pasaba se parecía menos a una cautiva y más a la persona sin la cual no estaba seguro de cómo gobernar.

Eso me asustaba más que Sigurd.

Sigurd podía matarme. Ella podía hacer algo peor.

Capítulo 9

La prueba

Tres puñados de tierra. Eso era lo que necesitaba para demostrar que Sigurd Hakkonsson era un asesino.

Eirik los trajo al amanecer, antes del entrenamiento. Los trajo él, no un guerrero, no un sirviente: él, con las manos sucias de barro y una bolsa de cuero con tres muestras separadas por trozos de tela. Cada muestra etiquetada con una runa tallada en un trozo de corteza: la primera del lugar donde se vertió el hidromiel, detrás de la longhouse. La segunda del suelo junto al arca donde se había guardado el barril. La tercera de un campo limpio a cien pasos del pueblo, para comparar.

Me las dejó en la mesa de trabajo sin decir nada. Las miré. Lo miré. Tenía tierra bajo las uñas y en las líneas de las palmas, metída en las grietas de una piel que llevaba treinta años agarrando espadas y cuerdas de barco. El jarl de Hrafnheim, de rodillas en el barro antes del amanecer, recogiendo tierra con las manos para que una sanadora cautiva pudiera analizarla.

---Thyra me enseñó dónde fue ---dijo---. Dice que tu madre habría sabido hacer esto.

El nombre de mi madre en su boca me pilló desprevenida. No mi madre: *tu madre*, sin saber quién era, repitiendo lo que Thyra le había contado. Thyra, que estaba jugando una partida de hnefatafl en la que yo era una pieza y Eirik otra y ella movía el tablero sin que ningún o de los dos viera la mano.

---Mi madre sabía hacer muchas cosas ---dije. La voz me salió más blanda de lo que quería. La endurecí---. Necesito dos días para el análisis. Te aviso cuando tenga resultados.

Asintió. Se fue. No preguntó cómo iba a hacerlo. No pidió que le explicara el proceso. Confió. Dejó tres puñados de tierra en mi mesa y se fue con la misma confianza con la que me había dejado las llaves: absoluta, sin condiciones, insoportable.

Trabajé.

El método era antiguo y simple, de los que mi madre llamaba *pruebas de campo*: técnicas que funcionan sin laboratorio, sin instrumentos finos, sin nada que no puedas encontrar en un bosque o en la bolsa de una sanadora viajera. Mi madre las había aprendido de un médico árabe que había llegado a Skálholt en un barco mercante cuando yo tenía siete años. Se quedó un invierno. Enseñó a mi madre cosas que ningún sanador del norte conocía: destilación, separación de compuestos, pruebas de presencia de sustancias en muestras orgánicas. Mi madre le enseñó las propiedades del musgo sphagnum y la corteza de sauce. Cuando se fue, mi madre dijo que había sido el intercambio más justo de su vida.

El arsénico deja marca en la tierra. Se acumula. No se disuelve con la lluvia ni se descompone con el tiempo: persiste, como los rencores y como las deudas de sangre. Para encontrarlo necesitaba hacer una extracción acuosa de cada muestra, hervir el líquido hasta reducirlo, y aplicar una prueba de precipitación con cobre y vinagre que mi madre me había enseñado cuando tenía doce años, arrodillada en el suelo de su cabaña de trabajo, con la paciencia de alguien que sabía que algún día su hija iba a necesitar saber cómo se atrapa a un envenenador.

No podía saber que ese envenenador sería el mismo hombre que la mató.

Preparé tres cuencos de cerámica. Mezclé cada muestra de tierra con agua del manantial y vinagre en proporción exacta, removí hasta disolver lo soluble, dejé decantar, filtré a través de lino limpio, herví los filtrados en el caldero pequeño hasta reducirlos a un tercio. El proceso tomó horas. Horas de vigilar calderos, medir temperaturas con el dorso de la mano, colar líquidos turbios hasta que quedaran claros.

Mientras trabajaba, los niños entraban y salían. Yrsa se había convertido en mi sombra: me seguía por la cabaña con la gravedad silenciosa de los niños que han estado a punto de morir y no saben qué hacer con el hecho de no haberlo hecho. La fiebre le había bajado del todo. Comía. Dormía. La tos había pasado de productiva a residual, el último eco de unos pulmones que estaban limpiándose. En una semana podría volver a su casa con su madre.

No quería. Se lo leía en los ojos cada vez que le decía que era hora de ir a dormir: la resistencia muda de quien ha encontrado un lugar donde se siente segura y no quiere que lo saquen de él.

La entendía mejor de lo que me habría gustado admitir.

Bjarki, en cambio, ya estaba corriendo por el pueblo como si no hubiera estado al borde de la muerte dos semanas atrás. Los niños tienen esa capacidad obscena de volver a la vida a toda velocidad, como si la enfermedad fuera un paréntesis que se cierra y se olvida. Me había traído tres piedras del río, un escarabajo muerto y la promesa solemne de que el pez que había visto era *así de grande* y que la próxima vez me lo iba a demostrar.

---Trato hecho ---le dije---. Pero si el pez es más pequeño de lo que dices, me debes una semana de obedecerme sin protestar.

---¿Y si es más grande?

---Si es más grande, le cuento a todo el clan que Bjarki el pescador atrapó al pez más gordo del fiordo y compongo una saga en tu honor.

Se fue corriendo al río con la expresión de un niño que planea pescar un monstruo marino. Su madre, que estaba en la puerta recogiendo las cataplasmas usadas, me miró con ojos húmedos. No dijo nada. No hacía falta. El hijo que había creído perdido corría por el pueblo persiguiendo peces imaginarios, y eso era todo lo que necesitaba decirme.

Al segundo día, los extractos estaban listos. Tres líquidos claros en tres cuencos de cerámica, etiquetados con las mismas runas de las muestras. El paso siguiente era la precipitación.

Necesitaba cobre. Un trozo pequeño, limpio, sin óxido. Fui a la fragua. El herrero, un hombre enorme con el nombre improbable de Ketil el Fino ---que probablemente había sido fino a los ocho años y después había crecido en todas las direcciones posibles---, me dio un recorte de lámina de cobre sin hacer preguntas. La sanadora del jarl pedía cosas raras y él se las daba. Así funcionaba ahora.

La sanadora del jarl. No la cautiva. No la extranjera. La sanadora del jarl. El cambio había ocurrido sin que nadie lo anunciara, sin ceremonia ni declaración: simplemente, en algún momento de las últimas tres semanas, el clan había dejado de verme como la mujer que Eirik había traído en un barco y había empezado a verme como la mujer que curaba a sus hijos. La diferencia era inmensa. La diferencia era unas llaves en el cinturón y unas madres que me

saludaban por la mañana y un herrero que me daba cobre sin preguntar para qué.

La diferencia era peligrosa.

Porque cuanto más me integraba, más me costaba recordar que esto no era mío. Que este fiordo no era mi fiordo. Que estas casas no eran mis casas. Que estos niños no eran mis niños. Que el hombre con ojos de tormenta que me había dado las llaves y la piel de lobo y tres puñados de tierra no era\... no era\...

No era nada. No podía ser nada.

Laminé el cobre hasta hacerlo fino como una uña. Lo limpié con vinagre. Lo introduje en el primer extracto ---la muestra del lugar donde se vertió el hidromiel--- y lo dejé en reposo sobre las brasas del fuego, calentando el líquido sin dejarlo hervir.

Esperé.

El tiempo de espera de una prueba química es el peor tipo de espera: sabes que algo está pasando a nivel invisible, que las sustancias están reaccionando o no reaccionando, que la respuesta ya existe pero todavía no puedes verla. Es como esperar a que una fiebre suba o baje: la ciencia está ocurriendo dentro del cuerpo del paciente y tú solo puedes mirar y confiar en que has hecho lo correcto.

La lámina de cobre empezó a cambiar de color.

Despacio. Un oscurecimiento gradual que empezó en los bordes y avanzó hacia el centro, como una mancha de tinta extendiéndose por un paño. El brillo anaranjado del cobre desapareció bajo una capa opaca, grisácea, con un matiz verdoso que no era óxido común. Era arsénico. El cobre absorbe el arsénico disuelto y lo

muestra en su superficie como la piel muestra la fiebre: un cambio de color que no se puede fingir ni confundir con otra cosa.

La primera muestra era positiva.

Repetí la prueba con la segunda muestra. Mismo resultado: oscurecimiento, capa grisácea, matiz verde. La tierra junto al arca también estaba contaminada.

La tercera muestra ---el campo limpio--- no cambió. El cobre se mantuvo brillante, anaranjado, limpio. Sin arsénico.

Dos positivas. Una negativa. El patrón era inequívoco: el veneno estaba en el hidromiel y se había concentrado en el suelo donde se había vertido. Tres años después, la tierra seguía gritando lo que el barril vacío ya no podía decir.

Me senté en la silla. Miré las tres láminas de cobre alineadas en la mesa: oscura, oscura, brillante. La prueba. La prueba que Eirik necesitaba para llevar a Sigurd ante el Thing. La prueba que podía cambiar alianzas, inclinar la balanza, darle a un jarl huérfano con sesenta guerreros la legitimidad para pedir ayuda a toda la costa.

Y la prueba de algo más. La prueba de que mi madre tenía razón cuando decía que el conocimiento es el arma más peligrosa: no corta carne, pero corta mentiras, y las mentiras son lo único que sostiene a los tiranos.

Guardé las láminas en un paño de lino. Guardé las muestras de tierra. Guardé los extractos en tarros sellados con cera. Todo etiquetado, todo documentado, todo preparado para ser presentado ante quien hiciera falta. Mi madre habría estado orgullosa del método. Le habría puesto una pega al filtrado ---siempre ponía una pega, era su forma de decir *bien hecho*--- pero habría estado orgullosa.

Eirik vino a la cabaña esa tarde para la última sesión del hombro.

Le enseñé las láminas primero. Puse las tres en la mesa, lado a lado: oscura, oscura, brillante. Le expliqué el proceso con la brevedad de alguien que sabe que el público no necesita entender la química, solo el resultado.

---La tierra donde se vertió el hidromiel tiene arsénico. La tierra junto al arca también. La tierra del campo limpio, no. Tu padre fue envenenado con hidromiel adulterado.

Eirik miró las láminas. No las tocó. Se quedó de pie frente a la mesa con las manos a los lados, inmóvil, y la única señal de que las palabras le habían llegado fue un cambio en la respiración: más lenta, más controlada, la respiración de alguien que está conteniendo algo que no puede permitirse soltar.

---¿Esto se puede presentar ante el Thing?

---Si hay un hombre sabio en el Thing que entienda de venenos, sí. Si no, te creerán igual: la prueba es visual. Cualquiera puede ver la diferencia entre el cobre limpio y el cobre envenenado. No necesitan entender por qué funciona. Solo necesitan ver que funciona.

Asintió. Despacio. Con la cabeza en otro sitio: en el Thing, en las alianzas, en las puertas que esta prueba acababa de abrir. Después volvió. Me miró. Y lo que vi en sus ojos no era estrategia ni política: era alivio. El alivio enorme y terrible de alguien que lleva tres años con un grito atrapado en la garganta y por fin puede dejarlo salir.

No lo dejó salir. Era Eirik. Eirik no gritaba. Eirik se tragó el alivio entero y lo convirtió en una sola frase:

---Ahora tengo la prueba. ---La voz baja, densa, la voz de debajo del jarl---. Y te la debo a ti.

---Se la debes a la tierra ---dije---. Y al arsénico, que es un hijo de puta muy leal: se queda donde lo dejas.

La comisura de su boca se movió. Ese tic que ya conocía, ese espasmo minúsculo que en cualquier otro hombre sería invisible y en Eirik era el equivalente a una carcajada. Me lo había arrancado. Otra vez. Y otra vez sentí esa satisfacción peligrosa de provocar una reacción en alguien que se había construido para no tener reacciones.

---El hombro ---dije, antes de que el silencio se volviera algo que no podía gestionar---. Última sesión.

Se quitó la túnica. La tercera vez. Cada vez más rápido, cada vez con menos dubitación, como si quitarse la armadura frente a mí se hubiera convertido en algo que el cuerpo hacía por costumbre aunque la mente todavía lo registrara como peligroso.

La cicatriz me esperaba como una vieja conocida. La recorrí con los ojos antes de tocarla: la línea gruesa del corte principal, las ramificaciones de tejido fibroso, los puntos donde había roto las adherencias en las sesiones anteriores y que ahora estaban más blandos, más flexibles, más vivos. El tejido respondía. El cuerpo curaba.

Preparé el ungüento. Árnica, linaza, menta. Los dedos hicieron el trabajo solos, como hacen las manos de cualquier persona que lleva años repitiendo un gesto hasta que se convierte en música. Mientras mezclaba, él esperaba sentado en el borde de la mesa. La luz de la ventana le entraba por el costado y le dibujaba un mapa de sombras en el torso: los valles entre los músculos, las crestas de las costillas, la línea oscura de vello que bajaba del ombligo y desaparecía bajo la cintura de los pantalones.

No miré esa línea. O la miré un segundo. Un segundo que fue suficiente para que el calor me subiera del estómago al cuello con la velocidad de una fiebre que no estaba en ningún libro de medicina porque ningún libro de medicina cubre la estupidez de desear a tu captor mientras le curas la herida que le hizo el mismo hombre que mató a tu familia.

Me acerqué. Medio brazo. La distancia del trabajo.

La última adherencia estaba alta, justo debajo de la clavícula, en la zona donde el pectoral se inserta en el hueso. Una zona sensible. Llena de terminaciones nerviosas. Para llegar a ella tenía que inclinarme sobre su hombro, acercar la cara a su cuello, trabajar con los pulgares en un ángulo que me ponía a diez centímetros de su mandíbula.

Me incliné. Desde ahí podía olerlo. No el ungüento: a él. Cuero, sal, pino. El olor que ya conocía de la piel de lobo, pero más concentrado, más vivo, más caliente porque venía directamente de su piel y no de un pelaje que lo recordaba.

Le puse los pulgares en la adherencia. Presioné.

Eirik no se movió. Pero su respiración cambió. Se hizo más consciente, más controlada, la respiración de alguien que está eligiendo cada inhalación como si fuera una decisión táctica. Y debajo de mis pulgares el pulso le latía en la arteria subclavia con un ritmo que yo podía leer como un texto: rápido, demasiado rápido, el ritmo de la adrenalina o del deseo o de los dos juntos, que se parecen tanto en el cuerpo que solo se distinguen por el contexto.

El contexto era una cabaña cerrada, la luz de la tarde, mis manos en su piel, su cuello a diez centímetros de mi boca.

Trabajé la adherencia. Presioné, roté, separé el tejido con la firmeza que el método exigía. El dolor le tensó los músculos del cuello ---lo vi, dos tendones marcándose bajo la piel como cuerdas de arco--- pero no se mordió la mejilla. Había traído un trozo de cuero. Lo tenía entre los dientes. Lo mordía con cada onda de dolor y lo soltaba entre ondas, y el sonido de la mandíbula apretando el cuero era el único sonido de la cabaña aparte de mi respiración y la suya.

Le dije que mordiera cuero, pensé. *Y lo ha traído. Escucha lo que le digo. Lo hace.*

El pensamiento era inapropiado. El calor que me provocó, también.

La adherencia cedió con un chasquido que sentí bajo los pulgares: el tejido separándose, la fascia liberando al músculo, años de restricción rompiéndose en un instante. Eirik soltó el aire. El cuero cayó de su boca. Los hombros se le relajaron con la inercia de algo que por fin se suelta.

---Listo ---dije. La voz me salió ronca. La aclaré---. Sube el brazo.

Levantó el brazo izquierdo. Despacio. Pasó la horizontal, que era donde siempre se detenía, donde el dolor lo frenaba como un muro invisible. Pasó. Siguió subiendo. Hasta arriba. Vertical. El brazo entero extendido sobre la cabeza sin dolor, sin restricción, sin la mueca que llevaba tres años siendo parte de su cara cada vez que intentaba ese movimiento.

Bajó el brazo. Me miró.

Yo seguía a diez centímetros de su cuello. No me había apartado. Debería haberme apartado. La sesión había terminado, la adherencia estaba rota, no había razón médica para seguir a esa distancia. Pero

mis pies no se movieron y mis manos seguían en su hombro con los dedos manchados de ungüento sobre la piel caliente, y su cara estaba ahí, girada hacia mí, los ojos grises a veinte centímetros que podrían ser diez si alguno de los dos se inclinara.

Ninguno se inclinó.

Pero ninguno se apartó.

El fuego crepitaba. Huginn, en la viga, no hacía ruido. El mundo entero se había reducido a veinte centímetros de aire cargado y dos respiraciones que intentaban no sincronizarse y lo estaban haciendo igualmente, porque los cuerpos son traidores y los pulmones no entienden de fronteras.

Me aparté. Un paso. Todo un paso, que me costó más que cualquier paso que hubiera dado huyendo de ningún raid.

---Ejercicios de movilidad ---dije. Mi voz, profesional. Mis manos, temblando. Las metí en los bolsillos del delantal---. Rotación completa del hombro, veinte veces al día. Estiramiento del pectoral contra una pared, diez veces. Si duele, paras. Si no duele, sigues. En un mes estarás como nuevo.

---Gracias.

La tercera vez que me daba las gracias. Y cada vez que lo hacía, la palabra le costaba menos y a mí me dolía más.

Se puso la túnica. Se fue. La puerta se cerró y me quedé sola con el ungüento en las manos y su calor todavía en las yemas de los dedos y la certeza clínica, fra, irrefutable, de que esto ya no era atracción.

La atracción es física. La atracción tiene síntomas reconocibles: pulso acelerado, pupilas dilatadas, calor localizado. Es fiebre. Se

pasa. Se trata con distancia y tiempo y la determinación obstinada de no ceder a lo que el cuerpo pide.

Esto no se pasaba. Esto no se trataba con distancia, porque la distancia lo empeoraba. Esto tenía síntomas que no estaban en ningún libro: el impulso de contarle cosas que no le había contado a nadie, la necesidad de ver su cara cuando entraba en una habitación, la certeza de que su voz diciendo mi nombre era un sonido que me acompañaría aunque huyera a Islandia.

Esto era peor que fiebre. Esto era infección. Y las infecciones, como me había recordado Thyra, matan.

Signe vino a buscarme al atardecer.

Había cogido la costumbre de visitarme cuando terminaba sus tareas del día, que consistían en llevarle la contraria a medio clan y en montar a caballo con una habilidad que le habría dado vergüenza a la mayoría de los guerreros. Signe montaba como respiraba: sin pensar, sin esfuerzo, como si hubiera nacido encima de un caballo y todo lo demás fuera un compromiso con la gravedad.

Se sentó en la silla junto al fuego ---la silla de Thyra, que ya era también la silla de Signe, porque las mujeres de este clan tenían una capacidad asombrosa para apropiarse de los espacios sin pedir permiso--- y me miró preparar las cataplasmas de la noche con esos ojos verdes que eran como los de Eirik pero más abiertos, menos cautelosos, todavía no blindados por los años de máscara.

---Mi hermano ha levantado el brazo hoy ---dijo.

---He oído.

---Lo ha levantado en el patio de entrenamiento, delante de todo el mundo. Ha cogido el hacha con la izquierda y ha cortado un poste

de práctica por la mitad. ---Pausa---. Bjǫrn ha dicho que no le veía hacer eso en tres años.

Machaque el tomillo sin levantar la vista.

---Es lo que pasa cuando se tratan las adherencias. El músculo recupera el rango completo de movimiento.

---Sólveig.

Levanté la vista. Signe me miraba con una expresión que conocía: la misma que ponía su hermano cuando sabía algo que yo no quería que supiera. La genética de los Ragnvaldsson era irritante en su consistencia.

---No voy a hablar de tu hermano ---dije.

---Yo tampoco. ---Se recostó en la silla. Cruzó los pies sobre la cesta de leña con la despreocupación de alguien que se siente en casa en cualquier sitio---. Quiero hablar de mí.

La miré. Signe tenía diecinueve años, el pelo rojo suelto porque se negaba a reco gérselo como las demás mujeres del clan, y una inteligencia afilada que escondía detrás de sonrisas que parecían inocentes y no lo eran.

---Quiero aprender ---dijo---. Lo que tú sabes. Las hierbas, las dosis, los tratamientos. No para sustituirte. Para ayudarte. Y para tener algo que sea mío.

La última frase sonó distinta al resto. Más baja. Con un peso que no tenían las otras.

---Signe\...

---No quiero casarme con un jarl de otro fiordo para sellar una alianza. No quiero ser la moneda de cambio de una negociación. Sé que es lo que se espera de mí, y sé que Eirik no me obligará pero también sé que el clan lo espera y que la presión crece cada mes

que pasa. ---Se sentó más recta. Los ojos verdes se endurecieron---. Quiero tener una habilidad que me haga útil por mí misma. No como hermana de un jarl. No como esposa de alguien. Como yo.

La miré. Vi a una mujer joven atrapada en el mismo mecanismo que atrapaba a todas las mujeres de este mundo: una pieza en el tablero de los hombres, con un valor que dependía de con quién se casara y cuántos hijos produjera. Mi madre había luchado contra eso. Mi madre había ganado, parcialmente, porque tenía un oficio que la hacía indispensable. Indispensable es la única categoría que supera a intercambiable.

---Mañana ---dije---. Ven al amanecer. Antes de los pacientes. Empezamos por las básicas: identificación de plantas, preparación de infusiones, dosis de según qué hierbas. Después, si aguantas, te enseño a coser heridas.

La sonrisa de Signe fue lo contrario de las sonrisas de Eirik: rápida, grande, sin filtro, el tipo de sonrisa que le sale a la gente cuando recibe algo que necesitaba y no se atrevía a pedir.

---Gracias, Sólveig.

Otro Ragnvaldsson dándome las gracias. Otro gracias que me dolía. Pero este dolía distinto: no como el de Eirik, que me hacía temblar. Como un hilo que se ata. Como una raíz que se agarra a la tierra.

Signe se fue cuando oscureció. Me quedé sola en la cabaña con el fuego bajo y los tarros de hierbas y las tres láminas de cobre que guardaban el secreto de un asesinato, y mientras la noche se cerraba sobre Hrafnheim como una mano sobre un pájaro, hice algo que no había hecho en semanas.

Intenté planear una ruta de escape.

Lo hacía siempre. Desde la primera noche en la cabaña, antes de dormir, tra zába mentalmente la ruta: sendero del río hasta el muelle, segundo bote pequeño, remo hasta la boca del fiordo, costa sur hacia la aldea danesa más cercana, después un barco mercante, después desaparecer. Lo había hecho cada noche como un rezo, como un mantra, como la cuerda que atas a tu muñeca para recordar quién eres: una fugitiva. Una superviviente. Alguien que no pertenece a ningún sitio y que está de paso en todos.

Esta noche, la ruta no se formó.

Intenté visualizar el sendero del río y vi a Yrsa sentada en mi jergón, esperándome. Intenté visualizar el muelle y vi a Bjarki corriendo entre los barcos persiguiendo su pez imaginario. Intenté visualizar la boca del fiordo y vi a Eirik de pie en la proa de su drakkar, con Huginn en el hombro, mirándome con esos ojos que no pedían nada y lo pedían todo.

La ruta no se formó porque en cada punto del recorrido había algo que me ataba. No cadenas. No cerraduras. Algo peor: razones para quedarse.

Me tumbé en el jergón. La piel de lobo encima. La bellota de Huginn en el bolsillo del vestido, contra la cadera. Los tres cuencos de cobre en la mesa guardando su secreto de arsénico.

Sigurd mató a mi padre. Sigurd mató al suyo. Sigurd viene.

Y yo tengo la prueba de lo que es. Y el conocimiento para combatirlo. Y un clan que me necesita. Y un hombre que|...

Paré el pensamiento. Lo cerré con llave. Me di la vuelta en el jergón.

Pero la llave ya no servía. Lo que estaba detrás de la puerta había dejado de arañar. Había dejado de empujar. Había dejado de

intentar salir.

Porque ya estaba fuera.

Capítulo 10

Treinta centímetros

La tormenta llegó sin aviso, como llegan las cosas que cambian todo.

Habíamos entrenado cada amanecer durante dos semanas. Catorce mañanas junto al río, con el cielo gris y la hierba mojada y el silencio como único testigo de lo que estábamos haciendo, que era luchar y que era otra cosa. Cada mañana ella llegaba con las trenzas recién hechas y la expresión de batalla y los ojos que no me miraban directamente hasta que empezábamos a movernos, y entonces me miraban con todo, y lo que había en ellos no era combate.

Había mejorado más rápido de lo que tenía derecho. Lo que yo le enseñaba por la mañana lo perfeccionaba sola por la tarde, repitiendo los movimientos contra el poste de madera que había plantado junto a su cabaña. La vi una vez desde el sendero: golpeando el poste con un palo, una y otra vez, con una concentración que habría sido admirable si no hubiera sido también evidente que estaba imaginando que el poste era alguien. Yo. Sigurd. Los dos. Probablemente dependía del día.

Esa mañana el cielo estaba más bajo que de costumbre, denso, con nubes del color del hierro viejo que se movían deprisa desde el oeste. El aire olía a electricidad y a tierra mojada, ese olor que precede a las tormentas noruegas de otoño y que cualquier hombre del mar reconoce como una advertencia.

Deberíamos haber vuelto. Lo supe en el momento en que vi las nubes. Lo supo ella también, porque levantó la cabeza, miró el cielo, miró el fiordo, y dijo:

---Va a caer una buena.

---Sí.

---¿Entrenamos igual?

Debería haber dicho que no. Debería haber señalado el cielo, haber mencionado el riesgo de rayos junto al agua, haber hecho lo que hace un jarl sensato que se responsabiliza de la seguridad de su gente. En vez de eso dije:

---Diez minutos.

Me dio diez minutos. Les dimos diez minutos a nuestros cuerpos para hacer lo que llevaban dos semanas negociando: tocarse con la excusa del combate, agarrarse con el permiso de la práctica, acercarse a la distancia donde el aliento del otro te roza la piel y puedes olerle el sudor y el tomillo y la vida.

Empezamos con la secuencia de defensa contra cuchillo. Yo atacaba, ella esquivaba, redireccionaba, buscaba el ángulo. Era buena. Lo digo sin la complacencia del instructor orgulloso: era objetivamente buena. Se movía con la economía de alguien que entiende que cada movimiento innecesario es energía desperdiciada y ventaja regalada, y cuando encontraba la apertura no dudaba. La duda es lo que mata en una pelea, más que la falta de técnica. Ella no dudaba.

Pasamos al cuerpo a cuerpo. Agarre frontal: yo la sujetaba de los hombros, ella rompía la presa y contraatacaba. Lo hicimos tres veces. A la cuarta, cambié el ángulo. En vez de sujetarla de los hombros, la abracé por la cintura. Un agarre envolvente, el tipo de

agarre que un atacante usaría para inmovilizarla pegándola a su cuerpo. Se lo había enseñado la semana anterior pero solo con demostración, sin ejecutarlo a plena velocidad, porque ejecutarlo a plena velocidad significaba tener su espalda contra mi pecho y mis brazos rodeándole las costillas y su pelo en mi cara y la curva de su cuello a cuatro centímetros de mi boca.

Se lo había enseñado a media velocidad. Esta vez no.

La agarré. Rápido, desde atrás, como lo haría alguien que la quisiera inmovilizar en la cabaña o en un callejón. Mis brazos se cerraron alrededor de su torso. Su espalda chocó contra mi pecho. Y durante medio segundo ---medio segundo que duró un año--- la tuve contra mí, con el calor de su cuerpo filtrándose a través de las dos túnicas, y olí el tomillo en su pelo y sentí el latido de su corazón contra mi antebrazo, rápido, desbocado, y supe que no era por el esfuerzo.

Ella reaccionó. Perfecto. La maniobra que le había enseñado: bajó el centro de gravedad, metió la cadera, agarró mi antebrazo con las dos manos y se lanzó hacia delante girando el torso para romper mi equilibrio.

El problema fue que yo estaba preparado para eso. Le trabé la pierna. Ella perdió el apoyo. Caímos los dos.

La hierba estaba mojada del rocío y del primer aliento de la tormenta que ya empezaba a llegar, y caímos con el peso de dos cuerpos que se niegan a soltarse, ella hacia delante y yo detrás, y en la caída ella giró ---un giro instintivo, de animal que no quiere aterrizar de espaldas--- y acabó encima de mí.

Encima. Con las rodillas a los lados de mis caderas, las manos en mis hombros, el pelo soltándose de las trenzas y cayéndole

alrededor de la cara como una cortina dorada, y la cara a treinta centímetros de la mía.

Treinta centímetros.

La misma distancia que en la cabaña durante la última sesión. La misma distancia que en la longhouse junto a los mapas antes de que mi mano le tocara la cara. Treinta centímetros que llevaban semanas encogiendo, acortándose, reduciéndose cada día con la inevitabilidad de la marea que sube, y que ahora eran lo único que separaba su boca de la mía.

Llovió.

No un chispeo tímido. La tormenta noruega se abrió de golpe como un cubo vertido desde el cielo: agua densa, fría, pesada, que nos empapó en tres segundos y pegó su túnica a su cuerpo y su pelo a su cara y mis manos a sus caderas donde habían aterrizado en la caída sin que yo les diera permiso.

Debería haberme levantado. Debería haberla apartado. Debería haber dicho *la tormenta, tenemos que entrar, el rayo*, cualquier frase útil que justificara separar mi cuerpo del suyo. Pero ella estaba sobre mí, con la lluvia cayendo sobre su pelo y su cara y sus hombros, y no se había movido. No se había levantado. No había rodado a un lado ni se había apartado con la eficiencia profesional que le sobraba para hacerlo.

Se había quedado.

Y me estaba mirando.

La lluvia le caía por las sienes y le goteaba de la barbilla y le pegaba las trenzas al cuello y le oscurecía las pestañas, y a través de todo eso ---a través del agua, del frío, de la hierba embarrada y el cielo negro y el trueno que rodó sobre nosotros como la voz de un

dios que no cree en la paciencia--- me miraba con unos ojos que ya no tenían hielo.

No había hielo. No había máscara. No había la evaluación clínica ni la distancia profesional ni la barrera de ironía con la que se protegía del mundo. Lo que había era ella. Solo ella. Sólveig sin armadura, mirándome desde arriba con la respiración alterada y los labios entreabiertos y la misma expresión que yo llevaba semanas intentando no tener: la cara de alguien que ha dejado de luchar.

Veinte centímetros.

No supe cuál de los dos se movió primero. Mis manos se apretaron en sus caderas. O sus manos se apretaron en mis hombros. O los dos a la vez, como los dos cuerpos que llevaban semanas moviéndose al mismo ritmo y que por fin dejaban de fingir que el ritmo era combate.

Diez.

Le vi los ojos de cerca. Más cerca de lo que se los había visto nunca. Azul-gris con vetas de un color más claro que podía ser miel o podía ser fuego, no sabía, no importaba, porque a diez centímetros los ojos de Sólveig eran un mundo y yo estaba cayendo dentro sin la menor intención de agarrarme a nada.

Cinco.

Le olí el aliento. Tomillo y miel. Siempre tomillo y miel, como si las hierbas que usaba para curar se le hubieran metido en la sangre y salieran con cada exhalación. Le vi la cicatriz pequeña en el labio inferior, la que no le había preguntado de dónde venía. Le vi el temblor en la boca que no era frío ni miedo sino la otra cosa, la que no tenía nombre médico, la que ella no podía diagnosticar ni tratar

porque estaba dentro de los dos y no había hierba en el mundo que la curara.

Sólveig cerró los cinco centímetros.

Ella.

Me besó ella.

Le doy todo el crédito del mundo a mi autocontrol, al entrenamiento de veinticinco años de disciplina vikinga, a la máscara de jarl, al deber, al honor, a cada razón que existía para no hacer lo que estaba a punto de hacer. Pero fue ella la que cruzó los últimos cinco centímetros. Ella la que bajó la cabeza, ella la que cerró los ojos primero, ella la que puso su boca sobre la mía con la misma precisión con la que hacía todo ---la precisión de alguien que ha medido la distancia, evaluado el riesgo, calculado las consecuencias, y ha decidido que le importan una mierda---.

Su boca.

Fría de la lluvia. Suave debajo del frío. Sabor a agua y a tomillo y a algo salado que podía ser lágrimas o sudor o el mar que llevaba en algún sitio, esa mujer que olía a hierbas y sabía a sal como si el océano se le hubiera metido en la piel la primera vez que huyó por la costa y no hubiera salido nunca.

El beso empezó lento. Un roce. Labios contra labios, la presión mínima, el contacto más pequeño posible entre dos bocas que llevan semanas a treinta centímetros la una de la otra. Un beso de prueba. Un beso de pregunta. ¿Estás seguro? ¿Estoy segura? ¿Sabemos lo que estamos haciendo?

No sabíamos. No me importaba.

Le respondí.

Le puse la mano en la nuca. Los dedos en su pelo mojado, entre las trenzas que se deshacían con la lluvia, y la atraje hacia mí con un movimiento que no fue suave ni controlado ni nada de lo que debería haber sido. Fue hambre. Tres semanas de hambre comprimidas en un gesto que decía todo lo que no había dicho con palabras: *te he querido tocar desde el barco, desde que escupiste en mis botas, desde que Huginn te eligió y yo entendí que el pájaro siempre fue más listo que yo*.

La boca de Sólveig se abrió contra la mía. El beso cambió de pregunta a respuesta, de respuesta a exigencia, de exigencia a algo que no tenía nombre en nórdico ni en danés ni en ninguna lengua que yo hablara. Me mordió el labio inferior. Suave, no suave, el mordisco de alguien que sabe exactamente dónde están los nervios y cuánta presión hace falta para que el dolor sea indistinguible del placer. Sanadora hasta besando. Le devolví el mordisco. Más fuerte. El sonido que hizo contra mi boca me recorrió la columna como un rayo más peligroso que los que estaban cayendo sobre el fiordo.

La lluvia nos empapaba. No la sentía. El suelo debajo de mí era barro y hierba y piedras y no lo sentía. Lo único que existía era su peso sobre mí, sus manos en mis hombros, sus rodillas apretando mis caderas, y su boca, su boca que besaba como peleaba: con precisión y sin pedir permiso y con la certeza de alguien que ha tomado una decisión y no piensa retractarse.

Le subí la mano por la espalda. Por debajo de la túnica mojada, contra la piel, y la piel estaba caliente debajo del tejido frío, caliente como las piedras del fiordo que absorben el sol todo el día y lo sueltan de noche, y mis dedos encontraron la línea de su columna y

la recorrieron vértebra a vértebra y ella se arqueó contra mí con un movimiento que fue reflejo y fue elección y fue las dos cosas.

Separó su boca de la mía. Un centímetro. Respirando. Los ojos abiertos, muy cerca, llenos de algo que no era hielo ni evaluación ni clínica. Llenos de algo que me daba más miedo que Sigurd y sus trescientos hombres y el invierno y el mar juntos.

---Eirik ---dijo. Mi nombre en su boca, mojado, sin aliento, con las dos sílabas separadas como si cada una fuera una frase completa.

---Dime.

---Esto es una mala idea.

---Lo sé.

---Una idea terrible.

---Lo sé.

---Me da igual.

Me volvió a besar.

El segundo beso fue distinto. El primero había sido descubrimiento: bocas que se prueban, que se reconocen, que negocian un lenguaje común. El segundo fue rendición. La de los dos. Yo dejé de fingir que podía controlar lo que me hacía esta mujer. Ella dejó de fingir que no quería que me lo hiciera. Y lo que quedó cuando caían las dos máscaras fue algo crudo, hambriento, sin pulir, el beso de dos personas que llevan demasiado tiempo solas y que han encontrado en la boca del otro algo que se parece al hogar y que da más miedo que cualquier tormenta.

Le agarré la cara con las dos manos. Necesitaba tocarla. No con la mano cauta de la longhouse que le había rozado la mejilla como quien roza una llama: con las dos manos, los pulgares en los

pómulos, los dedos en su pelo, sujetándola como se sujeta algo que el viento intenta arrancarte. La besé más profundo. Sentí sus dientes, su lengua, el sonido pequeño que hacía en el fondo de la garganta cuando yo cambiaba el ángulo, un sonido que no era palabra ni gemido sino algo entre ambos que me volé la cabeza.

Un trueno explotó directamente sobre nosotros. El sonido fue tan grande que la tierra vibró y Huginn graznó desde el abedul donde se había refugiado y Sólveig se separó de mí con un respingo, y los dos nos quedamos inmóviles, en la hierba mojada, con la lluvia martilleándonos encima y la electricidad del rayo todavía vibrando en el aire.

Nos miramos.

Ella tenía los labios hinchados. Rojos. Mojados de lluvia y de mí. El pelo se le había soltado del todo y le caía en mechones oscuros por la lluvia sobre los hombros y la cara, y tenía barro en la mejilla y hierba en las trenzas deshechas y los ojos enormes y brillantes y vivos de una forma que no le había visto nunca.

Tenía la cara de alguien que acaba de saltar al vacío y todavía no ha decidido si vuela o cae.

Yo debía de tener la misma cara. O peor.

---Tenemos que entrar ---dijo. Voz ronca. Práctica. La voz de la sanadora que vuelve cuando el momento lo exige, porque Sólveig es siempre, antes que nada, la mujer que sabe lo que hay que hacer---. Los rayos.

---Los rayos ---repetí. Como un idiota. Como un jarl de veinticinco años que gobierna sesenta guerreros y acaba de perder la capacidad de formar frases porque una mujer lo ha besado bajo la lluvia.

Se levantó. Me tendió la mano. Cogí su mano. Me levantó del barro con un tirón que tenía la misma fuerza que usaba para todo: la exacta, la necesaria, la que no desperdiciaba un gramo.

Corrimos.

No hacia la longhouse. No hacia la cabaña. Hacia el cobertizo de barcas que estaba más cerca, una estructura de madera y techo de turba que olía a brea y a cuerdas mojadas y que tenía un techo que nos cubrió de la lluvia cuando entramos chorreando agua como dos perros que se caían al fiordo.

Nos paramos. Dentro del cobertizo, con el sonido de la tormenta golpeando el techo de turba y el agua cayendo en cortinas por los bordes y la oscuridad húmeda oliéndonos a brea y a sal y a pino. Un drakkar a medio reparar descansaba en los caballetes, con la quilla expuesta y las cuadernas como costillas de un animal dormido.

Silencio entre los dos. El tipo de silencio que viene después de un terremoto, cuando el suelo ha dejado de moverse pero todo ha cambiado de sitio.

Sólveig se escurrió el pelo con las dos manos. El agua le corría por los antebrazos. Le temblaban. No de frío.

---Eso no debería haber pasado ---dijo.

---No.

---Eres mi captor.

---Sí.

---Me trajiste en un barco contra mi voluntad.

---Sí.

---Y te he besado.

---Sí.

---No tiene sentido.

---No.

Me miró. Buscando algo en mi cara. La trampa. El triunfo. La cara de un hombre que ha conseguido lo que quería y ahora se regodea. La buscó y no la encontró, porque lo que había en mi cara era lo mismo que había en la suya: asombro. El asombro crudo de alguien a quien acaban de cambiar la química del cuerpo y todavía no sabe en qué se ha convertido.

---Si quieres que paremos ---dije---, paramos. Si quieres que esto no haya pasado, no ha pasado. Si quieres que mañana entrenemos y no hablemos de esto nunca, entrenamos y no hablamos de esto nunca. Nada cambia a menos que tú quieras que cambie.

Las palabras salieron sin plan. No las había ensayado. Salían del mismo sitio del que había salido la decisión de darle las llaves y la decisión de no preguntarle de dónde venía y la decisión de traerle la tierra del establo sin cuestionarla: del sitio donde vivía la certeza de que esta mujer no era alguien a quien se le podía dar menos que la verdad.

Podía haberse ido. Podía haber dicho *no ha pasado, olvídalo* y haber salido del cobertizo bajo la lluvia con la espalda recta y la dignidad intacta y las trenzas deshechas como única prueba de que el mundo se había movido bajo nuestros pies. Podía haberlo convertido en un accidente, un desliz, un error de entrenamiento.

En vez de eso, dio un paso hacia mí.

Un paso. Los pies descalzos en la madera mojada del cobertizo ---se le habían caído las botas en algún momento de la carrera---, las manos a los lados, el pelo chorreando, la túnica pegada al cuerpo con la indecencia de la tela mojada que muestra todo lo que la tela seca esconde.

---No quiero que no haya pasado ---dijo. Voz baja. Voz firme. La voz de la mujer que me había pedido llaves y me había diagnosticado el arsénico y me había exigido hierbas con la autoridad de una reina y que ahora me estaba diciendo, con la misma autoridad, que me había besado porque quería y no porque la lluvia o el entrenamiento o la adrenalina se lo hubieran pedido---. No quiero olvidarlo. Y no quiero que mañana entrenemos como si esto no hubiera pasado. Porque ha pasado. Y las dos sabemos que llevaba semanas a punto de pasar.

Las dos. Se corrigió:

---Los dos.

Abrí la boca. La cerré. Volví a abrirla. La elocuencia del jarl, la voz de mando que podía gobernar una longhouse y dirigir una flota, había desaparecido. Lo que quedaba era un hombre de veinticinco años, empapado, con barro en la túnica y hierba en el pelo, de pie en un cobertizo de barcas frente a una mujer que acababa de elegirlo y que esperaba que él dijera algo que estuviera a la altura de lo que ella había hecho.

---Si esto sigue ---dije. La voz me salió más ronca de lo que quería---. Si esto es lo que creo que es. Necesito que sepas algo.

Esperó.

---No soy tu captor. No lo soy desde que te di las llaves. No lo era ya antes. Desde que te vi coser la herida de Ulf en la playa, con medio metro de intestino en las manos y la calma de alguien que cose un vestido, supe que no podía retenerte. Que lo que fuera que pasara entre nosotros tenía que ser\... ---busqué la palabra--- real. No de cautiva a captor. No de paciente a sanadora. Real. O nada.

Silencio. La lluvia martilleaba el techo. Un rayo cayó en alguna parte del otro lado del fiordo y la luz blanca entró por las rendijas del cobertizo e iluminó su cara un instante: los ojos abiertos, la boca cerrada, la expresión de alguien que está procesando algo que no esperaba.

---Real ---repitió. Probándose la palabra. Dándole vueltas en la boca como daba vueltas a las hierbas que evaluaba antes de aprobarlas o descartarlas.

---Real.

Otro paso. El último. Estaba delante de mí, a la distancia de un brazo extendido, con la cabeza levantada para mirarme porque yo le sacaba una cabeza y media y ella nunca bajaba los ojos, nunca, ni cuando tenía que levantar la barbilla para sostener la mirada de un hombre que le doblaba el peso.

Me puso la mano en el pecho. Sobre la cicatriz. A través de la túnica mojada, exactamente en el punto donde sus dedos habían trabajado durante cuatro sesiones para liberar el tejido adherido, donde la piel todavía guardaba la memoria de sus yemas y del ungüento de árnica y de cada segundo que había pasado controlándose para no hacer exactamente lo que estaba haciendo ahora: tocarme sin excusa médica.

---Esto es real ---dijo. No como confirmación. Como diagnóstico. Sólveig identificando un síntoma que ya no podía negar, poniéndole nombre como le había puesto nombre al arsénico y a la fiebre de los niños: con precisión, sin miedo a lo que significaba, con la disposición de tratarlo una vez nombrado.

---Es real ---le dije.

Le puse la mano sobre la suya. Sobre la cicatriz. Mis dedos encima de los suyos, su palma contra mi pecho, mi corazón debajo latiendo con la fuerza de algo que ya no intentaba controlar. Un circuito. Su mano. Mi mano. La cicatriz que nos conectaba, que ella había curado y que ahora era más suya que mía, como todo lo demás.

La besé. Esta vez yo. Esta vez despacio, con toda la paciencia que me quedaba, que no era mucha pero era suficiente para hacer lo que necesitaba hacer: besarla como se merecía. No el beso hambriento de la hierba mojada. Un beso que dijera lo que no tenía palabras: *te veo, te conozco, sé que escondes cosas y no me importa, sé que podrías irte y eliges quedarte y esa elección vale más que cualquier cadena*. La besé con las manos en su cara y su mano en mi cicatriz y la lluvia en el techo y el trueno lejos y el mundo entero reducido al espacio mínimo, perfecto, irrespirable entre su boca y la mía.

Me devolvió el beso con una suavidad que no le había conocido. La Sólveig que me había besado en la hierba era fuerza y decisión y hambre. Esta era otra cosa. Esta era ternura. Y la ternura de Sólveig era más devastadora que su precisión, porque la precisión le salía natural pero la ternura le costaba, la ternura era lo que le daba miedo, lo que no se permitía porque la ternura significa confiar y confiar significa que te pueden hacer daño.

Me estaba confiando su ternura. Y eso valía más que las llaves, que la prueba del arsénico, que todo lo que me había dado hasta ahora.

Nos separamos. Frentes apoyadas. Su nariz contra la mía. Los ojos cerrados los dos. Respirando el mismo aire, que sabía a tomillo

y a lluvia y a lo que fuera que estábamos construyendo entre los dos en un cobertizo de barcas mientras el mundo se caía de agua.

---Eirik.

---Dime.

---Tengo cosas que contarte. Cosas que debería haberte contado antes. Sobre quién soy. Sobre de dónde vengo. ---Pausa. Tragó---. Pero hoy no. Hoy no puedo. Necesito\... necesito un poco más de tiempo. ¿Puedes darme eso?

Le acaricié la mejilla con el pulgar. Mojada. Fría. El pómulo debajo, sólido, perfecto, las pecas de la oreja asomando detrás del pelo empapado. La constelación de tres estrellas que solo yo conocía.

---Te doy lo que necesites.

Cerró los ojos. Un segundo. Los abrió. Y sonrió.

Sólveig sonrió.

No la comisura que subía un milímetro. No la casi-sonrisa que le había visto una o dos veces y que controlaba con la disciplina de un músculo entrenado. Una sonrisa. Completa. Real. Que le cambió la cara entera, que le subió los pómulos y le arrugó las comisuras de los ojos y le enseñó los dientes y transformó el hielo en algo que no sabía que el hielo podía ser: luminoso.

Duró tres segundos. Después la recogió, la guardó, la volvió a meter debajo de la máscara como quien guarda una piedra preciosa en el bolsillo. Pero la había visto. Y me la había dado a mí.

La tormenta amainó. La lluvia pasó de cortina a chispeo a neblina. El cielo siguió gris pero el trueno se alejó hacia el este, llevándose la electricidad y dejando atrás el aire lavado, frío, con ese

olor a tierra mojada y pino que tiene Noruega después de las tormentas, como si el mundo se hubiera bañado y empezara limpio.

Salimos del cobertizo. Ella se fue a su cabaña. Yo subí a la longhouse. No hablamos más. No hacía falta.

Huginn me encontró a medio camino. Aterrizó en mi hombro con las plumas mojadas y un graznido de reproche por haberlo dejado bajo la lluvia. Le acarié el pico. No me mordió, lo cual era su forma de decirme que me perdonaba.

---Lo sé ---le dije---. Lo sé.

El pájaro no dijo nada. Lo cual también era una novedad.

Entré en la longhouse. Bjǫrn estaba junto al fuego, secándose. Levantó la cabeza. Me miró. Miró el barro, la hierba, la túnica empapada, la expresión que yo todavía no había conseguido recomponer y que probablemente no iba a conseguir recomponer nunca.

Abrió la boca.

---No ---dije.

La cerró. Sonrió. Se volvió hacia el fuego.

Me fui a mi cuarto. Me cambié de ropa. Me senté en el borde de la cama con las manos en las rodillas y el corazón golpeándome las costillas como un puño que quiere salir, y pensé:

Ha pasado. De verdad ha pasado. Le has dado las llaves, le has dado la tierra, le has dado el hombro, y ella te ha dado su boca y su ternura y la promesa de una verdad que todavía no está lista para soltar. Y eso es suficiente. Eso es más que suficiente. Eso es todo.

Fuera, la tormenta se había ido. El fiordo brillaba bajo el primer rayo de sol que se colaba entre las nubes rotas, tímido, provisional,

como si también él supiera que lo que acababa de empezar era demasiado frágil para una luz demasiado fuerte.

Pero había empezado.

Y eso era lo único que importaba.

Capítulo 11

Lo que no se dice

Tres días después de la tormenta descubrí que besar a alguien no simplifica nada. Lo complica todo.

Entrenábamos al amanecer como siempre. Junto al río como siempre. Sin público como siempre. Pero el aire entre nosotros había cambiado de composición química, como cambia el aire de un cuarto cuando alguien abre una ventana que llevaba años cerrada: las mismas moléculas, diferente proporción, y el cuerpo lo sabe antes de que la cabeza le ponga nombre.

Seguíamos peleando. Los agarres, los derribos, las secuencias de defensa con cuchillo que ya me salían sin pensar. Pero ahora, cuando su mano me sujetaba el hombro para enseñarme una torsión, los dedos se demoraban un segundo más de lo necesario. Y cuando mi brazo rodeaba su cuello para practicar un estrangulamiento, mi muñeca rozaba la línea de su mandíbula y los dos fingíamos que no había pasado nada. Y cuando me derribaba y caía sobre la hierba con él encima, sus ojos bajaban a mi boca durante una fracción de segundo antes de volver a la posición profesional, y los míos hacían lo mismo, y era ridículo, era humillante, éramos dos adultos jugando al juego más viejo del mundo con la torpeza de dos críos que no saben dónde poner las manos.

No nos besábamos. No nos tocábamos fuera del entrenamiento. No hablábamos de lo que había pasado en el cobertizo. Existía un

acuerdo tácito entre nosotros que ninguno había verbalizado: esto es nuevo, esto es frágil, esto puede romperse si lo forzamos, así que vamos a movernos alrededor como si fuera una hoguera recién encendida y no la vamos a tocar hasta que tengamos claro si queremos calentarnos con ella o apagarla.

No íbamos a apagarla. Los dos lo sabíamos. Pero el ritual de la prudencia tenía su propia lógica y ninguno estaba dispuesto a ser el primero en romperlo, porque ser el primero significaba admitir públicamente lo que en privado era innegable, y Sólveig Haraldsdóttir y Eirik Ragnvaldsson tenían en común, entre muchas cosas, un terror animal a la vulnerabilidad.

Así que hacíamos lo que se nos daba bien: trabajar.

Los niños mejoraban. Yrsa tosía cada vez menos y comía cada vez más, y el color le había vuelto a las mejillas con el rosado saludable de los niños que están ganando una pelea que no deberían haber tenido que pelear. Bjarki ya no necesitaba cataplasmas: corría por el clan con la energía desbordada de un niño de seis años que lleva semanas encerrado y tiene la firme intención de recuperar el tiempo perdido. Me seguía a todas partes. Me había adoptado como su referencia y no había forma de disuadirlo: aparecía en mi cabaña a las horas más inconvenientes, me pedía que le contara historias sobre elfas que curan peces, y me informaba con detalle exhaustivo sobre cada animal que encontraba en el río.

---Hoy he visto un salmón así de grande ---dijo, con los brazos abiertos en una envergadura que duplicaba su tamaño.

---Bjarki, eso es más grande que tú.

---Era un salmón muy grande.

---¿Más grande que Huginn?

Me miró con la seriedad de un juez evaluando una cuestión de estado.

---Nada es más grande que Huginn. Tú dijiste.

Le revolví el pelo. El gesto se me había vuelto automático, la mano subiendo sola a la cabeza de este niño que olía a hierba y a estofado y que me miraba como si yo tuviera las respuestas a preguntas que aún no sabía formular. El gesto de una madre. No lo pensé así. No quería pensarlo así.

Torfi, el callado, se curaba más despacio. Su cuerpo respondía al tratamiento pero con la lentitud obstinada de los organismos que han gastado demasiado peleando y necesitan más tiempo para reconstruir. Le preparaba infusiones dobles de saúco y le añadía miel extra para que se las tomara sin protestar, porque Torfi era el tipo de niño que protestaba en silencio, que no lloraba ni se quejaba sino que simplemente cerraba la boca y se negaba a tragar con la determinación pasiva de un muro. Llevaba un mes tratándolo y todavía no le había oído reír. Cada día lo intentaba. Cada día fracasaba. Cada día me importaba un poco más.

Ragna, la que había dejado de respirar, era la que mejor estaba. Mamába con fuerza, gateaba con furia, y tenía la costumbre de agarrarme la trenza y tirar con una mano de hierro que no correspondía a un cuerpo de dos años. Su madre me la dejaba en la cabaña mientras trabajaba en el establo, y Ragna se sentaba en el jergón y me miraba preparar hierbas con unos ojos azules enormes que seguían todos mis movimientos como si estuviera memorizando el oficio para cuando le tocara.

Once niños. Seis muertos antes de que yo llegara. Ningún muerto después. Eso no debería haberme importado tanto como me

importaba, porque importar significaba que este lugar me estaba entrando en el cuerpo igual que las hierbas les entraban a los niños: por la boca, por la piel, por las horas de trabajo compartido, y cuando me quisiera dar cuenta iba a ser parte del tejido y arrancarse dolería como arrancarse un vendaje pegado a la herida.

El Thing. Eirik lo preparaba con la meticulosidad de un general que planifica una campaña, y yo lo ayudaba porque no podía no ayudarlo, porque la prueba del arsénico era mía y la ciencia detrás era mía y si iba a presentarla ante una asamblea de jarls que probablemente desconfiaban de todo lo que no pudieran cortar con un hacha, necesitaba que fuera irreprochable.

Trabajábamos por las noches en la longhouse, cuando el clan dormía. Se había convertido en rutina sin que ninguno lo planificara: después de cenar, después de que los últimos guerreros se fueran a sus casas y las brasas bajaran y la longhouse se quedara vacía con ese silencio particular de los espacios grandes sin gente, yo llegaba con mi lámpara de aceite y él estaba en la mesa de los mapas y no decíamos buenas noches ni hablábamos de nada que no fuera el trabajo hasta que el trabajo se acababa y el silencio se llenaba de las cosas que no decíamos.

Le preparé la demostración. Le enseñé a reproducir la prueba del cobre: cómo disolver la muestra, cómo añadir el vinagre, cómo interpretar el cambio de color. Le hice repetirlo tres veces hasta que le salió sin error. Mientras lo hacía, le expliqué la química en términos que un jarl pudiera explicar a otros jarls: el arsénico se une al cobre, el cobre cambia de color, el color es la prueba. Simple. Visual. Irrefutable.

---¿Dónde aprendiste esto? ---preguntó, la tercera noche, mientras el cobre giraba de rojo a verde en el caldero. La pregunta salía suave, casual, envuelta en el contexto del trabajo como quien desliza un cuchillo entre las hojas de un libro.

---Una curandera saami. Ella lo aprendió de un médico árabe en Birka.

---¿Estuviste en Birka?

---Estuve en muchos sitios.

Pausa. El fuego crepitaba. La pregunta siguiente flotaba en el aire entre nosotros, visible, pesada, la pregunta que no había hecho en el río ni en la cabaña ni en el cobertizo: *¿quién eres?* Podía sentirla formarse en su boca. Podía ver la contensión en su mandíbula, el esfuerzo físico de no preguntarla, la misma disciplina con la que cerraba los dientes cuando le rompía adherencias en el hombro.

No preguntó. Se volvió al mapa. Cambió de tema: las rutas de navegación al este, el contacto con Halfdan, los plazos para convocar el Thing antes de que el hielo cerrara los fiordos.

Y yo lo amé un poco más por no preguntar. Y lo odié un poco más por lo mismo, porque cada vez que callaba la pregunta me daba espacio para seguir mintiendo, y cada día que pasaba la mentira pesaba más y el espacio se hacía más pequeño y más asfixiante.

Soy Sólveig Haraldsdóttir. Mi padre era jarl de Skálholt. Sigurd mató a mi familia. Tengo derecho a reclamar un fiordo muerto y un nombre que es una sentencia de muerte.

Las palabras me vivían en la garganta como un hueso atragantado. Cada noche, sentada junto a él en la longhouse, con nuestros hombros casi tocándose sobre los mapas y su olor a cuero

y pino metiéndoseme en la sangre, las palabras subían y yo las empujaba hacia abajo. Hacia abajo. Hacia el lugar donde guardaba a Skálholt y a Arn y a la voz de mi madre diciendo *corre* y a todo lo que era antes de ser esto que soy ahora: una mujer que cura niños ajenos y besa a su captor bajo la lluvia y guarda bellotas de cuervo en el bolsillo del vestido.

Thyra tenía razón. Los secretos son como las heridas. Y este se estaba infectando.

La cuarta noche después de la tormenta, algo cambió.

Estábamos en la longhouse. Habíamos terminado de repasar la presentación para el Thing y Eirik había enrollado los mapas y yo debería haberme ido pero no me fui, como no me iba nunca, como cada noche los diez minutos de trabajo se convertían en veinte y los veinte en una hora y la hora en esa zona sin tiempo donde dos personas se sientan juntas y no hacen nada excepto estar juntas y eso es suficiente y es demasiado y es exactamente lo que necesitan.

Había empezado a llover otra vez. No una tormenta: una lluvia fina, insistente, el tipo de lluvia noruega que no te empapa de golpe sino que se mete en todo despacio, en la ropa y en el pelo y en los huesos, y que no para durante días.

---Cuando esto acabe ---dijo Eirik. No me miraba. Miraba las brasas---. Cuando hayamos derrotado a Sigurd. O cuando Sigurd nos haya derrotado a nosotros. ¿Qué vas a hacer?

La pregunta me golpeó debajo del esternón. No por la pregunta en sí. Por lo que había detrás: la aceptación de que yo podía irme. La oferta implícita de libertad que llevaba semanas flotando entre los dos y que ninguno había nombrado porque nombrarla significaba enfrentarse a la posibilidad de la respuesta.

---No lo sé ---dije. Era verdad. Por primera vez en dos años, no tenía un plan. Siempre había tenido un plan: llegar a la siguiente aldea, encontrar trabajo, curar lo suficiente para comer, seguir moviéndome, no quedarse nunca, porque quedarse era echar raíces y las raíces se arrancan. Pero ahora no tenía un plan. Tenía llaves y niños y un cuervo ladrón y un hombre que me besaba como si yo fuera lo único que podía salvarlo, y ninguna de esas cosas cabía en un plan.

---No tienes que saberlo ahora ---dijo.

---Lo sé. Pero tú sí tienes que saberlo. Eres el jarl. Necesitas saber con qué cuentas.

Me miró. Las brasas le daban media cara en naranja y media en sombra, y la división le cortaba el ojo izquierdo por la mitad: gris claro la parte iluminada, oscuro casi negro la parte en sombra. Dos hombres en un solo par de ojos. El jarl y el otro.

---No te estoy preguntando como jarl.

Tragé. La garganta me ardía con las palabras que no decía.

---¿Como qué, entonces?

---Como el hombre que te besó en un cobertizo de barcas y que desde entonces no puede pensar en otra cosa.

Lo dijo sin cambiar de expresión. Lo dijo como decía las órdenes en la cubierta del drakkar: directo, sin rodeos, sin la posibilidad de malinterpretación. Y debajo de la frase, debajo de la superficie plana de su voz, oí el temblor. Mínimo. El temblor de un hombre que acaba de decir algo que le ha costado más que levantar un hacha de guerra y que no sabe si lo que viene después es reciprocidad o rechazo.

Le cogí la mano.

Sin pensarlo. Sin el cálculo que precede a todos mis actos, sin la evaluación de riesgos que es mi modo por defecto. Le cogí la mano sobre la mesa, entre los mapas enrollados y la lámpara de aceite que chisporroteaba, y la cerré entre las mías.

Su mano era grande. Caliente. Con callos de espada y de remo y de gobernar, callos distintos a los míos pero callos igualmente, la marca de alguien que usa las manos para todo lo que importa. Le sentí los nudillos bajo mis dedos, las cicatrices pequeñas de cortes viejos, la uña rota del meñique que no se había molestado en arreglar. Una mano que había matado y había protegido y me había acariciado la mejilla con una ternura que no debería existir en alguien con esa cantidad de sangre en su historia.

---No puedo prometerte nada ---dije---. Tengo cosas que no te he contado y que cuando te las cuente van a cambiarlo todo. Y no sé cómo las vas a recibir y no sé si después de saberlas vas a querer que me quede. Pero ahora mismo, esta noche, sentada aquí\... no quiero irme.

Cerró los dedos alrededor de los míos. Una presión firme, sólida, la presión de alguien que agarra algo que el viento intenta arrancarte.

---Entonces no te vayas.

No me fui.

Nos quedamos en la longhouse hasta que las brasas se apagaron y el frío entró por las rendijas y la lluvia arreciaba contra el techo como dedos impacientes que piden entrar. No nos besamos. No nos tocamos más allá de las manos. Pero estuvimos ahí, juntos, en el silencio grande de un salón vacío donde generaciones de jarls habían

cenado y peleado y muerto, y el silencio estaba lleno de todo lo que no decíamos y que algún día tendría que ser dicho.

Cuando por fin me levanté, me acompañó hasta la puerta. El sendero del río estaba oscuro y mojado y la lluvia caía como una cortina entre la longhouse y el resto del mundo.

---Sólveig.

Me giré en el umbral. Estaba a un paso, con la luz de la última brasa dándole en la espalda y la cara en sombra, y levantó la mano y me tocó el pelo. No la cara. El pelo. Un mechón que se me había soltado de la trenza y me caía sobre el pómulo. Lo recogió con dos dedos y me lo puso detrás de la oreja con una delicadeza que no encajaba con el tamaño de su mano ni con su reputación ni con nada de lo que el mundo creía que era Eirik Ragnvaldsson, el Cuervo, jarl de Hrafnheim.

---Buenas noches ---dijo.

---Buenas noches.

Me fui bajo la lluvia. Caminé hasta mi cabaña con el pelo mojado y la mano caliente donde él la había sostenido y el mechón detrás de la oreja pulsándome en la piel como una marca, como un secreto, como una promesa que no me había atrevido a hacer pero que mi cuerpo había hecho por mí.

Al día siguiente, Yrsa me llamó mamá.

Fue un accidente. Fue un tropiezo lingüístico de una niña de cuatro años que lleva semanas durmiendo en mi cabaña y que asocia mi cara con comida y cataplasmas y la historia de Loki y la sensación de seguridad que los niños pequeños no distinguen del amor. Estaba preparándole la dosis de la mañana, la infusión de

saúco con miel que ya se tomaba sin protestar, y Yrsa extendió los brazos desde el jergón y dijo:

---Mamá, tengo frío.

El cuenco se me resbaló de las manos. No se rompió: era de madera, cayó al suelo y la infusión se derramó en una mancha oscura sobre la tierra apisonada. La miré. Yrsa me miraba con los brazos todavía extendidos, esperando, sin entender que acababa de detonar algo dentro de mí que no sabía que existía.

Su madre real estaba en el establo. Su madre real la quería con la ferocidad agotada de las mujeres que han visto a sus hijos casi morir y no se han recuperado del todo. Su madre real era una buena madre que había traído a Yrsa a mi cabaña cada día sin falta y me había dejado tratarla con una confianza que me sobrecoguía.

Y su hija acababa de llamarme mamá.

Recogí el cuenco. Preparé otra dosis. Me senté en el jergón, cogí a Yrsa en brazos, la envolví en la piel de oveja y le di la infusión cucharada a cucharada mientras ella me miraba con esos ojos azules que no sabían nada de nombres muertos ni de fiordos quemados ni de lo que significaba que una niña sin mi sangre me llamara con la palabra que yo no había oído dirigida a mí desde la última noche de Skálholt, cuando mi madre me la gritó desde la puerta de la longhouse en llamas: *¡Corre, hija! ¡Corre!*

No lloré. No lloro. Llorar es una función del cuerpo que cerré la noche que vi arder mi casa y que no he reabierto porque si la reabro no sé cómo pararla. Así que no lloré. Le di la infusión a Yrsa, le canté la canción del lobo y la luna que mi madre me cantaba a mí, le acomodé las mantas, le besé la frente con unos labios que temblaban y salí de la cabaña al frío de la mañana y caminé hasta el

río y me metí las manos en el agua de deshielo y las mantuve ahí hasta que el dolor del frío fue más grande que el otro dolor, el que no tenía remedio, el que vivía debajo de todo lo demás como la raíz de un árbol que no se puede arrancar sin matar al árbol entero.

Signe me encontró así. Arrodillada junto al río, con las manos en el agua y la cara seca y los ojos fijos en la corriente.

No me preguntó qué pasaba. Se arrodilló a mi lado, me sacó las manos del agua, me las secó con su chal con la eficiencia de alguien que ha hecho esto antes ---que ha consolado sin preguntar, que ha cuidado sin exigir explicación--- y se sentó a mi lado hasta que mi respiración se normalizó.

---Yrsa me ha llamado mamá ---dije. La frase salió sola, sin plan, como salen las cosas que pesan demasiado para guardarlas.

Signe asintió. Como si lo hubiera esperado. Como si llevara días viendo lo que yo no quería ver: que esta cabaña se estaba convirtiendo en una casa y estos niños se estaban convirtiendo en míos y este clan se estaba convirtiendo en un hogar y todo eso era un problema porque los hogares se queman.

---¿Sabes cuál es tu problema, Sólveig? ---dijo, con la voz suave que usaba cuando estaba a punto de decir algo que iba a doler.

---Sí: que estoy enamorándome de un clan que no es mío.

---No. Que crees que el amor es un riesgo cuando en realidad es un recurso. ---Me miró con esos ojos verdes que tenían la misma capacidad de ver a través de la gente que los de su hermano, solo que sin el kohl---. Los niños te quieren. Las madres confían en ti. Bjarki te sigue como si fueras el sol. Y Yrsa te ha llamado mamá porque para una niña de cuatro años, mamá es la persona que la

cuida cuando tiene miedo. Tú eres esa persona. Y eso no es un problema. Es una elección que ella ha hecho por ti.

---No me corresponde.

---Las elecciones de los niños no necesitan correspondencia. Necesitan que las honres. ---Se levantó. Se sacudió la hierba de la falda---. Y, Sólveig\... lo que sea que estás escondiendo, lo que sea que te tiene arrodillada junto al río a las siete de la mañana con las manos en agua que te va a dar sabañones\... en algún momento vas a tener que soltarlo. No por Eirik. No por el clan. Por ti. Porque los secretos se comen a la gente desde dentro, y tú ya estás bastante comida.

Se fue. Signe siempre se iba después de decir la verdad, como quien lanza una piedra al agua y se aleja antes de que las ondas lleguen a la orilla.

Me quedé junto al río. El agua seguía corriendo. Fría, rápida, indiferente a las crisis de las personas que vivían en sus márgenes.

Tenía que contarle la verdad a Eirik. Lo sabía. Lo había sabido desde la noche en el cobertizo, cuando le dije *tengo cosas que contarte*. Lo había sabido antes, desde que Thyra me miró con su ojo bueno y dijo mi nombre completo y me advirtió que los secretos se infectan. Lo sabía y no lo hacía porque hacerlo significaba dejar de ser Sólveig a secas y convertirme en Sólveig Haraldsdóttir, y Sólveig Haraldsdóttir era una pieza política, una heredera sin fiordo, una amenaza para Sigurd y un activo para cualquier jarl que quisiera usarla, y el momento en que Eirik lo supiera tendría que decidir si la mujer que había besado en la lluvia era una persona o una ficha de tablero.

Y si elegía la ficha, perdería a la persona.

Y si elegía a la persona, el clan pagaría las consecuencias de un jarl que antepone lo privado a lo político.

Igual que su padre había hecho con su madre. Igual que lo había hecho al revés: elegir el clan y soltar a la mujer. Y Eirik había pasado la vida odiando a su padre por esa elección, y ahora yo estaba a punto de ponerle delante exactamente la misma.

La ironía era tan afilada que cortaba.

Esa tarde, mientras preparaba las dosis del día, Huginn entró por la ventana con un trozo de cinta roja en el pico. La dejó en la mesa con su solemnidad habitual y se quedó mirándome como si esperara aplausos.

---¿De dónde has sacado eso? ---le pregunté.

Graznó. La cinta era de buena calidad: seda, probablemente de origen árabe o franco, el tipo de cinta que se usa para atar regalos o adornar vestidos de fiesta.

---Si la has robado del baúl de alguien, te van a hacer estofado de cuervo.

Graznó de nuevo. Indignado.

Me até la cinta en la trenza. No sé por qué. Porque era bonita. Porque un pájaro me la había regalado. Porque llevaba dos años sin ponerme nada bonito en el pelo y la vanidad es la última cosa que muere en una mujer, después de la esperanza y antes del sentido común.

Esa noche, en la longhouse, Eirik miró la cinta en mi trenza. No dijo nada. Pero la comisura izquierda le subió un milímetro y los ojos se le suavizaron y supe, con la certeza de la evidencia, que el pájaro no había robado la cinta de ningún baúl.

La noche avanzaba. Los mapas estaban enrollados. Las notas para el Thing revisadas. No había razón para quedarse. Me quedé.

---Cuéntame algo ---dije.

---¿Qué quieres que te cuente?

---Algo que no sepa de ti. Algo que no tenga que ver con Sigurd ni con el Thing ni con la guerra.

Silencio. Me miró con la expresión de alguien a quien le piden que se quite la armadura y no sabe cómo funcionan las correas porque lleva demasiado tiempo sin quitársela.

---Toco la lira ---dijo.

Parpadeé.

---¿Qué?

---La lira. El instrumento. La toco. ---Pausa. La máscara de jarl se cuarteó en un punto que podía ser vergüenza---. Mi madre me enseñó antes de\... antes. No he tocado para nadie desde entonces. Pero todavía la tengo. Está en mi cuarto, debajo de la cama, donde nadie la ve.

Eirik Ragnvaldsson, el Cuervo, jarl de Hrafnheim, terror de la costa occidental, tocaba la lira. Guardada debajo de la cama como un secreto. Enseñada por la madre que su padre desterró. El único regalo que le quedaba de la mujer que murió sola.

La ternura me subió por el pecho como una marea caliente y la empujé hacia abajo y no funcionó. No funciona cuando él dice cosas así. No funciona cuando se quita la máscara de piedra y debajo hay un hombre que esconde un instrumento musical debajo de la cama porque tocarlo significaría sentir algo y sentir algo significaría recordar a su madre y recordar a su madre significaría romperse y los jarls no se rompen.

---¿Tocarías para mí?

La pregunta salió antes de que pudiera morderla. Demasiado íntima. Demasiado directa. Demasiado *te estoy pidiendo que compartas lo más vulnerable que tienes conmigo y los dos sabemos lo que eso significa*.

Me miró. Largo. La lámpara de aceite estaba baja y las sombras le comían media cara y el ojo visible era gris oscuro con la pupila dilatada y algo detrás que no supe leer: miedo, quizá. O su primo hermano, que es la esperanza.

---Algún día ---dijo---. Cuando estemos listos.

Cuando estemos listos. La frase colgó entre nosotros como una promesa con fecha abierta. Me miró a los ojos y supe que no hablaba solo de la lira. Hablaba de todo: de las manos en la longhouse, del beso en la tormenta, de mis secretos y los suyos, de la distancia que se reducía cada noche y que en algún momento iba a desaparecer del todo. *Cuando estemos listos* significaba *no todavía, pero pronto*, y pronto era una palabra con la que podía vivir.

Me levanté. Él me acompañó a la puerta. Había parado de llover. El cielo estaba limpio por primera vez en días, negro y lleno de estrellas, tantas que el fiordo las reflejaba como un segundo cielo hundido en el agua.

En el umbral, me detuve. Me giré.

Le besé. Rápido. Un beso corto, seco, en la comisura de la boca, a medio camino entre el labio y la mejilla. El beso de alguien que no sabe aún dónde está el límite entre lo que se permite y lo que quiere, y que está trazando un mapa nuevo con la boca.

Le vi la cara. La sorpresa. El brillo. La comisura subiendo y esta vez no un milímetro sino tres, cuatro, lo más cerca de una sonrisa

que le había visto fuera de aquella carcajada junto al río.

---Buenas noches ---dije.

---Buenas noches.

Me fui por el sendero bajo las estrellas. Caminaba rápido, con el corazón en la garganta y los labios pulsando donde habían tocado la comisura de su boca y la cinta roja en la trenza y la bellota de Huginn en el bolsillo y la palabra *mamá* resonando en mi cabeza con la insistencia de las cosas que no puedes ignorar por mucho que quieras.

En la cabaña, Yrsa dormía. Bjarki dormía en el jergón de al lado porque su madre ya no se molestaba en llevárselo y a mí me había dejado de importar. Huginn estaba posado en la viga del techo, con la cabeza bajo el ala.

Me acosté. Me tapé con la piel de lobo. Cerré los ojos.

Cuéntale. Mañana. Dile quién eres. Antes de que sea más difícil. Antes de que lo que hay entre vosotros crezca otro centímetro más y arrancarlo mate a los dos.

Mañana. Se lo diría mañana.

No se lo dije mañana. Ni al día siguiente. Ni al otro. Porque cada día que pasaba había un niño que curar, un entrenamiento al amanecer, una noche en la longhouse con las manos cerca sobre los mapas y su olor a cuero y pino, y cada día el centímetro crecía y la raíz se hundía más y el dolor de arrancarla se hacía más grande.

Y cada noche, antes de dormir, la misma promesa: *mañana*.

Hasta que mañana dejó de ser una opción y se convirtió en algo que le pasó al futuro mientras yo estaba ocupada amando lo que no debería amar y llamando hogar a lo que no debería llamar así y

guardándome un nombre que pesaba más con cada día que pasaba sin pronunciarlo.

Haraldsdóttir. Hija de Harald. Última de Skálholt.

Mamá de nadie. Mamá de todos.

Mamá de una niña rubia que tenía tos y ojos azules y que me quería sin condiciones, que es la forma más peligrosa de querer que existe.

Capítulo 12

La lira

Le toqué la lira un miércoles. Un dato inútil. Los miércoles llevan el nombre de Odín y Odín es el dios de los que hacen cosas de las que no pueden arrepentirse, así que quizá el dato no era tan inútil después de todo.

Fue idea de Signe. Porque todas las cosas que cambian mi vida de forma irreversible son idea de Signe.

---Llévala a tu cuarto ---dijo, mientras troceaba cebolla en la cocina con un cuchillo que manejaba con más habilidad que la mayoría de mis guerreros---. Toca la lira. No seas cobarde. Lleva un mes mirándote como si fueras la última hogaza de pan del invierno y tú la miras igual y los dos estáis insoportables y Bjǫrn y Leif ya han abierto apuestas.

---¿Apuestas sobre qué?

---Sobre cuánto tardas. Bjǫrn dice antes de la primera nieve. Leif dice que ya ha pasado y que lo escondéis.

---No ha pasado nada.

Signe levantó el cuchillo y me apuntó con él. Tenía cebolla en las pestañas y los ojos llorosos y parecía absolutamente aterradora.

---Eirik Ragnvaldsson. Soy tu hermana. Te he visto crecer, te he visto llorar, te vi enterrar a papá con las manos temblando y la cara seca. No me insultes diciéndome que no ha pasado nada cuando llevas dos semanas caminando como un hombre al que le han

quitado un peso de encima y puesto otro encima y no sabe cuál pesa más.

No respondí. Signe guardó el cuchillo y bajó la voz.

---Toca para ella. La lira de mamá. ---El nombre de nuestra madre suavizó su boca---. Es lo más verdadero que tienes, hermano. Y ella necesita verdad. Confía en mí.

Confiaba en ella. Confiaba en Signe más de lo que confiaba en mi propio juicio, porque Signe veía a las personas con una claridad que yo solo tenía para el mar y los mapas. Así que esa noche, después de que la longhouse se vaciara y los fuegos bajaran, saqué la lira de debajo de la cama.

Era pequeña. Seis cuerdas de tripa sobre un marco de abedul que mi madre había tallado ella misma, con runas de protección grabadas en la madera que se habían desgastado con los años hasta convertirse en sombras. Las clavijas eran de hueso. Las cuerdas necesitaban cambio desde hacía un año, pero las cambiaba yo mismo, en secreto, de noche, porque tocar la lira era lo más parecido a hablar con mi madre que me quedaba y eso no era algo que compartiera con nadie.

Hasta ahora.

La afiné en mi cuarto. Cuerda por cuerda, con el oído que ella me había enseñado: *cierra los ojos, Eirik, y escucha cómo suena cuando está bien; la cuerda te lo dice si le preguntas*. Las manos me temblaban. Las de un jarl que había matado hombres sin temblar le temblaban afinando un instrumento de seis cuerdas porque iba a tocarlo para una mujer y eso era, de alguna forma que no podía explicar, más íntimo que todo lo demás.

Fui a buscarla a su cabaña.

Los niños ya dormían en sus casas ---todos menos Yrsa, que seguía pasando las noches con Sólveig porque así lo había decidido y nadie, incluida su madre, había conseguido convencerla de lo contrario---. Sólveig estaba en la puerta, sentada en el escalón con la piel de lobo en los hombros y Huginn a su lado, mirando las estrellas con la cara levantada y el cuello expuesto y la cinta roja en la trenza, y la imagen me detuvo en el sendero como si hubiera chocado contra algo invisible.

No me había visto. Podía quedarme ahí, en la oscuridad del sendero, mirándola mirar el cielo, y habría sido suficiente. Habría sido más de lo que merecía: este momento de verla sin máscara, sin guardia, sin la evaluación clínica que encendía cada vez que alguien se acercaba. Solo ella y las estrellas y el cuervo y la piel de lobo que era mía y que ya no quería que me la devolviera.

Huginn me delató. Graznó, el traidor, y ella giró la cabeza y me vio y durante medio segundo la cara que tenía ---la cara de estrellas, la cara sin máscara--- siguió ahí, abierta, y yo la vi, y ella supo que la vi, y la máscara volvió pero despacio, como una puerta que se cierra a regañadientes.

---Ven conmigo ---dije. La lira debajo del brazo, envuelta en un paño de lana.

Miró el bulto. Miró mi cara. Se levantó sin preguntar nada.

Había pensado tocar en la longhouse. Era el espacio más grande, el más neutro. Pero la longhouse era pública. Cualquiera podía entrar. Cualquiera podía oír. Y lo que iba a hacer era privado de una forma que no podía explicar sin decir: *voy a tocar la canción que mi madre me enseñó antes de que la desterraran, y si alguien que no seas tú me oye, no voy a poder terminarla*.

La llevé a mi cuarto. La habitación del jarl, al fondo de la longhouse, separada del salón principal por una puerta de roble que cerraba bien. Era pequeña para lo que la gente imagina cuando piensa en la habitación de un jarl: una cama con pieles, un baúl, una mesa con lámparas, las armas en la pared. Mi padre había dormido aquí. Mi madre, antes del destierro. El olor de ambos había desaparecido hacía años, reemplazado por el mío, que era cuero y sal y el humo del fuego que se filtraba por las rendijas.

Sólveig entró. Miró el cuarto con la misma inspección rápida que había visto la primera vez que entró en su cabaña: salidas, espacio, objetos. Vi cómo registraba las armas en la pared, la ventana que daba al fiordo, la puerta a sus espaldas. La evaluación duró tres segundos. Después se sentó en el borde de la cama como si fuera un banco cualquiera, con las manos en las rodillas y los ojos en mí.

Desenvolví la lira.

El instrumento pareció más pequeño en mis manos de lo que recordaba. O mis manos eran más grandes. Los dos. La madera de abedul brillaba a la luz de la lámpara con un lustre que venía de los años: la grasa de los dedos, la transpiración de las palmas, las horas de uso acumuladas como capas de barniz invisible.

Sólveig miró la lira. Miró las runas talladas. Miró mis manos sosteniendo el instrumento con un cuidado que no ponía en nada más, ni en las espadas ni en los mapas ni en la ficha del cuervo tallado.

---Es de tu madre ---dijo. No pregunta.

---Sí.

Asintió. No dijo nada más. No dijo *qué bonita*, no dijo *qué privilegio*, no dijo ninguna de las cosas que la gente dice cuando

quiere ser amable y solo consigue poner distancia. Se quedó en silencio, con las manos en las rodillas, esperándome. Dándome el espacio que yo siempre le daba a ella. Devolviendo el gesto.

Me senté en la silla frente a la cama. Acomodé la lira en el regazo. Puse los dedos en las cuerdas. Y durante un momento terrible, largo, no pude tocar. Los dedos estaban ahí pero la música no. Estaba enterrada debajo de dieciséis años de máscara, debajo del jarl, debajo del guerrero, debajo de todas las capas que me había puesto encima para no ser el niño de doce años que enterró a su madre con las manos sangrando.

Sólveig no dijo nada. No me animó. No me presionó. Se quedó en la cama con las manos quietas y los ojos en mis dedos y esperó con la paciencia que usaba cuando esperaba que un niño se tomara la medicina: sin prisa, sin juicio, con la certeza de que lo que tenía que pasar pasaría cuando estuviera listo.

Toqué.

La primera nota salió torcida. Torpe. Los dedos demasiado rígidos en las cuerdas, la presión desigual, el ángulo equivocado. La segunda fue mejor. La tercera encontró el tono que buscaba y el sonido llenó el cuarto pequeño con una claridad que me sacudió el pecho: la voz de la lira de mi madre, que sonaba exactamente como la recordaba, exactamente como había sonado en la cabaña donde ella me enseñó, cuando yo tenía diez años y el mundo todavía tenía sentido.

Toqué la canción que me había enseñado. No tenía nombre. Ella la llamaba *la de la ballena*, porque la melodía subía y bajaba como un animal marino emergiendo y sumergiéndose, lenta, ondulante, con un ritmo que imitaba la respiración del océano. Era una canción

triste. Las canciones de mi madre siempre eran tristes, pero con una tristeza que no hundía sino que sostenía, como el agua salada que te mantiene a flote aunque no quieras.

Los dedos recordaron. Las manos que mataban y gobernaban y habían acariciado la mejilla de Sólveig en la longhouse y le habían sujetado la cara bajo la lluvia recordaron otro oficio, más antiguo, más honesto: el de sacar música de seis cuerdas de tripa y un trozo de madera tallada por una mujer que murió sola en una cabaña en invierno porque su marido no fue lo bastante valiente para quedarse con ella.

No la miré mientras tocaba. No podía. Si la miraba iba a ver en su cara lo que la música le estaba haciendo y si veía eso iba a parar, porque la música le estaba haciendo lo mismo que me hacía a mí: abrir puertas. La de la ballena era la canción que mi madre tocaba cuando yo no podía dormir, la que me tocaba en las noches de tormenta cuando el viento sacudía la longhouse y yo tenía miedo, la que me tocó la última vez que la vi, sentada en la cabaña del destierro con la lira en el regazo y la espalda recta y los ojos secos, diciendo: *llévatela, Eirik, es tuya ahora, cuídala mejor de lo que tu padre me cuidó a mí*.

La canción terminó. La última nota se extinguió en el aire del cuarto como una vela que se apaga: despacio, con resistencia, negándose a desaparecer del todo. El silencio que la siguió estaba lleno de ella, del fantasma del sonido, del eco que no existía físicamente pero que los dos podíamos oír.

Levanté la cabeza.

Sólveig lloraba.

Sin ruido. Sin gesto. Sin la convulsión del llanto que se desborda. Las lágrimas le caían por las mejillas con la quietud de la lluvia en un cristal: dos líneas finas, brillantes a la luz de la lámpara, que le bajaban desde los ojos abiertos hasta la mandíbula y goteaban sobre las manos que tenía en las rodillas. No se las limpiaba. No intentaba esconderlas. Me miraba con la cara mojada y los ojos desarmados y la boca cerrada, llorando por primera vez desde que la conocía, quizá por primera vez en años, y el llanto no la hacía parecer débil. La hacía parecer humana. Lo cual, viniendo de Sólveig, era mucho más aterrador que el hielo.

Dejé la lira en la mesa.

Me levanté.

Me arrodillé frente a ella.

No pensé en lo que hacía. Un jarl no se arrodilla ante nadie. Un jarl no se pone de rodillas delante de una mujer en su propia habitación con la puerta cerrada y las lágrimas de ella cayendo sobre sus manos. Pero yo no era el jarl en ese momento. Era el hombre que llevaba debajo, el que solo ella veía, el que había tocado una canción de su madre muerta para la mujer que le estaba devolviendo la vida al clan que su madre había amado y perdido.

Le puse las manos en las rodillas. Ella las miró. Las lágrimas seguían cayendo.

---No lloro ---dijo, con la voz rota y una indignación absurda que le arrugaba la nariz.

---No.

---Nunca lloro.

---Nunca.

---Esto es una reacción fisiológica al\... al estímulo acústico\... y a la\...

Le puse el pulgar en la mejilla. Sobre la lágrima. La recogí con la yema del dedo y la sentí: caliente, salada contra la piel, real.

---Es una reacción fisiológica ---dije---. Absolutamente.

La comisura de su boca se movió. Arriba. Abajo. El temblor de una risa que peleaba con el llanto y que no sabía cuál de los dos ganaría. Me miró con los ojos mojados y la nariz roja y el pelo soltándose de la trenza y la cinta roja torcida, y era la persona más hermosa que había visto en mi vida, y lo era no a pesar de las lágrimas sino por ellas, porque las lágrimas eran lo que Sólveig no le daba a nadie y me las estaba dando a mí.

Me besó.

Otra vez ella. Otra vez primero. Se inclinó desde el borde de la cama, me agarró la cara con las dos manos, y me besó con la boca salada de lágrimas y el aliento entrecortado y las manos temblándole en mis mandíbulas. Un beso que sabía a sal y a tomillo y a todo lo que llevaba semanas conteniendo: la rabia, el deseo, el miedo, la gratitud feroz de alguien a quien acaban de darle algo que no sabía que necesitaba.

La besé. Le agarré las muñecas y le bajé las manos de mi cara y le besé los dedos, uno por uno, los mismos dedos que me habían curado el hombro y habían salvado a Ragna y habían sostenido el cuchillo de hueso y habían cerrado el puño alrededor de mis llaves. Le besé las palmas. Los callos. La quemadura del pulgar. Y ella me dejaba, inmóvil, con la respiración suspendida, mirándome besar sus manos como si nadie se las hubiera besado nunca, como si nadie

hubiera tratado esas manos como algo que merecía reverencia en vez de utilidad.

---Eirik ---dijo. Mi nombre quebrado por la mitad, las dos sílabas separadas por un hueco donde cabía todo lo que no decíamos.

Levanté la cabeza. Estaba arriba, en el borde de la cama, y yo abajo, de rodillas, y desde ese ángulo sus ojos eran enormes y oscuros y brillantes y había en ellos algo que no era clínico ni evaluativo ni profesional. Era hambre. Hambre limpia, sin máscara, la misma que yo llevaba semanas alimentando en la oscuridad de mi cuarto pensando en el olor a tomillo de su pelo.

---Quédate ---dije. La palabra salió más cruda de lo que quería. Sin las capas de cortesía, sin el ritual de la invitación decorosa, sin nada entre la palabra y lo que significaba---. Quédate esta noche.

Podía decir que no. Sabía que podía decir que no. La había visto decir que no a cosas mucho menores con una eficiencia que no dejaba espacio para la réplica. Si decía que no, me levantaría del suelo, le devolvería la piel de lobo, la acompañaría a su cabaña, y mañana al amanecer entrenaríamos junto al río y no hablaríamos de esto y seguiríamos construyendo esta cosa imposible un centímetro cada vez.

No dijo que no.

Me puso la mano en la nuca. Los dedos fríos en mi pelo, en la base del cráneo, donde los nervios están más cerca de la superficie y el tacto va directo al centro de todo. Tiró de mí hacia arriba. Hacia ella. Subí del suelo a la cama con un movimiento que no fue elegante ni controlado, que fue hambre y necesidad y dos cuerpos que llevan semanas negándose lo que ahora se permitían.

La besé de nuevo. En la boca. En la mandíbula. En la línea del cuello donde el pulso le latía desbocado bajo la piel, y cuando puse los labios ahí y sentí su corazón contra mi boca, rápido, furioso, desordenado, el sonido que hizo fue el sonido más honesto que le había oído: un gemido bajo, contenido entre los dientes, que no quería soltar y que se le escapó igual, como se escapan las cosas que llevan demasiado tiempo encerradas.

Le solté la trenza. La cinta roja primero, que dejé en la almohada. Después las tiras de cuero que le sujetaban las trenzas, una por una, con los dedos torpes de un hombre acostumbrado a desatar nudos de velas y jarcias, no el pelo de una mujer. Cada trenza deshecha soltaba un mechón que caía sobre sus hombros con un peso que era más que pelo: era armadura. Las trenzas eran parte de su escudo, la estructura que mantenía todo en su sitio, y deshacerlas era desmontar una defensa que llevaba años construyendo.

Ella me dejaba. Con los ojos fijos en los míos, con la respiración acelerada, con las manos en mi pecho, sobre la cicatriz, donde siempre ponía las manos como si fuera el punto de referencia de un mapa que solo ella conocía. Me dejaba deshacerle las trenzas con una confianza que costaba más que cualquier palabra.

Cuando el pelo le cayó suelto, dorado, ondulado por las trenzas, olía a tomillo y a humo y a ella, y hundí la cara en ese pelo y respiré y el mundo se redujo al espacio entre su cuello y mi boca y sus manos subiendo por mi espalda y la certeza de que lo que estaba haciendo iba a cambiarlo todo y que eso era exactamente lo que quería.

Le quité la túnica. Despacio. Le pasé la tela por la cabeza y los brazos y la piel que apareció debajo era pálida, pecosa en los hombros, marcada: una cicatriz fina en el costado izquierdo que no le había visto nunca, una quemadura antigua en el antebrazo, las marcas de una vida que había exigido mucho de este cuerpo y a la que este cuerpo había respondido con la terquedad de los que se niegan a romperse.

Le recorrí la cicatriz del costado con el pulgar. Ella contuvo el aliento.

---Un cuchillo ---dijo---. Hace dos años. Una posada en la costa. El posadero pensó que una mujer sola era una invitación.

---¿Qué pasó con el posadero?

---Le cosí el corte que yo le hice y me fui antes del amanecer.

Le besé la cicatriz. Ella cerró los ojos. Los músculos del abdomen se le contrajeron bajo mis labios, no de dolor, no de miedo, del otro reflejo, el que no se puede controlar, el que dice *más* sin que la boca lo diga.

Me quitó la túnica. Sin la lentitud con la que yo le había quitado la suya: con la eficiencia de la sanadora, de alguien que ha visto y tocado suficientes cuerpos para no necesitar ceremonias. La túnica salió por mi cabeza y quedé frente a ella con la cicatriz expuesta, la que ella había curado, y sus ojos la recorrieron como la habían recorrido cuatro veces antes pero esta vez sin la distancia profesional, esta vez con la mirada desnuda de alguien que mira lo que desea.

Me puso la mano en la cicatriz. La palma abierta sobre el pectoral, exactamente donde la había puesto en el cobertizo de barcas cuando dijo *esto es real*. Pero ahora no había túnica entre su

palma y mi piel, y el calor de su mano contra la cicatriz fue como un sello, como una runa, como algo que se grababa en el tejido con una permanencia que nada iba a borrar.

---Es mía ---dijo, tocando la cicatriz con la punta de los dedos---. La curé. Es mía.

---Es tuya.

Todo lo que vino después fue lento. Deliberado. Sin la urgencia que habría esperado después de semanas de tensión: un ritmo distinto, el ritmo de dos personas que saben que tienen toda la noche y que esta noche importa demasiado para correr.

La tumbé en la cama. Sobre las pieles. El pelo dorado se extendió sobre el cuero oscuro como agua sobre piedra y le enmarcó la cara con un resplandor que la lámpara volvía ámbar. Le besé la clavícula. El hueco entre las clavículas donde el pulso late en un punto blando. El esternón. La curva de las costillas que podía sentir bajo la piel porque Sólveig era delgada de no comer lo suficiente durante demasiado tiempo, y la rabia de eso me subió por la garganta y la ahogé con la boca contra su piel, besándola donde debería haber habido más carne, más peso, más de ella.

Sus manos en mi pelo. Tirando. Sin delicadeza, sin la precisión quirúrgica que ponía en todo: los dedos enredados en mi pelo con la torpeza del deseo que sobrepasa la técnica, y ese desorden en alguien que controlaba todo era más excitante que cualquier gesto calculado.

Le besé el vientre. La cadera. La línea donde el hueso de la cadera asoma bajo la piel con una prominencia que era hambre antigua, y ella se tensó debajo de mí, no de rechazo sino de

anticipación, el músculo vibrando bajo mis labios con la frecuencia de un arco a punto de soltar la flecha.

---Eirik. ---Mi nombre otra vez. En su boca era una súplica y una orden y una pregunta y la respuesta a la pregunta, todo al mismo tiempo, y cada vez que lo decía yo me deshacía un poco más, como las trenzas que le había soltado, como las cuerdas de la lira que se aflojan cuando dejas de tocar.

Bajé. Le besé los muslos, la cara interna donde la piel es más fina y más sensible y donde podía sentir el calor de ella antes de tocarla. Y cuando la toqué ---con la boca, con la lengua, con la misma reverencia con la que le había besado los dedos---, el sonido que hizo fue un sonido que me grabo en la memoria con la precisión de una runa tallada en piedra: profundo, tembloroso, arrancado de algún sitio que no controlaba, y sus manos en mi pelo tiraron más fuerte y sus caderas se movieron contra mí con un ritmo que no era pensado sino instintivo, el ritmo del cuerpo cuando deja de obedecer a la cabeza y obedece a lo que necesita.

La aprendí. Con la boca, con los dedos, con la atención obsesiva que ella merecía. Aprendí dónde la presión la hacía arquearse y dónde la hacía temblar y dónde el placer se le subía a la garganta en un sonido que cortaba y dónde se le acumulaba en el abdomen en una tensión que podía sentir bajo las manos.

Se corrió con mi nombre en la boca. Seis letras. Dos sílabas. Dichas como nunca las había oído: como si fueran la única palabra que existía en todos los idiomas que hablaba, como si todo su vocabulario de sanadora y superviviente y fugitiva se hubiera reducido a eso, a mí, a mi nombre temblándole entre los dientes mientras el cuerpo le cedía debajo y encima y en todas partes.

Subí. Le besé la boca, que sabía a lágrimas secas y a algo caliente y a nosotros. Ella me rodeó con las piernas, con los brazos, con todo, y cuando la miré a los ojos para preguntar lo que necesitaba preguntar, ella asintió antes de que las palabras se formaran.

---Sí ---dijo---. Sí.

Entré en ella con la lentitud de alguien que cruza un umbral sabiendo que no hay vuelta atrás. Lento. Mirándola. Vi cómo cerraba los ojos, cómo abría la boca, cómo la expresión le cambiaba de anticipación a algo que no tenía nombre, algo que estaba entre el dolor y el placer y que no era ninguno de los dos sino la sensación cruda de dos cuerpos que encajan después de semanas de pelear contra la evidencia de que estaban hechos para esto.

Se movió conmigo. O yo con ella. Las dos cosas. Un ritmo que no negociamos porque no hacía falta: el ritmo estaba ahí, en el espacio entre nuestros cuerpos, esperando desde el primer día, desde la playa, desde el barco, desde la primera vez que nuestros ojos se encontraron y algo que no era odio ni deseo sino los dos juntos empezó a latir.

Le agarré la cadera con una mano. Con la otra le agarré la mano, entrelazando los dedos, apretando. La misma mano que había sostenido en la longhouse sobre los mapas. La misma mano que me había curado. La misma mano que ahora apretaba la mía con una fuerza que iba a dejarme marcas en los nudillos y que me importaba menos que nada.

Sólveig abrió los ojos. Me miró. Y lo que vi en esos ojos, a la distancia de cero centímetros, con su cuerpo debajo y alrededor y más cerca de lo que había estado de nadie, fue lo que llevaba

semanas temiendo y deseando ver: no deseo, no placer, no satisfacción. Confianza. Confianza pura, sin filtro, la confianza de alguien que por primera vez en años deja que otro ser humano la vea sin armadura y decide que el riesgo vale lo que vale.

Me rompió. Esa mirada me rompió. La máscara de jarl que se me caía solo con ella se hizo pedazos y lo que quedó debajo era un hombre que temía perder más de lo que temía morir, y que estaba dentro de la razón de ese miedo, y que no iba a salir, y que no quería salir, y que ya no importaba cuánto doliera después porque el después no existía, solo existía esto: su cara debajo de la mía, sus piernas alrededor de mí, sus dedos apretando los míos, y el ritmo que nos llevaba como una corriente marina hacia algún lugar donde las máscaras no sirven y las mentiras no sobreviven y lo único que queda es la verdad del cuerpo contra el cuerpo.

Acabé con la frente contra su hombro y su nombre en la garganta y el peso de todo lo que sentía colapsándome encima como una ola que llega a la playa y se deshace. Ella me sujetó. Con los brazos. Con las piernas. Con la fuerza tranquila de alguien que sabe sostener cosas rotas, porque llevaría dos años haciéndolo y era buena en ello.

Silencio. Respiración. El latido de su corazón contra mi oído, que era el sonido más parecido a la música de la lira que existía: constante, vivo, real.

Me aparté. Me tumbé a su lado. La cama era estrecha para dos personas y nuestros cuerpos se amoldaron el uno al otro con la naturalidad de las cosas que encajan: mi brazo debajo de su cabeza, su espalda contra mi pecho, sus piernas dobladas donde las mías se doblaban. Podía sentir su columna contra mi torso, cada vértebra, y

le pasé los dedos por el pelo suelto que se extendía sobre la almohada como un río dorado.

---Eirik.

---Dime.

---Tu madre te enseñó bien.

No hablaba de la lira. O sí. O de las dos cosas. De la música y de lo que había venido después, que también era música, de otra clase.

Le besé la nuca. El punto donde el pelo nacía de la piel, la frontera entre lo visible y lo oculto.

---Quédate ---repetí. Ya no era una invitación para esta noche. Era una invitación para todas las noches. Los dos lo sabíamos.

No respondíó con palabras. Se apretó más contra mí. Cogió mi mano, la que le rodeaba la cintura, y se la llevó al pecho, entre sus pechos, donde el corazón le latía todavía rápido.

Se durmió. Yo no.

Me quedé despierto con su pelo en la cara y su respiración contra mi brazo y el olor a tomillo y a sexo y a las lágrimas que se le habían secado en las mejillas, y pensé en mi madre. Pensé en la lira. Pensé en lo que mi madre había dicho: *cuídala mejor de lo que tu padre me cuidó a mí*. Hablaba de la lira. Hablaba de todo.

Iba a cuidarla. A ella, no a la lira. A las dos, pero sobre todo a ella. Con todo lo que tenía: el clan, las espadas, el fiordo, las manos que tocaban música y mataban hombres y acariciaban pecas detrás de una oreja. Iba a cuidarla con la ferocidad del hijo que no pudo cuidar a su madre y que lleva dieciséis años cargando esa deuda.

Pero primero, pensé, con la nariz hundida en su pelo y su corazón latiendo contra mi mano, *primero necesito saber quién es. Porque la quiero, Odín me ayude, la quiero con una certeza que me*

aterra, y la quiero sin saber su nombre completo, y eso no puede seguir así.

La primera nieve cayó esa noche. Cuando amaneció, el fiordo estaba blanco. El mundo había cambiado de color mientras nosotros cambiábamos de todo lo demás.

Bjǫrn ganó la apuesta.

Capítulo 13

El nombre verdadero

Me desperté con su brazo sobre mi cintura y la primera nieve del año cayendo al otro lado de la ventana.

Los copos eran grandes, lentos, del tamaño de uñas de niño. Caían con la indolencia de las cosas que saben que van a quedarse un rato. El cielo detrás era blanco, denso, sin horizonte, como si alguien hubiera borrado la línea entre el mar y el aire y el mundo fuera todo una misma cosa helada y silenciosa.

El brazo de Eirik pesaba. Era un peso cálido, sólido, con el antebrazo cruzado sobre mis costillas y la mano abierta contra mi estómago, y podía sentir su respiración en la nuca: lenta, profunda, el ritmo de alguien que duerme sin pesadillas. Le sentía el pecho contra la espalda, la pierna doblada detrás de la mía, el calor de su cuerpo encerrado bajo las pieles con el mío como una estufa con forma de hombre.

No me moví. Había demasiadas razones para no moverme y ninguna tenía que ver con la pereza. Tenía que ver con el hecho de que este era el último momento en que todo iba a estar bien. El último momento antes de lo que venía después, que era la verdad, que era mi nombre, que era el final de Sólveig a secas y el principio de algo que no podía controlar.

Porque iba a decírselo. Hoy. Esta mañana. Antes de que pasara otra hora con su brazo sobre mí y su aliento en mi pelo y la ilusión

de que esto podía durar sin la verdad debajo como un cuchillo escondido en la cama.

Signe tenía razón. Thyra tenía razón. Mi propia garganta, que llevaba semanas cerrándose alrededor de las palabras como un puño alrededor de una piedra, tenía razón. Los secretos se comen a la gente desde dentro. Y yo ya estaba bastante comida.

Eirik se movió detrás de mí. El brazo me apretó. La nariz se me hundió en el pelo, detrás de la oreja, en el punto exacto donde tenía las tres pecas que él había encontrado semanas atrás y que ahora besaba con la familiaridad de alguien que ha memorizado un camino y lo recorre con los ojos cerrados.

---Estás despierta ---dijo. No pregunta. La voz ronca del sueño, grave, con una vibración que me pasó de la oreja a la columna.

---Nieva.

---Hmm. ---Me apretó más. El sonido era el de un hombre que no tiene la menor intención de moverse y que considera la nieve un argumento a su favor---. Primera nieve. Tradición de quedarse en la cama.

---Eso no es una tradición.

---La acabo de inventar. Soy jarl. Puedo inventar tradiciones.

La boca me tiró. Contra mi voluntad, contra el nudo en la garganta, contra todo, el músculo me tiró hacia arriba y tuve que morder el interior de la mejilla para no sonreír porque si sonreía iba a ser más difícil decir lo que tenía que decir, e iba a ser difícil de todas formas.

Me di la vuelta.

Su cara estaba ahí. A diez centímetros. El pelo revuelto sobre la frente, el kohl corrido ---no se lo había quitado anoche y tenía

marcas oscuras bajo los ojos que le daban un aspecto de animal nocturno, de algo que caza de noche y duerme de día---, los labios entreabiertos, los ojos grises todavía blandos de sueño. La cara de antes del jarl. La cara de debajo. La que solo yo veía.

La cara que iba a cambiar en cuanto abriera la boca.

---Tengo que contarte algo ---dije.

Los ojos se le enfocaron. Despacio, como un animal que detecta un cambio en el viento. La blandura del sueño se replegó y debajo apareció la atención, rápida, total, la atención de alguien que ha aprendido a leer el peligro en los matices de una voz.

Se apartó un poco. No mucho. Lo suficiente para verme entera, para tener la distancia que necesitaba para procesar lo que fuera que estaba a punto de decirle. El brazo seguía sobre mí pero más flojo, como una cuerda que se afloja para dar margen sin soltar del todo.

---Cuéntame.

Respiré. El aire me entró frío y me quemó la garganta porque la garganta ya estaba en carne viva de tanto tragar palabras. Esto era lo que había ensayado y no había ensayado, lo que había pospuesto cada noche con la promesa de *mañana* hasta que mañana había llegado y estaba en su cama con su olor en mi piel y sus ojos esperándome.

---Mi nombre no es Sólveig. ---Pausa. La frase era mentira a medias, así que la corregí---. Mi nombre es Sólveig. Pero no todo mi nombre.

No se movió. Los ojos fijos en los míos. La mandíbula quieta.

---Mi nombre completo es Sólveig Haraldsdóttir. Hija de Harald, jarl de Skálholt.

La palabra Skálholt cayó en el silencio de la habitación como una piedra en agua muerta. Vi el impacto en sus ojos: la dilatación de las pupilas, el parpadeo rápido, la mandíbula que se apretó un grado. Conocía el nombre. Por supuesto que conocía el nombre. Todos los jarls de Noruega conocían el nombre de Skálholt: el fiordo que Sigurd había destruido, el clan que había borrado del mapa, la masacre que había servido de aviso para todos los demás.

No me interrumpió. No habló. Esperó.

Y yo le di todo.

---Skálholt está en la costa noroeste, en la entrada del fiordo de Snæfell. Estaba. Mi padre lo gobernaba desde hacía veinte años. Mi madre se llamaba Sigrídð y era sanadora, la mejor del norte, la que me enseñó todo lo que sé. Tenía un hermano, Arn. Dos años mayor que yo. Era bueno con la espada y malo con las palabras y me enseñó a pelear cuando tenía nueve años porque decía que las niñas que no saben pegar mueren antes que las que sí.

La voz me salía plana. Clínica. La voz de la sanadora que describe síntomas: aquí está la herida, aquí está el hueso, esto es lo que pasó. Si dejaba entrar la emoción no iba a poder terminar, y tenía que terminar, tenía que sacarlo todo antes de que la garganta se cerrara del todo.

---Sigurd llegó de noche. Diez barcos. Todos con velas negras. No hubo aviso. No hubo negociación. El vigía de la entrada del fiordo estaba muerto cuando despertamos, y para cuando el clan se armó ya estaban dentro.

Las imágenes venían solas. No las llamaba. Nunca las llamaba. Venían: el olor a humo, la longhouse en llamas, la voz de mi madre que no gritaba mi nombre sino una orden ---*corre*---, la cara de Arn

con la flecha en el pecho, la cara de mi padre empujándome hacia la puerta de atrás con las manos llenas de sangre que no era suya y que iba a serlo.

---Mi padre me mandó salir por la puerta de la cocina. Mi madre me dijo que corriera. Arn ya estaba muerto. Tenía una flecha aquí. ---Me toqué el pecho, lado izquierdo, entre la tercera y la cuarta costilla. Punto de entrada letal. Muerte en menos de un minuto---. Mi padre se quedó para dar tiempo. No sé cuánto duró. Mi madre\... ---la garganta se cerró; la forcé; la abrí--- la oí gritar después de que yo saliera. El grito se cortó a mitad. No sé qué le hicieron. Sé que el grito se cortó.

Eirik no me tocaba. El brazo seguía sobre mí, pero suelto, quieto, como si intuiera que tocarme ahora podía romperme o insultarme o ambas cosas. Me daba el espacio. El mismo espacio que me había dado desde el principio. Pero ahora el espacio dolía, porque ahora sabía que dolía, porque ahora estaba en su cama con su olor encima y el nombre que me había callado durante semanas saliéndome de la boca como sangre de una herida que por fin se abre.

---Huí por el bosque. Descalza. Con el cuchillo de mi madre y un frasco de ungüento que cogí de la mesa porque fue lo primero que agarré. Corrí hasta que no podía correr más y después caminé y después me arrastré. Tardé dos días en llegar a la siguiente aldea. Me acogieron. Curé gente. Me moví. Otra aldea. Otra cura. Dos años, Eirik. Dos años moviéndome de aldea en aldea, curando lo que podía, durmiendo donde me dejaban, sin decirle a nadie mi nombre completo porque Haraldsdóttir es una sentencia de muerte: Sigurd busca a los supervivientes de Skálholt y los elimina para que nadie pueda reclamar el fiordo ante el Thing.

Silencio. La nieve caía. Dentro de la habitación, el aire estaba tan quieto que podía oír los copos golpear la madera del alero.

---Soy la última ---dije---. La última de mi sangre. La única heredera de Skálholt. Un fiordo muerto que no existe ya pero cuyo nombre todavía tiene valor político, porque si alguien pudiera probar que Sigurd tomó Skálholt por la fuerza y sin derecho, el Thing podría revocarlo. Y yo soy esa prueba. La única testigo viva. La única persona que puede ponerse de pie en una asamblea de jarls y decir: *yo estaba allí, esto es lo que pasó, este hombre mató a mi clan*.

Le miré los ojos.

---Por eso no te lo dije antes. Porque en el momento en que sabes esto, dejo de ser tu sanadora. Me convierto en una pieza del tablero. Una ficha política. Alguien que los jarls aliados quieren usar para sus intereses y que Sigurd quiere muerta. Y tú tienes que decidir qué hacer conmigo, y esa decisión va a tener consecuencias para tu clan, y yo no quería\... ---la voz se me quebró; la recompuse--- no quería que me miraras y vieras una alianza en vez de una persona.

El silencio que siguió fue el más largo de mi vida.

Eirik no se había movido. La mandíbula apretada, los ojos fijos en mí, las pupilas contraídas. Procesando. Le conocía la cara lo suficiente para saber que estaba procesando, no decidiendo: el procesamiento era rápido, paralelo, capas de información encajando en un cerebro que estaba diseñado para la estrategia y que ahora tenía que aplicar la estrategia a algo que no era una batalla sino la mujer que estaba en su cama.

Se sentó. Se pasó las manos por la cara. Por el pelo. Se quedó un momento con las manos cubriéndole los ojos, los codos en las

rodillas, la postura de alguien que necesita un segundo de oscuridad para reorganizar el interior de su cabeza.

El miedo me subió por el esternón. Frío, metálico, el miedo específico de alguien que acaba de entregar su última arma y espera el golpe. Podía echarme. Podía usarme. Podía encerrarme en la cabaña y mandar mensajeros a los otros jarls ofreciendo a la heredera de Skálholt como moneda de cambio. Podía hacer lo que su padre habría hecho: lo políticamente óptimo.

Bajó las manos.

Me miró.

Y lo primero que dijo no fue *¿por qué no me lo dijiste antes?* ni *¿qué significa esto para la alianza?* ni *¿cuántos jarls lo saben?*

Lo primero que dijo fue:

---Tu hermano. Arn. ¿Cómo era?

La pregunta me desarmó. Completamente. Había preparado respuestas para la rabia, para la frialdad política, para las preguntas estratégicas que un jarl debería hacer cuando descubre que se ha acostado con la heredera de un clan destruido. No había preparado esto. No había preparado que me preguntara por mi hermano muerto con una voz que sonaba como sonaría el río si pudiera hablar: honda, calmada, llena de cosas que no se ven desde la superficie.

---Era\... ---La garganta se me cerró. La abrí. El aire ardía---. Era callado. Serio. Se parecía a papá pero con la boca de mamá. Tenía una cicatriz en la ceja de cuando se cayó del tejado intentando atrapar un cuervo. ---Se me escapó un sonido que podría haber sido risa si no hubiera tenido lágrimas dentro---. Quería un cuervo. Tenía doce años y quería un cuervo como mascota y se subió al tejado de

la longhouse y se cayó y mamá le cosió la ceja mientras le decía que era el ser humano más estúpido que había traído al mundo y Arn se reía porque le daban igual los puntos, le daban igual, solo quería su cuervo.

Las lágrimas caían. Otra vez. Las de anoche que creía cerradas se habían vuelto a abrir y bajaban por mis mejillas y mi barbilla y goteaban sobre las pieles de la cama con un sonido minúsculo que en el silencio de la habitación sonaba enorme.

Eirik se movió. Se acercó. Me cogió la cara con las dos manos --- las mismas manos de anoche, las que me habían tocado en sitios que todavía me pulsaban, las que habían sostenido la lira, las que mataban hombres y gobernaban clanes--- y me limpió las lágrimas con los pulgares. Un gesto lento. Repetido. Pulgar izquierdo, mejilla izquierda. Pulgar derecho, mejilla derecha. Como si limpiar lágrimas fuera un oficio que requiriera concentración y él quisiera hacerlo bien.

---Escúchame ---dijo. Voz baja. Firme. La voz que usaba para las órdenes que no admitían réplica, pero sin el filo, sin la autoridad que cortaba; solo la firmeza, la estructura, el hueso debajo de la carne---. Escúchame, Sólveig Haraldsdóttir.

Mi nombre completo en su boca. Las seis sílabas. Haraldsdóttir. Lo dijo como si lo estuviera aprendiendo, memorizando la forma que le hacía en la lengua, el peso que tenía, el sabor.

---No eres una ficha. No eres una alianza. No eres una moneda de cambio. ---Los pulgares seguían en mis mejillas. Lentos. Recogiendo lágrimas que no paraban de caer---. Eres la mujer que le salvó la vida a mis niños. Eres la mujer que le puso nombre al veneno de mi padre. Eres la mujer que me derribó en la hierba y me

hizo reír por primera vez en años. Eres la mujer a la que le toqué la lira de mi madre anoche y que lloró por la música y después me dejó verla llorar, que es lo más valiente que he visto hacer a nadie en mi vida.

La garganta. El esternón. Los ojos. Todo ardía.

---Mi padre eligió el clan y soltó a mi madre. Mi padre tomó la decisión políticamente óptima y mi madre murió sola en una cabaña en invierno. Yo llevo dieciséis años viviendo con lo que esa decisión me costó. ---Sus ojos estaban húmedos. No lloraba: Eirik no lloraba, igual que yo no lloraba, los dos con la misma aversión patológica a la vulnerabilidad. Pero los ojos estaban húmedos y eso era más de lo que le había visto dar nunca---. No voy a hacer lo que hizo mi padre. No voy a elegir entre tú y el clan. Voy a encontrar la forma de que las dos cosas sean la misma.

---No puedes prometer eso.

---No estoy prometiendo. Estoy diciendo lo que voy a hacer. ---La mandíbula. Apretada. La voz que no admitía réplica---. Te presento ante el Thing como heredera de Skálholt. Tu testimonio y mi prueba del arsénico juntos son más fuertes que cualquier ejército. Si los jarls del norte ven que Sigurd envenena y masacra sin derecho, la alianza contra él se forma sola. No necesito casarte con nadie. No necesito usarte. Necesito que te pongas de pie en una asamblea y digas la verdad.

La política. Ahí estaba. Le había dado la verdad y la mente de estratega se había activado de forma inmediata, reconfigurando el tablero con la pieza nueva: Sólveig ya no era solo sanadora, era testigo, era prueba viviente, era el argumento que podía unir a los clanes dispersos contra una amenaza común.

Pero lo había dicho después. Después de preguntarme por Arn. Después de limpiarme las lágrimas. Después de decir *no eres una ficha*. La política era real y era necesaria y la iba a usar, pero no era lo primero. Lo primero había sido mi hermano que se cayó de un tejado persiguiendo cuervos.

---¿Y si los jarls exigen que me cases con uno de ellos para sellar la alianza?

La pregunta era necesaria. La pregunta era la piedra de toque. Si Eirik la esquivaba, si daba una respuesta evasiva, si dejó la puerta abierta a la posibilidad de entregarme como moneda política, iba a levantarme de esta cama y a irme por el sendero del fiordo y no iba a mirar atrás.

No la esquivó.

---Que lo intenten.

Dos palabras. Dichas con la misma voz con la que le había dicho a Hallvard *si la tocas te corto la mano*. Sin bravuconada. Sin pose. La declaración de un hecho: alguien que intente casarla contra su voluntad va a encontrarse con un problema de metro ochenta con un hacha y un cuervo y la disposición de convertir una asamblea política en un baño de sangre.

---No puedes resolver todo con violencia, Eirik.

---Lo sé. Pero puedo resolver bastante. Y lo que no pueda resolver con violencia lo resolvemos con arsénico.

Me reí. Un sonido húmedo, roto, que estaba a medio camino entre la risa y el sollozo y que me sorprendió saliéndome por la boca antes de que pudiera morderlo. Eirik me miró reír con la cara mojada y la nariz roja y el pelo revuelto y la expresión que le vi fue la misma que le había visto cuando sonreí por primera vez en el cobertizo de

barcas: asombro. Asombro y algo más caliente debajo, algo que no tenía nombre seguro pero que podría ser devoción si los jarls se permitieran esa palabra.

---Hay más cosas que necesitas saber ---dije, limpiándome la cara con el dorso de la mano---. Thyra ya lo sabe. Lo supo desde el primer día. Conoció a mi madre. Visitó Skálholt cuando yo era niña.

---¿Thyra lo sabe? ---Algo cruzó su cara: no sorpresa, sino la irritación específica del hombre que descubre que la völva que vive en su clan lleva semanas guardándole un secreto---. Por supuesto que Thyra lo sabe. Thyra sabe todo. Thyra sabía que iba a nevar hoy antes de que existieran las nubes.

---Me dijo que esperara. Que si te lo contaba demasiado pronto, la política lo devoraría todo. Tenía razón.

---Thyra siempre tiene razón. Es insufrible. ---Pausa. Me miró---. ¿Alguien más?

---Nadie. Solo Thyra y ahora tú.

Asintió. Los ojos se le habían secado. La maquinaria del jarl trabajaba debajo de la superficie: podía verlo en la mandíbula, en la frente, en la forma en que los dedos le tamborileaban en la rodilla con el ritmo de alguien que cuenta movimientos en un tablero. Estaba calculando. Quién podía saberlo, cuándo, cómo presentarlo, qué riesgos. La mente de estratega no se apagaba. No se apagaba nunca. Pero las manos que me habían limpiado las lágrimas seguían calientes sobre mi cara, y eso significaba que el estratega y el hombre estaban trabajando juntos en vez de el uno contra el otro, y eso era nuevo, y eso era lo que había esperado sin atreverme a esperar.

---Bjǫrn y Signe ---dijo---. Se lo cuento yo. Hoy. Necesitan saberlo para lo que viene. ¿Puedes confiar en ellos?

---¿Puedes confiar tú en ellos?

---Con mi vida.

---Entonces sí.

Silencio. La nieve seguía cayendo. El cuarto se había enfriado porque el fuego de la longhouse estaba casi muerto y el frío de noviembre se metía por los resquicios con la insistencia de alguien que no acepta un no. Eirik se levantó de la cama, desnudo, sin la menor incomodidad, y fue a echar leña al fuego del cuarto. Le miré la espalda mientras lo hacía: los músculos moviéndose bajo la piel, la cicatriz del hombro ---mi cicatriz--- visible desde este ángulo, la línea de la columna que había recorrido con los dedos anoche. Un cuerpo funcional, usado, lleno de marcas. Un cuerpo que me había tratado con una reverencia que todavía me pulsaba en la piel.

Volvió a la cama. Se metió bajo las pieles. Me agarró. Sin pedir permiso, sin ceremonia: me rodeó con los dos brazos y me apretó contra su pecho y apoyó la barbilla en mi cabeza, y el gesto no era sexual ni romántico sino algo más básico, más animal: el gesto de alguien que agarra lo que es suyo y le dice al mundo *intenta quitármelo*.

---Sólveig Haraldsdóttir ---dijo, contra mi pelo. Probándose el nombre otra vez. Dándole vueltas---. Hija de Harald. Hija de Sigrídð. Hermana de Arn. Última de Skálholt.

---Sí.

---¿Sabes lo que eso significa para el Thing?

---Lo sé.

---¿Sabes que cuando los jarls se enteren, algunos van a querer protegerte y otros van a querer usarte y ninguno va a dejarte en paz?

---Lo sé.

---¿Sabes que Sigurd va a enviarte asesinos en cuanto se entere de que estás viva?

---Eirik. ---Levanté la cabeza de su pecho. Le miré a los ojos desde abajo, desde el ángulo imposible de una mujer que mide veinte centímetros menos que el hombre al que le está diciendo una verdad que va a cambiar su vida---. Llevo dos años escondiéndome de Sigurd. Dos años durmiendo con un cuchillo. Dos años evaluando cada cara nueva para decidir si me va a matar o no. Sé exactamente lo que esto significa. Y he decidido quedarme. No huyendo. No escondida. Aquí.

Le repetí las palabras que había pensado aquella noche bajo la piel de lobo, con la bellota de Huginn en la mano. Las mismas palabras. Pero ahora las decía en voz alta, en la cama de un jarl, con la nieve cayendo y mi nombre completo vibrando en el aire entre los dos.

Eirik me miró. Largo. Con esos ojos que leían mapas y corrientes y amenazas y que ahora leían algo más complicado que cualquier mapa: a mí. Entera. Con el nombre y sin él. Con la sangre de jarls y las manos de sanadora y las cicatrices de fugitiva y el olor a tomillo y las lágrimas que ya se secaban y la decisión hecha.

---Entonces nos preparamos ---dijo---. Juntos. Convocamos el Thing antes de que el hielo cierre los fiordos. Presentamos la prueba del arsénico. Presentas tu testimonio. Les damos a los jarls una

razón para aliarse que sea más fuerte que su miedo a Sigurd. Y cuando Sigurd venga, que va a venir, lo esperamos.

Lo esperamos. No *te protejo*. No *yo me encargo*. *Lo esperamos.* Plural. Los dos. Como si fuera lo más obvio del mundo que una sanadora fugitiva y un jarl de un clan pequeño enfrentaran juntos al hombre más poderoso de la costa, armados con un frasco de veneno verde, una lira de abedul y el nombre de una mujer que se negaba a morir.

Le besé. Despacio. Con la boca salada de las lágrimas que no había terminado de secar y el peso del nombre completo en la lengua y la certeza, nueva, luminosa, aterradora, de que por primera vez en dos años no estaba sola.

Él me devolvió el beso. Y en ese beso ---el primero con mi nombre verdadero, el primero sin mentiras debajo, el primero que era completamente mío y completamente suyo--- sentí algo que no sentía desde Skálholt. Algo que llevaba muerta desde la noche de las velas negras.

Esperanza.

No la esperanza ciega del optimista. La esperanza cruda, cautelosa, calculada del superviviente que evalúa los recursos y decide que las probabilidades, aunque malas, no son cero. Teníamos una prueba. Teníamos mi testimonio. Teníamos un clan pequeño pero leal. Teníamos un cuervo ladrón y una völva que sabía todo antes de que pasara y un guerrero enorme con un marido afilado y una hermana pelirroja que cortaba cebollas con precisión de cirujana.

Y nos teníamos el uno al otro. Lo que fuera que eso significara. Lo que fuera que estuviéramos construyendo entre la lira y el

arsénico y las noches en la longhouse sobre los mapas: lo teníamos. Era nuestro. Y Sigurd iba a tener que quitárnoslo por la fuerza.

Fuera, la nieve cubría Hrafnheim con un manto blanco que borraba las huellas y hacía que el mundo pareciera nuevo. Dentro, Eirik me abrazaba con la fuerza de alguien que ha dejado de fingir que no tiene miedo y que ha descubierto que el miedo, cuando lo compartes, pesa la mitad.

Y por primera vez en años, Sólveig Haraldsdóttir no quería estar en ningún otro sitio.

Capítulo 14

El consejo

Los reuní esa tarde, cuando la nieve ya cubría los tejados y el mundo tenía el silencio espeso de las cosas recién enterradas.

Bjǫrn. Leif. Signe. Thyra. Los cuatro únicos seres vivos aparte de mí en los que confiaba lo suficiente para poner la vida de Sólveig en sus manos. Y Huginn, que se posó en la viga del techo con la indiferencia de alguien que ya sabía todo y no entendía por qué los humanos tardaban tanto en compartir información.

La longhouse estaba vacía. Había mandado al resto del clan a revisar las empalizadas del sur, una tarea innecesaria que tenía la única ventaja de vaciar el salón durante dos horas. Cerré las puertas. Encendí el fuego central. Me senté en la silla del jarl y los miré a los cuatro con la certeza de que lo que iba a decir iba a cambiar la forma en que veían todo lo que había pasado en las últimas semanas.

Sólveig no estaba. Habíamos discutido sobre eso en la cama, con la nieve cayendo y su mano en mi pecho y mi mano en su pelo, y la discusión había sido corta porque Sólveig discute con la misma eficiencia con la que cose heridas.

---Debería estar presente ---había dicho.

---No.

---Es mi historia.

---Y la cuento yo. Porque si tú estás en la sala, Bjǫrn va a estar pendiente de tu cara en vez de escuchar, y Signe va a querer

abrazarte, y necesito que escuchen primero y sientan después.

Me había mirado con la expresión que ya conocía: la de alguien que evalúa un argumento con la frialdad de un cirujano y decide que, contra su voluntad, es correcto.

---De acuerdo. Pero después hablo yo con ellos.

---Después hablas tú con ellos.

Así que estaba en su cabaña, con los niños, haciendo lo que hacía mejor: curar cosas mientras el mundo a su alrededor se reorganizaba alrededor de su nombre.

Miré a los cuatro. Bjǫrn estaba sentado en el primer banco, con las piernas abiertas y los codos en las rodillas y la postura de un hombre cuyo cuerpo no cabe cómodo en ningún mueble hecho para humanos de tamaño normal. Leif estaba a su lado, con las piernas cruzadas y la espalda recta y esos ojos oscuros que no perdían detalle. Signe estaba de pie junto al fuego, porque Signe no sabía estar sentada cuando había tensión: la absorbía mejor de pie, caminando, con las manos haciendo algo. Thyra estaba en su rincón de siempre, en la silla de madera que nadie más usaba porque olía a hierbas y a algo que podía ser incienso o podía ser magia o podía ser simplemente una vieja que no se bañaba lo suficiente.

---La sanadora ---dije. Así empecé. Sin preámbulo. Sin contexto. Porque el preámbulo era un lujo que no podía permitirme cuando tenía una noticia que iba a pesar tanto que necesitaba soltarla antes de que la gravedad me la arrancara---. Su nombre completo es Sólveig Haraldsdóttir. Hija de Harald, jarl de Skálholt. Última heredera de un clan que Sigurd destruyó hace dos años. Es la única testigo viva de la masacre.

Silencio.

El tipo de silencio que sigue a un terremoto, cuando la tierra ha dejado de moverse pero nadie se atreve a mirar el daño.

Bjǫrn fue el primero en reaccionar. O más bien su cuerpo fue el primero: la espalda se le enderezó como si le hubieran puesto un hierro caliente contra la columna, la mandíbula se le cayó un centímetro y los ojos se le abrieron con la expresión de un hombre que acaba de recibir un dato que no encaja en el mapa que tenía de la realidad y necesita dibujar uno nuevo.

---Skálholt ---repitió. La palabra le salió baja, densa, con el peso de un nombre que todos los guerreros del norte conocían porque Skálholt era la historia que se contaba junto al fuego cuando querías asustar a los que pensaban que Sigurd solo era un jarl ambicioso: *mira lo que le hizo a Skálholt, mira lo que queda, ceniza y huesos, así que piensa dos veces antes de negarte a pagarle tributo*---. La sanadora es\... ¿es de Skálholt?

---Es Skálholt. Lo único que queda de Skálholt.

Leif no habló. Miró a Bjǫrn, miró a mí, y en sus ojos vi lo que siempre veía en Leif: el cálculo. No frío, no cruel: Leif no era cruel, era práctico con la misma ferocidad con la que Bjǫrn era leal. Estaba calculando lo que esto significaba para el clan, para la alianza, para la guerra que se acercaba. En tres segundos iba a tener más preguntas que los otros tres juntos.

Signe no se movió. Se quedó junto al fuego con las manos a los lados y la boca cerrada y una expresión que no supe leer, lo cual me preocupó, porque siempre sabía leer a Signe. Después la leí. No era sorpresa. Era confirmación. Signe había sospechado algo. No esto específicamente, pero algo: que Sólveig no era quien decía ser, que su nórdico de corte y su formación médica y la forma en que se

movía ---sin pedir permiso, sin bajar la cabeza, con la autoridad intrínseca de alguien criada entre jarls--- no encajaban con una sanadora errante de aldeas costeras.

Thyra no reaccionó en absoluto. Se quedó en su silla con la placidez de una piedra que ya ha sido erosionada por todo y a la que no le quedan aristas que perder. Claro que no reaccionó. Lo sabía desde el día que Sólveig pisó Hrafnheim.

---Vieja ---dije. Sin rencor. Con la irritación afectuosa que Thyra me provocaba desde que era niño.

---Joven ---respondió.

---¿Cuánto tiempo?

---Desde que la vi bajar del barco. Tiene los ojos de Sigrídð. La misma forma de apretar la boca cuando piensa. La misma maldita terquedad.

---¿Y no dijiste nada?

---Le dije a ella que se lo contara a su tiempo. ---Thyra me miró con el ojo bueno---. El tiempo ha llegado, por lo que veo.

Por lo que veo. La völva lo sabía todo. Podía olerle a la gente las decisiones antes de que las tomaran, como los cuervos huelen la sangre antes de que se derrame.

Les conté el resto. Todo lo que Sólveig me había contado esa mañana: la noche de Skálholt, los barcos de velas negras, el padre que se quedó para dar tiempo, la madre cuyo grito se cortó a mitad, el hermano con la flecha entre las costillas, los dos años de fuga de aldea en aldea con un cuchillo y un frasco de ungüento. Les conté que era la única heredera legítima, que su testimonio ante el Thing podía revocar la toma de Skálholt, que la prueba del arsénico

combinada con su declaración le daba a nuestra alianza un argumento que ningún jarl podía ignorar.

No les conté lo de la lira. No les conté lo de la cama. No hacía falta. Los cuatro sabían que me había acostado con ella ---Bjǫrn había ganado la apuesta, la información no era confidencial--- y los cuatro podían conectar los puntos sin que yo les dibujara la línea.

Leif habló primero. Como había predicho. Las preguntas le salían con la precisión de un arquero.

---¿Quién más lo sabe?

---Thyra. Nosotros cinco. Nadie más.

---¿Significado para Sigurd si se entera?

---Asesinos. Los enviará en cuanto sepa que está viva. Su testimonio le quita la legitimidad de Skálholt y abre la puerta a un juicio en el Thing. Es la única persona viva que puede hacerle eso.

---¿Quién controla la información?

---Nosotros. Hasta el Thing, nadie fuera de esta sala sabe su nombre real. Sólveig sigue siendo la sanadora del raid. Una cautiva que se ha quedado. Nada más.

Leif asintió. Podía ver los engranajes moviéndose detrás de sus ojos: riesgos, probabilidades, escenarios. Bjǫrn le miraba con esa mezcla de admiración y desconcierto que le provocaba su marido cuando entraba en modo estratégico, como un perro de caza observando a un halcón: entendía que era impresionante aunque no entendiera del todo cómo funcionaba.

---¿Y la alianza con Halfdan? ---preguntó Leif---. Si le ofrecemos a una heredera de Skálholt como testigo del Thing, su respuesta cambia. Halfdan odia a Sigurd, pero el odio solo no mueve ejércitos. Una heredera viva y una prueba de envenenamiento sí.

---Lo sé. Pero Halfdan no lo sabe hasta que estemos listos. Si la información se filtra antes del Thing, Sigurd nos cae encima antes de la primavera.

Bjǫrn levantó la cabeza. Había estado callado demasiado tiempo para ser Bjǫrn, lo cual significaba que estaba procesando algo que no tenía que ver con la estrategia.

---Eirik.

---Dime.

---¿Ella está bien?

La pregunta me pilló sin máscara. No porque fuera inesperada sino porque era Bjǫrn: el hombre más grande del clan preguntando con la voz más pequeña si la mujer que le había curado a los niños del clan y le había alegrado las cenas con su humor seco y le había ganado el respeto sin pedir nada estaba bien. Bjǫrn, cuya primera reacción ante una información de valor político incalculable era preocuparse por la persona.

Tragé.

---Está bien. Está con los niños.

---¿Sabe que estamos aquí hablando de ella?

---Lo sabe. Lo hemos decidido juntos.

Juntos. La palabra salió sin que la pensara y se quedó en el aire con el peso de algo que era más que una decisión táctica. Bjǫrn me miró. Asintió una vez, despacio, con la aprobación callada de un hombre que lleva diez años casado y que reconoce el sonido de la palabra *juntos* cuando no es retórica.

Signe habló por fin.

---Tenía dieciocho años cuando Skálholt cayó. ---No me miraba a mí. Miraba el fuego---. Dieciocho años, sola, huyendo de noche por

un bosque. Con un cuchillo. ---Pausa. La voz se le había puesto rígida de una forma que reconocía: la rigidez de Signe era rabia, no frialdad---. Y ha pasado dos años así. Sola. Sin nombre. Curando gente para que la dejaran dormir bajo techo. Dos años.

---Signe\...

---No. Déjame terminar. ---Se giró hacia mí. Los ojos verdes le brillaban con una intensidad que era fuego, no lágrimas---. Esa mujer ha estado sentada en esta longhouse cenándose la sopa que yo le preparaba y curándoles la tos a nuestros niños y entrenando contigo al amanecer y guardándose esto dentro. Sola. Porque no podía confiar en nadie. Porque la última vez que confió en alguien fue en su padre, que le dijo que corriera, y después se murió.

El fuego crepitaba. Nadie hablaba.

---Así que lo que voy a hacer ahora ---dijo Signe, con la voz temblándole de algo que no era debilidad--- es ir a su cabaña y llevarle pan caliente y sidra y sentarme con ella y no preguntarle nada y dejar que sepa que hay alguien más que la conoce entera y que no se ha ido corriendo. ¿Algún problema?

Ninguno. Ningún problema. Se fue como había venido: con el paso rápido de alguien que tiene cosas que hacer y la intención de hacerlas antes de que el mundo se lo impida. La puerta se cerró detrás de ella con un golpe que era afirmación, no portazo.

Thyra se rió. Un sonido seco, quebradizo, como una rama que se parte. La risa de una mujer que ha vivido setenta años y que sigue encontrando cosas que la sorprenden.

---Tu hermana ---dijo--- es exactamente como tu madre.

No respondí. Tragé algo que podía ser orgullo o podía ser dolor. Con Signe, las dos cosas eran la misma.

El consejo continuó sin ella. Leif desplegó el mapa sobre la mesa y empezamos a redibujar la estrategia con la pieza nueva. Sólveig Haraldsdóttir no era solo una testigo: era un símbolo. La última de Skálholt viva y dispuesta a hablar significaba que Sigurd no había terminado el trabajo. Significaba que su poder tenía una grieta. Y las grietas, en política como en la madera de los barcos, son lo que te hunde si no las sellas a tiempo.

---El Thing ---dijo Leif, con el dedo sobre el mapa---. ¿Dónde y cuándo?

---Kaupangen. Antes de que el hielo cierre la ruta del norte. Tenemos seis semanas.

---Seis semanas para convencer a suficientes jarls de que asistan y para proteger a tu sanadora de cualquiera que quiera ganar puntos con Sigurd entregándosela. ---Leif me miró por encima del mapa---. ¿Tu sanadora o tu mujer?

La pregunta tenía filo. Leif no la hacía por crueldad: la hacía porque necesitaba saber con qué estaba trabajando. Un jarl que protege a una sanadora valiosa es estrategia. Un jarl que protege a la mujer con la que duerme es vulnerabilidad. Ambas cosas eran ciertas y ambas cambiaban el cálculo.

---Las dos cosas ---dije.

Leif asintió. Sin juicio. Sin aprobación ni desaprobación. La aceptación del dato como un dato, para integrarlo en la ecuación.

---Entonces la protegemos como las dos cosas ---dijo---. La escolta al Thing la llevan Bjǫrn y yo. Treinta guerreros. Los mejores. Ella no se queda sola ni para mear.

---Muy elegante ---dijo Bjǫrn.

---Muy eficaz ---corrigió Leif.

Planificamos. Las horas pasaron con la densidad del trabajo necesario: rutas de viaje, puntos de reabastecimiento, mensajeros a los jarls que podían ser aliados. Halldrór del norte, que odiaba a Sigurd por una disputa de tierras. Gunnar de las islas, que había perdido un hijo en una escaramuza con los hombres de Sigurd. Y Halfdan del este, cuya respuesta a nuestra propuesta de alianza todavía no había llegado.

Bjǫrn se ocupó de lo militar. Leif de lo político. Thyra escuchaba desde su rincón con la atención selectiva de alguien que solo interrumpe cuando la interrupción importa. No interrumpió hasta el final, cuando estábamos recogiendo los mapas y el fuego había bajado a brasas.

---Muchacho.

Levanté la cabeza. Thyra me miraba con su ojo bueno, que era el izquierdo, el que veía más de lo que debería ver y que tenía el color del hielo viejo: gris azulado, semi-translúcido, el ojo de alguien que ha mirado demasiado tiempo al otro lado de las cosas.

---Hay alguien en el clan que no es del clan.

El aire se enfrió. No físicamente. Pero algo cambió en la habitación, como cuando entra un olor nuevo que no debería estar ahí.

---¿Qué quieres decir?

---Quiero decir lo que he dicho. Hay alguien enviando mensajes. Los cuervos del este salen de noche. He visto las plumas en el sendero del acantilado. Plumas negras, no de Huginn. De un pájaro que no es de aquí.

Bjǫrn se tensó. Leif apretó los labios. Yo sentí que algo frío me bajaba por la columna ---no miedo, algo peor: la comprensión súbita

de que había una variable que no había considerado, un agujero en mis defensas que no había visto porque estaba mirando hacia fuera cuando el peligro estaba dentro.

---¿Desde cuándo? ---pregunté. La voz me salió con el filo que reservaba para las situaciones donde la rabia era un lujo y la precisión una necesidad.

---Semanas. Desde antes de que ella llegara. Alguien lleva semanas informando a alguien de lo que pasa en Hrafnheim.

---¿A quién?

---Los cuervos vuelan al sureste. ---Thyra no necesitó decir más. Al sureste estaba Vestfold. Al sureste estaba Sigurd.

Leif se levantó. Sin prisa. Con esa calma metódica que era más aterradora que cualquier estallido de violencia porque significaba que estaba pensando, y cuando Leif pensaba cosas malas le pasaban a la gente que había causado el problema.

---¿Quién tiene acceso a cuervos mensajeros en el clan? ---preguntó.

---Kveld los cría ---dije---. Pero Kveld lleva treinta años en Hrafnheim. Era hombre de mi padre.

---Los hombres de tu padre no son tus hombres ---dijo Leif. Sin disculpa. Con la verdad desnuda que era su forma de cuidarme: no me protegía de la realidad, me la ponía delante para que la viera---. Tu padre desterró a tu madre para complacer al clan. Algunos de sus hombres apoyaron esa decisión. Algunos siguen pensando que fue correcta. Y algunos podrían pensar que aliarse con Sigurd es más seguro que enfrentarlo.

---Kveld no haría eso.

---¿Apostarías la vida de Sólveig?

No respondí. No podía. Porque Leif tenía razón y la razón dolía como un hierro caliente contra la piel: no podía confiar ciegamente en nadie más allá de las cinco personas que estaban en esta sala. No en Kveld. No en Hallvard. No en ninguno de los guerreros que cenaban en mi longhouse cada noche y que podían estar vendiendo mis secretos al hombre que había envenenado a mi padre.

---Averiguamos quién es ---dije---. Sin alertarlo. Si sabe que sospechamos, el próximo cuervo llevará el nombre de Sólveig y ella estará muerta antes de la primavera.

Bjǫrn asintió. Leif asintió. Thyra no hizo nada, lo cual era su forma de asentir.

Los despedí. Bjǫrn y Leif salieron juntos, hombro con hombro, y la imagen de los dos caminando por la nieve fue lo más cercano a la seguridad que podía sentir en ese momento: dos hombres que darían la vida por mí y por lo mío sin dudarlo un instante.

Thyra se quedó. Se levantó de la silla con la lentitud de los huesos viejos y caminó hasta mí y me puso la mano en la cabeza. No en el hombro. En la cabeza. Como hacía cuando era niño y tenía pesadillas y mi madre no estaba y Thyra era lo más parecido a un consuelo que el clan podía ofrecerme.

---Tu madre estaría orgullosa ---dijo.

La garganta se me cerró.

---De la lira. De la chica. De todo. ---Me apretó la cabeza con la mano huesuda---. Pero encuentra al espía, muchacho. Antes de que el espía te encuentre a ti.

Se fue. El bastón golpeaba la madera del suelo con el ritmo de un corazón lento.

Me quedé solo en la longhouse. La nieve caía. El fuego ardía. Huginn bajó de la viga y se posó en mi hombro y me mordió la oreja con la suavidad que reservaba para los momentos en que sabía que yo necesitaba una molestia pequeña para no pensar en las molestias grandes.

Un espía. Un traidor en mi propio clan. Alguien que se sentaba a mi mesa, comía mi pan, escuchaba mis planes y después caminaba al acantilado de noche y mandaba cuervos al sureste con la información que podía matarnos a todos.

Si ese alguien descubría quién era Sólveig, Sigurd lo sabría antes de que el cuervo llegara a Vestfold. Y Sigurd no mandaría asesinos. Mandaría una flota. No por una sanadora: por la única persona viva que podía quitarle la legitimidad que sostenía la mitad de su poder.

Necesitaba encontrar al espía. Necesitaba proteger a Sólveig. Necesitaba preparar el Thing. Necesitaba ganar una guerra contra un hombre que tenía diez veces mis recursos y que ya le había quitado el padre a ella y el padre a mí.

Necesitaba todo eso y lo que tenía era un clan pequeño, un frasco de veneno verde, una mujer que me había enseñado a reír y un pájaro que me mordía la oreja.

Debería haber sido insuficiente. De alguna forma que no podía explicar con mapas ni con lógica, no lo era.

Salí de la longhouse. Caminé por la nieve hacia la cabaña del río. La puerta estaba abierta y la luz del fuego salía a la tarde blanca como un rectángulo dorado recortado en el invierno. Dentro, Sólveig y Signe estaban sentadas junto al fuego. Signe hablaba. Sólveig escuchaba con Yrsa dormida en su regazo. El pan caliente estaba en la mesa, a medio comer, y la sidra humeaba en dos cuencos.

Signe levantó la cabeza al verme. Me miró con una expresión que decía: *le he contado tres chismes, la he hecho casi sonreír, le he acariciado la trenza sin pedir permiso y no me ha apuñalado, así que vamos bien*. Signe era capaz de transmitir todo eso con una mirada. Era un don que ya no intentaba entender.

Sólveig levantó la cabeza después. Me miró. En sus ojos la pregunta obvia: *¿cómo ha ido?*

Me senté a su lado. Le puse la mano en la nuca, debajo de la trenza, en el hueco cálido donde el pelo nacía de la piel. Delante de Signe. Sin esconderlo. Los dedos contra su cuello, el pulgar trazando un círculo pequeño sobre la vértebra.

---Bien ---dije.

No le conté lo del espía. No allí. No con Yrsa dormida y Signe presente y la tarde teniendo por primera vez en semanas el aspecto de algo normal, de algo doméstico, de algo que podría parecerse a una familia si no lo mirabas con demasiado cuidado.

Se lo contaría después. Cuando estuviéramos solos. Cuando pudiera decirle: *hay alguien dentro que nos quiere destruir* sin destruir antes este momento de pan caliente y fuego y una niña dormida y mi hermana contando chismes y la mano de la mujer que quería apoyada contra mi rodilla con la naturalidad de alguien que por fin ha dejado de calcular los riesgos de tocar lo que quiere.

Después. Todo lo terrible podía esperar un poco.

La nieve caía sobre Hrafnheim con la paciencia de las cosas que cubren lo que hay debajo. Bonita desde fuera. Pero debajo de la nieve, escondido en algún rincón del clan que yo todavía no había mirado, alguien estaba escribiendo un mensaje para el hombre que nos quería muertos.

Y cada copo que caía era un segundo menos.

Capítulo 15

El Thing

Diez jarls. Cuarenta guerreros de escolta. Veintitrés caballos, siete trineos, un perro que nadie sabía de quién era y que se había instalado junto al fuego de la longhouse con la autoridad de los animales que no reconocen jerarquías.

Habían llegado a lo largo de tres días, por mar y por tierra, antes de que el hielo cerrara la navegación. Diez jarls del norte de Noruega respondían a la convocatoria de un jarl de veinticinco años con un clan de sesenta guerreros y la reputación de su padre muerto. No todos venían por lealtad. Algunos venían por curiosidad. Otros por oportunismo. Al menos dos, estaba seguro, venían como ojos de Sigurd.

Los conté desde la puerta de la longhouse mientras Bjǫrn organizaba el hospedaje con la eficiencia brutal que le caracterizaba. Leif asignaba dormitorios. Signe supervisaba la cocina, que llevaba dos días funcionando sin parar: seis corderos, tres cerdos, cuatrocientas hogazas de pan, cerveza suficiente para ahogar una ballena. Un Thing requiere comida. Un Thing exitoso requiere la mejor comida que puedas ofrecer, porque un jarl que come bien en tu mesa es un jarl que te escucha con más paciencia que un jarl que come mal.

Sólveig estaba en su cabaña. No la había visto desde la noche anterior, cuando habíamos repasado por última vez su testimonio. Estaba lista. Lo había estado desde el día que me contó su nombre;

lo que faltaba era el marco, la puesta en escena, el momento exacto en que la pieza entraba en el tablero. Habíamos acordado que no se presentaría como Haraldsdóttir hasta que yo hubiera mostrado la prueba del arsénico. Primero el veneno, después la testigo. Primero la ciencia, después la sangre.

Thyra se acercó al amanecer del tercer día, cuando los últimos jarls acababan de llegar y la longhouse apestaba a lana mojada, caballo y el sudor de demasiados hombres en un espacio diseñado para la mitad.

---Están todos ---dijo, con el bastón golpeando el suelo al ritmo de sus pasos desiguales. El ojo bueno me miró con la claridad que siempre me hacía sentir transparente---. Incluso el que no querías que viniera.

---¿Cuál?

---Gunnr Eskilsson. Último banco de la izquierda, junto a la columna. Túnica azul. Dos hombres con él que no son guerreros de escolta.

Lo busqué con los ojos. Gunnr Eskilsson, jarl de Ringsfjord, aliado conocido de Sigurd, invitado porque no invitarlo habría sido una declaración de guerra prematura. Estaba donde Thyra decía: un hombre de cuarenta años con la cara larga de un caballo y los ojos de algo más peligroso que un caballo, flanqueado por dos individuos cuyas manos no se apartaban de los cinturones donde no llevaban espada porque las espadas se dejaban a la puerta del Thing.

---¿Espías?

---Mensajeros. En cuanto oigan lo que vas a decir, uno de ellos saldrá por la puerta trasera y cabalgará hacia el sur. Sigurd sabrá que la chica está viva antes de que termine la semana.

Lo sabía. Lo habíamos previsto. El plan dependía de ello: queríamos que Sigurd supiera. Queríamos que Sigurd reaccionara, porque Sigurd reaccionando era Sigurd cometiendo errores, y Sigurd cometiendo errores era la única oportunidad que teníamos de derrotarlo. Un jarl con trescientos guerreros no pierde contra un jarl con sesenta a menos que el de trescientos haga algo estúpido, y la mejor forma de que Sigurd hiciera algo estúpido era darle miedo.

Una heredera viva de Skálholt era lo único que le daba miedo.

---Que corra ---dije---. Que corra y que Sigurd pierda el sueño.

Thyra me miró con algo que habría sido aprobación en una cara menos curtida.

---Tu madre habría dicho lo mismo. ---Se giró y cojeó hacia la puerta---. No la cagues, muchacho.

La asamblea comenzó al mediodía, cuando el sol débil de noviembre llegaba a su punto más alto y la luz entraba por los tragaluces de la longhouse en columnas grises que cortaban el humo del fuego. Diez jarls sentados en los bancos de honor, con sus guerreros detrás. El fuego central ardía alto, recién alimentado, y el calor era excesivo, deliberado: los hombres que sudan piensan peor, y yo quería que todos en esa sala excepto mis aliados pensaran un poco peor de lo habitual.

Me levanté de la silla del jarl. No la silla de mi padre: la mía. La misma silla, pero mía desde hacía tres años, y la diferencia estaba en las marcas que mis manos habían dejado en los apoyabrazos de roble.

---Jarls del norte ---dije. La voz de mando. La voz que llenaba longhouses y cubiertas de drakkar, que era más grave que la voz con la que hablaba a solas con Sólveig y más fría que la voz con la que

le decía su nombre en la oscuridad. Otra voz. La tercera. La del jarl que no puede permitirse ser el hombre que hay debajo---. Os he convocado por una razón. Sigurd Hakkonsson ha tomado Vestfold. Ha ejecutado a Jarl Tormod en su propia longhouse. Ha cortado la ruta de suministros del noroeste. Y viene hacia aquí.

Murmullos. Esperados. Algunos jarls ya lo sabían: la caída de Vestfold no era secreto. Pero oírlo en asamblea, en un Thing formal, con la autoridad de la convocatoria, le daba un peso que el rumor no tenía.

Halfdan Ivarsson, jarl de Eidsvoll, el más viejo de los presentes ---sesenta años, barba blanca, manos que temblaban de edad pero ojos que no temblaban de nada---, levantó la voz primero.

---Vestfold cayó porque Tormod era un imbécil que bebía más de lo que gobernaba. Eso no significa que Sigurd venga a por todos nosotros.

---No ---dije---. Lo que significa que viene a por todos nosotros es esto.

Levanté la mano. Bjǫrn se acercó con la mesa auxiliar: el caldero pequeño, el cuenco de tierra, el vinagre, las virutas de cobre. Los instrumentos de la prueba que Sólveig me había enseñado a ejecutar. Los coloqué en el centro de la longhouse, frente al fuego, donde todos pudieran ver.

---Mi padre, Ragnvald Eiriksson, murió hace tres años. Todos lo recordáis. Todos creísteis que murió de fiebre. ---Pausa. El silencio tenía la densidad de la piedra---. No murió de fiebre. Murió de veneno. Arsénico, administrado en el hidromiel que Sigurd Hakkonsson le envió como regalo de alianza dos semanas antes de que empezaran los síntomas.

El murmullo se convirtió en algo más tenso. Algunos jarls se inclinaron hacia delante. Gunnr Eskilsson no se movió pero sus ojos se estrecharon, y uno de sus hombres cambió de posición en el banco.

---Esas son palabras graves, Eirik Ragnvaldsson ---dijo Halfdan---. Acusar a un jarl de envenenamiento sin pruebas es\...

---Tengo pruebas.

Ejecuté la demostración. Paso a paso, tal como me lo había enseñado: la tierra del establo donde se vertió el hidromiel, disuelta en agua, filtrada, reducida sobre el fuego. El silencio en la longhouse se espesó mientras el líquido se reducía. Cincuenta pares de ojos en el caldero. Cincuenta respiraciones contenidas. El olor a ajo metálico empezó a filtrarse por la longhouse y vi a tres jarls arrugar la nariz: lo reconocían. Cualquiera que hubiera manejado venenos en la vida lo reconocía.

Añadí el vinagre. Las virutas de cobre. Calenté la mezcla. Y cuando el cobre cambió de rojo a verde ---ese verde brillante, obsceno, el color de la muerte de mi padre impreso en un metal que no sabía mentir---, el silencio en la longhouse se rompió.

Halfdan se levantó de su banco. Se acercó al caldero. Miró el líquido verde con los ojos entrecerrados de un hombre que ha vivido lo suficiente para saber cuándo le están mintiendo y cuándo no.

---¿Quién te enseñó esta prueba? ---preguntó.

---Una sanadora que viajó con médicos árabes. La técnica viene de Córdoba. Si algún jarl quiere repetirla con la misma muestra de tierra, la tierra está disponible.

Halfdan asintió. Despacio. Se volvió al banco. Se sentó. La sala zumbaba.

Gunnr Eskilsson habló por primera vez. Voz controlada. Demasiado controlada.

---Una prueba interesante, Eirik. Pero una reacción química no demuestra quién vertió el veneno. Demuestra que había arsénico en la tierra. Cualquiera podría haberlo puesto ahí.

---Tienes razón ---dije. Había esperado esta objeción. Sólveig la había predicho palabra por palabra---. La prueba del veneno no demuestra quién lo usó. Demuestra que fue arsénico, que entró en Hrafnheim en el hidromiel de Sigurd, y que mi padre fue asesinado. Para demostrar quién lo usó necesito otra cosa.

Pausa. El momento exacto. La puerta del fondo se abrió.

Sólveig entró en la longhouse.

La había visto armarse esa mañana, desde la puerta de mi cuarto donde me había quedado mirándola porque mirarla vestirse era un placer al que no estaba dispuesto a renunciar y porque necesitaba verla antes de lo que venía, necesitaba la versión real de ella ---las trenzas a medio hacer, los ojos todavía blandos del sueño, la camiseta torcida--- antes de la versión que iba a entrar en la longhouse.

La versión que entraba ahora.

Vestido de lana verde oscura que Signe había modificado para que le quedara como lo que era: el vestido de una mujer de rango. El broche de plata de mi madre en el hombro, el que Signe había guardado en su baúl durante dieciséis años y que me había ofrecido sin que yo lo pidiera, con los ojos húmedos y la barbilla temblando y la frase *mamá querría que lo tuviera ella*. Las llaves del almacén en el cinturón, visibles, deliberadas. El pelo trenzado con una precisión que era arquitectura: trenzas de corte, el estilo que usaban las hijas

de jarls, el peinado que mi madre le había descrito a Signe y que Signe había ejecutado esa mañana con las manos temblorosas y la concentración de alguien que sabe que está trenzando historia.

Sólveig caminó por el centro de la longhouse. Cuarenta guerreros, diez jarls, y la mujer que me había curado el hombro y salvado a los niños y besado bajo la lluvia caminaba entre ellos con la espalda recta y la barbilla alta y los ojos al frente, sin mirar a nadie y mirándolos a todos, y la longhouse se calló con la clase de silencio que se produce cuando entra en una sala alguien que cambia las reglas.

Se detuvo junto al fuego. Frente a los jarls. A mi lado pero no detrás de mí, nunca detrás, a mi lado como lo que era: mi igual, aunque ningún título la nombrara así todavía.

---Jarls del norte ---dijo. Y su voz no era la voz de la sanadora ni la voz de la mujer que susurraba mi nombre en la oscuridad. Era otra voz. Una que no le había oído nunca. La voz de la hija de un jarl, forjada en un linaje de generaciones, pulida por una madre que hablaba nórdico de corte y un padre que gobernaba asambleas. La voz que llevaba dos años enterrada y que ahora salía a la superficie como sale un hueso cuando la carne se retira: dura, blanca, inconfundible---. Mi nombre es Sólveig Haraldsdóttir. Hija de Harald, jarl de Skálholt. Hija de Sigrídð la sanadora. Hermana de Arn. Última de mi linaje.

El silencio se hizo vidrio. Podía oír el crepitar del fuego. Podía oír la respiración de Bjǫrn detrás de mí, contenida, y la de Gunnr Eskilsson, que había dejado de ser controlada.

Halfdan la miró. La recorrió de arriba abajo con los ojos de un hombre que ha visto pasar a tres generaciones de jarls por su

longhouse y que busca en una cara los rasgos de un linaje.

---Harald tenía una hija ---dijo. Despacio. Como quien desentierra un recuerdo de debajo de veinte años de polvo---. La última vez que fui a Skálholt era una cría. Pelo rubio. Ojos claros. Seguía a su madre a todas partes con un morral lleno de hierbas.

---Valeriana ---dijo Sólveig---. A los siete años mi madre me dejaba recoger valeriana. Solo valeriana, porque no podía confundir con nada venenoso. La mandíbula de Halfdan se relajó un grado.

---Sigrídð era una mujer sensata. ---Se inclinó hacia delante---. ¿Qué pasó en Skálholt, niña?

Sólveig contó.

Contó como me había contado a mí: con la voz clínica, con las frases precisas, con los detalles que eran cuchillos envueltos en algodón. Las velas negras. Los diez barcos. El vigía muerto. La longhouse en llamas. La flecha en el pecho de Arn, entre la tercera y la cuarta costilla. El grito de su madre cortándose a mitad. La huida por el bosque, descalza, con un cuchillo de hueso y un frasco de ungüento.

La longhouse escuchaba. Algunos jarls tenían la cara pétrea de los hombres que saben ocultar lo que sienten. Otros no: Ketil de Flåm, el más joven después de mí, tenía las manos cerradas en puños sobre las rodillas. Asmund de Naustdal miraba al suelo con la mandíbula trabajando. Gunnr Eskilsson no miraba a Sólveig: miraba la puerta.

Cuando terminó, el silencio tenía el peso de los silencios que preceden a las tormentas: vacío pero cargado, a la espera.

Halfdan habló primero.

---Si lo que dices es verdad, Sigurd Hakkonsson tomó Skálholt por la fuerza sin causa legítima ante el Thing. Asesinato de un jarl y su familia. Destrucción de un clan. Y ahora tenemos la prueba de que también envenenó a Ragnvald de Hrafnheim. ---Me miró---. Si podemos corroborar el testimonio\...

---Yo lo corroboro.

Thyra. La völva salió de las sombras del fondo de la longhouse como si las sombras la hubieran escupido. El bastón golpeaba el suelo con cada paso. El ojo bueno recorrió la sala con la indiferencia de alguien que ha visto asambleas de jarls durante cuarenta años y no le impresiona ninguna.

---Conocí a Harald de Skálholt. Conocí a Sigrídð. Visité el fiordo cuando esta niña tenía seis años y jugaba con los instrumentos de su madre mientras su hermano intentaba atrapar cuervos en el tejado. ---Levantó el bastón y señaló a Sólveig---. Es Haraldsdóttir. Tiene la boca de su padre y las manos de su madre y los ojos de nadie más que ella, que siempre fueron así: demasiado viejos para su cara. Si alguien en esta sala quiere discutirme, que se levante.

Nadie se levantó.

Gunnr Eskilsson habló. La voz controlada otra vez, pero ahora con fisuras. Fisuras que Sólveig habría diagnosticado como síntomas de estrés: la mandíbula más apretada, la respiración más superficial, las manos que se cerraban y se abrían sobre los muslos con un ritmo que no era voluntario.

---Esto es muy conmovedor, Eirik. Una huérfana, una völva, un caldero con líquido verde. Muy teatral. Pero lo que propones en realidad es una guerra contra Sigurd Hakkonsson, que tiene

trescientos guerreros y el apoyo de tres clanes del sur. ¿Qué tienes tú? Sesenta hombres y una sanadora con una historia triste.

No respondí. No necesitaba. Sólveig se giró hacia Gunnr con un movimiento que era lento, deliberado, el movimiento de alguien que tiene todo el tiempo del mundo porque sabe exactamente lo que va a decir.

---La pregunta, Jarl Gunnr, no es cuántos guerreros tiene Eirik. ---La voz le salió tranquila. Más que tranquila: quirúrgica. La voz que usaba cuando cortaba adherencias y el paciente necesitaba creer que todo estaba bajo control---. La pregunta es cuántos guerreros te quedan a ti cuando el Thing revoque a Sigurd por envenenamiento y asesinato y todos los clanes que lo apoyaron tengan que explicar por qué se aliaron con un hombre que mata con veneno en el hidromiel.

Silencio. Gunnr la miró con la cara de un hombre a quien le acaban de meter un cuchillo entre las costillas con la misma precisión que ella usaba para todo.

Sólveig no había terminado.

---Porque esa es tu situación, Jarl Gunnr. Aliado de Sigurd. Invitado a este Thing por cortesía, no por confianza. Sentado en un banco de honor con dos hombres que no son guerreros sino mensajeros que están esperando a que termine esta asamblea para correr a contarle a Sigurd lo que han oído. ---Pausa. La comisura le subió un milímetro. No era una sonrisa. Era un bisturí---. La pregunta no es si Sigurd tiene trescientos guerreros. La pregunta es cuántos le quedan cuando los demás jarls sepan lo que hace con los que confían en él.

La sala entera miró a Gunnr. Y a sus dos hombres. Que se miraron entre sí con la cara de quien sabe que las paredes se están

cayendo y que la puerta está demasiado lejos.

Amé a Sólveig Haraldsdóttir en ese momento con una ferocidad que me dolió en el pecho. No por la belleza ni por la ternura ni por ninguna de las cosas que me hacían perder el sueño en la oscuridad de mi cuarto. Por la precisión. Por la capacidad de abrir a un hombre en canal delante de una sala llena de jarls con la misma calma con la que abría un abcés. Por el hecho de que era, sin discusión, la persona más peligrosa de la longhouse, y nadie lo había sabido hasta que abrió la boca.

Halfdan se rió. Una risa corta, seca, de hombre viejo que reconoce calidad cuando la ve.

---La hija de Harald tiene la boca de su padre, efectivamente. --- Se giró hacia mí---. Tienes mi atención, Eirik. ¿Qué propones?

Propuse. La alianza. El plan. Los números. Habíamos trabajado cada detalle durante semanas en la longhouse, hombro contra hombro sobre los mapas: una coalición de cinco clanes mínimo para igualar la fuerza de Sigurd, una demanda formal ante el Thing de primavera para revocar su posesión de Skálholt y Vestfold, y mientras tanto, defensa conjunta de los fiordos del norte. Compartí mapas. Compartí números. Compartí la lógica: Sigurd no iba a parar en Vestfold. Cada jarl que no se aliaba ahora era un jarl que iba a enfrentarse solo a Sigurd más adelante, con menos hombres y menos opciones.

Los jarls debatieron. El debate duró horas. Se alzaron voces. Se bajaron voces. Se discutieron rutas de suministro y posiciones defensivas y compromisos de guerreros con la meticulosidad de hombres que saben que cada número es una vida. Bjǫrn aportó los cálculos militares con la autoridad que le daba su tamaño y su

reputación. Sólveig se sentó junto a mí y no habló más, pero no necesitaba: su presencia era el argumento. La heredera de Skálholt, sentada en la longhouse de Hrafnheim con las llaves del clan en el cinturón, era una declaración más elocuente que cualquier discurso.

Entonces Ragnar Thorvaldsson, jarl de Sunndal, habló.

Ragnar tenía cuarenta y cinco años, tres esposas enterradas, dos hijos vivos y una reputación de hombre que calculaba cada movimiento en términos de ganancia neta. No era cruel. Era peor: era práctico. Y los hombres prácticos son los más peligrosos en una asamblea porque sus propuestas suenan razonables.

---Me uno a la alianza ---dijo. Voz calmada. Ojos calculadores---. Con una condición. La heredera de Skálholt se casa con mi hijo Olaf. La unión sella la alianza entre Sunndal y Hrafnheim, refuerza el reclamo ante el Thing y le da a la chica la protección de un clan más grande que el tuyo.

Lo dijo como quien propone un trato comercial. La chica. Como si Sólveig fuera un barril de sal o una pieza de ámbar que se intercambia entre jarls para cerrar un negocio.

Sentí cómo Sólveig se tensó a mi lado. Un endurecimiento mínimo de los hombros, un cambio en la respiración que solo yo podía detectar porque llevaba semanas durmiendo junto a esa respiración y conocía sus ritmos como conocía las corrientes del fiordo.

Ella iba a responder. La conocía lo suficiente para saber que estaba a dos segundos de abrir la boca y decirle a Ragnar Thorvaldsson algo que iba a ser brillante y devastador y que probablemente iba a arruinar la alianza porque Sólveig no sabía ser diplomática cuando alguien la trataba como mercancía.

No le di la oportunidad.

Me levanté.

El movimiento fue lento. Deliberado. Me levanté de la silla del jarl con la lentitud de los actos que no son reacciones sino declaraciones, y caminé hasta el centro de la longhouse, frente al fuego, donde todos pudieran verme, y me di la vuelta hacia Ragnar Thorvaldsson.

---No.

Una palabra. Sin ornamento. Sin explicación.

Ragnar frunció el ceño.

---No es una decisión que te corresponda a ti, Eirik. La heredera de Skálholt\...

---La heredera de Skálholt está sentada ahí y tiene boca y lengua y una opinión que no necesita que ningún hombre exprese por ella. ---Lo dije mirando a Ragnar pero hablando para la sala---. Así que pregúntale a ella. Si ella quiere casarse con tu hijo, yo personalmente prepararé el banquete. Pero no vas a negociar un matrimonio sobre su cabeza como si fuera ganado.

Ragnar me miró. Miró a Sólveig. Miró las llaves en su cinturón y el broche de plata en su hombro y las trenzas de hija de jarl y la expresión en su cara, que era la expresión de la mujer que le había cortado a Ulf a dos dedos de la femoral y que ahora miraba a Ragnar Thorvaldsson con la misma evaluación clínica con la que evaluaba dónde cortar.

---No ---dijo Sólveig---. Gracias, Jarl Ragnar. Pero no.

Ragnar no insistió. Había calculado las probabilidades y los riesgos y había decidido que esta no era una pelea que quisiera dar.

Asintió. Se volvió al debate general. El momento pasó como pasa una nube sobre el fiordo: dejando una sombra que se recuerda.

Cuando me senté, Sólveig me puso la mano en el muslo debajo de la mesa. Debajo de la línea de visión de los jarls. Una presión breve, firme, los dedos apretan do una vez y soltando. No era una caricia. Era un *gracias*, dicho en el idioma que estábamos inventando entre los dos: el idioma del contacto invisible, de las manos que hablan cuando las bocas no pueden.

Al final del día, siete de los diez jarls se habían unido a la alianza. Halfdan primero, con el peso de su reputación. Ketil de Flåm después, con el entusiasmo de un hombre joven que ve en Sigurd la amenaza específica para su generación. Asmund de Naustdal, silencioso, con un apretón de manos que valía más que un discurso. Los demás con sus condiciones, sus reservas, sus cálculos. Ninguna alianza es perfecta. Ninguna coalición es sólida hasta que se prueba en combate. Pero siete jarls eran más de los que había esperado, y los números sumaban doscientos treinta guerreros contra los trescientos de Sigurd.

Los tres jarls que no se unieron: Ragnar, que se lo pensaba. Einarr de Sogndal, que era cobarde y necesitaba ver quién ganaba antes de elegir bando. Y Gunnr Eskilsson, que se fue antes de que terminara la asamblea con sus dos mensajeros, sin despedirse, por la puerta trasera.

Tal como Thyra había predicho.

Esa noche la longhouse celebró. Los jarls aliados bebieron hidromiel ---la ironía no se le escapó a nadie--- y comieron cordero y cerveza y contaron historias de batallas con la alegría particular de los hombres que saben que pronto tendrán batallas nuevas que

contar. Bjǫrn levantó a Leif del suelo en un abrazo que lo dejó sin aire. Signe bailaba con Ketil de Flåm, que estaba visiblemente enamorado y que no tenía la menor oportunidad, y el espectáculo era gracioso de una forma que aliviaba la tensión.

Sólveig estaba sentada en mi banco. En el banco del jarl, a mi izquierda, donde se sienta la husfreyja. No le había pedido que se sentara ahí. Se había sentado porque Signe le había señalado el sitio y ella había mirado la silla y me había mirado a mí y yo había dicho *siéntate* con la voz que solo usaba con ella, la que no era de jarl ni de guerrero ni de estratega, la que era solo mía, y ella se había sentado.

Las llaves le brillaban en el cinturón. El broche de mi madre le brillaba en el hombro. Y la cinta roja, que se había entretejido en las trenzas de corte, le brillaba en el pelo como una vena de fuego en roca oscura.

Halfdan se acercó a nuestra mesa con un cuerno de hidromiel y la sonrisa del hombre que ha visto suficiente para reconocer lo que tenía delante.

---Tu padre habría estado orgulloso hoy, Eirik ---dijo. Bajó la voz---. Y tu madre también.

Tragé.

---Gracias, Halfdan.

El viejo me miró a mí. Miró a Sólveig. Miró el espacio mínimo entre nuestros hombros, que no se tocaban pero que pulsaban con la consciencia del otro como un campo magnético.

---La hija de Harald ---dijo, en voz aún más baja---. Buena elección. Para la política y para lo otro.

Se fue antes de que pudiera responder. Sólveig me miró de reojo con la esquina de la boca levantada.

---¿Lo otro?

---Calla.

La boca le subió otro grado. No habló. No hacía falta. Debajo de la mesa, su mano encontró la mía otra vez, y los dedos se entrelazaron con la naturalidad de las cosas que llevan mucho tiempo buscándose y que por fin dejan de fingir que no.

Fuera, en la oscuridad del camino del sur, un caballo galopaba. Llevaba a un hombre con un mensaje para Sigurd Hakkonsson.

El mensaje decía: *Haraldsdóttir vive. Está en Hrafnheim. Las llaves del clan en su cinturón.*

El reloj había empezado a correr.

Capítulo 16

El veneno

El comerciante llegó doce días después del Thing, cuando el fiordo empezaba a formar placas de hielo en los márgenes y la nieve llevaba una semana sin derretirse.

Vino por tierra, en un trineo tirado por dos caballos flacos, con tres barriles de vino franco, telas teñidas, especias envueltas en lino y la sonrisa de alguien que vende cosas que la gente quiere. Dijo llamarse Hakon. Dijo venir de Birka. Dijo que el hielo del fiordo lo había obligado a buscar ruta terrestre y que había oído que el jarl de Hrafnheim era generoso con los comerciantes que traían mercancía de calidad.

No me gustó. No me gustó desde el primer momento, desde que lo vi descender del trineo en el patio con la agilidad de alguien más joven de lo que aparentaba, y no me gustó la forma en que sus ojos recorrieron el clan antes de posarse en la longhouse: no la mirada de un comerciante que busca a quién venderle, sino la de alguien que mide distancias y cuenta cabezas.

No le dije nada a Eirik. Todavía no. Tenía una sospecha, no una prueba, y Sólveig Haraldsdóttir no acusa sin prueba. Lo que tenía era el picor en la nuca que llevaba dos años manteniéndome viva: el instinto del animal que reconoce al depredador por algo más sutil que el olor, por algo que está en la forma de pisar, en la cadencia de la voz, en lo que los ojos hacen cuando creen que nadie los mira.

Miré sus manos mientras descargaba los barriles. Manos de comerciante, dijo. Manos lisas, sin callos de remo ni de arado. Pero tenía un callo en el dedo índice de la mano derecha que no era de contar monedas: era de empuñar. El callo de la guardia de una espada, justo donde el índice se curva sobre la cruz. Un callo pequeño, viejo, pero presente. Lo vi cuando le sirvió cerveza a Bjǫrn en la longhouse y sus dedos rodearon el cuerno: el índice se curvó por reflejo en la posición de agarre de arma.

Un comerciante de Birka con manos de espadachín.

La segunda cosa fue el vino.

Hakon ofreció un barril como regalo. No a Eirik directamente --- eso habría sido demasiado transparente--- sino a la longhouse, al clan, con la generosidad ostentosa del mercader que sabe que un regalo bueno es la mejor publicidad para una venta. Vino franco, dijo. Del valle del Rin. Difícil de conseguir tan al norte, carísimo, el tipo de lujo que un jarl no puede rechazar sin parecer maleducado.

Lo dejó en la mesa principal de la longhouse, junto a la silla de Eirik, con una reverencia que tenía el ángulo exacto de la deferencia calculada.

Eirik no estaba. Había salido con Kveld a inspeccionar las defensas del acantilado norte, que necesitaban refuerzo antes de que la nieve las hiciera inaccesibles. Volvería al atardecer. Cenaría en la longhouse. Y en la mesa, junto a su silla, habría un barril de vino franco esperándolo como un regalo inocente.

Igual que el hidromiel de Sigurd había esperado a su padre.

La conexión me golpeó con la fuerza de una diagnosis que lleva días formándose en el fondo de tu cabeza y que de pronto cristaliza: Sigurd mataba con veneno. Sigurd enviaba regalos envenenados. Un

comerciante con manos de espadachín y un barril de vino como obsequio, doce días después de que Gunnr Eskilsson saliera del Thing con la noticia de que Haraldsdóttir vivía.

Podía estar equivocada. Podía ser un comerciante real con un pasado militar que vendía vino legítimo y que tenía la mala suerte de haber llegado en el peor momento posible. Podía ser paranóica. Podía ser la fugitiva que lleva dos años viendo asesinos en cada sombra y que ahora proyectaba ese miedo sobre un hombre inocente con un trineo de mercancías.

Podía. Pero no iba a arriesgarme.

Fui a la longhouse. El barril estaba donde Hakon lo había dejado: junto a la silla del jarl, con una tela azul atada alrededor como decoración. Nadie lo había abierto. Los guerreros que comían en la longhouse no tocaban los regalos destinados al jarl, no por respeto al protocolo sino porque Bjǫrn les había dejado claro que tocar las cosas de Eirik sin permiso tenía consecuencias que involucraban extremidades.

Cerré la puerta. Encendí una lámpara extra. Me arrodillé junto al barril.

Olería. Si había arsénico en el vino, al calentarlo liberaría el olor a ajo metálico que ya conocía. No sería una prueba definitiva ---el vino tiene sus propios aromas complejos---, pero sería suficiente para justificar una prueba del cobre. Y si el cobre viraba a verde, el comerciante de Birka con manos de espadachín iba a tener una tarde muy desagradable.

Abrí el barril con el cuchillo. El tapón de madera cedió con un chirrido. El olor del vino subió de inmediato: denso, frícido, con la complejidad tánica del tinto francés que mi madre me había

enseñado a reconocer. *El vino bueno huele a tierra y a fruta, Sólveig. El vino malo huele a vinagre. El vino envenenado huele a lo que le hayan puesto, pero solo si sabes buscarlo.*

Serví una cantidad pequeña en un cuenco de cerámica. El líquido era oscuro, casi negro a la luz de la lámpara. Lo acerqué a la nariz. Vino. Taninos. Roble. Y debajo, tan sutil que habría sido imperceptible para cualquiera que no supiera buscarlo, algo más. No ajo. No exactamente. Un matiz metálico, apenas un susurro químico debajo de la fruta, como una nota falsa en una melodía que solo un músico entrenado podía detectar.

El corazón me aceleró. Lo sentí en las sienes, en las muñecas, en las puntas de los dedos que sostenían el cuenco. Calma. Calma. Un olor sutil no es una prueba. Un olor sutil y un callo de espadachín y un barril de regalo son una hipótesis, no un hecho. La sanadora trabaja con hechos.

Hice la prueba.

Tenía los materiales en mi cabaña: el vinagre, las virutas de cobre que había guardado después de la demostración para el Thing, un caldero pequeño. Traje todo a la longhouse. Calenté una muestra del vino, la reduje, añadí el vinagre y el cobre, y me senté a esperar con las manos en las rodillas y la garganta cerrada y la certeza creciente de que no estaba equivocada.

El cobre cambió de color.

Rojo. Naranja. Y después, con la lentitud inexorable de las cosas que confirman lo peor, verde.

Verde brillante. El mismo verde del frasco que guardaba en el estante de mi cabaña. El verde del arsénico de Sigurd. La firma. El

color de la muerte del padre de Eirik repetido en un barril de vino que iba a estar en su mesa dentro de dos horas.

Me levanté del suelo. Las piernas me temblaban. La adrenalina me subía por los brazos con el hormigueo eléctrico del peligro inminente: no un peligro abstracto, no el miedo difuso de *Sigurd viene*, sino el peligro concreto, físico, de *hay veneno en esta sala y el hombre al que quiero va a beberlo si no lo detengo*.

Necesitaba hacer tres cosas. Rápido. En orden.

Primero: el barril. Lo cerré. Lo sellé con cera de la lámpara. No podía destruirlo: era evidencia. La prueba de que Sigurd había intentado repetir con Eirik exactamente lo que había hecho con su padre. Otra arma para el Thing. Otra pieza del tablero.

Segundo: Eirik. Necesitaba avisarlo antes de que volviera del acantilado, antes de que entrara en la longhouse y alguien ---un guerrero entusiasta, un invitado desinformado--- le sirviera una copa del vino del comerciante generoso.

Tercero: el comerciante.

La tercera era la más urgente.

Hakon estaba en el granero del clan, donde Leif le había asignado un espacio para dormir junto a los otros viajeros que pasaban la noche. Podía irse en cualquier momento. Podía decidir que su trabajo estaba hecho ---el barril entregado, el veneno en posición--- y desaparecer en la nieve antes de que nadie notara que el vino era verde por dentro.

Encontré a Bjǫrn primero. Estaba en el patio de armas, supervisando la reparación de un muro defensivo, y cuando me vio la cara dejó caer la herramienta que tenía en las manos con la atención inmediata de un guerrero que reconoce una emergencia.

---El comerciante ---dije. Sin preámbulo. Sin contexto. La voz me salió seca, rápida, la voz de la sanadora en medio de una crisis médica que no tiene tiempo para explicaciones largas---. El vino está envenenado. Arsénico. La misma firma que Ragnvald. No lo dejes salir del clan.

Bjǫrn no preguntó. No dudó. No pidió pruebas ni explicaciones ni nada de lo que un hombre razonable habría pedido antes de actuar. Me miró a los ojos, vio lo que había en ellos, y se movió.

Bjǫrn moviéndose era algo que se sentía antes de verse: el suelo vibraba, el aire se desplazaba, los hombres más pequeños se apartaban por instinto como los árboles que se apartan del viento. Gritó dos nombres. Dos guerreros aparecieron. Les dijo algo en tres palabras que no alcancé a oír pero que los puso en movimiento hacia el granero con la urgencia de los perros de caza que huelen sangre.

Después se giró hacia mí.

---¿Eirik?

---En el acantilado norte. Vuelve al atardecer.

---Voy a por él. Tú quédate en la longhouse. Cierra la puerta. No dejes que nadie toque el barril.

Se fue. Corría con una velocidad que no debería ser posible para un hombre de su tamaño, como un oso bajando una ladera, imparable por pura masa e inercia. Lo vi desaparecer por el sendero del norte con nieve salíaéndole de las botas y pensé, con la claridad inapropiada que te da la adrenalina: *Leif tiene mucha suerte*.

Volví a la longhouse. Cerré la puerta. Me senté junto al barril envenenado con el cuchillo que Eirik me había dado durante el

entrenamiento ---acero, no hueso; ya no necesitaba hueso--- y esperé.

La espera duró menos de lo que temía.

Ruido en el patio. Voces. Un grito cortado en seco. El sonido de un cuerpo contra la nieve y después el silencio específico que sigue a la violencia rápida: el silencio de la gente que mira y no sabe si ha terminado.

La puerta de la longhouse se abrió. Leif entró primero, con la espada desenvainada y la cara que ponía cuando las cosas dejaban de ser divertidas, que era una cara que hacía entender por qué Bjǫrn, que podía matar a cualquier hombre del clan con las manos, elegía a Leif para cubrirle la espalda.

Detrás de Leif, los dos guerreros traían a Hakon. El comerciante ya no sonreía. Tenía sangre en la boca ---de un golpe, no de una herida profunda--- y las manos atadas a la espalda con un nudo marinero que le había vuelto los dedos blancos. Los ojos habían cambiado: ya no eran los ojos del comerciante amable. Eran los ojos de alguien que sabe que la máscara se ha caído y que evalúa sus opciones con la frialdad del profesional.

Me miró. A mí. No a Leif ni a los guerreros. A mí. Y en esa mirada ---rápida, evaluativa, con la precisión de alguien que cataloga amenazas--- leí algo que me heló las manos: reconocimiento. Sabía quién era. Había venido a matar a Eirik, sí, pero sabía quién era yo. Sigurd le había dicho: *la sanadora es Haraldsdóttir, la última de Skálholt, y si puedes matarla también, mejor*.

---Eres buena ---dijo. Voz tranquila. Sin el acento de Birka: ahora hablaba con el acento duro de Vestfold, el acento de Sigurd---. El

arsénico era de la mejor calidad. Diluido para que no se detectara al gusto ni al olfato. ¿Cómo lo supiste?

No le respondí. No respondía a los asesinos. Los asesinos no merecían información. Me quedé sentada junto al barril con el cuchillo en la mano y la cara que Eirik me había visto poner una vez, la noche de Jutlandia, cuando Ulf me agarró y yo le rebané el muslo: la cara de la mujer que sabía exactamente dónde cortar.

Hakon sonrió. Una sonrisa que no era de comerciante ni de espadachín sino de algo peor: de alguien que admira el trabajo de otro profesional.

---Sigurd va a venir ---dijo---. No con veneno. Con barcos. Con trescientos hombres. Antes de que se derrita el hielo. Y cuando llegue, tus siete jarls y tus doscientos guerreros no van a ser suficientes, Haraldsdóttir. Sigurd no perdona. Lo que le hizo a tu clan no fue una lección. Fue un borrador. ---Bajó la voz---. Y lo que va a hacerle a Hrafnheim será peor, porque esta vez no quiere un fiordo. Quiere un ejemplo.

Las palabras me entraron como agujas. Una por una. Borrador. Ejemplo. Las palabras que un hombre de Sigurd usaba para describir la destrucción de mi clan, de mi familia, de todo lo que yo había sido antes de ser esto: una mujer sentada junto a un barril de veneno en una longhouse que olía a humo y a cerveza y a miedo.

Leif lo golpeó. Rápido, limpio, el dorso de la mano contra la boca. No por la amenaza: por la forma en que me había mirado al decir *borrador*. Leif era observador. Leif había visto mi cara.

---Suficiente ---dijo---. Al sótano. Eirik decidirá qué hacemos con él.

Se lo llevaron. La puerta se cerró. Me quedé sola en la longhouse con el barril y el caldero y el cuenco con el residuo verde y el silencio y el temblor en las manos que había contenido durante toda la hora y que ahora se desbordaba con la violencia de las cosas que se contienen demasiado tiempo.

Me senté en el suelo. Apoyé la espalda contra la columna. Cerré los ojos.

Sigurd va a venir. Antes de que se derrita el hielo. No con veneno. Con barcos.

Lo había sabido. Lo habíamos sabido desde el Thing, desde que Gunnr salió por la puerta trasera, desde que el jinete galopó en la oscuridad. Pero saberlo en abstracto y oírlo de la boca de un asesino con acento de Vestfold eran cosas distintas. Saberlo en abstracto era una ficha en un tablero. Oírlo era el olor a humo de Skálholt, el grito de mi madre cortándose a mitad, el peso de la flecha en el pecho de Arn. Oírlo era recordar que todo lo que estaba construyendo aquí --- los niños, las llaves, las noches sobre los mapas, la lira, la piel de lobo, la palabra *mamá* en la boca de Yrsa--- podía arder en una sola noche.

Igual que Skálholt.

La puerta de la longhouse se abrió de golpe. Eirik entró con nieve en el pelo y en los hombros y la cara de un hombre al que acaban de decirle que alguien ha intentado envenenarlo con el mismo método que mató a su padre.

Me vio en el suelo. Junto a la columna. Con las manos temblando.

Cruzó la longhouse en cinco pasos. Se arrodilló frente a mí. Me agarró las manos. Las apretó entre las suyas, que estaban heladas

del exterior, y el frío de sus dedos contra el temblor de los míos fue como un choque de temperaturas que me devolvió al presente.

---¿Estás bien?

---Sí.

---Mientes.

---Sí. Pero estoy entera. Que es lo que importa.

Me miró. Los ojos grises encendidos con algo que no era rabia ni miedo sino las dos cosas fundidas en una aleación que no tenía nombre, algo caliente y peligroso que le vibraba en la mandíbula y en las manos y en la forma en que me sujetaba los dedos como si soltarlos fuera soltarme a mí.

---Cuéntamelo todo.

Le conté. El callo en el índice. El barril junto a su silla. El olor metálico debajo del tanino. La prueba del cobre. El verde. Le conté con la voz clínica que usaba para las emergencias, la voz que mantía todo a raya mientras por debajo la adrenalina seguía golpeándome las costillas con el ritmo de un tambor de guerra.

Escuchó. Sin interrumpir. Sin que la cara le cambiara excepto en los márgenes, en las zonas donde el control no llegaba del todo: la vértice de la mandíbula, la comisura del ojo, el tendon del cuello que se marcaba bajo la piel como una cuerda tensada.

Cuando terminé, se quedó un momento en silencio. Después me soltó las manos. Se levantó. Fue hasta el barril. Lo miró con la misma expresión con la que miraba los mapas antes de una batalla: evaluación fría, cálculo, la mente de estratega procesando información a una velocidad que hacía que el silencio pareciera ruidoso.

---Otra vez ---dijo. La voz le salió baja. Controlada. Demasiado controlada---. Otra vez veneno. Otra vez un regalo. Otra vez el mismo método. ---Se pasó la mano por la cara---. Sigurd no improvisa. Sigurd repite lo que funciona. Lo que funcionaría es lo que hizo con mi padre: llegar a través de la hospitalidad, a través de la confianza, a través de la mesa.

---Y habría funcionado ---dije, desde el suelo---. Si yo no hubiera estado aquí. Si no hubiera reconocido el callo. Si mi madre no me hubiera enseñado a oler arsénico debajo de taninos.

Me miró.

---Sí ---dijo. Simplemente. Sin adorno. Con el peso de alguien que acaba de entender, con la claridad de las situaciones límite, lo cerca que ha estado de morir de la misma forma que su padre y que la única razón de que esté vivo es una mujer sentada en el suelo de su longhouse con las manos temblando y un cuchillo de acero en el regazo.

Bajó la mano. Me la tendió. Me levanté. Y cuando estuve de pie, con su mano todavía sujetando la mía y la distancia entre nosotros reducida a la anchura de un suspiro, me dijo:

---Me has salvado la vida.

---Es mi trabajo.

---No. Tu trabajo es curar niños y romper adherencias y preparar infusiones de saúco. Esto no es tu trabajo. Esto es\... ---buscó la palabra; no la encontró; se rindió--- esto eres tú.

No supe qué hacer con eso. No supe qué hacer con la forma en que lo dijo, con la forma en que *tú* sonó en su boca como si fuera un nombre sagrado, como si la palabra contuviera todo lo que no decía: *tú, la que huele venenos; tú, la que no duerme cuando algo no*

cuadra; tú, la que me salva de las formas en que no puedo salvarme solo.

Le apreté la mano. Una vez. Fuerte. Después la solté.

---Tenemos que interrogar al asesino ---dije. Voz profesional. Voz de trabajo---. Lo que sepa de los planes de Sigurd puede darnos ventaja. Cuándo, por dónde, cuántos barcos. Todo lo que nos diga antes de que Sigurd asuma que lo hemos capturado y cambie los planes.

Eirik asintió. La máscara de jarl se cerró sobre su cara con la precisión de una pieza de armadura que encaja en su sitio. Debajo, el hombre que me había dicho *esto eres tú* con la voz que sonaba a río profundo seguía ahí, pero ahora estaba cubierto de acero y propósito.

---Bjǫrn se encarga del interrogatorio ---dijo.

---No. Yo me encargo.

Me miró.

---El arsénico es un veneno metálico ---dije---. Administrado en dosis subletales, causa dolor abdominal severo, vómitos, diarrea sanguinolenta. El dolor es insoportable pero no mata. Se puede mantener durante horas. Días, si eres cuidadosa con las dosis.

Silencio. Eirik me miró con una expresión que no le había visto antes: algo entre el asombro y el reconocimiento de algo que ya sabía pero que oír en voz alta le daba una dimensión nueva. La sanadora que salía vidas y la sanadora que podía destruirlas eran la misma persona. El bisturí y el veneno eran el mismo conocimiento, aplicado en direcciones opuestas.

---No voy a torturarlo ---aclaré. Porque la aclaración era necesaria, porque la línea entre lo que podía hacer y lo que estaba

dispuesta a hacer era una línea que necesitaba trazar en voz alta---. Pero él no lo sabe. Y un hombre que sabe qué hace el arsénico en un cuerpo y que está sentado frente a una mujer que tiene arsénico en la mano habla más rápido que un hombre sentado frente a Bjǫrn con un hacha.

Eirik me miró un segundo más. Dos. Vi la evaluación. Vi el cálculo. Vi el momento exacto en que el jarl y el hombre llegaron a la misma conclusión.

---El sótano. Te acompaño.

Bajamos juntos. Las escaleras de piedra estaban húmedas del frío que subía del suelo, y la lámpara de aceite proyectaba sombras largas en las paredes que parecían figuras de otro mundo. El sótano olía a tierra, a humedad, a la cerveza que se almacenaba en barriles contra la pared del fondo.

Hakon estaba sentado en el suelo, con las manos atadas a una viga y un guerrero vigilándolo. Cuando nos vio bajar ---a mí primero, a Eirik detrás--- la cara le cambió. No mucho. Lo suficiente. Vi cómo registraba el frasco que yo llevaba en la mano: un frasco pequeño, de vidrio, con un líquido transparente dentro.

No era arsénico. Era agua con vinagre. Pero él no lo sabía.

Me senté frente a él. Puse el frasco en el suelo entre los dos. Lo miré a los ojos con la misma expresión que usaba para evaluar a un paciente: clínica, desapegada, la mirada de alguien que conoce el cuerpo humano lo bastante bien para saber exactamente dónde están los límites del dolor y cuánto se puede estirar cada uno antes de que algo se rompa.

---Vamos a hablar, Hakon ---dije. Voz suave. Profesional. La voz de la sanadora que le dice al paciente que le va a doler pero que

todo va a salir bien, excepto que esta vez nada iba a salir bien para él---. Tú me vas a contar lo que Sigurd planea. Y yo no voy a tener que usar lo que hay en ese frasco. ¿Verdad que no?

Hakon miró el frasco. Me miró a mí. Miró a Eirik, que estaba de pie detrás de mí con los brazos cruzados y la expresión de alguien que ha decidido no intervenir y que confiía en la persona que tiene delante con una totalidad que no necesitaba palabras.

Hakon habló.

Habló rápido, sin resístencia, con la cooperación fluida del profesional que sabe cuándo una misión ha fracasado y que valora su propia supervivencia más que la lealtad a un empleador. Sigurd enviaba dos olas. La primera, el veneno: eliminarlo por dentro, como a su padre. Si eso fallaba ---como había fallado---, la segunda: barcos. Quince drakkars, trescientos veinte hombres, navegando en cuanto se abriera la ruta del deshielo. Ruta por el sur, bordeando la costa. Ataque directo a la boca del fiordo. Sin negociación. Sin aviso.

Un borrador, había dicho. Un ejemplo.

Escuché todo. Cada detalle. Las rutas, los números, los nombres de los capitanes, la formación de ataque que Sigurd prefería. Lo archivé en la parte de mi cabeza que funcionaba como un almacén de información: ordenado, frío, accesible. Después me levanté. Cogí el frasco. Lo guardé en la faja.

Hakon me miró mientras subía las escaleras.

---¿No era veneno? ---preguntó. Con la voz de alguien que necesita saber.

No le respondí.

Era mejor que no supiera.

Eirik me siguió escaleras arriba. En la longhouse, con la puerta cerrada y el barril sellado y la noche cayendo sobre Hrafnheim con el peso de las noches de invierno que llegan temprano y se quedan mucho, me miró.

---Has interrogado a un asesino con un frasco de agua y vinagre.

---Sí.

---Y ha funcionado.

---El miedo funciona mejor que el dolor, Eirik. Mi madre me lo enseñó. El dolor tiene límite. El miedo, no. Un hombre que mira un frasco de lo que cree que es arsénico en manos de una mujer que acaba de detectar arsénico en vino a ciegas imagina cosas peores que cualquier cosa que yo pudiera hacerle. Su imaginación es más cruel que mis manos.

Eirik me miró largo. Después se rió. No la risa grande del río, no la carcajada que le había sacado el día que lo derribé en la hierba. Una risa corta, seca, oscura, la risa de un hombre que acaba de confirmar que la mujer a la que ama es más peligrosa de lo que sospechaba y que eso, en vez de asustarlo, lo hace sentir algo que se parece a la seguridad.

---Tu madre ---dijo---. Me habría gustado conocer a tu madre.

La garganta se me cerró con la dulzura específica de las cosas que duelen bien. La imagen de mi madre y Eirik en la misma habitación, mi madre evaluándolo con esos ojos que no perdonaban la mediocridad, mi madre preguntándole por sus intenciones con la misma voz que usaba para preguntar las dosis de valeriana: directa, sin adorno, sin posibilidad de mentir.

---Le habrías gustado ---dije. Y era verdad. Mi madre habría respetado a un hombre que se arrodilla para tocar la lira de su

madre muerta. Mi madre habría entendido eso.

Eirik me cogió la mano. La llevó a sus labios. Me besó los nudillos: uno, dos, tres, cuatro, con la lentitud de alguien que cuenta lo que importa.

---Tenemos hasta el deshielo ---dijo, contra mis dedos---. Tres meses. Quizá cuatro.

---Entonces tenemos tres meses para estar listos.

---¿Estamos listos?

Le miré a los ojos. Grises. Encendidos. Con la rabia y el miedo y lo otro fundidos en un metal que no tenía nombre y que brillaba como brillan las armas recién forjadas: caliente, peligroso, nuevo.

---Vamos a estarlo.

Fuera, la nieve caía sobre Hrafnheim con la indiferencia de la nieve, que no distingue entre los clanes que van a sobrevivir el invierno y los que no. Pero debajo de la nieve, debajo del hielo, debajo del silencio blanco que cubría el fiordo como una piel de lobo, la raíz seguía creciendo.

Y cuando viniera la primavera, y con ella los barcos de Sigurd y sus trescientos hombres y su hambre de borrar lo que no podía controlar, iba a encontrarnos aquí. Preparados. Armados. Con arsénico en un frasco y acero en las manos y la memoria de dos clanes muertos latiendo en el pecho como un segundo corazón.

Iba a encontrarnos juntos.

Y eso era lo que Sigurd Hakkonsson no podía calcular, porque Sigurd entendía el miedo y entendía la ambición y entendía el veneno, pero no entendía lo que pasa cuando dos personas que han perdido todo se encuentran y deciden que no van a perder más.

Capítulo 17

Invierno

Enero. El fiordo helado de costa a costa, la nieve hasta las rodillas, y sesenta guerreros que necesitaban convertirse en ochenta antes de que el hielo se abriera.

Recluté veinte hombres de las granjas del interior. No eran guerreros: eran granjeros, leñadores, un herrero, dos pescadores y un hombre que decía haber matado un oso con las manos y al que nadie creía pero que tenía unas manos del tamaño de palas. Los traje a Hrafnheim con la promesa de comida durante el invierno, protección para sus familias y una parte del botín si había botín, que era una forma optimista de decir *si sobrevivimos*.

Bjǫrn los entrenaba. Lo que Bjǫrn le hacía a esos hombres en el patio de armas no era entrenamiento en el sentido clásico: era demolición y reconstrucción. Los tiraba al suelo. Los levantaba. Los tiraba otra vez. Les enseñaba a sostener un escudo, a formar una línea, a no romper la formación cuando el hombre de al lado caía, que era lo más difícil porque el instinto del cuerpo dice *ayuda* y el instinto de la batalla dice *cierra el hueco*. Les enseñaba con una paciencia que contradecía su tamaño, y cuando alguno se quejaba le ponía a Leif enfrente, y después de cinco minutos con Leif nadie se quejaba de Bjǫrn.

Kveld se encargaba de las defensas. Trescientos veinte hombres podían tomar Hrafnheim por mar ---la boca del fiordo era ancha y los acantilados no lo bastante altos para una defensa efectiva con

arcos---, pero podíamos hacer que pagaran un precio tan alto por entrar que Sigurd tuviera que decidir si el fiordo valía lo que iba a costarle. Cadenas en la boca del fiordo: gruesas, de hierro, tendidas entre las dos orillas a la altura del agua para enganchar los cascos de los drakkars. Rocas acumuladas en los acantilados para tirarlas cuando los barcos pasaran debajo. Estacas sumergidas en la zona de desembarco, invisibles bajo el agua hasta que una quilla las encontrara. Trampas de cazador aplicadas a la guerra: Sólveig había sugerido la mitad.

Sólveig.

Me detengo aquí porque tengo que hablar de lo que Sólveig hizo con mi clan durante ese invierno, y si lo cuento rápido le quito la importancia que tiene, y si lo cuento despacio voy a sonar como un hombre enamorado que exagera las virtudes de la mujer a la que ama, que es exactamente lo que soy pero eso no significa que exagere.

Entrenó a las mujeres.

No a pelear. Eso también, pero eso fue después. Primero les enseñó medicina. Reunió a ocho mujeres del clan ---las madres de los niños, más Signe, más dos jóvenes que mostraron aptitud--- y les enseñó lo básico: cómo limpiar una herida, cómo detener una hemorragia con presión y torniquete, cómo coser un corte recto, cómo reconocer una infección antes de que sea demasiado tarde. Les enseñó a preparar infusiones de saúco y cataplasmas de musgo y a reconocer las hierbas que curan de las que matan y a entender que la diferencia entre un veneno y un remedio es la dosis.

Las entrenaba en su cabaña, que se había convertido en una especie de escuela improvisada donde olía a hierbas secas y a cera

de abeja y al humo bajo de la lámpara que ardía desde antes del amanecer. Yo pasaba por allí algunas mañanas, con la excusa de buscar a Yrsa o de preguntar por el estado de Torfi, y lo que encontraba era una habitación llena de mujeres concentradas, con las manos en carne de cerdo practicando suturas bajo la supervisión de una mujer que les hablaba con la misma voz tranquila con la que le hablaba a los niños enfermos: firme, paciente, sin condescendencia.

---Si el corte es más profundo que tu primer nudillo, no inténtes coserlo sola. Llama a alguien. Dos manos limpian mejor que una. ---Signe practicaba con una precisión que hacía sospechar que en otra vida habría sido cirujana---. Bien, Signe. Ahora aprieta más el nudo. Si queda flojo, la herida se abre con el movimiento y tenemos que empezar de cero.

Después les enseñó a pelear.

No como Bjǫrn entrenaba a los hombres: no formaciones ni táctica de batalla ni líneas de escudos. Les enseñó lo que yo le había enseñado a ella y lo que ella había convertido en algo distinto, algo que encajaba mejor en cuerpos más pequeños y más rápidos que los de los guerreros: dónde apuntar el cuchillo para que un hombre más grande deje de ser una amenaza, cómo usar el peso del atacante contra él, cómo escapar de un agarre, cómo gritar para que alguien venga, y cuándo la mejor opción es correr.

---No necesitáis ganar una pelea ---les dijo el primer día, en el patio de armas, con el aliento saliéndole en nubes blancas y el cuchillo de acero en la mano---. Necesitáis sobrevivir una pelea el tiempo suficiente para que alguien os ayude o para que podáis huir. La supervivencia no es cobardía. Es la única victoria que importa.

Miré desde la longhouse. Las mujeres en el patio, con cuchillos de práctica, ensayando los movimientos que Sólveig les mostraba con la misma precisión que ponía en todo. Signe era la mejor. Signe tenía la misma rapidez mental que yo pero en un cuerpo más ágil, y aprendía los movimientos a la primera y los ejecutaba con un placer visible que hacía pensar en una raposa que descubre que tiene dientes.

Bjǫrn se acercó y se puso a mi lado. Miró la escena. Miró a Sólveig corrigiendo la postura de una mujer joven con un toque en el codo. Miró a Signe derribar a otra de las aprendizas con un barrido de pierna que había aprendido diez minutos antes.

---Tu sanadora está construyendo un ejército ---dijo.

---Está enseñando a sobrevivir.

---Eirik. Ocho mujeres que saben coser heridas, preparar medicina, detectar veneno y apuntar un cuchillo a la femoral. Eso es un ejército. El ejército más peligroso que he visto, porque nadie lo ve venir. ---Pausa. Me miró con la expresión que Bjǫrn reservaba para los momentos de seriedad absoluta, que era una expresión que daba más miedo que su cara de combate---. Cásate con ella.

---Bjǫrn.

---Cásate con ella antes de que otro jarl se dé cuenta de lo que tiene y te la quite. Cásate con ella antes de que ella se dé cuenta de lo que vale y se vaya sola. Cásate con ella porque si no lo haces eres el mayor imbécil del norte de Noruega y no mereces el clan que ella te está construyendo.

---¿Has terminado?

---No. Cásate con ella también porque la quieres, que es la razón que menos importa políticamente y la que más importa en todo lo

demás. ---Se giró---. Ahora he terminado.

Se fue. Me quedé mirando el patio donde Sólveig leía el ángulo del codo de una mujer y pensé en mi padre, que había elegido el clan y perdido a mi madre. En mi madre, que había sido elegida y después abandonada. En la forma en que los matrimonios de los jarls eran transacciones disfrazadas de tradición y en cómo Sólveig había dicho *no* a Ragnar Thorvaldsson con la naturalidad de quien rechaza un plato que no le apetece.

No iba a pedírselo. Todavía no. No porque no quisiera sino porque pedírselo ahora, en medio de los preparativos de una guerra que podía matarnos a los dos, era pedírselo con la sombra de Sigurd encima, y Sólveig merecía que se lo pidiera a la luz. Sin guerra. Sin tablero. Sin que pudiera parecer una jugada política en vez de lo que era: un hombre de rodillas frente a una mujer, la lira de su madre en las manos, preguntando si quería quedarse para siempre.

Después de la guerra. Si sobrevivíamos a la guerra.

Mientras tanto, el invierno.

El invierno en Hrafnheim tenía una cadencia propia: los días cortos, azules, con cuatro horas de luz mortecina que apenas calentaba; las noches largas, negras, con estrellas tan brillantes que la nieve las reflejaba y el mundo entero parecía hecho de cristal oscuro. El frío era un ser vivo que se metía por las rendijas y las juntas y los huecos de la ropa y que no se rendía nunca, que exigía fuego constante, pieles dobles, comida caliente tres veces al día. Las provisiones se medían con la exactitud de alguien que sabe que un error de cálculo en diciembre es hambre en marzo, y Sólveig se había hecho cargo de ese cálculo con la misma eficiencia con la que se hacía cargo de todo: un inventario completo de cada barril de

grano, cada pieza de carne seca, cada saco de harina, con un registro que llevaba en una tablilla de cera y que actualizaba cada mañana con la meticulosidad de una contable del arsénico.

Las llaves le brillaban en el cinturón. Siempre. Ya no eran las llaves que yo le había puesto el primer día como un símbolo vacío: eran las llaves de una mujer que abría y cerraba puertas con la autoridad de alguien que sabe lo que hay detrás de cada una. El almacén. La despensa. El cuarto de las hierbas. El sótano donde guardaba los frascos sellados con cera ---las muestras, las pruebas, el arsénico del barril del asesino preservado para el Thing de primavera---. Las mujeres del clan la llamaban *husfreyja* a sus espaldas, y cuando se enteró no dijo nada, pero la boca le tiró hacia arriba ese grado que yo conocía, el grado que significaba que algo le importaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Los niños.

Los niños estaban bien. Once niños vivos de los diecisiete que había cuando empezó la enfermedad. Once era un número que le dolía a Sólveig ---le dolía el seis que faltaba, los seis que habían muerto antes de que ella llegara y que no podía haber salvado pero que contaba de todas formas como deudas personales---. Pero once era también un número que la sostenía, porque once niños corrían por Hrafnheim con la energía frenética de los niños que han estado enfermos demasiado tiempo y que ahora necesitan recuperar cada hora perdida.

Bjarki la seguía a todas partes. Era su sombra, su escudero, su público cautivo para cada historia que ella inventaba sobre elfas sanadoras y peces parlantes. Le había fabricado un morral pequeño con retales de cuero y el niño lo llevaba lleno de piedras y piñas y

trozos de corteza que le traía como ofrendas y que ella guardaba en un estante de la cabaña con la misma reverencia con la que guardaba los frascos de medicina.

Yrsa ya no la llamaba mamá. Había sido un error de una vez. Pero la mirába como la miraba. Con esos ojos azules enormes que seguían todos sus movimientos y que se encendían cuando Sólveig entraba en la habitación con la intensidad de alguien a quien acaban de encender una lámpara por dentro.

Y Torfi.

Torfi rió.

Fue un martes, a mediados de enero, durante una de las sesiones de enseñanza de Sólveig. Estaba mostrándole a las mujeres cómo hacer un entablillado con ramas y tiras de tela, y Huginn ---el cuervo ladrón, la desgracia emplumada, el animal más molesto e indispensable de Hrafnheim--- bajó de la viga, le robó la tira de tela de las manos y salió volando hacia la ventana con ella colgando del pico como una bandera.

Sólveig lo persiguió. Alrededor de la mesa, entre las mujeres, con una agilidad que contradecía la dignidad de una husfreyja y que arrancó carcajadas de las aprendizas. Huginn graznó con la indignación del ladrón que considera injusto que lo persigan. Sólveig lo acorraló contra la ventana, le quitó la tela del pico con un movimiento rápido, y el cuervo le mordió el dedo y voló al techo y graznó otra vez.

---Pájaro del demonio ---dijo Sólveig, chupándose el dedo.

Y Torfi se rió.

Un sonido pequeño, ronco, como una puerta que se abre después de mucho tiempo cerrada y cuyas bisagras protestan. Torfi,

el niño callado, el que no había reído en los dos meses que Sólveig llevaba tratándolo, se rió por un cuervo que robó una tira de tela.

Sólveig se detuvo. Lo miró. Le vi la cara desde la puerta donde estaba, donde había parado a buscar a Signe y me había quedado porque el espectáculo del cuervo era mejor que cualquier cosa que tuviera que hacer: le vi la cara cuando oyó la risa de Torfi, y la expresión que la cruzó fue algo que no se puede nombrar sin reducirlo, algo que tenía el peso de las cosas definitivas, de las cosas que cambian una vida en una fracción de segundo. Se le abrió la boca. Se le cerraron los ojos. Un espasmo brevísimo, casi invisible, que era el cuerpo absorbiendo un impacto emocional que no esperaba.

Después se arrodilló frente a Torfi. Le puso la mano en la cabeza. El niño la miró con los ojos todavía húmedos de risa y ella le dijo algo que no oí, algo bajo, solo para él, y Torfi asintió y le cogió la mano y no la soltó durante el resto de la lección.

Me fui sin que me viera. Caminé por el sendero del río con nieve hasta los tobillos y el frío quemándome la cara y una certeza en el pecho que tenía la solidez del hierro: esta mujer no iba a irse. Podía perder la guerra, podía perder el fiordo, podía perder la vida. Pero no iba a perderla a ella, porque Sólveig Haraldsdóttir había echado raíces en Hrafnheim con la terquedad de los árboles que crecen en la roca, y arrancarla iba a requerir destruir la roca entera.

La noche.

Las noches de invierno eran largas y las pasábamos juntos y no voy a fingir que solo trabajábamos sobre los mapas.

Dormía en mi cuarto. No todas las noches ---algunas Yrsa la necesitaba, o Torfi tenía tos, o alguno de los niños recaía y ella se

quedaba en la cabaña cuidándolo---, pero la mayoría de las noches era mía. Se desvestía con la misma eficiencia con la que hacía todo: sin ceremonia, sin pudor, sin la lentitud deliberada que habría sido seducción. Se quitaba las capas de lana y la faja y las botas y se metía bajo las pieles con un suspiro de cansancio que era el sonido más honesto que hacía en todo el día, y yo esperaba ese sonido como un perro espera la mano de su dueño, lo cual era patético y no me importaba.

Hacíamos el amor como personas que se conocen lo suficiente para no necesitar la tensión del descubrimiento y que están descubriendo que lo que viene después es mejor. Más tranquilo. Más seguro. Con la confianza de saber dónde tocar sin preguntar y cuándo empujar más fuerte y cuándo frenar y cuándo dejar que el otro lleve el ritmo.

Una noche de enero, después de un día de entrenamiento que me había dejado los músculos ardiendo, me tumbé en la cama con la intención de no moverme hasta la mañana siguiente. Sólveig llegó tarde ---Bjarki no quería dormirse sin su historia--- y entró en el cuarto con la cara roja del frío y el pelo soltándose de las trenzas y la sonrisa mínima que ponía cuando algo la hacía feliz y no quería que se notara.

---Bjarki quiere que le cuente una historia sobre un jarl que es un cuervo.

---¿Un jarl que es un cuervo o un cuervo que es un jarl?

---No lo ha especificado. Tiene seis años. Los matices narrativos no son su fuerte. ---Se quitó las botas. Se quitó la faja. Se sentó en el borde de la cama con la espalda hacia mí y empezó a soltarse las trenzas con los dedos, y la vi de espaldas, la columna bajo la túnica,

los omóplatos moviéndose mientras levantaba los brazos, y el cansancio que tenía desapareció como desaparece la nieve cuando le echas agua caliente.

---Ven aquí ---dije.

Giró la cabeza. Me miró por encima del hombro con una ceja levantada y la boca torcida hacia arriba y la evaluación de la sanadora recorriendo mi cuerpo con la misma atención con la que evaluaba a un paciente, excepto que lo que evaluaba ahora no era una dolencia sino una intención.

---Creía que estabas muerto de cansancio.

---He resucitado.

La esquina de su boca subió. Se giró del todo. Me miró. Yo estaba tumbado en la cama, con las pieles hasta la cintura y los brazos detrás de la cabeza y la lámpara de aceite dándome la mitad de la cara en ámbar, y sé cómo me veía porque me lo dijo después, mucho después, en una de esas confesiones que se hacen de noche cuando la oscuridad da permiso: me dijo que esa noche me miró y pensó *este hombre va a destruirme de la mejor forma posible* y que no le importó.

Se quitó la túnica. Despacio. No con la eficiencia de siempre: con una lentitud que era nueva, que era deliberada, que era Sólveig decidiendo que esta noche el ritmo lo marcaba ella. Se la pasó por la cabeza y la dejó caer al suelo, y se quedó en el borde de la cama con la piel desnuda y la lámpara dándole sombras en los hombros y las pecas que yo conocía de memoria ---siete en el hombro izquierdo, tres detrás de la oreja, dos en la clavícula derecha--- brillando como constelaciones en un mapa que solo yo sabía leer.

Me quitó las pieles. Con las manos. Tiró de ellas hacia abajo con un gesto que no pedía permiso porque no lo necesitaba, porque el permiso estaba en mi cara, en mi respiración, en el hecho de que llevaba dos minutos sin respirar correctamente desde que se había quitado la túnica.

Se sentó a horcajadas sobre mis caderas.

El peso de ella. El calor de ella. Los muslos apretando mis costados con una presión que era control, que era declaración, que era: *esta noche yo decido*. Me puso las manos en el pecho. Sobre la cicatriz. Siempre sobre la cicatriz, como si necesitara tocar el punto donde había empezado todo ---la herida, la curación, las manos de ella en mi carne--- antes de ir a ningún otro sitio.

---No te muevas ---dijo.

---Sólveig.

---He dicho que no te muevas.

No me moví. Me quedé quieto debajo de ella con las manos a los lados y la mandíbula apretada y cada músculo del cuerpo contenido, vibrando, mientras ella me recorría con las manos con la misma atención clínica con la que me había examinado la primera vez, excepto que lo que hacía ahora no tenía nada de clínico. Era un reconocimiento. Un inventario. Los dedos trazando las líneas de los músculos del pecho, bajando por las costillas, subiendo por los brazos, recorriendo la cicatriz del hombro centímetro a centímetro con una precisión que era devoción disfrazada de técnica.

---Aquí ---dijo, tocando un punto bajo la clavícula izquierda---. Se contrae cuando aguantas la respiración. Lo haces cuando intentas no gemir. No te contengas.

La maldita sanadora. Conocía mi cuerpo mejor que yo. Había pasado horas con las manos en mi piel, curando, explorando, memorizando cada reacción muscular, y ahora usaba ese conocimiento como un arma, y yo estaba desarmado, completamente, debajo de una mujer que sabía exactamente dónde tocar para deshacer cada capa de control que me había construido en veinticinco años de ser el jarl que no muestra debilidad.

Se inclinó. Me besó la cicatriz. Los labios calientes contra el tejido rugoso, y el sonido que hice fue el que ella me había dicho que no contuviera: gutural, involuntario, arrancado de algún sitio debajo de las costillas.

---Bien ---susurró contra mi piel. Y la satisfacción en esa sílaba, la autoridad suave de alguien que consigue exactamente la reacción que buscaba, fue más excitante que cualquier contacto físico.

Bajó. La boca por mi torso, por el abdomen, por la línea de vello debajo del ombligo. Bajó con la lentitud de la primera noche pero sin la vacilación de la primera noche: con confianza, con mapa, con la certeza de alguien que ya ha recorrido este camino y que ahora quiere recorrerlo mejor, más despacio, con más atención a los detalles que se perdió cuando todo era nuevo y urgente.

Me agarré a las pieles. Los nudillos blancos. Los dientes apretados. Y cuando su boca me encontró, cuando el calor húmedo de su lengua me reemplazó las manos, el techo de la habitación desapareció y el invierno desapareció y la guerra desapareció y solo quedó esto: su pelo suelto cayéndome sobre el vientre como agua, y sus manos en mis caderas manteniéndome quieto con la fuerza exacta que necesitaba, y el sonido que hacía ---un sonido de concentración, de placer propio, como si dar placer le diera placer---,

y mis manos en su pelo, no tirando, sosteniendo, con la misma reverencia con la que ella me había besado las manos la noche de la lira.

Cuando fue suficiente ---cuando el límite estaba ahí, un latido más lejos de lo que podía soportar---, le agarré los hombros. La subí. Ella subió con la fluidez de alguien que anticipa el movimiento antes de que se produzca, y se sentó sobre mí y me dejó entrar con un descenso lento, controlado, con los ojos cerrados y la boca abierta y una expresión en la cara que era lo más desnudo que le había visto: no control, no evaluación, no la máscara de la sanadora ni de la hija del jarl ni de la superviviente. Placer. Solo placer. Sin filtro.

Se movió. El ritmo lo ponía ella: ondulante, profundo, con la cadencia de alguien que sabe exactamente lo que necesita y que no tiene intención de conformarse con menos. Le agarré las caderas. No para dirigir: para tocar. Para sentir los músculos del abdomen contrayéndose bajo la piel con cada movimiento, para sentir el calor donde nuestros cuerpos se encontraban, para sentirla viva y presente y encima de mí con todo el peso de quien es y de lo que somos.

Abrió los ojos. Me miró desde arriba. El pelo suelto cayéndole alrededor de la cara como una cortina dorada que nos separaba del mundo, y dentro de esa cortina estábamos solo nosotros y la lámpara y el ritmo y sus ojos que me decían cosas que su boca nunca diría en voz alta.

---Eirik ---dijo. Y en su boca mi nombre era una sílaba más que un nombre. Era la línea entre la persona que era antes y la que estaba siendo ahora, y cada vez que la cruzaba yo cruzaba con ella.

Le puse la mano en la nuca. La atraje hacia mí. La besé mientras se movía, mientras nos movíamos, con la boca abierta y el sabor a tomillo y a sal y a la oscuridad dulce del invierno, y cuando acabó --- ella primero, yo después, tan cerca que fue casi lo mismo--- se desplomó sobre mi pecho con la cara en mi cuello y la respiración entrecortada y el cuerpo temblando con los espasmos de lo que acababa de pasar, y la sujeté con los dos brazos y la mantuve ahí hasta que dejó de temblar y la respiración se acompasó y su peso se volvió blando contra el mío.

Silencio. La lámpara chisporroteaba. Fuera, el viento del norte golpeaba el techo con una insistencia que ya no asustaba porque este cuarto era el centro del mundo y el viento podía esperar.

---Eirik.

---Dime.

---Si sobrevivimos a Sigurd\...

---Cuando sobrevivamos a Sigurd.

La comisura contra mi cuello. Sentí la sonrisa más que verla.

---Cuando sobrevivamos a Sigurd. Quiero un jardín. ---Pausa. La voz le salía soñolienta, con la guardia baja que solo tenía en los minutos después del sexo y antes del sueño, la ventana estrecha donde Sólveig Haraldsdóttir dejaba de ser arma y era solo persona---. Un jardín de hierbas medicinales. Fuera de la cabaña. Con salvia y valeriana y menta y equinácea. Y un trozo para Bjarki, donde plante lo que quiera, aunque plante piedras.

La ternura me subió por el pecho con la fuerza de una marea de primavera. Le besé el pelo.

---Tendrás tu jardín.

---Y quiero que toques la lira. Otra vez. Muchas veces. No solo para mí: para el clan. Tu madre la hizo para que sonara, no para guardarla debajo de una cama.

---De acuerdo.

---Y quiero que Huginn deje de robarme las tiras de entablillado.

---Eso no puedo prometerlo.

Se rió. Contra mi cuello. Un sonido pequeño, caliente, que me vibró en la piel y se me metió en los huesos y se instaló ahí con la intención de no irse nunca.

Se durmió.

Yo me quedé despierto.

Pensé en el jardín. Pensé en la lira. Pensé en la lista de cosas que Sólveig quería *cuando* sobreviviéramos, no *si*, *cuando*, porque ella había cambiado el condicional por el indicativo y eso era un acto de fe más grande que cualquier plegaria a Odín.

Pensé en los trescientos veinte hombres que iban a venir con el deshielo. En los ochenta que tenía yo, más los doscientos treinta de los jarls aliados, más las ocho mujeres que Sólveig estaba entrenando, más un cuervo ladrón que no servía para nada en combate pero que servía para todo lo demás.

Los números no cuadraban del todo. Trescientos diez contra trescientos veinte, y los de Sigurd eran guerreros profesionales mientras que mis veinte reclutas todavía confundían el lado afilado de la espada con el otro. Pero teníamos el fiordo. Teníamos las cadenas y las estacas y las rocas en los acantilados. Teníamos la prueba del arsénico que podía hacer desertar a algunos de los hombres de Sigurd si se enteraban de cómo trataba a sus propios

aliados. Teníamos a Haraldsdóttir, cuyo nombre solo era un arma que podía resquebrajar la lealtad de los clanes del sur.

Y teníamos algo que Sigurd no tenía: algo por lo que perder era inaceptable. Sigurd peleaba por territorio, por poder, por la lógica fría de la expansión. Nosotros peleábamos por once niños, por un jardín de hierbas, por una lira debajo de una cama, por la risa de Torfi, por el peso de una mujer dormida sobre mi pecho.

Los números no cuadraban. Pero las cosas que no se cuentan con números pesaban a nuestro favor, y en mi experiencia esas cosas deciden más batallas que las que se cuentan.

Afuera, febrero se acercaba. El hielo empezaba a crujir en los bordes del fiordo con el sonido de algo que se prepara para romperse. Pronto el agua estaría libre. Pronto los barcos podrían navegar.

Pronto, Sigurd.

Pronto.

Capítulo 18

El deshielo

El hielo se rompió un martes de marzo con un sonido que parecía el mundo partiéndose por la mitad.

Estaba en la cabaña preparando la dosis de Torfi cuando lo oí: un crujido largo, profundo, que subió desde el fiordo como un trueno subterráneo. Después un estallido. Después el silencio específico de las cosas que acaban de cambiar de forma irreversible. Salí a la puerta. El fiordo, que llevaba tres meses siendo una plancha sólida de hielo blanco, tenía una grieta negra que lo cruzaba de orilla a orilla como una herida abierta.

El agua asomaba debajo. Oscura, viva, con el movimiento de algo que ha estado contenido demasiado tiempo y que por fin encuentra la salida.

Yrsa me tiró de la falda.

---¿Qué ha sido eso?

---El deshielo, pequeña. Se acaba el invierno.

La niña miró la grieta en el hielo con la curiosidad desprejuiciada de los cuatro años y volvió dentro a jugar con las conchas que Bjarki le había regalado. Para ella el deshielo era un sonido interesante. Para mí era el sonido de un reloj que llevaba meses corriendo y que acababa de dar la última hora.

Sigurd podía navegar en dos semanas. Quizá tres, si el hielo del exterior tardaba más en romperse. Habíamos calculado cuatro semanas desde el primer crujido hasta que la ruta del sur estuviera

completamente libre. Cuatro semanas. Veintiocho días. Sentí el número como una presión física en el pecho, como si alguien me hubiera puesto la mano en el esternón y empujara.

Los preparativos se aceleraron con la urgencia de lo que ya no puede esperar. Las cadenas del fiordo se tensaron: Kveld y seis hombres pasaron dos días en barcas luchando contra el hielo fragmentado para asegurar los anclajes en ambas orillas. Las rocas estaban en posición en los acantilados, apiladas en plataformas de madera con cuerdas de liberación que podían activarse desde arriba. Las estacas sumergidas ya estaban colocadas desde enero, invisibles bajo el agua negra del fiordo: ciento veinte pinos afilados clavados en el fondo a la altura exacta para atravesar el casco de un drakkar que intentara desembarcar en la playa.

Los guerreros aliados empezaron a llegar. Primero los de Halfdan: cuarenta hombres de Eidsvoll, curtidos, con la disciplina de un clan viejo y el equipamiento para demostrarlo. Después los de Ketil, más jóvenes, más ruidosos, con la energía eléctrica de los que no han visto combate real y lo confunden con aventura. Asmund mandó treinta guerreros silenciosos que se instalaron en el flanco norte sin hablar con nadie y que afilaban las armas cada noche con la devoción de monjes rezando.

Hrafnheim reventaba. Doscientos hombres donde normalmente vivían noventa. El olor era formidable: sudor, cuero, caballo, el humo permanente de las hogueras de cocina que no se apagaban nunca. Signe gestionaba el caos con una autoridad que nadie cuestionaba, incluidos guerreros que le sacaban treinta kilos de músculo, porque Signe tenía una forma de mirar que comunicaba *puedo hacer tu vida muy difícil* sin abrir la boca, y todos le creían.

Yo preparaba el hospital.

Porque eso era lo que la cabaña iba a ser cuando empezara la batalla: un hospital de campaña. Había reorganizado el espacio durante el invierno con la visión de lo que venía: las mesas de trabajo despejadas para poner heridos, los instrumentos alineados por orden de uso, los vendajes enrollados y listos, las infusiones preparadas en cantidades que me habían obligado a vaciar la despensa de saúco y miel. Había asignado a cada una de mis ocho aprendizas una tarea específica: dos en triaje, dos en suturas, dos en vendajes y torniquetes, una en administración de analgésicos, y Signe conmigo en lo grave. Lo grave significaba amputaciones, hemorragias internas, heridas de órgano. Lo que mata en minutos si no actúas y lo que mata en horas si actúas mal.

Las mujeres estaban listas. Las había visto practicar y había visto cómo las manos que temblaban en diciembre ya no temblaban en marzo. Había visto a Dalla, una mujer callada con tres hijos y las manos de una alfarera, coser un tajo en la pierna de un leñador que se había cortado con el hacha sin que le temblara el pulso. Había visto a Signe diagnosticar una infección por el olor antes de que yo la viera por el color. Estaban listas. No estaba segura de que yo lo estuviera.

Porque lo que estaba haciendo ---preparar un hospital para una batalla que iba a traer heridos que iban a sangrar y gritar y morir en mis manos--- era exactamente lo que mi madre había hecho en Skálholt antes de que llegaran los barcos de velas negras. Mi madre había preparado la sala de curas con la misma meticulosidad que yo, había alineado los instrumentos con la misma precisión, había

enseñado a las mujeres del clan con la misma paciencia. Y después había ardido con todo.

El pensamiento me visitó sin permiso, como visitaban siempre los pensamientos de Skálholt: a deshora, en medio de algo práctico, con la precisión de una flecha que encuentra el hueco de la armadura. Estaba contando vendajes ---ciento cuarenta y tres, necesitaba al menos doscientos--- y de pronto la sala de curas de mi madre estaba delante de mí, con la luz de la lámpara y el olor a árnica y la voz de mi madre diciendo *la prioridad es siempre la hemorragia, Sólveig, siempre, si no controlas la hemorragia nada más importa*, y la imagen se quemó, literalmente se quemó, las paredes de madera prendiéndose como antorchas, y el humo, y el calor, y el grito.

Cerré los ojos. Agarré el borde de la mesa. Las manos sobre la madera, los nudillos blancos, la respiración controlada: dentro por la nariz, cuatro segundos, fuera por la boca, seis segundos. El protocolo que me había inventado durante los dos años de huida para cuando Skálholt venía sin avisar. Funcionaba. Tardaba un minuto. Un minuto en el que no servía para nada excepto para no romperme.

Abrí los ojos. La cabaña seguía ahí. Los vendajes seguían ahí. Yo seguía ahí. Ciento cuarenta y tres. Necesitaba doscientos.

Seguí contando.

El día dieciocho después del primer crujido, las hogueras de vigía se encendieron.

Había tres puestos de observación: uno en la punta del acantilado sur, otro en la isla de Sjøfugl a la entrada del fiordo, y un tercero en la cima de la colina norte. Cada uno tenía una pira preparada con leña seca y grasa de foca que ardía con un humo

negro, denso, visible a kilómetros. El protocolo era simple: una hoguera significaba velas en el horizonte; dos significaban que se acercaban; tres significaban que estaban entrando en el fiordo.

La primera hoguera se encendió a media tarde.

Vi el humo desde la cabaña. Negro contra el cielo gris de marzo, subiendo recto porque no había viento, una columna que parecía sólida, que parecía permanente, que parecía un dedo señalando el cielo para decirle a los dioses *mirad, aquí estamos, vienen a matarnos*.

El clan se movió con la precisión de un organismo que ha ensayado la respuesta cien veces. Los guerreros cogieron las armas. Las mujeres recogieron a los niños. Bjǫrn gritó órdenes con una voz que rebotaba en las paredes de roca del fiordo como un trueno de origen humano. Leif salió corriendo hacia el acantilado con veinte hombres para la posición de las rocas. Kveld fue al mecanismo de las cadenas.

Yo fui a buscar a los niños.

Estaban en la longhouse, donde Signe los había reunido con la eficiencia de una pastora que conoce a cada oveja. Once niños, más los hijos de los guerreros del clan, más los críos de las familias de las granjas que se habían refugiado en Hrafnheim. Veintidós niños en total. Veintidós caras con ojos demasiado grandes y bocas demasiado cerradas y esa quietud particular de los niños que saben que algo está pasando y que nadie les va a decir qué.

Bjarki me vio entrar y corrió hacia mí. Me agarró las piernas con los dos brazos y apretó con una fuerza que no correspondía a un cuerpo de seis años.

---¿Vienen los malos?

Me arrodillé. Le cogí la cara. Le miré a los ojos.

---Sí. Vienen los malos. Pero nosotros tenemos a los buenos. Y los buenos van a cuidaros. ¿Vale?

Asintió. Tenía los labios apretados y la barbilla temblando y los ojos aguantando las lágrimas con la determinación de un niño que ha decidido ser valiente porque alguien a quien admira le está mirando.

---¿Tú vas a quedarte con nosotros?

La pregunta me perforó el pecho.

---Voy a estar muy cerca. En mi cabaña. Curando a los que se hagan daño. Pero Signe va a quedarse con vosotros aquí, en la longhouse, y la longhouse es el sitio más seguro del clan. ¿De acuerdo?

No era verdad. Signe no se iba a quedar en la longhouse: iba a estar conmigo en la cabaña, cosiendo heridos. La longhouse la iba a guardar Dalla con tres mujeres armadas y la puerta de roble cerrada con tranca. Pero Bjarki necesitaba creer que Signe estaba ahí, porque Signe era la segunda persona más segura de su mundo después de mí, y un niño de seis años no necesita verdad. Necesita un muro entre él y el miedo.

Le besé la frente. Olía a hierba y a estofado y a la infancia que Sigurd le iba a intentar quitar.

Yrsa estaba sentada en el banco, callada, con las manos en el regazo y los ojos fijos en mí. No lloró. No pidió nada. Me miró con la intensidad de una niña que entiende más de lo que debería entender a los cuatro años y que está archivando cada detalle de mi cara para recordarlo después, por si no hay después.

Me senté a su lado. Le agarré la mano. Era minúscula entre las mías: los dedos como palitos, las uñas mordidas, la piel suave que no había conocido ni callos ni cicatrices ni nada de lo que yo tenía en las mías.

---Voy a volver ---le dije. En voz baja. Solo para ella---. ¿Me oyes? Voy a volver.

Asintió. Una vez. Me apretó la mano con esos dedos de palito y me la soltó.

Torfi estaba en el rincón. Me miró con sus ojos oscuros, serios, los ojos del niño que había tardado dos meses en reír y que ahora me miraba con una expresión que no era miedo sino algo peor: la comprensión prematura de que las personas que cuidan de ti pueden desaparecer, porque ya le había pasado, porque su madre había desaparecido cuando la fiebre era más fuerte y Torfi sabía lo que significaba que alguien dijera *voy a volver* con esa cara.

No le dije nada. Me limité a mirarlo. A que me viera. A que supiera que lo veía.

Salí de la longhouse con la garganta cerrada y los ojos ardiendo y la certeza de que si Sigurd me quitaba esto ---los dedos de Yrsa, la frente de Bjarki, la risa nueva de Torfi--- iba a encontrar la forma de matarlo con mis propias manos, con un cuchillo o con veneno o con los dientes si hacía falta, y no iba a ser rápido.

La segunda hoguera se encendió al atardecer. Dos columnas de humo negro. Se acercaban.

Eirik estaba en el acantilado sur con Bjǫrn, evaluando. Fui a buscarlo. Subí la ladera con el viento azotándome la cara y las piernas quejándose de la pendiente y cuando llegué arriba vi lo que ellos veían: el mar abierto más allá de la boca del fiordo, gris,

agitado por el viento del sur, y en el horizonte, donde el agua y el cielo se confundían en una línea borrosa, algo que el estómago reconoció antes que los ojos.

Velas.

Pequeñas todavía. Puntos oscuros en la línea del horizonte que podían ser pájaros si no supieras lo que estabas buscando. Pero yo sabía lo que estaba buscando. Las conté. Las reconé. Dejé de contar en doce porque las manos me temblaban y las velas seguían apareciendo por el borde del mundo como dientes en una boca que se abre.

Quince. Quince drakkars. Tal como el asesino había dicho.

Eirik estaba de pie en el borde del acantilado, con las piernas separadas y los brazos cruzados y el pelo suelto moviéndose con el viento y la cara de piedra que ponía cuando procesaba información y no quería que nadie supiera lo que pensaba. Bjǫrn a su lado, con el hacha en la mano por reflejo, mirándome a mí antes de mirar las velas.

Me puse junto a Eirik. Hombro contra hombro. Desde el acantilado, el fiordo se extendía debajo de nosotros como una herida azul en la roca verde, y la boca del fiordo era estrecha, defendible, con las cadenas de hierro hundidas justo debajo de la superficie esperando el primer casco que pasara por encima.

---Quince ---dije.

---Sí.

---Madrugada. Intentarán entrar con la primera luz.

---Sí.

Silencio. El viento. Las velas creciendo en el horizonte. La respiración de Bjǫrn detrás de nosotros, que era la respiración de un

hombre grande que se está preparando para hacer lo que mejor sabe hacer y que no tiene miedo de hacerlo pero sí miedo de lo que puede perder mientras lo hace.

---Esta noche ---dijo Eirik. Me miró. Los ojos grises tenían algo dentro que no era estrategia ni cálculo ni la máscara del jarl. Era lo que había debajo de todo eso, lo que solo yo veía, lo que me había mirado desde la otra almohada cien noches durante el invierno---. Esta noche quédate conmigo.

No era una petición para la noche. Era una petición para el final: *quédate conmigo esta última noche por si no hay otra, por si mañana el fiordo se lleña de sangre y la suerte decide que uno de nosotros o los dos no volvemos a ver el atardecer*.

---Sí ---dije. Porque las respuestas a las preguntas que importan de verdad no necesitan más de una sílaba.

Bajamos del acantilado. El clan se preparaba para la noche como se preparan los organismos que saben que al amanecer todo cambia: con una hiperactividad metódica que parecía calma si no te fijabas en los detalles. Los hombres revisaban armas por tercera vez. Las mujeres llevaban comida y agua a los puestos defensivos. Los niños estaban en la longhouse con las puertas cerradas y Dalla cantándoles canciones de cuna que sonaban a himnos de guerra disfrazados de nanas.

Hice lo que tenía que hacer. Revisé el hospital por última vez. Los vendajes: doscientos siete, había conseguido los que faltaban con tiras de sábana. Las infusiones: preparadas y calientes. Los instrumentos: afilados, limpios, ordenados. El cuchillo de hueso de mi madre, que ya no usaba para operar pero que tenía en el estante por la misma razón que Eirik tenía la lira debajo de la cama: porque

hay objetos que no sirven para nada excepto para recordarte quién eres cuando todo lo demás se derrumba.

Hablé con cada una de las aprendizas. Les revisé los puestos. Les di las últimas instrucciones. Y a cada una, al final, le dije algo que no estaba en ningún protocolo médico: *gracias*. Gracias por estar aquí. Gracias por haber aprendido. Gracias por convertir las manos que amasaban pan y hilaban lana en manos que iban a salvar vidas mañana.

Signe me esperó última. Estaba en su puesto junto a la mesa de operaciones, con los instrumentos a su derecha y un cuenco de agua caliente que ya había cambiado dos veces porque le gustaba tenerla siempre fresca. Tenía la cara seria que ponía cuando las cosas importaban demasiado para bromear.

---¿Estamos listas? ---pregunté.

---No. Pero vamos a estarlo cuando haga falta. ---Me miró---. Vete con mi hermano, Sólveig. No me mires así. Vete con él. Las dos sabemos que esta noche necesitáis estar juntos y las dos sabemos que mañana a las seis de la mañana vas a estar aquí cosiendo gente como si no hubieras dormido, que es exactamente lo que va a pasar, pero al menos que no hayas dormido por una buena razón.

Le puse la mano en el hombro. Ella me puso la mano en la mía. Nos miramos con la gravedad de dos mujeres que saben lo que viene y que eligen quedarse.

---Cuida de Yrsa si\... ---empecé.

---No.

---Signe.

---He dicho que no. No me des instrucciones de despedida. No vamos a necesitarlas. ---Le temblaba la barbilla. No lloraba. Las

mujeres de esta familia no lloraban, igual que los hombres de esta familia no admitían que tocaban la lira---. Vuelve mañana. Las dos volvemos. Y cuando esto acabe le doy el broche de mamá a tu hija como regalo de\...

Se detuvo. Bajó la mirada. La frase no terminada flotó entre las dos con el peso de una promesa que todavía no tenía forma.

---Vete, Sólveig ---dijo. Suave. Ya sin títulos ni formalidades. Solo mi nombre.

Fui.

Eirik estaba en su cuarto. De pie junto a la ventana que daba al fiordo, con la lámpara apagada, mirando la oscuridad del agua donde mañana iban a entrar quince barcos con trescientos veinte hombres que querían destruir todo lo que habíamos construido. La armadura de combate estaba en la silla: la cota de malla, las grebas de cuero, los brazaletes de hierro, el yelmo con la pieza nasal que le tapaba media cara y lo convertía en algo que no era un hombre sino una función. A su lado, en la mesa, la ficha del cuervo tallado en hueso que yo le había visto tocar antes de cada decisión importante.

Me oyó entrar. No se giró.

---Cuando tenía doce años y mi madre se fue, me senté en esta ventana y me juré que nunca iba a querer a nadie como la quería a ella. Porque querer así era perder así, y yo había visto lo que perdía mi padre cuando la dejó ir, y había visto lo que perdía ella cuando se fue, y decidí que no iba a pasar por eso. ---Pausa---. He cumplido ese juramento durante dieciséis años.

Se giró.

---Hasta que una mujer se sentó en mi barco con un cuchillo de hueso y me miró como si pudiera matarme con los ojos.

Crucé el cuarto. Tres pasos. No necesitaba más. El cuarto era pequeño y nosotros hacía meses que no necesitábamos espacio para encontrarnos, porque la distancia entre Eirik y yo se había encogido hasta ser la anchura de una respiración y cruzarla era tan natural como respirar.

Le puse las manos en la cara. La mandíbula tensa bajo mis palmas. La barba corta rascándome los dedos. Las venas del cuello marcadas por la adrenalina que llevaba horas bombeando. Le miré a los ojos, que estaban oscuros en la habitación sin lámpara, grises casi negros, con la pupila dilatada por la oscuridad y por lo que había debajo de la oscuridad: miedo. Miedo real. No de la batalla ---Eirik no tenía miedo de la batalla; Eirik tenía miedo de lo que la batalla podía quitarle---.

---No me vas a perder ---dije.

---No puedes prometerm\...

Le tapé la boca con la mía.

No hubo preliminares. No hubo la construcción lenta de la primera noche ni el juego deliberado de la noche de enero. Hubo urgencia. Hubo la necesidad cruda, animal, de dos cuerpos que saben que las horas se acaban y que cada segundo que no están piel contra piel es un segundo robado al depósito finito de una vida que mañana podía terminar.

Me agarró. Me levantó del suelo ---las manos en mis muslos, mi peso contra su pecho, mi espalda contra la pared de la habitación--- y me besó con la boca abierta y el sabor a hidromiel y a miedo y a las cosas que no había dicho y que estaba diciendo ahora con la lengua y con los dientes y con las manos que me sujetaban contra la pared como si soltarme fuera soltarme de verdad.

Le arranqué la túnica. Tirando. Sin cuidado, sin el deshacerse lento de las trenzas y las capas: tirando de la tela con una mano mientras la otra le agarraba el pelo y se lo echaba hacia atrás y le besaba el cuello, la garganta, el punto donde el pulso le martilleaba bajo la piel con un ritmo que era el ritmo de la guerra que aún no había empezado.

Me llevó a la cama. Me dejó caer sobre las pieles y cayó conmigo, encima, con el peso entero, y ese peso que en cualquier otro momento habría sido demasiado era exactamente lo que necesitaba: ser aplastada contra el mundo, ser anclada a algo sólido mientras todo lo demás se preparaba para romperse.

Lo que siguió fue rápido y desesperado y no fue bonito. Fue manos que agarraban demasiado fuerte y bocas que mordían y uñas que dejaban marcas y el sonido de dos respiraciones que no podían encontrar un ritmo común porque la urgencia era más grande que el ritmo. Fue codos en la cama y rodillas en el sitio equivocado y un momento torpe cuando la faja de la túnica se enganchó en algo y los dos tiramos a la vez y se rompió y a ninguno le importó.

Cuando entró en mí no fue lento. Fue un empujón y un gemido y la sensación de caer y ser recogida al mismo tiempo, y enredé las piernas alrededor de sus caderas con la fuerza de alguien que se agarra a lo único que queda y cerré los ojos y dejé que el ritmo nos encontrara, que nos encontrara a pesar de la urgencia y del miedo y de las velas en el horizonte, y el ritmo nos encontró, como siempre nos encontraba, porque los cuerpos que se conocen tienen una memoria que es más fiable que cualquier plan de batalla.

Fue corto. Fue intenso. Fue lo que necesitábamos: no la elegancia de la lira ni la confianza del invierno sino la verdad sin

filtro de dos personas que se agarran la una a la otra en la oscuridad porque la oscuridad es lo único que tienen hasta que llegue el amanecer.

Cuando terminó, nos quedamos en la cama sin hablar. El sudor secándose en la piel, las respiraciones bajando, los cuerpos entrelazados de una forma que habría sido incómoda si hubiera importado la comodidad. Su brazo debajo de mi cabeza. Mi mano en su pecho, sobre la cicatriz, donde siempre.

No dormimos.

Hablamos. En susurros, en la oscuridad, con las velas de Sigurd navegando hacia nosotros en la noche y el mundo reducido al espacio entre su boca y mi oído. Me contó cosas que no me había contado nunca: que tenía miedo al fuego desde que vio arder la cabaña de su madre. Que una vez, con dieciséis años, lloraba en la playa cuando creía que nadie lo veía. Que el nombre que le había puesto a su primer barco era el nombre de su madre: *Astrid*. Que la ficha de cuervo era de ella.

Le conté cosas. Que el cuchillo de hueso era el primer instrumento que mi madre me dio. Que Arn tenía miedo de las arañas y yo lo usaba para chantajearlo. Que la noche de Skálholt, mientras corría por el bosque, me caí en un arroyo y el agua helada me cortó la respiración y durante tres segundos pensé que me iba a morir ahí, en un arroyo, no de espada ni de fuego sino de frío, y que esos tres segundos fueron los más largos de mi vida hasta que llegó la noche en que Ragna dejó de respirar y mis manos le abrieron la boca y le soplaron aire.

Nos dimos las historias como monedas. Como regalos. Como las cosas que se comparten cuando no sabes si vas a tener otra

oportunidad de compartirlas: los secretos que guardas en los cajones más hondos, los que no le das a nadie porque darlos es desnudarte de una forma que no tiene que ver con la ropa, y que ahora, en esta noche, en esta cama, con el mundo a punto de romperse por la mañana, eran lo único que valía la pena dar.

En algún momento, cerca de la medianoche, se levantó. Fue a la mesa. Volvió con algo en la mano: pequeño, oscuro, que cabía en una palma.

La ficha de cuervo. La ficha de hueso tallado que había sido de su madre. La que tocaba antes de cada decisión.

Me la puso en la mano.

---Llévala mañana.

---Eirik, no.

---Llévala. No es un regalo. Es un préstamo. Me la devuelves cuando esto acabe. ---La voz le salió espesa. La garganta le trabajaba---. Así los dos tenemos una razón más para sobrevivir.

Cerré los dedos alrededor de la ficha. El hueso estaba caliente de su mano. Pesaba casi nada y pesaba más que cualquier cosa que hubiera sostenido, porque era la madre que él había perdido y la madre que yo había perdido y la promesa de que íbamos a volver a encontrarnos al otro lado de lo que venía.

Nos abrazamos. Sin sexo, sin besos, sin nada que no fuera la presión de su pecho contra mi espalda y su brazo alrededor de mi cintura y su cara en mi pelo y mi mano apretando la ficha de cuervo contra el estómago con la fuerza de alguien que sostiene un amuleto. Nos quedamos así mientras la noche pasaba y las horas se vacíaban como un reloj de arena que nadie puede dar la vuelta.

Una hora antes del amanecer, me levanté.

Me vestí en silencio. La túnica, la faja nueva ---la otra se había roto y la sustituí por un cinturón de cuero---, las botas. Y encima de todo, por primera vez: la coraza de cuero endurecido que Bjǫrn me había dado la semana anterior con un gruñido que significaba *póntela o te la pongo yo*. Era rígida, incómoda, me apretaba el pecho y limitaba los movimientos de los brazos. Pero era la diferencia entre una flecha en el pecho y una flecha en la armadura, y Bjǫrn tenía razón y lo sabía.

Me trencé el pelo. Trenzas apretadas, pegadas a la cabeza, nada que un enemigo pudiera agarrar. La cinta roja la guardé en el bolsillo con la ficha de cuervo y la bellota de Huginn: las tres cosas que podía perder y que no estaba dispuesta a perder.

Eirik se vistió detrás de mí. Le oí ponerse la cota de malla ---el tintineo metálico de los anillos de hierro cayéndole por los hombros---, los brazaletes, las grebas. Escuché el sonido de la espada saliendo de la vaina para comprobar el filo y volviendo a entrar. Escuché su respiración cambiar: de la respiración de la noche, honda, íntima, a la respiración de la mañana, más superficial, más rápida, la respiración del animal que se prepara.

Nos miramos en la puerta. Los dos armados. Los dos preparados. Los dos con caras que ya no eran las caras de la noche ---las de las confesiones y las historias y el sexo urgente contra las pieles--- sino las caras del día: máscaras, armaduras invisibles, las expresiones que le mostramos al mundo cuando el mundo viene a por nosotros.

Me cogió la mano. Me la apretó. Una vez.

---Devuélveme la ficha ---dijo.

---Devuélveme al hombre que hay debajo de esa armadura.

La comisura. El milímetro. El gesto que era suyo y mío y de nadie más.

Salimos.

El cielo estaba gris. El fiordo, negro. Y en la boca del fiordo, donde el agua se abría al mar, las primeras velas de Sigurd cortaban la línea del horizonte como dientes.

La tercera hoguera se encendió.

Capítulo 19

La batalla del fiordo

Quince drakkars entraron en la boca del fiordo con la primera luz y el primer drakkar murió en treinta segundos.

La cadena lo cogió a la altura de la línea de flotación. El casco de roble impactó contra el hierro con un crujido que resonó en las paredes del fiordo como un hueso rompiéndose, y la proa se levantó del agua en un ángulo imposible, y los hombres de cubierta salieron despedidos hacia delante con los brazos abiertos y las bocas abiertas y el sonido que hicieron al caer al agua helada fue el sonido de piedras lanzadas contra un río.

El segundo drakkar viró. Demasiado tarde. La cadena le engañó el timón y el barco giró sobre sí mismo con la lentitud obscena de algo que ya no puede salvarse, y la borda de estribor se hundió y el agua negra del fiordo entró con la urgencia de un animal que encuentra la puerta abierta.

Dos barcos. Treinta segundos. Cuarenta hombres en el agua.

---¡Rocas! ---grité.

El grito subió por la pared del acantilado como un águila. Arriba, en las plataformas que Kveld había construido, veinte hombres cortaron las cuerdas. Las rocas cayeron. No caían como piedras sueltas: caían como una avalancha controlada, bloques de granito del tamaño de baúles, del tamaño de cerdos, del tamaño de todo lo que habíamos podido subir durante el invierno, y golpearon los drakkars que intentaban pasar por el hueco entre la cadena y la

pared del acantilado con la precisión del caos: sin apuntar a nada y acertando en todo.

Un bloque destrozó la cubierta del tercer drakkar. Otro cayó en el agua y levantó una columna que bañó a los remeros del cuarto. El ruido era ensordecedor: piedra contra madera, madera contra agua, agua contra roca, y debajo de todo los gritos. Los gritos de los hombres de Sigurd caíendo al fiordo, agarrándose a los restos de sus barcos, ahogándose en agua a dos grados donde la muerte por hipotermia llegaba en minutos.

Cuatro barcos destruidos antes de que el quinto cruzara la cadena.

Lo hicieron. Sigurd había previsto defensas ---no estas, pero sí defensas--- y el quinto drakkar llevaba en la proa un ariete reforzado con hierro que rompió un eslabón de la cadena al impactar. La cadena se partió con un chasquido que sentí en el pecho, y el hueco que se abrió era suficiente para un barco, y detrás del quinto venían el sexto y el séptimo y los demás formándose en línea como lobos que pasan por una brecha en el redil.

Once drakkars. Quizá doscientos cincuenta hombres de los trescientos veinte originales. Habíamos matado a setenta en los primeros tres minutos sin desenvainar una espada, pero doscientos cincuenta seguían siendo demasiados y venían hacia la playa con la velocidad que da el odio y los remos de cuarenta remeros por barco.

---¡Formación! ---La orden me salió del pecho sin pasar por la cabeza. La voz de mando, la que no era mía sino de todos los jarls que habían gritado antes que yo en esta playa, la voz que significaba: *ahora dejamos de pensar y empezamos a sobrevivir*---. ¡Línea en la playa! ¡Escudos!

Ochenta hombres. Los míos más los de Halfdan y Ketil, que defendían la playa mientras los de Asmund cubrían el flanco norte y los de los otros jarls el sur. Ochenta hombres formaron la línea de escudos en la arena mojada con la disciplina que Bjǫrn les había tallado en el cuerpo durante tres meses de invierno: hombro con hombro, escudo con escudo, la pared de madera y hierro que es lo único que se interpone entre una fuerza superior y la muerte.

Bjǫrn a mi izquierda. No hablaba. No necesitaba. Su presencia era un mensaje que todos los hombres de la línea podían sentir sin verlo: el guerrero más grande de Hrafnheim estaba ahí, con el hacha en una mano y el escudo en la otra, y mientras Bjǫrn estuviera de pie la línea no se rompía.

Leif a mi derecha. Con la espada y el escudo pequeño que prefería porque le daba más movilidad, y la cara que ponía antes del combate, que no era la cara sonriente del Leif que contaba chistes en la longhouse sino la cara afilada de alguien que sabía matar y que lo hacía bien y que iba a hacerlo ahora sin dudar y sin disfrutar y sin detenerse hasta que no quedara nadie enfrente.

Los drakkars llegaron a las estacas.

El primero se detuvo de golpe. La quilla perforó un pino sumergido y el barco se frenó como un caballo que pisa una trampa: de golpe, con un crujido largo, y los hombres de proa cayeron hacia delante y dos cayeron al agua y las estacas los esperaban debajo como dientes.

No voy a describir lo que hacen las estacas. Sólveig lo habría descrito con precisión: el ángulo de penetración, los órganos afectados, el tiempo estimado hasta la muerte. Yo solo vi el agua

teñirse y oí el grito y aparté los ojos porque había cosas peores que ver y estaban desembarcando.

Los que pudieron desembarcar lo hicieron saltando al agua desde los barcos encallados, con el agua hasta la cintura, con las armas en alto, chapoteando hacia la playa con la lentitud pesada de hombres que caminan contra el frío y la profundidad. Eran vulnerables. Diez segundos vulnerables mientras cruzaban los últimos metros de agua entre los barcos y la arena.

---¡Arqueros!

Las flechas volaron desde detrás de la línea de escudos. No muchas: no teníamos muchos arqueros. Pero las suficientes para que los primeros hombres que salían del agua cayeran de rodillas en la arena con astiles en el pecho y en los muslos, y los que venían detrás tuvieran que saltar por encima de sus propios muertos para llegar hasta nosotros.

Llegaron.

El impacto de la primera oleada contra la línea de escudos fue como el impacto de una ola contra un muelle: todo el cuerpo absorbe la fuerza, los pies se hunden en la arena, los hombros gritan contra la madera del escudo, y el sonido es un rugido de carne y metal y madera y rabia que borra todo lo demás.

Hombres empujando contra hombres. Escudos contra escudos. Las hachas asomando por encima de la línea como serpientes que buscan un hueco. El olor: hierro caliente, sudor, sangre, mierda ---porque los hombres que mueren se mean y se cagan, y eso nadie lo dice en las sagas pero es lo primero que hueles en una línea de escudos---, y el agua salada del fiordo metiéndose por las juntas de la cota de malla como dedos fríos.

Golpeé al primero que asomó por encima de mi escudo. El hacha le entró en la clavícula derecha y el hueso cedió con un chasquido húmedo y el hombre bajó con una expresión de sorpresa que no debería sorprenderme después de tantas batallas pero que siempre me sorprende, porque los hombres que mueren siempre parecen sorprendidos, como si no hubieran creído que podía pasarles a ellos.

Saqué el hacha. El segundo era más grande. Empujaba contra mi escudo con el hombro y el peso de un toro y yo resbalé en la arena mojada y perdí un paso y el hueco que se abrió en la línea duró medio segundo y Leif lo cerró metiéndose en el hueco con la espada primero y la hoja entró en el espacio entre el escudo y la axila del hombre grande con la limpieza de alguien que ha practicado ese movimiento mil veces y que sabe exactamente dónde está la arteria.

Sólveig le había enseñado eso. Dónde está la arteria axilar. Cuánto tarda un hombre en desangrarse si la cortas. Menos de un minuto. El hombre grande se desplomó con la cara en la arena y la sangre formando un charco que el agua del fiordo se llevó en segundos.

La línea aguantaba. Mis ochenta contra su primera oleada de cien, y la línea aguantaba porque Bjǫrn estaba en el centro destruyendo todo lo que se ponía delante con una eficiencia que no era humana, que era algo anterior a lo humano, algo que pertenecía a los osos y a los lobos y a las cosas que matan sin pensar porque pensar es para los que tienen tiempo.

Bjǫrn. Dios mío, Bjǫrn.

Lo vi partir un escudo de un hachazo. Lo vi levantar a un hombre del suelo con una mano y lanzarlo contra otros dos. Lo vi recibir un golpe de espada en el brazo izquierdo que le abrió el cuero de la

armadura y la piel debajo y que no lo detuvo, que ni siquiera lo frenó, que sacó de él un rugido que hizo retroceder a los tres hombres que tenía delante un paso, dos, tres, el espacio suficiente para que la línea respirara.

Leif lo vio sangrar. Vi cómo Leif lo veía sangrar y cómo la cara de Leif cambiaba, no a miedo sino a algo más frío, más eficiente, la cara de un hombre que acaba de decidir que nadie más va a tocar a la persona que ama y que va a matar a cualquiera que lo intente.

La segunda oleada llegó antes de que la primera se retirara. Más hombres desembarcando, corriendo por la arena, chocando contra nuestra línea con la fuerza de la desesperación, porque los hombres de Sigurd sabían que no podían volver a los barcos ---los barcos estaban encallados en las estacas, destrozados, inútiles--- y que la única salida era adelante, a través de nosotros.

La línea se doblaba. Se enderezaba. Se doblaba otra vez. Perdí al herrero de las granjas del interior: una lanza le entró por debajo del escudo y le encontró el muslo y la arteria y cayó sin hacer ruido, con la expresión sorprendida de siempre. Perdí a un joven de Ketil cuyo nombre no sabía: un hacha le partió el casco y lo que había debajo y no miré.

Kveld.

Kveld estaba en el flanco derecho con quince hombres cubriendo el acceso al sendero del acantilado. Si Sigurd tomaba ese sendero tenía acceso directo al clan, a la longhouse, a los niños. Kveld lo sabía. Le había dicho que aguantara y había asentido con la cara que ponía cuando aceptaba una orden que no iba a cuestionar: tranquila, seria, con la mandíbula apretada de un hombre que conoce su trabajo y que va a hacerlo.

Vi caer el flanco derecho desde la línea de escudos. Vi cómo treinta hombres de Sigurd desbordaban los quince de Kveld por los dos lados y vi a Kveld pelear con la ferocidad callada de siempre, el hacha moviéndose en arcos cortos y eficientes, sin gritos, sin bravatas, solo el trabajo limpio del guerrero que lleva veinte años haciendo esto y que sabe que esta es probablemente la última vez.

Una espada le entró por la espalda.

Supe que era mortal antes de que cayera. Sólveig me había enseñado demasiado: el ángulo de entrada, la profundidad, la posición del riñón izquierdo. Supe que Kveld estaba muerto antes de que sus rodillas tocaran la arena, y no pude parar, no podía parar, porque delante de mí había un hombre con un hacha que intentaba abrirme la cabeza y a mi izquierda Bjǫrn sangraba por el brazo y a mi derecha Leif mataba con la precisión silenciosa de un cirújano y Kveld estaba muerto y la línea tenía que aguantar.

La línea aguantó porque vino Asmund.

Los treinta guerreros silenciosos del flanco norte aparecieron por detrás de la segunda oleada de Sigurd como una puerta que se cierra a la espalda de alguien que no sabía que había una puerta. Sin aviso. Sin gritos de guerra. Los hombres de Asmund atacaron el flanco izquierdo de Sigurd con la eficiencia muda de quien ha estado afilando armas cada noche durante tres meses esperando este momento.

El efecto fue inmediato. Los hombres de Sigurd, que empujaban contra nuestra línea con todo su peso, de pronto tenían enemigos a la espalda. La presión sobre nuestros escudos cedió como cede una puerta cuando alguien deja de empujarla. Respiré. La primera

respiración completa en lo que parecían horas pero que el sol decía que habían sido veinte minutos.

---¡Empujad! ---grité, y la línea empujó.

Avanzamos. Paso a paso sobre la arena mojada, pisando cuerpos, pisando sangre, pisando el agua roja del fiordo que lamía la playa con cada ola y se llevaba la espuma teñida mar adentro. Los hombres de Sigurd retrocedieron hacia los barcos encallados, hacia el agua, hacia el único sitio que les quedaba, y los hombres de Asmund les cerraron la salida por el norte y los de Halfdan por el sur y de pronto Sigurd tenía doscientos hombres atrapados en una playa con el mar detrás y acero delante y ningún sitio al que huir.

Fue entonces cuando lo vi.

Sigurd Hakkonsson.

Estaba en la proa del drakkar más grande, el que había roto la cadena, que estaba encallado en la arena con la quilla reventada y el mástil torcido. De pie. Armado. Con una cota de malla que brillaba como escamas de pez a la luz gris del amanecer y un yelmo con protector nasal que le tapaba media cara y una espada en la mano derecha que tenía sangre hasta la empuñadura.

No era como lo había imaginado. Lo había imaginado enorme, monstruoso, un gigante de las sagas que aplasta hombres con las manos. Era de mi altura. Quizá un poco más bajo. Delgado, nervudo, con la complexión de un corredor y no de un luchador. Los ojos eran lo que lo hacía: ojos claros, casi transparentes, del color del hielo viejo, y no había nada detrás. Ni rabia, ni miedo, ni placer. Nada. Los ojos de alguien que mata clanes y envenena jarls con la misma ausencia de emoción con la que otro hombre parte leña.

Me vio. Supe que me vio porque los ojos de hielo se fijaron en los míos y algo se movió detrás de la nada: reconocimiento. Sabía quién era. Sabía que era el jarl de Hrafnheim, el hijo de Ragnvald, el hombre que tenía a su Haraldsdóttir.

Saltó del drakkar.

Cayó en la arena a diez metros de mí. Caminó. No corrió: caminó, con la calma de alguien que tiene todo el tiempo del mundo, y los hombres que peleaban entre nosotros se apartaron sin que les dijera nada, como se apartan los peces cuando pasa un tiburón, por instinto, por algo que está debajo del pensamiento y que reconoce al depredador antes de que el cerebro le ponga nombre.

Le sostenía la mirada. Diez metros. Ocho. Cinco.

---Ragnvaldsson ---dijo. Voz plana. Sin acento. Como si pronunciara el nombre de un objeto---. He envenenado a tu padre. He quemado Skálholt. He venido a quemar tu fiordo. ¿Algo que quieras decirme antes?

Le contesté con el hacha.

El primer golpe lo bloqué con el escudo y la vibración me subió por el brazo hasta el hombro. La fuerza era mayor de lo que esperaba para un hombre de su tamaño: compacta, explosiva, la fuerza de alguien que no depende del músculo sino de la velocidad y del ángulo. Era rápido. Muy rápido. La espada se movió en un arco bajo que buscó mis piernas y salté hacia atrás y el filo me pasó a un palmo de la rodilla.

Golpeé. El hacha bajó hacia su hombro izquierdo y la bloqueó con la espada y giró la muñeca y la hoja me buscó el cuello y me

agaché y sentí el aire del acero pasándome por encima de la cabeza. Cerca. Demasiado cerca.

Peleamos. No como en las sagas: no había discursos entre golpes, ni pausas dramáticas, ni intercambio de insultos ingeniosos. Había acero contra acero, respiración contra respiración, la arena resbalando bajo las botas, el peso del escudo que iba aumentando con cada minuto, y los ojos de hielo de Sigurd que no cambiaban, que no mostraban esfuerzo ni cansancio ni nada que me dijera que estaba ganando o perdiendo.

Era mejor que yo. Supe que era mejor que yo después del sexto intercambio, cuando me abrió un corte en el antebrazo izquierdo que sentí como un látigo caliente. No profundo. Pero estaba ahí: la primera sangre, y era mía, y Sigurd lo notó y esos ojos pálidos se movieron un grado hacia el corte con la evaluación desapegada de un cazador que ve que la presa está herida.

Necesitaba algo que él no esperara. Necesitaba salir del patrón de hacha contra espada que él dominaba mejor que yo, necesitaba un ángulo nuevo, un movimiento que no estuviera en el repertorio de ningún guerrero que Sigurd hubiera enfrentado.

Sólveig.

El movimiento que Sólveig había inventado para derribarme. La combinación de anatomía y palanca que ella usaba para compensar la diferencia de peso. No era un movimiento de guerrero. Era un movimiento de sanadora: el conocimiento de dónde están las articulaciones, cómo funcionan, cuál es su límite de rotación antes de que algo se rompa.

Ataque falso. Lancé el hacha hacia su cara ---alto, obvio, un golpe que cualquier espadachín bueno bloquea sin pensar--- y

cuando levantó la espada para bloquear me dejé caer. Todo el cuerpo al suelo. Rodilla en la arena, hombro bajo, y el escudo impactando contra la parte externa de su rodilla izquierda con todo mi peso detrás.

La rodilla cedió.

No se rompió ---no tuve el ángulo perfecto que Sólveig habría conseguido--- pero cedió lo suficiente para que Sigurd perdiera el equilibrio. Cayó de lado. Una rodilla en la arena, la espada buscando balance, y yo estaba debajo y adentro, demasiado cerca para el hacha, así que la solté y agarré su muñeca de la espada con la mano izquierda y le metí un codazo en la cara con la derecha.

El yelmo absorbió la mayor parte del golpe. Pero no toda. Noté el crujido del cartílago de la nariz bajo el protector nasal y la sangre le bajó por la barbilla y los ojos de hielo cambiaron. Por primera vez, cambiaron. Algo apareció detrás de la nada: no dolor, no sorpresa. Furia. Furia pura, animal, la furia de alguien que no está acostumbrado a sangrar y que descubre que no le gusta.

Me golpeó con la guardia de la espada en la sien.

El mundo se volvió blanco. Después gris. Después rojo. Caí de espaldas en la arena y el cielo giró encima de mí como un plato lanzado al aire y sentí el sabor de la sangre en la boca y la náusea de la conmoción y pensé con la claridad absurda que te dan los golpes en la cabeza: *Sólveig me va a matar si me muero aquí*.

Sigurd se levantó sobre mí. La espada en alto. La sangre de su nariz goteando sobre mi cara. Y esos ojos vacíos mirándome con la misma ausencia con la que miraba todo, excepto que ahora la ausencia tenía un filo, y el filo decía: *voy a matarte y después voy a buscar a tu sanadora y le voy a hacer lo que le hice a su madre*.

Bjǫrn lo golpeó de lado.

No lo vi venir. Sigurd no lo vio venir. El impacto de Bjǫrn contra el cuerpo de Sigurd fue como el impacto de un oso contra un ciervo: pura masa, pura velocidad, pura imposibilidad de resistencia. Sigurd salió despedido dos metros a la derecha y rodó por la arena y Bjǫrn se puso entre él y yo con el hacha levantada y la sangre del brazo goteando sobre la arena y un rugido en la garganta que no era un grito de guerra sino algo más antiguo, más primario: la declaración del animal que protege a los suyos.

Me levanté. El mundo seguía girando. Encontré el hacha en la arena. La agarré.

Sigurd se levantó. Nos miró a los dos. Evaluó. Esos ojos claros midieron a Bjǫrn, midieron su herida, midieron la distancia a sus propios hombres, y lo que calculó fue lo mismo que yo habría calculado: que Bjǫrn herido seguía siendo el hombre más peligroso de la playa y que dos contra uno eran probabilidades que ni siquiera Sigurd Hakkonsson aceptaba.

Retrocedió.

No huyó. Sigurd no huía. Retrocedió hacia sus hombres, que se replegaban hacia los barcos encallados, hacia el agua, hacia el único espacio que les quedaba. Los guerreros aliados les cerraban la salida por tres lados. El mar les cerraba el cuarto. La trampa estaba completa.

Lo que siguió no fue una batalla. Fue una rendición.

No inmediata. No limpia. Los hombres de Sigurd pelearon con la desesperación de los que no tienen salida, y murieron con la misma desesperación, y mataron a diecisiete de los nuestros antes de que los últimos ciento y pico tiraran las armas y se arrodillaran en la

arena con las manos en la cabeza y la cara de hombres que acaban de entender que su jarl los ha llevado a una matanza.

Sigurd no se rindió.

Sigurd se quedó de pie en la proa de su drakkar destrozado, con la espada en la mano y la sangre en la cara y los ojos de hielo mirando su ejército arrodillado en la arena con la expresión de alguien que mira muebles rotos: desapego, cálculo, la evaluación fría de lo que se ha perdido en términos de qué se puede recuperar.

Diez guerreros de Halfdan lo rodearon. Le apuntaron con lanzas. No se movió. No soltó la espada.

Halfdan se acercó con la lentitud del hombre viejo que no tiene prisa porque ha ganado y porque ganar a los sesenta años sabe distinto que ganar a los veinte.

---Suelta la espada, Sigurd.

Sigurd lo miró. Miró las lanzas. Me miró a mí, que estaba de pie en la playa con sangre en la sien y en el antebrazo y el hacha goteando y Bjǫrn a mi lado que apenas se sostenía.

Soltó la espada. La dejó caer en la cubierta del drakkar con un sonido metálico que resonó en el silencio de la playa como el punto final de una frase.

Bajé el hacha.

Miré la playa. La arena roja. Los cuerpos. Los heridos que gemían, los muertos que no. Las astillas de los drakkars destrozados flotando en el agua teñida. Los hombres de Sigurd arrodillados con las manos en la cabeza. Los míos de pie, jadeando, sangrando, vivos.

Bjǫrn se apoyó en mi hombro. El peso de su cuerpo contra el mío, enorme, caliente, el peso de un hombre que ha dado todo lo

que tenía y que ahora necesita que alguien lo sostenga. Le miré el brazo. El corte era largo, desde el bíceps hasta el codo, y la sangre seguía saliendo con el ritmo de las heridas que necesitan suturas y atención rápida.

---Sólveig ---dije. A Leif, que estaba ahí, con la espada todavía en la mano y la cara blanca no de miedo sino de lo que viene después del miedo cuando ha terminado---. Llévalo con Sólveig. Ahora.

Leif cogió a Bjǫrn. Le pasó el brazo bueno por encima de los hombros. Bjǫrn protestó con un gruñido que significaba *estoy bien* y que Leif ignoró con la autoridad de alguien que lleva años ignorando las mentiras de ese hombre específico.

Se fueron por el sendero. Hacia la cabaña. Hacia Sólveig.

Me quedé en la playa. El jarl se queda. El jarl cuenta a los muertos. El jarl mira lo que ha pasado y no puede apartarse porque apartar la mirada es faltar al respeto a los que han caído para que él siguiera de pie.

Kveld estaba en la arena del flanco derecho. Boca abajo. La espada todavía en la mano. No le di la vuelta. No podía. No todavía.

Diecisiete muertos de los nuestros. Más de cien de los suyos. Los números eran buenos. Los números eran una victoria clara, definitiva, la clase de victoria que se cuenta en las sagas y que hace brillar los ojos de los niños alrededor del fuego.

Los números eran mentira. Diecisiete muertos no es un número. Son diecisiete hombres con nombre y cara y familias que los esperaban en la longhouse y que iban a recibir en vez de un abrazo una noticia que les partiría la vida por la mitad. Kveld. El herrero. El joven de Ketil cuyo nombre no supe. Catorce más cuyos nombres iba a aprender esta noche, cuando los enterrara, cuando les cerrara los

ojos, cuando les pusiera una moneda en la boca para que pagaran el pasaje al Valhalla.

El sol salió del todo. La luz de marzo, pálida, indiferente, iluminó la playa con la claridad que tienen las mañanas después de las tormentas: todo se ve mejor, todo se ve más, y lo que se ve es peor de lo que imaginas.

Habíamos ganado.

No se sentía como ganar.

Capítulo 20

El precio

El primer herido llegó antes de que terminara el primer choque de escudos. Después no pararon.

Los traían en camillas improvisadas, en brazos, arrastrándose solos. Los traían con la cara blanca de los que han perdido demasiada sangre y con la cara roja de los que todavía la tienen pero la pierden rápido. Los traían gritando, gimiendo, callados ---los callados eran los peores, porque el silencio en un herido de batalla significaba shock o significaba que ya no había nada que gritar---. Los traían y yo los recibía en la puerta de la cabaña con las manos limpias y los instrumentos listos y la voz de mi madre repitiéndome en la cabeza como un mantra: *prioridad, hemorragia, siempre*.

El triaje fue lo primero. Dalla y Hild en la puerta, con las instrucciones que les había dado cien veces: sangre arterial a la derecha, heridas profundas al centro, heridas superficiales a la izquierda. Los que podían esperar, esperaban. Los que no podían esperar, me los pasaban a mí. Los que no tenían nada que esperar ---los de las heridas abdominales abiertas, los de los cráneos hundidos, los que ya tenían las pupilas fijas y dilatadas---, esos los apartaban a la esquina del fondo y alguien les ponía una piel encima y alguien les cogía la mano y alguien estaba con ellos mientras se iban.

No había tiempo para los que se iban. Había tiempo para los que podía salvar. Esta era la lección más cruel de la medicina de batalla:

que salvar vidas significaba elegir vidas, y elegir vidas significaba decidir a quién le dabas los minutos que tenías y a quién se los quitabas, y esa decisión la tomabas en tres segundos con las manos ensangrentadas y la voz firme y el agujero en el estómago que debería tragarte entera pero que no podía porque había otro herido esperando.

El primero fue un hombre de Halfdan con un tajo en el muslo que pulsaba sangre con cada latido: arteria femoral, parcialmente seccionada. Le puse el torniquete. La sangre frenó. Le abrí la herida, encontré la arteria, la cautericé con el hierro caliente que Signe me pasó sin que se lo pidiera. El hombre aulló. Le sujeté la pierna con una mano y cautericé con la otra y el olor a carne quemada me subió por la nariz y se instaló en algún rincón de mi memoria donde iba a quedarse para siempre.

El segundo fue un muchacho de Ketil, diecisiete años quizá, con una lanza rota en el costado izquierdo. El asta se había partido al entrar y la punta estaba dentro, entre la octava y la novena costilla, a tres centímetros del bazo. Lo supe porque palpé y porque conocía la geografía de las costillas como conocía la geografía del fiordo: de memoria, con los ojos cerrados, con las manos.

---Muérdete esto ---le dije, poniéndole un trozo de cuero entre los dientes---. Va a doler.

Extraje la punta. Limpia. Entera. Sin fragmentos. El muchacho gritó contra el cuero y se le pusieron los ojos blancos y se desmayó y fue lo mejor que podía pasarle porque lo que vino después ---lavar, desbridar, coser, tres capas de sutura, la profunda, la muscular, la piel--- habría sido insoportable consciente.

Signe trabajaba a mi lado. En silencio. Las manos firmes, los movimientos limpios, la concentración absoluta de alguien que ha descubierto que esto ---coser carne, parar sangre, salvar vidas--- es lo que sabe hacer y que va a hacerlo aunque el mundo se hunda alrededor. Me pasaba instrumentos antes de que los pidiera. Me secaba el sudor de la frente con el dorso de la mano sin dejar lo que estaba haciendo. Trabajaba como si hubiéramos hecho esto juntas toda la vida, y en cierto modo lo habíamos hecho: tres meses de invierno poniéndonos de acuerdo con las manos, aprendiendo el ritmo de la otra, construyendo un lenguaje de gestos y miradas que ahora, en la emergencia, funcionaba como una máquina engrasada.

Bjǫrn llegó con Leif.

Lo vi entrar por la puerta ---o más bien lo vi llenar la puerta, porque Bjǫrn no entraba en los sitios sino que los ocupaba--- y lo primero que miré fue el brazo. El corte iba del bíceps al codo, profundo, con los bordes separados y el músculo visible debajo como la carne de un animal destazado. Sangraba todavía pero sin pulso arterial: venóso, constante, manejable. No iba a morir. Lo supe en tres segundos. Los tres segundos que necesitaba para el triaje, los tres segundos que separaban la urgencia del alivio.

Leif lo sujetaba por el otro lado con una expresión que yo conocía bien: la cara de alguien que mantiene el control por pura voluntad mientras por dentro todo grita. Tenía sangre en las manos, en la ropa, en el pelo. No era suya. Me miró con los ojos de un hombre que necesita que alguien le diga que la persona a la que ama va a estar bien.

---Signe ---dije, sin dejar de mirar el brazo---. La mesa dos.

Sentamos a Bjǫrn. Que no quería sentarse. Que decía que estaba bien. Que intentó levantarse dos veces y las dos veces Leif le puso la mano en el hombro bueno y lo empujó hacia abajo con una fuerza que no debería ser suficiente para mover a un hombre de ese tamaño pero que funcionaba porque no venía del músculo sino de algo más.

---Siéntate ---le dijo Leif. Con la voz que usaba cuando no estaba bromeando, que era una voz que la mayoría del clan no había oído nunca y que Bjǫrn conocía de memoria---. Siéntate o te siento yo.

Bjǫrn se sentó.

Limpié la herida. El corte era limpio ---espada, no hacha; los cortes de hacha son irregulares y más difíciles de cerrar--- y había seccionado el músculo pero no el tendón. Iba a conservar el brazo. Iba a conservar la movilidad. Necesitaba treinta puntos, descanso y no mover el brazo durante tres semanas, lo cual significaba que iba a intentar moverlo a los tres días y que Leif iba a tener que sentarlo otra vez.

---Treinta puntos ---le dije mientras preparaba la aguja---. Sin anestesia. Puedes gritar si quieres.

---No grito.

---Todo el mundo grita, Bjǫrn. No es un concurso.

No gritó. Apretó la mandíbula y cerró el puño de la mano buena y los nudillos se le pusieron blancos y un temblor fino le recorrió el brazo herido con cada punto, pero no gritó. Leif le sostuvo la mano buena. Se la apretó. Los nudillos de los dos blancos, entrelazados, mientras yo cosía.

Terminé. Vendé. Le inmovilicé el brazo con un cabestrillo que até tan apretado que no pudiera quitárselo sin ayuda, porque conocía a

Bjǫrn.

---Tres semanas. Sin mover el brazo. Sin levantar nada. Sin entrenar. Sin pelear.

---Sólveig.

---Tres semanas o se te infecta y te lo corto. Elige.

Bjǫrn me miró. Le miré. Llevaba cuatro horas de cirugía sin parar y tenía sangre hasta los codos y el pelo pegado a la frente de sudor y probablemente parecía exactamente lo que era: una mujer al borde de su propia resistencia que no tenía la menor intención de ceder ni un milímetro.

---Tres semanas ---dijo.

Se fueron. Leif sujetándolo, Bjǫrn protestando, los dos moviéndose por la puerta con la coordinación de dos cuerpos que llevan años aprendiendo a encajar el uno con el otro. Antes de salir, Leif se giró. Me miró. No dijo nada. No hacía falta. En sus ojos estaba todo: *gracias, gracias por sus manos, gracias por sus treinta puntos, gracias por devolverme entero lo que más quiero*.

Asentí. Se fue.

Seguí.

Las horas se fundieron. Perdí la noción del tiempo cuando el tercer herido dejó paso al cuarto y el cuarto al quinto y el quinto al décimo y el décimo al vigésimo, y las manos se movían solas, autónomas, como si pertenecieran a otra persona que sabía lo que hacía y que no necesitaba que el resto de mí participara. El cerebro tomaba las decisiones ---aquí sutura, aquí cauterio, aquí torniquete, aquí nada porque ya no hay nada que hacer--- y las manos obedecían y el cuerpo seguía de pie por la pura inercia de la necesidad.

Perdí a cuatro en la mesa. Cuatro hombres que llegaron vivos y se fueron muertos bajo mis manos. Uno de una hemorragia interna que no pude parar. Otro de un neumotórax que identifiqué demasiado tarde. Dos de heridas que ningún médico en ningún siglo habría podido curar pero que me contaba de todas formas como mías, como fracasos personales, como deudas que se sumaban a las otras deudas, a los seis niños que no llegué a tiempo de salvar, a la lista de nombres que llevaba tatuada en algún sitio por dentro de las costillas y que crecía con cada muerte que pasaba por mis manos.

La última fue la peor. Un hombre joven de las granjas del interior, uno de los veinte reclutas de Eirik. La herida no era grave ---un corte en el abdomen, superficial, que había cosido sin dificultad--- pero mientras cosía empezó a sangrar por la boca. Sangre oscura, espesa, la sangre del estómago. Una herida interna que el corte externo había ocultado: el impacto del golpe había reventado algo por dentro, algo que yo no podía ver ni alcanzar ni arreglar con suturas ni con cauterio ni con nada que existiera en esta cabaña o en cualquier cabaña del mundo.

Se murió mirándome. Con los ojos abiertos, puestos en mí, con la expresión confusa de alguien que no entiende qué está pasando y que busca en la cara de la sanadora la respuesta que la sanadora no tiene. Le sujeté la mano. Le dije que iba a estar bien, que era mentira, la mentira más vieja de la medicina, la mentira que mi madre me enseñó a decir con convicción porque los que se van necesitan escucharla aunque no se la crean.

Se fue. Le cerré los ojos. Me lavé las manos.

Signe estaba a mi lado. No me miró. No me tocó. No dijo ninguna de las cosas inútiles que la gente dice cuando alguien se

muere en tus manos ---*has hecho lo que has podido, no es culpa tuya, no podías hacer más*---. Me pasó un paño limpio. Me sirvió agua. Y esperó a que bebiera y me limpiara la cara y respirara tres veces y dijera *siguiente* antes de pasar al próximo herido.

Así se sostenía una persona. No con palabras. Con paños limpios y agua y la presencia silenciosa de alguien que no va a irse.

Catorce horas.

Cuando entró el último herido ---un corte en la pantorrilla, superficial, que Dalla cosió sola mientras yo miraba---, la luz de la tarde se había ido y la lámpara de aceite llevaba horas siendo la única iluminación. Había operado catorce horas sin sentarme. Los brazos me colgaban de los hombros con la pesadez de la carne que ha funcionado más allá de su capacidad. Las manos me temblaban: un temblor fino, constante, que no era de miedo ni de frío sino de agotamiento puro, los músculos de los dedos protestando después de catorce horas de agarre, presión, sutura, corte.

Conté. Treinta y ocho heridos tratados. Veintinueve iban a sobrevivir. Cinco eran dudosos. Cuatro muertos en la mesa. Los números de la sanadora, tan mentirosos como los números del jarl: veintinueve no era un número. Eran veintinueve hombres con suturas que yo les había cosido y vendajes que yo les había puesto y vidas que dependían de que las infecciones no llegaran y de que las hierbas funcionaran y de que yo no hubiera cometido ningún error en catorce horas de cirugía continua, lo cual era estadísticamente improbable, y el pensamiento me golpeó con la fuerza de las cosas que solo aparecen cuando paras: *¿y si me he equivocado? ¿y si alguna de las suturas está mal? ¿y si alguien se muere esta noche por algo que no he visto?*

Me apoyé en la mesa. Las manos planas sobre la madera manchada de sangre. La cabeza baja. La respiración en cuatro tiempos. El protocolo. El protocolo que me había inventado para cuando Skálholt venía, que ahora usaba para cuando la realidad se volvía más grande que mi capacidad de procesarla.

No lloré. No podía permitirme llorar. Llorar era abrirse, y abrirse era derrumbarse, y derrumbarse significaba que las manos que temblaban no iban a ser capaces de coser si alguien más llegaba, y alguien más podía llegar, siempre podía llegar.

Fueron a buscarme para Kveld.

Un guerrero al que no conocía entró en la cabaña y me dijo que el jarl pedía que fuera a la playa. No dijo para qué. No hacía falta. Sabía que Kveld había muerto porque nadie me lo había traído, y cuando no te traen a un herido es porque no es un herido sino un muerto, y los muertos no necesitan sanadora. Los muertos necesitan otra cosa.

Bajé a la playa.

La arena estaba roja. No metáfora: roja. La sangre de cien hombres había empapado la arena de la playa hasta convertirla en barro oscuro que chupaba las botas con cada paso, y el olor era el olor que ahora sabía que no se me iba a quitar en semanas: hierro, sal, descomposición temprana, el olor dulce y asqueroso de los cuerpos que empiezan a cambiar de estado pocas horas después de la muerte.

Los habían alineado. Diecisiete cuerpos cubiertos con pieles, dispuestos en la arena al pie del acantilado, con los pies hacia el mar como dictaba la tradición para los caídos en combate. Antorchas en la arena marcando la fila. El resplandor anaranjado sobre las pieles

daba la impresión de que los cuerpos se movían, de que respiraban bajo las pieles, de que podía apartar la piel y encontrarlos durmiendo.

Kveld estaba al final de la fila.

Me arrodillé junto a él. Alguien le había dado la vuelta y le había cerrado los ojos y le había cruzado las manos sobre el pecho con la espada encima. Tenía la cara tranquila. La muerte le había quitado la tensión de la mandíbula y la arruga entre las cejas y lo había devuelto a una versión más joven de sí mismo, una versión que no había cargado todavía con veinte años de batallas y responsabilidades y la muerte de un jarl al que respetaba.

Le puse la mano en el pecho. Sobre las suyas. Sobre el acero de la espada.

---Gracias ---dije. En voz baja. Solo para él---. Gracias por el flanco. Gracias por los niños. Gracias por el sendero que no tomaron porque tú estabas ahí.

No sé si los muertos escuchan. Mi madre creía que sí, durante las primeras horas, antes de que el espíritu se alejara del todo. Mi madre les hablaba a los muertos mientras los preparaba para la pira, les contaba cosas, les pedía disculpas por lo que no había podido hacer, les daba las gracias por haber aguantado lo que habían aguantado. Yo no sabía si creía lo que creía mi madre. Pero las gracias eran reales, y Kveld se las merecía, y si había alguna posibilidad de que las oyera entonces iba a decírselas aquí, en esta playa, con la mano en su pecho y la arena roja bajo las rodillas y la noche cayéndose encima como un techo de piedra.

Me levanté.

Eirik estaba detrás de mí.

No sé cuánto llevaba ahí. De pie en la arena, con la armadura puesta y la sangre seca en la cara y en las manos y en el pelo, y los ojos grises que no eran grises en la oscuridad sino negros, profundos, con algo dentro que parecía un pozo sin fondo donde todo lo que había pasado hoy estaba hundido: la batalla, los muertos, Kveld, la espada de Sigurd bajando hacia su cara, Bjǫrn embistiéndolo de lado, el sabor de la arena cuando cayó. Todo ahí. Todo hundido. Todo a punto de desbordarse.

Tenía sangre en la sien. El golpe de Sigurd. Conoción leve, diagnostiqué sin pensar: pupila reactiva, postura estable, orientado en espacio y tiempo. No iba a morir. La parte de mi cerebro que nunca dejaba de ser sanadora se lo confirmó a la parte que necesitaba oírlo. Tenía también el corte en el antebrazo, que alguien le había vendado torpemente con un trapo ---nudos irregulares, presión insuficiente, iba a tener que rehacerlo---.

Nos miramos.

No había nada que decir. Las palabras eran instrumentos pequeños para lo que había entre nosotros en ese momento, en esa playa, con diecisiete muertos a nuestras espaldas y la sangre de cien hombres bajo nuestras botas. Las palabras eran vendajes en heridas que necesitaban cirugía: insuficientes, rídiculamente inadecuadas.

Le cogí la mano.

La que no estaba herida. Se la cogí con las mías, que estaban sucias de sangre ajena, y él me dejó, y nos quedamos así un momento que no sé cuánto duró porque el tiempo había dejado de funcionar hacía horas: de pie en la playa, con los muertos detrás y las antorchas crepitando y el fiordo negro lamiendo la arena con la indiferencia del agua que no distingue entre sangre y sal.

---Ven ---dije---. Déjame ver la sien.

Subimos a la cabaña. La cabaña olía a sangre, a hierro caliente, a las hierbas que había quemado para desinfectar el aire. Los heridos que quedaban estaban en las mesas del fondo, dormidos o semiconscientes, con Dalla y dos aprendizas velándolos. Signe se había ido a la longhouse a ver a Bjǫrn, porque Signe también tenía una persona a la que necesitaba tocar después de la batalla para saber que seguía en el mundo.

Senté a Eirik en mi mesa. Le quité el yelmo. Le quité los brazaletes. Le desaté la cota de malla y se la saqué por la cabeza con la dificultad de siempre ---los anillos de hierro pesaban como pecados, como decisiones, como todo lo que un jarl carga---, y debajo estaba él. El hombre debajo de la armadura. El que me había pedido que le devolviera.

Le lavé la cara. Con agua tibia, con un paño limpio, con la lentitud que no me había permitido en catorce horas de cirugía. Le quité la sangre de la sien ---la suya--- y la de la mejilla ---ajena--- y la de la frente y la de la barbilla y la del cuello, y cada pasada del paño revelaba más piel, más él, como limpiar tierra de una estatua para encontrar debajo la cara que buscabas.

El corte de la sien era superficial. Sangre escandalosa, daño mínimo. Lo limpié. Lo cerré con tres puntos de mariposa ---no necesitaba sutura, solo aproximación--- y le puse una compresa.

El antebrazo era otra cosa.

Le quité el vendaje improvisado. El corte tenía ocho centímetros, limpio, de espada, con los bordes separados lo suficiente para ver el músculo debajo. No había tocado el tendón. No había tocado la arteria. Sigurd era demasiado bueno para golpear a ciegas: había

apuntado exactamente donde quería, al músculo del antebrazo que controla el agarre, con la intención de hacerle soltar el hacha. Técnica de desarme, no de matar. Lo que significaba que Sigurd había querido desarmarlo primero y matarlo después. Disfrutándolo.

Ese pensamiento me encendió algo en las costillas que no era miedo ni rabia sino las dos cosas trenzadas, y tuve que respirar tres veces antes de empezar a coser porque las manos que me habían temblado de cansancio ahora temblaban de otra cosa.

Cosí. Doce puntos. Limpios, regulares, con la tensión exacta. Mis mejores puntos del día, porque eran para él, porque la aguja que entraba en su piel la sentía en la mía, porque cada punto era una promesa silenciosa: *te coso, te curo, te devuelvo entero al mundo que te necesita*.

Eirik no hizo ruido. No apretó la mandíbula como Bjǫrn. Me miraba. Me miraba las manos mientras cosían con una atención que no era la del paciente que observa su herida sino la del hombre que mira a la mujer que ama hacer lo que mejor sabe hacer y que encuentra en eso algo que las palabras no pueden tocar.

Terminé. Vendé. Le inmovilicé el antebrazo con un cabestrillo más suelto que el de Bjǫrn porque el daño era menor. Le até los nudos. Comprobé la circulación. Todo correcto. Todo bien. Todo salvado.

Me senté en el banco frente a él. Las piernas me fallaron al sentarme: no una caída sino un desplome controlado, el cuerpo declarándose en huelga después de catorce horas y media de pie.

Silencio.

La lámpara crepitaba. Los heridos respiraban al fondo. Fuera, el fiordo arrastraba los restos de los drakkars destrozados hacia el mar

abierto, y en algún sitio del clan un perro ladraba y alguien lloraba y alguien más gritaba una orden, los sonidos normales de un lugar que intenta volver a ser normal después de lo anormal.

---Kveld ---dijo Eirik. La primera palabra que decía desde que habíamos llegado a la cabaña. La voz le salió rota. No rota como cuando se le rompía conmigo, en la cama, en la oscuridad: rota de otra forma. Rota de pérdida. Rota del peso específico de un nombre que ya no va a contestar cuando lo llames.

---Lo sé ---dije.

---Defendía el sendero. Si lo hubieran pasado\...

---Lo sé, Eirik.

---Los niños.

La palabra le salió con la punta de algo debajo, algo afilado que estaba empujando desde dentro y que amenazaba con salir. Le cogí las manos. Las dos. La herida y la sana. Se las sujeté entre las mías como él me había sujetado las mías el día del asesino, con la misma presión, con la misma intención: *estoy aquí, no te suelto, puedes caerte que yo te sujeto*.

No lloró. Eirik Ragnvaldsson no lloraba delante de nadie, ni siquiera delante de mí, ni siquiera en la oscuridad de su cuarto con las pieles sobre los dos y el mundo reducido a nuestra respiración. Pero algo pasó por su cara que era peor que el llanto: una contracción, rápida, involuntaria, el espasmo del músculo que intenta contener algo que es más grande que él. La mandíbula. Los párpados. La garganta, que se movió al tragar. Tres segundos. Después lo guardó todo. Lo metió dentro, en el sitio donde los jarls guardan lo que no pueden mostrar, y me miró con los ojos secos y la voz controlada y la máscara puesta que me hizo querer arrancársela

con las manos y decirle que podía derrumbarse, que podía romperse, que yo iba a estar ahí cuando recogiera los trozos.

Pero no lo hice. Porque conocía a este hombre. Y este hombre no se derrumbaba en las primeras horas. Se derrumbaba después, en privado, en silencio, cuando estaba seguro de que nadie lo necesitaba. Lo había hecho con la muerte de su padre. Lo había hecho con la partida de su madre. Lo haría con Kveld. Y yo estaría ahí cuando pasara, como Leif estaba ahí para Bjǫrn: sin palabras, sin presiones, con un paño limpio y agua y la presencia silenciosa de alguien que no va a irse.

---Sigurd está encadenado en el sótano ---dijo.

El nombre me golpeó en el pecho. Sigurd. Encadenado. Vivo. A cincuenta metros de donde estaba sentada. El hombre que había quemado Skálholt estaba encadenado debajo de la longhouse donde dormían los niños que yo había salvado, y la ironía de eso era tan cruel que me habría reído si hubiera tenido la energía.

---¿Quieres verlo? ---preguntó. Sin presión. Sin expectativa. Una pregunta limpia que significaba: *¿necesitas esto? Porque si lo necesitas te llevo, y si no, no*.

Lo pensé durante tres respiraciones.

---Sí.

Bajamos al sótano. Las mismas escaleras de piedra húmeda que había bajado el día del asesino, el mismo olor a tierra y cerveza, la misma lámpara de aceite proyectando sombras largas. Pero esta vez lo que había abajo no era un espía con las manos atadas a una viga. Era Sigurd Hakkonsson.

Estaba sentado contra la pared del fondo, con las muñecas encadenadas a una argolla de hierro y los tobillos encadenados a

otra. La cota de malla se la habían quitado. La espada se la habían quitado. Le habían dejado la túnica y las botas y la nariz rota que Eirik le había dado con el codo. La sangre se le había secado en el labio superior formando una costra oscura que le daba un aspecto animal, primario, como un depredador que ha peleado y ha perdido y que está evaluando sus opciones con la paciencia de algo que sabe que siempre hay opciones.

Me vio bajar las escaleras. Los ojos de hielo ---y eran de hielo, exactamente como los había imaginado, exactamente como los había visto en las pesadillas donde las velas negras llegaban a Skálholt--- se posaron en mí con la misma evaluación desapegada con la que había mirado a sus hombres rendidos en la playa.

Me reconoció.

Lo supe porque algo se movió en esos ojos claros. No emoción. Interés. El interés clínico de alguien que por fin ve de cerca algo de lo que ha oído hablar.

---Haraldsdóttir ---dijo. La voz era como los ojos: plana, fría, sin acento, como si los sonidos fueran herramientas y las usara con la precisión justa para la tarea---. La sanadora de Skálholt. He oído que detectas arsénico en el vino. Impresionante.

No le respondí.

Lo miré. Lo miré de la forma en que miraba a los pacientes: de arriba abajo, evaluando, catalogando. Nariz rota: fractura de huesos nasales, desplazamiento lateral, hematoma periorbitario bilateral formándose. Labio partido. Contusiones en las muñecas de las cadenas. Y debajo de todo, debajo del daño físico, la cosa que había debajo de los ojos de hielo: nada. Vacío. La ausencia de algo que

debería estar ahí ---compasión, miedo, culpa, cualquier cosa--- y que no estaba.

Este era el hombre que había quemado mi hogar. Este era el hombre cuyas velas negras habían aparecido al amanecer. Este era el hombre cuyos guerreros habían matado a mi hermano con una flecha entre la tercera y la cuarta costilla y habían matado a mi madre de una forma que yo no conocía y que no quería conocer. Este hombre sentado contra una pared con las manos encadenadas y la nariz rota y los ojos que no contenían nada.

Había imaginado este momento. Durante dos años. Lo había imaginado de cien formas: con un cuchillo, con veneno, con las manos desnudas. Había imaginado la satisfacción de verlo sufrir, de verlo suplicar, de verlo morir de la misma forma lenta y metálica en que había muerto el padre de Eirik. Había alimentado esa imagenes durante las noches de huida, durante los inviernos en graneros ajenos, durante los momentos en que la supervivencia no era suficiente motivo para seguir y necesitaba otro, y el otro era la venganza.

Y ahora estaba aquí. Y lo que sentía no era satisfacción.

Lo que sentía era una decepción tan profunda que me dolía en los dientes. Porque Sigurd Hakkonsson no era un monstruo. Era un hombre. Un hombre con nariz rota y muñecas encadenadas y ojos que no contenían nada, y la venganza que había imaginado --- grandiosa, definitiva, la venganza que iba a llenar el agujero que Skálholt había dejado--- no existía, porque ningún sufrimiento que pudiera infligirle iba a devolverme a Arn, ni a mi madre, ni las noches que había perdido, ni los dos años que había pasado siendo nadie.

Sigurd me miró esperando una reacción. Rabia, quizá. Lágrimas. Un discurso. Las cosas que los supervivientes le dicen a sus verdugos cuando por fin están frente a frente.

Le di la espalda.

Subí las escaleras. Eirik me siguió. En la longhouse, con la puerta del sótano cerrada y el hombre de abajo devuelto a su oscuridad, me miró con una pregunta que no hizo.

---No es lo que esperaba ---dije.

---¿Qué esperabas?

---Que tuviera algo. Dentro. Algo que justificara lo que hizo. Rabia, ambición, crueldad, lo que fuera. ---Me temblaban las manos. No de cansancio. De algo que no tenía nombre y que pesaba más que el cansancio---. Pero no hay nada. Lo miras a los ojos y no hay nada.

Eirik asintió. Lento. Como alguien que reconoce una verdad que ya sabía.

---Mi padre me lo dijo una vez. Antes del veneno. Me dijo que había hombres que hacían el mal porque sufrían, y hombres que hacían el mal porque querían, y hombres que hacían el mal porque no les importaba. Y que los últimos eran los peores porque no podías razonar con ellos ni negociar con ellos ni cambiarlos. Solo podías pararlos.

---¿Y qué hacemos con él?

---El Thing. Los jarls decidirán. Es lo justo. Skálholt no fue solo mi pérdida. Ragnvald no fue solo la tuya. Sigurd le hizo daño a toda la costa. Toda la costa decide.

Me puso la mano en la espalda. La palma abierta entre los omóplatos, cálida a través de la túnica, con la presión exacta que

necesitaba: presente pero no invasiva. La presión de alguien que está ahí pero que no intenta arreglar nada porque hay cosas que no se arreglan, que solo se acompañan.

Me metí la mano en el bolsillo. Saqué la ficha de cuervo.

Se la puse en la mano.

---Devúelta ---dije.

Bajó la mirada. La ficha de hueso en su palma grande, manchada de sangre. La ficha de su madre. La que me había dado la noche anterior con la excusa de un préstamo que era una declaración.

Cerró los dedos alrededor. Me miró.

---No he terminado de prestártela ---dijo. Y me la devolvió. Me abrió la mano, me la puso dentro, me cerró los dedos alrededor con los suyos---. Hasta que acabe todo. Hasta después del Thing. Hasta que sepa que estás segura. Entonces me la devuelves.

Apreté la ficha. El hueso caliente de su mano. El calor de todo lo que significaba.

Fuera, la noche se cerraba sobre Hrafnheim con el peso de las noches que vienen después de las batallas: exhaustas, silenciosas, llenas de un cansancio que no es solo del cuerpo sino del alma, de la parte de ti que ha visto lo peor que los humanos pueden hacerse y que necesita dormir para poder empezar a olvidar.

No fui a la cama. Volví a la cabaña. Revisé a cada uno de los heridos. Les cambié los vendajes. Les tomé el pulso. Les miré las pupilas. Dalla se quedó conmigo, en silencio, pasándome los instrumentos cuando los necesitaba.

A medianoche fui a la longhouse. Abrí la puerta del cuarto de los niños. Veintidós niños dormidos en un amasijo de pieles y extremidades y respiraciones suaves. Bjarki tenía el pulgar en la

boca. Yrsa estaba hecha un ovillo con las rodillas contra el pecho. Torfi dormía boca arriba con los brazos abiertos en cruz y una expresión de paz que no le había visto despierto.

Me senté en el suelo junto a la puerta. Apoyé la espalda contra la pared. Escuché las respiraciones. Veintidós respiraciones. Veintidós vidas que Kveld había muerto defendiendo y que seguían aquí, dormidas, respirando, sin saber lo que había costado que despertaran mañana en un mundo donde todavía existían.

Y ahí, en el suelo, con la espalda contra la pared y el sonido de veintidós respiraciones y la ficha de cuervo apretada en la mano y el olor a sangre todavía en mis brazos, lloré.

Lloré en silencio, para no despertarlos. Lloré con la boca cerrada y los hombros sacudiéndose y las lágrimas cayendo sobre las manos sucias de sangre ajena. Lloré por Kveld y por los cuatro que se me habían muerto en la mesa y por el muchacho de Ketil que tenía diecisiete años y por mi madre y por Arn y por los dos años que había pasado sin llorar porque llorar era un lujo que una fugitiva no podía permitirse y que ahora, por fin, podía.

Porque habíamos ganado. Y ganar significaba que podía llorar. Y llorar significaba que estaba viva. Y estar viva significaba que había un mañana. Y en ese mañana había veintidós niños, y un jardín, y una lira, y un hombre con una ficha de cuervo que no dejaba de prestármela porque prestársela significaba que no habíamos terminado.

Lloré hasta que no quedó nada. Después me limpé la cara con la manga. Me levanté. Volví a la cabaña.

Había heridos que revisar.

Capítulo 21

El juicio

Quemamos a los muertos al atardecer del segundo día.

Diecisiete piras en la playa, alineadas frente al mar, con la leña seca del invierno y la grasa de foca que las haría arder rápido. Diecisiete cuerpos envueltos en pieles con las armas a los costados y una moneda en la boca. Diecisiete nombres que pronuncié uno a uno, de pie frente al fuego que aún no estaba encendido, con la voz del jarl que dice los nombres de sus muertos sin que se le quiebre porque quiebrarse es un lujo que los jarls se permiten después, en la oscuridad, cuando nadie los mira.

Kveld era el último de la fila.

Lo había vestido con su mejor túnica. Signe le había trenzado el pelo ---ella, que no le había trenzado el pelo a su propio hermano en vida, se lo trenzaba ahora en muerte con la concentración furiosa de alguien que necesita hacer algo con las manos o destruir algo con ellas---. Le habíamos puesto la espada en la mano derecha y el escudo en la izquierda y el broche del clan en la túnica, el broche con el cuervo, mi cuervo, el símbolo de Hrafnheim que Kveld había llevado durante veinte años sin que nadie se lo pidiera porque no hacía falta pedírselo.

Encendí la primera antorcha. El fuego prendió con la voracidad de las cosas que llevan tiempo esperando. La grasa chisporroteó. La madera crujió. Y la pira de Kveld ardió junto a las otras dieciséis mientras el sol bajaba detrás del fiordo y el cielo se teñía de naranja

y de rojo y de un violeta oscuro que parecía un moratón en la piel del mundo.

El clan entero estaba en la playa. Guerreros, mujeres, niños. Los jarls aliados con sus hombres detrás. Nadie hablaba. El único sonido era el fuego: el rugido bajo de diecisiete hogueras devorando lo que quedaba de diecisiete hombres que tres días antes habían estado vivos y que ahora eran humo que subía recto en el aire quieto de marzo, sin viento, como si el cielo estuviera conteniendo la respiración.

Sólveig estaba a mi lado. No me tocaba. Estaba ahí. A la distancia exacta donde podía sentir el calor de su brazo sin que nos rozáramos, la distancia que ella elegía cuando sabía que lo que yo necesitaba no era contacto sino compañía, la presencia de alguien que no iba a intentar hacerlo mejor con palabras porque no se podía hacer mejor, solo se podía estar ahí y arder con el que arde.

Las piras se consumieron despacio. El fuego tarda más de lo que uno espera en deshacerse de un cuerpo humano: no los minutos de las sagas sino horas, horas de calor y humo y el olor dulce y denso que se me había metido en la nariz el día que quemamos a mi padre y que ahora volvía con la familiaridad obscena de las cosas que no quieres reconocer.

Cuando las llamas bajaron y las brasas se asentaron y los huesos blancos empezaron a asomar entre la ceniza, hice algo que no había planeado.

Fui a mi cuarto. Saqué la lira de debajo de la cama. Volví a la playa.

Nadie habló cuando me vieron con ella. Bjǫrn, que estaba sentado en una roca con el brazo en cabestrillo y Leif a su lado, me

miró con una expresión que no le había visto nunca: algo abierto, algo blando, algo que en un hombre más pequeño habría sido vulnerabilidad y que en Bjǫrn era otra cosa, algo que tenía que ver con el alivio de quien ve a alguien hacer por fin lo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

Signe me miró con los ojos brillantes. Signe sabía lo que era la lira. Signe recordaba a nuestra madre tocándola junto al fuego, y el sonido de esa memoria le estaba subiendo por la cara con la fuerza de las cosas que llevan años enterradas y que salen a la superficie cuando alguien las desentierra.

Me senté en la arena. Frente a las brasas. Con la lira en el regazo y las manos sobre las cuerdas y diecisiete espirales de humo subiendo al cielo como preguntas sin respuesta.

Toqué.

No la de la ballena. No la canción de mi madre, la que había tocado para Sólveig la noche de la lira, la que pertenecía a la intimidad de un cuarto pequeño y la voz quebrada y el pelo de ella cayéndole sobre la cara mientras lloraba. Esa era nuestra. No era para aquí.

Toqué la otra. La que mi madre llamaba *la de los que se van*. Una melodía lenta, grave, construida sobre tres notas que se repitían como olas contra una playa: la primera subía, la segunda bajaba, la tercera se sostenía en el aire el tiempo justo para que el silencio doliera antes de que la primera volviera a subir. No tenía letra. Mi madre decía que las canciones para los muertos no necesitaban palabras porque los muertos ya no las entienden: entienden el sonido, entienden la vibración, entienden que alguien se sienta junto

a su fuego y les ofrece lo único que los vivos pueden darles, que es música, que es memoria, que es el acto de no olvidar.

Las cuerdas vibraban bajo mis dedos con la resonancia cálida de la madera vieja, la madera que mi madre había tocado mil veces y que conservaba en sus fibras algo de ella, algo que no era científico ni racional pero que yo sentía cada vez que las yemas encontraban las cuerdas: la presencia de una mujer que se había ido pero que había dejado su música atrás como se dejan las instrucciones para los que siguen.

Toqué para Kveld. Para el herrero. Para el joven de Ketil cuyo nombre había aprendido: se llamaba Orm, tenía dieciocho años y no diecisiete, y su madre había llegado esa mañana desde la granja donde vivía y había gritado un grito que aún me resonaba en la cabeza como una campana rota. Toqué para los catorce restantes cuyos nombres ya sabía de memoria porque los había repetido toda la noche, uno por uno, como una letanía, como una deuda, como la lista de cosas que un jarl se lleva dentro y que nadie más ve.

Cuando terminé, el silencio duró lo que dura un latido de más. Después alguien lloró. Después alguien más. Después el llanto se extendió por la playa como una marea baja que toca todas las orillas, y los guerreros lloraron y las mujeres lloraron y Bjǫrn apoyó la cabeza en el hombro de Leif y cerró los ojos y Leif le puso la mano en la nuca y se quedó ahí, sosteniendo a un hombre que pesaba el doble que él con una mano que no pesaba nada.

Sólveig se sentó a mi lado en la arena. Me puso la mano en la rodilla. No dijo nada. No hacía falta. La música ya había dicho todo lo que había que decir, y lo que quedaba era esto: dos personas sentadas frente a las brasas de sus muertos, juntas, vivas, con la lira

entre ellas como un puente entre lo que habían perdido y lo que les quedaba.

Guardé la lira. No debajo de la cama. En la repisa de la longhouse, junto al fuego, donde mi madre la había tenido antes de irse. Donde cualquiera podía verla. Donde cualquiera podía pedirme que tocara.

Sólveig me había dicho que la sacara. Que la hiciera sonar. Que mi madre la había hecho para que sonara, no para guardarla debajo de una cama. Tenía razón. Sólveig Haraldsdóttir tenía razón en casi todo, lo cual era irritante y necesario y la cosa más reconfortante del mundo.

El Thing se reunió cinco días después del funeral.

Siete jarls. Los mismos siete que habían votado la alianza en invierno, más tres que se habían unido después de la batalla: oportunistas, sí, pero oportunistas con guerreros y voto, y los diez juntos representaban la costa entera del norte. Diez jarls sentados en la longhouse de Hrafnheim con los brazos cruzados y las caras serias y la expectación específica de los hombres que van a decidir la vida de otro hombre y que quieren hacerlo bien.

Halfdan presidía. No porque fuera el más poderoso sino porque era el más viejo, y en el Thing la edad confería autoridad que el acero no podía comprar. Se sentó en la silla alta con la espalda recta y los ojos que habían visto seis décadas de política y guerra y que evaluaban todo ---los gestos, las pausas, lo que se decía y lo que no--- con la paciencia del hombre que sabe que la verdad no se encuentra en las declaraciones sino en los silencios que las rodean.

Trajeron a Sigurd.

Lo subieron del sótano encadenado. Cinco días de encierro no le habían cambiado la expresión: los ojos de hielo seguían sin contener nada, la postura seguía siendo la de alguien que evalúa una situación en vez de sufrirla, y cuando entró en la longhouse y vio a los diez jarls sentados en semicírculo esperándolo, lo único que se movió en su cara fue un músculo junto a la mandíbula: un tic, pequeño, involuntario, el único indicio de que debajo de la nada había algo que calculaba.

Lo sentaron en el centro. De cara a Halfdan. De espaldas a la puerta. Encadenado a la silla.

Halfdan lo miró con la calma geológica de las cosas que llevan mucho tiempo formándose.

---Sigurd Hakkonsson. Jarl de Vestfold. Se te acusa de envenenar a Ragnvald Eiriksson, jarl de Hrafnheim. De destruir el clan de Skálholt y matar a su jarl, Harald Arnsson, y a su familia. De intentar envenenar a Eirik Ragnvaldsson mediante un agente pagado. De atacar Hrafnheim con fuerza armada violando la paz del Thing. ---Pausa---. ¿Tienes algo que decir?

Sigurd lo miró. Miró a los diez jarls. Miró los guerreros armados en los laterales. Me miró a mí, sentado al final del semicírculo con la mano izquierda vendada y la derecha sobre la mesa.

---Tengo derecho a defenderme ---dijo. Voz plana. Sin acento. La voz de un hombre que habla en un juicio como habla en una cena: con la misma modulación, sin rastro de la gravedad que la situación exigiría---. Pero primero quiero ver las pruebas.

Las pruebas.

Me levanté. Fui a la mesa lateral donde habíamos dispuesto lo que Sólveig llamaba *el caso*: los frascos sellados con cera ---

muestras del pozo de Hrafnheim, del vino del asesino, del arsénico original---, las virutas de cobre, el vinagre, un caldero pequeño, y los documentos que Thyra había preparado con los testimonios de los supervivientes de Skálholt.

Sólveig se levantó de su asiento.

Caminó hasta el centro de la longhouse. Se puso entre Sigurd y Halfdan, de cara a los jarls, y por un momento la vi como la había visto el día del primer Thing: el vestido verde, el broche de plata de mi madre, las llaves en el cinturón, las trenzas. Pero había una diferencia. La última vez había entrado tensa, con la mandíbula apretada y los hombros altos y la postura de alguien que se prepara para que la ataquen. Esta vez entró suelta. Los hombros relajados, la barbilla a nivel, las manos quietas a los costados. La postura de alguien que no necesita prepararse para nada porque ya ha sobrevivido a lo peor y lo peor está sentado detrás de ella encadenado a una silla.

---Mi nombre es Sólveig Haraldsdóttir ---dijo. La voz le salió clara, firme, con la cadencia de quien ha ensayado pero no suena ensayada sino necesaria---. Hija de Harald, jarl de Skálholt. Hermana de Arn. Sanadora. La última de mi linaje. Y voy a contaros lo que hizo este hombre.

Contó.

No lo contó como lo había contado la primera vez, en mi cama, con la voz clínica y las manos quietas y la distancia profesional que usaba para no romperse. Esta vez lo contó diferente. Esta vez lo contó como quien presenta un caso médico ante colegas: con evidencia, con lógica, con la estructura de un argumento construido

para que cada pieza encajara con la siguiente hasta que el cuadro completo fuera imposible de negar.

Empezó por Skálholt. Las velas negras al amanecer. Los guerreros en la playa. Lo que hicieron. Lo contó sin adorno, sin emoción visible, con la voz de alguien que describe síntomas: *los guerreros entraron por el este, quemaron las casas del perímetro primero para cortar las vías de escape, mataron a los hombres que no se rindieron, capturaron a los que sí*. No dijo *mi hermano*. Dijo *Arn Haraldsson, dieciséis años, flecha en el espacio intercostal entre la tercera y la cuarta costilla, muerte en tres minutos por hemotórax*. No dijo *mi madre*. Dijo *Sigrid Halvarsdóttir, sanadora del clan, causa de muerte no confirmada*.

Los jarls la escuchaban sin moverse. Algunos habían apartado la mirada cuando nombró a Arn. Ragnar Thorvaldsson ---el que había propuesto casarla con su hijo--- tenía las manos en la mesa con los nudillos blancos. Halfdan no había parpadeado.

Después, el veneno. Sólveig fue a la mesa de las pruebas. Hizo la demostración: el cobre, el vinagre, el calor, el cambio de color. Lo hizo tres veces. Con el agua del pozo de Hrafnheim: verde. Con el vino del barril del asesino: verde. Con una muestra de agua limpia como control: sin cambio. Explicó la química con la precisión de quien la entiende y la paciencia de quien sabe que su audiencia no la entiende pero necesita creerla.

---El arsénico es la firma de Sigurd Hakkonsson ---dijo, de pie frente a los diez jarls con el frasco de cobre verde en la mano y la luz de la longhouse dándole en la cara con la claridad de las cosas que no admiten sombra---. Lo usó contra Ragnvald. Lo usó contra Hrafnheim. Envió un asesino con un barril de vino envenenado para

repetir lo mismo. Es el mismo compuesto, el mismo método, la misma estrategia: matar por dentro, a través de la hospitalidad, a través de la confianza, a través de la mesa. ---Bajó el frasco. Miró a Sigurd por primera vez desde que había empezado a hablar---. No es un guerrero. Es un envenenador. Y un envenenador no merece juicio de guerrero.

El silencio que siguió tuvo peso. Se podía notar en los hombros de los jarls, en la forma en que el aire de la longhouse se espesaba con la tensión de diez hombres procesando lo que acababan de ver y oír, y en el centro de ese silencio, Sigurd Hakkonsson encadenado a la silla con esos ojos pálidos puestos en Sólveig y la primera expresión real que le había visto en la cara desde que lo capturamos.

No era miedo. No era rabia. Era interés. Interés genuino, casi académico, como un hombre que examina un arma nueva y reconoce su calidad.

---Impresionante ---dijo. La misma palabra que le había dicho en el sótano. Dirigida a Sólveig, no a los jarls, como si los jarls fueran irrelevantes y la única persona en la sala que merecía su atención fuera la mujer que lo había vencido---. Tu madre te enseñó bien.

Sólveig no le respondió. Se giró hacia Halfdan. Le hizo una reverencia mínima. Volvió a su asiento.

Halfdan dejó pasar tres respiraciones. Después miró a Sigurd.

---¿Tu defensa?

Sigurd miró a los diez jarls. Uno por uno. Con la lentitud de alguien que lee un mapa antes de decidir qué ruta tomar. Lo vi calcular. Lo vi evaluar las expresiones, las posturas, las alianzas, los

puntos débiles. Lo vi buscar una fisura en el muro de diez hombres sentados frente a él y no encontrarla.

---Mi defensa es la realidad ---dijo. Con la calma de siempre. Con la voz que no era voz sino herramienta---. Skálholt era un clan débil que no podía defender sus tierras. Lo tomé. Es lo que hacemos. Es lo que hemos hecho durante generaciones. Es lo que hará cualquiera de vosotros cuando le convenga. El veneno es un método. El hacha es otro. Ambos matan. La única diferencia es que el hacha os parece honorable y el veneno no, y esa distinción es estética, no moral.

Silencio. Un tipo de silencio distinto al anterior: no el silencio del impacto sino el de la repulsión, el silencio de hombres que escuchan algo que reconocen como parcialmente cierto y que les da asco precisamente por eso.

Halfdan no reaccionó. Miró a los jarls.

---Votación.

Uno a uno. Diez jarls. Diez votos.

Ragnar Thorvaldsson fue el primero: muerte. Lo dijo con la mandíbula apretada y los nudillos todavía blancos. Ketil: muerte. Asmund, el de los guerreros silenciosos: muerte, dicho en voz tan baja que casi no se oyó. Los tres jarls nuevos, los oportunistas: muerte los tres, con la prisa de quien quiere dejar claro de qué lado está.

Los cuatro restantes: muerte.

Diez de diez.

Halfdan asintió. Se volvió hacia Sigurd. Y por primera vez en todo el proceso, la voz del viejo jarl perdió la neutralidad y dejó asomar algo que había debajo: no satisfacción ni triunfo sino cansancio, el

cansancio de un hombre de sesenta años que ha visto demasiados Sigurds y que sabía que habría más.

---Sigurd Hakkonsson, el Thing te condena a muerte. Mañana al amanecer. Sin pira. Sin armas. Sin moneda. ---Cada frase era una puerta que se cerraba---. No irás al Valhalla. Irás al olvido. Y el olvido es lo que mereces, porque lo que le haces a la memoria de los demás es exactamente lo que la memoria va a hacerte a ti: borrarte.

Sigurd no reaccionó. Los ojos de hielo se quedaron fijos en Halfdan sin pestañear, sin cambiar, sin que nada se moviera en la superficie de esa cara que parecía una máscara tallada en hueso.

Se lo llevaron. Las cadenas tintinearon por las escaleras del sótano con el sonido de algo que baja y que no va a volver a subir.

La longhouse exhaló. Diez jarls soltaron el aire que llevaban conteniendo. Ragnar se levantó y salió a la noche sin decir nada. Ketil pidió cerveza. Asmund siguió sentado, callado, con las manos en la mesa y la mirada en el sitio donde había estado Sigurd como si la silla todavía contuviera algo que necesitaba vigilar.

Sólveig estaba en su asiento. Quieta. Con las manos en el regazo y los ojos abiertos y la expresión de alguien que acaba de terminar una cirugía de catorce horas y no sabe qué hacer con las manos ahora que han dejado de moverse.

Me acerqué. Me senté a su lado. Le toqué el hombro.

---Terminó.

Me miró. Los ojos verdes de lobo, agotados, vaciados, con el fondo de algo que no era alivio ni satisfacción ni nada que esperara encontrar. Era perplejidad. La perplejidad de alguien que ha perseguido una cosa durante dos años y que ahora que la tiene no

sabe qué forma tiene, no sabe dónde ponerla, no sabe si es lo que creía que era.

---No se siente como imaginaba ---dijo. En voz baja. Solo para mí.

---¿Qué imaginabas?

---Que lo sentiría. Que cuando lo condenaran sentiría algo grande. Cierre. Final. Lo que se supone que sientes cuando la persona que te destruyó la vida recibe lo que merece. ---Pausa. La comisura le tembló y se estabilizó---. Pero no siento nada grande. Siento\... cansancio. Y hambre. Y ganas de ver a Yrsa. ---Otra pausa, más larga---. Y ganas de que toques la lira otra vez.

La garganta se me cerró con algo que no era tristeza ni alegría sino la aleación de las dos que solo existe en los momentos donde las cosas terminan y empiezan al mismo tiempo.

---Ven ---dije---. Vamos a buscar a Yrsa. Después toco la lira.

Se levantó. Me cogió la mano. Salimos de la longhouse a la noche de marzo que olía a humo de las piras y a sal del fiordo y a la tierra húmeda del deshielo, y el aire frío nos golpeó la cara con la limpieza de las cosas que lavan, y Sólveig respiró hondo ---la primera respiración honda que le oía en días, la primera que no era el protocolo de cuatro-seis sino una respiración real, entera, de alguien que por fin tiene espacio en los pulmones para algo que no sea supervivencia---.

Fuimos a la longhouse donde dormían los niños. Yrsa estaba despierta. Estaba sentada en la cama con los ojos enormes puestos en la puerta como si llevara horas esperando que alguien específico apareciera, y cuando nos vio entrar a los dos ---a los dos juntos, de la mano, con la cara cansada y los ojos encendidos de lo que acaba

de pasar--- no corrió ni gritó ni hizo nada de lo que hacen los niños normales. Se bajó de la cama. Caminó hasta Sólveig. Le agarró las piernas.

Sólveig la levantó. La niña le rodeó el cuello con los brazos y hundió la cara en su hombro y no dijo nada, no hizo nada, solo se quedó ahí, pegada, con la fuerza de un animal pequeño que ha encontrado el sitio donde se siente seguro y que no piensa soltarse.

Sólveig cerró los ojos. Le puso la mano en la cabeza. La meció. Un movimiento leve, instintivo, el movimiento de las mujeres que sostienen niños y que no necesitan que nadie les enseñe cómo hacerlo porque el cuerpo ya lo sabe, porque hay gestos que son anteriores a todo y que salen solos cuando alguien los necesita.

Bjarki apareció detrás. Medio dormido, con el pelo de punta y el morral de cuero colgando del hombro y los ojos pegados todavía de sueño. Me miró.

---¿Se han ido los malos?

---Sí ---dije---. Se han ido los malos.

Asintió. Satisfecho. Como si la derrota de un ejército de trescientos veinte hombres fuera un resultado esperable que no requería más comentario. Después me miró otra vez.

---¿Puedes tocar la de la ballena?

Sólveig se rió. Con Yrsa en los brazos y los ojos cerrados y la risa saliéndole de un sitio que no era el estómago sino más abajo, más adentro, del sitio donde se guardan las cosas que sobreviven a todo: a las velas negras, a los dos años de huida, a las noches sin nombre, a la batalla, al juicio, a la decepción de la venganza y a la sorpresa de descubrir que lo que hay después de la venganza no es vacío sino esto. Un niño que pide una canción. Una niña que no suelta tu

cuello. Un hombre que te mira como si fueras la respuesta a una pregunta que lleva dieciséis años haciéndose.

Fui a buscar la lira.

Toqué la de la ballena para Bjarki, que se durmió antes de la segunda estrofa con la cabeza en el regazo de Sólveig y el pulgar en la boca y una sonrisa que no se le fue ni dormido. Toqué para Yrsa, que no se durmió sino que me miró con esos ojos enormes desde el hombro de Sólveig, mirándome las manos en las cuerdas con la concentración de alguien que está memorizando algo que no quiere olvidar. Toqué para Torfi, que había llegado arrastrándose desde su cama y que se había sentado junto a mis pies sin hacer ruido, con las rodillas contra el pecho y los ojos cerrados y el cuerpo meciendoése levemente con la música, y cuando terminé abrió los ojos y me miró y dijo, con la voz ronca de la puerta que se abre después de mucho tiempo cerrada:

---Otra.

Toqué otra. Y otra. Y otra más. Toqué hasta que se durmieron todos y la longhouse estaba llena de respiraciones suaves y de la reverberación de las cuerdas que seguía vibrando en la madera después de que mis dedos pararan, como un eco que no quiere irse.

Sólveig me miraba. Con Yrsa dormida en los brazos y Bjarki dormido en su regazo y el pelo suelto que se le había escapado de las trenzas durante el día cayéndole sobre la cara como siempre, como la primera noche, como todas las noches, y lo que vi en sus ojos fue algo que no había visto antes.

Paz.

No la paz de la ausencia de conflicto. La paz de alguien que ha llegado al final de algo y que por primera vez en dos años no

necesita mirar por encima del hombro para comprobar que nadie la persigue. La paz de la mujer que ha dejado de huir porque ha encontrado el sitio donde quedarse.

Y mirándola, con la lira de mi madre en las manos y los niños dormidos alrededor y el humo de las piras todavía flotando en el aire de la noche como una despedida que ya ha terminado, supe lo que iba a hacer.

No después. No cuando fuera el momento adecuado. No cuando la guerra terminara, porque la guerra había terminado. No cuando el tablero estuviera despejado, porque el tablero estaba despejado. Ahora. Mañana. Antes de que otro día pasara sin que la palabra que me quemaba la garganta desde hacía meses encontrara la salida.

Bjǫrn tenía razón.

Iba a pedírselo.

Capítulo 22

La pregunta

No fui a la ejecución.

Halfdan la había programado al amanecer, en la playa, donde la arena todavía estaba oscura de la sangre que no había terminado de lavarse. Me lo contó Signe: Sigurd no habló, no suplicó, no cerró los ojos. Miró el hacha de Halfdan con los ojos de hielo abiertos y vacíos hasta el último segundo, y cuando cayó, el sonido que hizo la arena al absorber la sangre fue el mismo que hace siempre: húmedo, breve, indiferente.

Sin pira. Sin armas. Sin moneda. Lo enterraron en la arena de la playa, sin marca, en el punto donde la marea alta borra las huellas dos veces al día. En un mes nadie sabría dónde estaba. En un año nadie lo buscaría. El olvido que Halfdan le había prometido, cumplido con la precisión de las cosas lentas e imparables.

Yo estaba en la cabaña cuando pasó. Revisando a los heridos. Cambiando vendajes. Haciendo lo que sabía hacer, lo único que sabía hacer cuando no sabía qué sentir: trabajar. Las manos en la gasa, los ojos en la herida, la mente ocupada en dosis y rotaciones y el color de la piel alrededor de las suturas. Rutina. La rutina como refugio contra la emoción que debería estar sintiendo y que no llegaba.

Signe vino a contármelo después. Se sentó en el banco de la cabaña, se quitó las botas manchadas de arena, y me miró con la

cara de alguien que ha visto morir a un hombre y que necesita decirlo en voz alta para que deje de ocupar espacio.

---Se acabó ---dijo.

Dos palabras. Las miré. Las di vuelta en la cabeza. Las examiné como examinaba las muestras de arsénico: buscando la reacción, esperando el cambio de color, el indicador de que algo estaba pasando por dentro.

No cambió nada.

El hombre que había quemado Skálholt, matado a mi familia, envenenado al padre de Eirik, enviado un asesino con un barril de vino, navegado con quince drakkars para destruir todo lo que yo había construido ---ese hombre estaba muerto, enterrado en arena mojada sin nombre ni marca, y lo que yo sentía era lo mismo que había sentido la noche del juicio: cansancio. Un cansancio específico, profundo, que no era del cuerpo sino de una parte de mí que llevaba dos años funcionando a base de miedo y que ahora, sin miedo, no sabía qué hacer consigo misma.

La venganza como motor se había apagado. Y el silencio que dejó era enorme.

---¿Estás bien? ---preguntó Signe.

---No lo sé ---dije. Honest. Quizá la primera vez en meses que respondía a esa pregunta sin mentir---. No sé qué se supone que debo sentir.

Signe me miró con la expresión que ponía cuando iba a decir algo que yo necesitaba oír y no quería.

---No se supone que debas sentir nada, Sólveig. Se supone que debes vivir. Que es lo que llevas dos años sin hacer.

Le miré las botas manchadas de arena. La arena donde estaba enterrado Sigurd. La arena que la marea iba a lavar esa noche y la siguiente y la siguiente hasta que no quedara ni el recuerdo de su nombre, y pensé que Signe tenía razón, como siempre, como Signe siempre tenía razón con la brutalidad amable de la gente que te quiere demasiado para mentirte.

Vivir. No sobrevivir: vivir. La diferencia entre las dos palabras era la distancia entre correr y caminar, entre vigilar y mirar, entre tragar comida para no morir y sentarse a una mesa y saborearla. Llevaba dos años sobreviviendo. Era buena en eso. Era la mejor. Podía sobrevivir con los ojos cerrados y las manos atadas y un cuchillo de hueso como único recurso.

Vivir era otra cosa. Vivir era el jardín. La lira. Los dedos de Yrsa. La risa de Torfi. El peso de Eirik dormido a mi lado en una cama estrecha que crujía cuando nos movíamos. Vivir era lo que todavía no sabía hacer porque nadie te enseña a vivir después de sobrevivir; te dejan ahí, en la orilla, empapada, temblando, viva, y esperan que descubras sola qué hacer con lo que queda.

Me lavé las manos. Guardé los instrumentos. Salí de la cabaña.

El día era azul. Azul de una forma que dolía mirarlo: el cielo limpio después de semanas de gris, el fiordo reflejando la luz como una lámina de acero pulido, y el aire con el olor del deshielo, un olor a tierra despertándose y a hierba nueva y a lo que mi madre llamaba *el olor de abril*, que no era un olor concreto sino la ausencia de todos los olores del invierno.

Caminé por el clan. El clan después de la batalla era un organismo que se recomponía: los hombres reparaban la empalizada dañada, las mujeres lavaban vendajes sangrientos en el río, los

niños jugaban entre los restos de los drakkars encallados que todavía no habían retirado de la playa. Bjarki tenía un trozo de madera de casco que usaba como espada. Yrsa estaba sentada en la proa de un drakkar medio hundido como una reina pequeña en un trono destrozado. Torfi los miraba desde la orilla con la expresión de quien quiere unirse pero no sabe cómo.

Los miré. El pecho se me abrió con algo que no era dolor ni alegría sino la cosa rara que hay entre las dos, la cosa que aparece cuando ves algo frágil que ha sobrevivido a lo que no debería haber sobrevivido y que ahora juega en los restos de su propia destrucción con la despreocupación magnífica de los niños que no saben lo cerca que estuvieron.

Bjǫrn estaba sentado en el muro del patio de armas, con el brazo en cabestrillo y el sol dándole en la cara. Leif a su lado, pelando una manzana con el cuchillo, pasándole los trozos sin mirarlo, con la naturalidad de un gesto que llevaba años siendo automático.

---Sanadora ---dijo Bjǫrn cuando pasé---. Si Eirik te busca, dile que estoy donde siempre.

---¿Por qué iba a buscarme Eirik?

Bjǫrn me miró con la expresión que reservaba para las preguntas cuya respuesta era demasiado obvia para merecer respuesta. Leif se rió sin levantar la vista de la manzana. Un sonido corto, suave, el sonido de alguien que sabe algo y que lo disfruta.

No entendí. Lo entendí después.

Volví a la cabaña. Revisé a los heridos otra vez porque era lo que hacía cuando no sabía qué hacer. Los cinco dudosos se habían estabilizado durante la noche: los vendajes limpios, la piel rosada alrededor de las suturas, las pupilas reactivas. Los veintinueve que

iban a sobrevivir estaban sobreviviendo, algunos ya sentados, algunos comiendo, uno incluso de pie con la ayuda de un bastón improvisado que Dalla le había tallado.

Treinta y cuatro de treinta y ocho. Diez muertos en total contando los cuatro de la mesa y los seis que habían muerto durante la noche.

No. Veintiocho de treinta y ocho. Los números no me salían. Las manos me temblaban. Los números no me salían porque estaba contando mal y estaba contando mal porque no estaba concentrada y no estaba concentrada porque algo estaba pasando por debajo de los números, algo que no tenía que ver con los heridos sino conmigo, algo que se parecía al vértigo del borde del acantilado: la sensación de que el suelo firme se ha terminado y lo que viene después es caída libre o vuelo, y no puedes saber cuál de los dos hasta que saltas.

Me senté en la mesa. Puse las manos planas sobre la madera. Respiré.

No era miedo. Ya no. Era la otra cosa. La cosa que ocupa el espacio del miedo cuando el miedo se va: posibilidad. La posibilidad aterradora, inmensa, insoportable de que esto ---la cabaña, las llaves, el clan, los niños, él--- fuera real. No temporal. No prestado. No condicionado a la supervivencia de una amenaza que ya no existía. Real. Permanente. Mo.

Mío.

La puerta se abrió.

Eirik. Con el pelo suelto y limpio ---se lo había lavado; era la primera vez que lo veía con el pelo recién lavado desde antes de la batalla, y el efecto era desproporcionado: parecía más joven, más él,

sin la costra de sangre y polvo que llevaba días pegada--- y la túnica buena, la que usaba para el Thing, la oscura con bordados en el cuello que le daban un aspecto de jarl de saga en vez de jarl de barro y sudor. El vendaje del antebrazo asomaba por debajo de la manga. La sien tenía el parche de los tres puntos de mariposa que yo le había puesto.

Me miró desde la puerta. Una mirada larga, quieta, con algo dentro que no le había visto antes y que tardé tres segundos en identificar: nervios. Eirik Ragnvaldsson, El Cuervo, jarl de Hrafnheim, el hombre que había peleado contra Sigurd sin parpadear, estaba nervioso.

El corazón me dio un golpe contra las costillas.

---Ven conmigo ---dijo.

---Tengo heridos.

---Dalla se encarga. Una hora. ---Pausa. La mandíbula le trabajó. Tragó---. Por favor.

Eirik no decía *por favor*. Eirik daba órdenes, hacía peticiones, ofrecía opciones. Pero *por favor* era una palabra que no le cabía en la boca porque implicaba la posibilidad de un *no*, y Eirik no pedía cosas que pudieran recibir un no. Excepto ahora. Excepto con las manos a los costados y los nervios en los ojos y el pelo limpio y la túnica buena y esa palabra ---*por favor*--- colgando entre los dos como una puerta que acababa de abrirse.

Me levanté.

Salimos de la cabaña. No me cogió la mano. Caminaba medio paso por delante, con la espalda recta y los hombros altos y la tensión de un arco que no sabe cuándo va a dispararse. Subíamos. Me estaba llevando por el sendero de la colina que había detrás de

la cabaña, el sendero que subía hacia la ladera sur donde la nieve ya se había derretido y la hierba nueva asomaba entre las piedras con la timidez de las cosas que vuelven después de mucho tiempo escondidas.

Subíamos y yo no preguntaba porque sabía, de la misma forma que sabía qué dosis de valeriana calmaba un espasmo y qué ángulo de sutura cerraba mejor una herida: sabía adónde me llevaba y sabía por qué y sabía qué iba a pasar cuando llegáramos, y el corazón me latía con la fuerza de algo que quiere salirse del pecho no de miedo sino de la anticipación más grande que había sentido en mi vida, más grande que el miedo a Sigurd, más grande que la noche de la lira, más grande que todo porque esto no era supervivencia, esto era lo otro, esto era vivir.

Llegamos a la cima de la ladera.

El fiordo se extendía debajo. Azul, brillante, con los restos de hielo fundidos flotando en la superficie como trozos de un espejo roto. La boca del fiordo abierta al mar. Las montañas al fondo, todavía nevadas en las cumbres, verdes en las laderas bajas. El clan abajo, pequeño desde aquí: las casas, la longhouse, la cabaña, el humo de las cocinas subiendo recto en el aire quieto. Y a nuestros pies, la parcela de tierra inclinada donde la nieve se había ido antes que en cualquier otro sitio porque la ladera sur recibía más sol, y la hierba nueva tenía un verde tierno, fetal, el verde de las cosas que acaban de nacer.

La parcela del jardín.

La que yo le había pedido una noche de enero, después del sexo, con la guardia baja y la voz soñolienta: *un jardín de hierbas*

medicinales, con salvia y valeriana y menta y equinácea, y un trozo para Bjarki donde plante lo que quiera, aunque plante piedras.

Se detuvo. Se giró hacia mí.

Y vi lo que había traído.

La lira. Colgada de la espalda con una correa de cuero que yo no conocía, una correa nueva, hecha para cargarla así, para llevarla fuera. La descolgó. La sostuvo frente a él con las dos manos, y los nervios le vibraban en los dedos y en la mandíbula y en la forma en que me miraba: como un hombre al borde de algo que no puede controlar y que ha decidido saltar de todas formas.

No habló. Se sentó en la hierba. Puso la lira en el regazo. Me miró desde abajo con los ojos grises llenos de algo que era lo contrario de la nada de Sigurd: llenos de todo, llenos del invierno y la batalla y los muertos y las noches y la lira y los niños y la ficha de cuervo y yo, sobre todo yo, llenándole los ojos de una forma que me hacía imposible mirar a cualquier otro sitio.

Tocó.

No la de la ballena. No la de los que se van. Otra. Una que no había oído nunca. Una melodía que no conocía y que entraba por los oídos y bajaba por la garganta y se me instalaba en el pecho con la calidez de las cosas que siempre han estado ahí y que estabas esperando sin saberlo.

Era lenta. Construida sobre un tema que se repetía con variaciones, como una pregunta que se formula de diferentes formas hasta encontrar la correcta. Empezaba grave, en las cuerdas bajas, con la vibración profunda que sentía en el suelo debajo de mis pies. Después subía. Las notas se abrían como los dedos de una mano que deja ir algo, y la melodía se volvía luminosa, aérea, con una

dulzura que no era empalagosa sino necesaria, como el dulzor del agua después de la sed.

Y al final, después de la subida, la melodía volvía al grave. Pero no al grave del principio: a uno nuevo, más cálido, más lleno, como si las notas altas hubieran transformado las bajas al pasar por ellas. El tema del inicio pero cambiado. La misma pregunta, con respuesta.

Terminó. Las cuerdas vibraron un momento más en el aire de abril. Después, silencio. El silencio del fiordo y las montañas y el cielo azul que dolía y la hierba nueva y el hombre sentado en la parcela del jardín con la lira de su madre muerta en las manos y los ojos puestos en mí con todo lo que tenía dentro de ellos.

---La compuso mi madre ---dijo. La voz le salió baja, espesa, con la textura de las cosas que cuestan---. La compuso para mi padre. Antes de que se casaran. Es\... ---buscó la palabra; no la encontró; se rindió por segunda vez desde que lo conocía; la primera había sido la noche del asesino cuando dijo *esto eres tú* y la rendición era la misma, la de un hombre que llega al límite de lo que las palabras pueden hacer y que descubre que la música llega más lejos.

Dejó la lira en la hierba. Se levantó.

Se puso frente a mí. A la distancia de un paso. Los ojos a la altura de los míos. Y entonces hizo algo que Eirik Ragnvaldsson no había hecho nunca delante de nadie, algo que iba contra cada año de entrenamiento y cada capa de armadura que se había construido y cada lección de su padre sobre lo que un jarl debe ser.

Se arrodilló.

Las dos rodillas en la hierba. Las manos vacías. La cara levantada hacia mí desde abajo, expuesta, sin máscara, sin el yelmo de hierro ni la máscara del jarl ni ninguna de las capas que ponía entre él y el

mundo. Solo él. El hombre que tocaba la lira de su madre debajo de la cama a escondidas. El hombre que había llorado a los dieciséis años en la playa cuando creía que nadie lo veía. El hombre que me había dicho *no voy a hacer lo que hizo mi padre* y que ahora estaba de rodillas en la parcela de mi jardín demostrando que lo decía en serio.

---No soy bueno con las palabras ---dijo---. Lo sabes. Signe lo sabe. Bjǫrn lleva años diciéndomelo. No sé hacer discursos. No sé decir las cosas que hay que decir en el momento en que hay que decirlas. Lo que sé hacer es tocar una lira que me enseñó mi madre y pelear con un hacha y dirigir un clan y quererte. ---La voz le tembló en la última palabra. Un temblor mínimo, casi imperceptible, que me rompió por dentro como una línea de falla que lleva meses formándose---. Las primeras tres cosas las hago bien. La cuarta me está destrozando porque no sé hacerla a medias y llevarla dentro sin poder darte todo lo que mereces es\...

Se detuvo. Cerró los ojos. Los abrió.

---Sólveig Haraldsdóttir. Hija de Harald. Hermana de Arn. Sanadora. La mujer más peligrosa, más inteligente y más terca que he conocido en mi vida. ---La comisura. El milímetro. A pesar de los nervios, a pesar de todo---. ¿Quieres quedarte conmigo?

No dijo *cásate conmigo*. No dijo *sé mi esposa*. No dijo ninguna de las fórmulas que los jarls usaban para las propuestas matrimoniales que eran transacciones disfrazadas de tradición. Dijo *quédate*. La palabra más desnuda, más honesta, más desprovista de política que podía haber elegido. *Quédate* no era un contrato. No era una alianza. No era una jugada en un tablero de jarls y clanes y

territorios. Era un hombre de rodillas en la hierba preguntándole a una mujer si quería estar donde estaba.

La garganta se me cerró. No de dolor. De algo que no tenía nombre en ningún idioma que yo conociera, algo que era más grande que las palabras que mi cerebro intentaba formar y que se atoraba en algún sitio entre el pecho y la boca como un objeto físico, como una piedra caliente, como la ficha de cuervo que llevaba en el bolsillo desde hacía días y que pesaba menos que nada y más que todo.

La ficha.

Me metí la mano en el bolsillo. Saqué la ficha de cuervo. La ficha de hueso tallado que había sido de su madre y que me había prestado la noche antes de la batalla y que había intentado devolverle dos veces y que las dos veces me había devuelto con excusas que no eran excusas sino declaraciones.

Me arrodillé frente a él.

En la hierba, las dos rodillas, a su altura, con la ficha entre los dedos y su cara a la distancia de un beso y los ojos grises que me miraban con la vulnerabilidad intacta de alguien que ha preguntado algo cuya respuesta puede destruirlo.

Le abrí la mano. Le puse la ficha en la palma. Le cerré los dedos alrededor.

---Devuelta ---dije---. Definitivamente. Porque ya no necesitas una excusa para tenerme aquí.

La cara le cambió. Vi el momento exacto en que las palabras le llegaron, en que el significado se depositó en algún sitio detrás de los ojos y algo se soltó ---algo que llevaba apretado, tenso, sujeto con la fuerza de alguien que se agarra a un acantilado y que ahora

descubre que debajo hay suelo---. La mandíbula se le destensó. Los hombros bajaron un centímetro. Los ojos se le llenaron de algo líquido que no llegó a caer pero que estuvo ahí, brillando en el borde de las pestañas con la fragilidad de las cosas que un hombre como él no se permite y que esta vez, en esta ladera, con nadie más mirando, se permitió.

---Sí ---dije. Porque todavía no lo había dicho con esa sílaba y él necesitaba oírla---. Sí, Eirik. Me quedo.

Me besó.

De rodillas los dos, en la hierba nueva de la parcela del jardín, con la lira de su madre entre nosotros y la ficha de cuervo apretada en su puño y el fiordo debajo y el cielo encima y el olor a abril que no era un olor concreto sino la ausencia de todo lo que había olido durante dos años: humo, miedo, granero ajeno, arena mojada, sangre. Abril olía a nada de eso. Abril olía a hierba y a tierra húmeda y a la piel de Eirik que era cuero y sal y algo propio, algo que no se parecía a nada más, algo que reconocería con los ojos cerrados en cualquier lugar del mundo.

El beso fue lento. Sin urgencia. Sin la desesperación de la noche antes de la batalla ni la cautela de la primera vez ni el hambre del invierno. Fue un beso de después. Un beso de ya está, de por fin, de no tenemos que correr porque nadie nos persigue. Un beso que se tomaba su tiempo porque teníamos tiempo, por primera vez teníamos tiempo, todo el tiempo del mundo que cabía en un fiordo azul en abril.

Me agarró la cara con las dos manos. Los pulgares en mis pómulos, los dedos en mi pelo, la ficha de cuervo presionándome la sien desde su puño cerrado. Le puse las manos en el pecho. Sobre la

cicatriz. Donde siempre. Donde había empezado todo, donde la sanadora había tocado al jarl por primera vez y el mundo se había reordenado sin que ninguno de los dos lo supiera.

Nos tumbamos en la hierba. Sin hablar. Sin prisa. El sol de abril nos daba en la cara con el calor tibio de las cosas que vuelven después del frío, y el suelo estaba húmedo debajo de nosotros pero no importaba, no importaba nada que no fuera esto: su peso sobre mí, mi espalda contra la tierra donde iba a plantar salvia y valeriana, sus manos deshaciéndome las trenzas con la lentitud de alguien que deshace un nudo sagrado y que tiene toda la eternidad para hacerlo.

Me quitó la túnica. Despacio. Sacándomela por la cabeza con las dos manos, con el cuidado de quien desenvuelve algo valioso. El aire de abril me tocó la piel con dedos frescos que me pusieron la carne de gallina, y él lo vio y bajó la boca a mi cuello y me calentó con el aliento y con los labios y con la lengua que trazó la línea del pulso desde la oreja hasta la clavícula con una lentitud que era reverencia.

Le quité la túnica buena. Con más cuidado del que usaba normalmente porque era la buena y porque el vendaje del antebrazo y porque sus manos temblaban, todavía temblaban, los nervios de la pregunta sin evacuar del todo aunque la respuesta ya la tenía, y ese temblor me enterneció con una fuerza que me subió por la garganta como una marea: Eirik Ragnvaldsson temblando ante mí. El Cuervo temblando ante la sanadora.

Le besé el hombro. La cicatriz. Mi cicatriz. La que yo había cosido la primera semana, la que me había dado acceso a su cuerpo antes de que ninguno de los dos supiera que el acceso iba a ser permanente. Pasé los labios por la línea de la sutura, por cada punto que mis manos habían dado, y sentí bajo mi boca la historia entera

de nosotros escrita en tejido cicatricial: aquí empezamos, aquí nos tocamos por primera vez, aquí el mundo cambió sin hacer ruido.

Hicimos el amor en la parcela del jardín.

Despacio. Con el sol encima y la hierba debajo y el fiordo resonando a lo lejos y ningún techo entre nosotros y el cielo. Sin urgencia. Sin desesperación. Sin la sombra de nada que pudiera quitarnos esto. Por primera vez en toda la historia de nosotros dos, hicimos el amor sin miedo.

Y la diferencia fue como la diferencia entre sobrevivir y vivir: la misma acción, el mismo cuerpo, los mismos gestos, pero con espacio. Espacio para detenerse y mirarse. Espacio para reírse cuando su codo tropezó con la lira y las cuerdas sonaron con un acorde absurdo que nos arrancó una carcajada a los dos, la carcajada de los que se ríen juntos en medio del sexo porque el sexo entre personas que se quieren tiene sitio para la risa. Espacio para decir *aquí, más fuerte, no pares* sin que las palabras sonaran a desesperación sino a confianza, a *sé lo que quiero y tú sabes dármelo y vamos a hacerlo bien porque tenemos tiempo*.

Espacio para que él me dijera *te quiero*.

No lo había dicho. En meses. Lo había dicho con las manos y con la lira y con la ficha de cuervo y con la piel de lobo y con las llaves y con cada gesto que no necesitaba palabras, pero las palabras no habían salido porque Eirik no decía las cosas que importaban de verdad, las guardaba debajo de la cama como la lira, las protegía del mundo como si sacarlas fuera arriesgarse a que alguien se las rompiera.

Lo dijo dentro de mí. Con la frente contra la mía y los ojos abiertos y las caderas movíaéndose con el ritmo lento del después y

mi nombre primero ---Sólveig, todas las sílabas, las tres, como si cada una fuera una cosa distinta que merecía pronunciarse por separado--- y después, con la voz que le salía cuando no quedaba más armadura, la voz del río profundo que yo conocía de las noches:

---Te quiero.

Le puse la mano en la nuca. Le miré a los ojos. Grises. Abiertos. Llenos.

---Yo también te quiero ---dije---. Desde la cicatriz. Desde que te puse las manos en el hombro y supe que estaba perdida.

Sonrió. No la comisura. No el milímetro. La sonrisa entera, completa, la que le transformaba la cara de la máscara de piedra del jarl a la cara del hombre que había sido antes de que su madre se fuera y su padre muriera y el mundo le enseñara que sonreír era un lujo que no podía permitirse. Sonrió y fue como ver salir el sol en un fiordo después de tres meses de invierno: lento, inevitable, transformador.

Terminamos despacio. Sin apuro. Con la culminación subiendo como una marea cálida que nos arrastró a los dos al mismo tiempo, juntos, con las manos entrelazadas sobre la hierba y los ojos abiertos porque esta vez no hacía falta cerrarlos, esta vez queríamos ver, queríamos que la cara del otro fuera lo último que viéramos antes de que el placer borrara todo lo demás.

Después. Tumbados. El sol movíaéndose sobre nosotros con la lentitud de las tardes de abril que no quieren terminar. La hierba húmeda. La lira volcada a nuestro lado con las cuerdas hacia el cielo. Su brazo debajo de mi cabeza. Mi mano en su pecho, sobre la cicatriz, donde siempre, donde empezó todo, donde iba a estar siempre.

---El jardín ---dije.

---El jardín.

---Aquí. Salvia al sur, donde da más el sol. Valeriana en la sombra de la roca. Menta junto al sendero, que crece donde le da la gana y no hay forma de controlarla. Equinácea en el centro. Y un trozo para Bjarki.

---¿Donde plante piedras?

---Donde plante lo que quiera. ---Giré la cabeza. Lo miré---. Y un trozo para Yrsa. Que no fue parte del pedido original pero que me parece imprescindible añadir.

Me besó la sien. Sobre el punto donde la ficha de cuervo me había presionado durante el beso.

---Y un trozo para Torfi.

---Y uno para Signe, que va a querer plantar algo venenoso solo para ver la cara de la gente.

---Y uno para Huginn, que va a destrozar todo lo que planten los demás.

Me reí. Contra su hombro. Con la boca abierta y la risa saliéndome del sitio donde Signe había dicho que tenía que vivir en vez de sobrevivir, del sitio que había estado apagado dos años y que ahora, tumbada en la hierba húmeda de la parcela de mi jardín con el hombre al que amaba y el fiordo debajo y el cielo encima y ninguna vela negra en el horizonte, se encendía.

Se encendía y no iba a apagarse.

---Eirik.

---Dime.

---¿Cuándo es la boda?

Se rió. La risa del río profundo, la que le salía de las costillas y le vibraba en el pecho y que yo sentía contra mi mejilla como una música que era mejor que la lira, mejor que cualquier melodía que su madre hubiera compuesto, porque esta era la música de un hombre que estaba feliz y que no sabía muy bien qué hacer con la felicidad excepto reírse y apretarme más fuerte contra él.

---Cuando tú quieras. Mañana. Ahora mismo. Bjǫrn puede oficiarlo. Bjǫrn llevará semanas esperándolo.

---Mañana no. Signe me mata si me caso sin que ella organice la fiesta. Y necesito un vestido. Y los niños necesitan flores. Y Halfdan necesita estar presente porque si no lo invitamos nos declara la guerra y acabamos de salir de una.

---Entonces una semana.

---Una semana ---dije. Y la palabra *semana* sonó como la cosa más lujosa del mundo, como un plazo que elegías porque podías, porque nadie te perseguía, porque el único reloj que corría era el de la impaciencia y la impaciencia no mataba a nadie.

Nos quedamos en la ladera hasta que el sol bajó lo suficiente para que el frío de abril se metiera por los bordes. Nos vestimos. Recogimos la lira. Bajamos por el sendero hacia el clan que seguía recomponiéndose debajo de nosotros, con las luces de las cocinas encendiéndose una a una en el crepúsculo como estrellas que nacen del suelo.

En la puerta de la longhouse, Signe nos esperaba con los brazos cruzados y una expresión que era noventa por ciento satisfacción y diez por ciento *ya era hora*.

---Una semana ---le dije.

Signe miró a su hermano. Miró la lira. Me miró a mí. Me miró el pelo ---suelto, con hierba--- y la túnica ---torcida, con tierra en la espalda--- y la cara que debía tener, la cara de alguien que acaba de rodar por una ladera con el hombre al que ama y que no se molesta en disimularlo.

---Una semana ---repitió---. Voy a necesitar más hidromiel. Y flores. Y que Huginn no robe los anillos. Y que Bjǫrn se bañe, que lleva cuatro días con ese cabestrillo y huele a oso herido.

Se giró. Entró en la longhouse gritando nombres y dando órdenes. Desde dentro se oyó la voz de Thyra: ---¡Por fin, mocosa! ¡Llevo desde diciembre esperando que tu hermano deje de ser imbécil!

Eirik me miró. La comisura. Pero no el milímetro. La sonrisa entera.

Le cogí la mano. Entramos.

Capítulo 23

La boda

Signe llevó siete días organizándolo todo y lo que consiguió fue, en sus propias palabras, un milagro logístico ejecutado por una mujer sola contra el reloj, la naturaleza y la incompetencia general de todos los hombres del clan.

La longhouse estaba irreconocible. Había guirnaldas de acebo y abedul trenzadas en cada columna, ramilletes de flores silvestres de abril ---las primeras, las que salían de la nieve antes que nada, pequeñas, violetas y blancas, tercas como todo lo que crece en Noruega--- atadas a los bancos con cintas de lino que Signe había teñido ella misma con raíces de rúbia porque decía que el rojo era el color de las bodas y que si alguien le discutía eso le discutía a la tradición y a la tradición no se le discute.

Había comida para un sitio. No para un clan: para un sitio. Signe había vaciado las despensas con la eficiencia de una general saqueando una ciudad y lo había convertido en un festín que cubría la mesa principal y las dos auxiliares y parte del suelo: cerdo asado con manzanas, salmón ahumado, pan de centeno, estofado de ciervo con raíces, queso curado, setas secas rehidratadas en mantequilla, y una cantidad de hidromiel que sugería que Signe planeaba emborrachar a toda la costa norte de Noruega.

Bjǫrn se había bañado. Esto merece mención aparte porque Bjǫrn con el brazo en cabestrillo llevába una semana sin bañarse y el resultado olfativo era algo que el clan había soportado con la

resignación de la gente que convive con osos. Leif se lo llevó al río la mañana de la boda con un balde de agua caliente y una determinación que no admítía réplica, y Bjǫrn volvió limpio, afeitado, con el pelo trenzado y una túnica que Signe le había dejado en la puerta con una nota que decía *póntela o te juro que te saco de la boda*. Se la había puesto. Le quedaba un poco ajustada en los hombros porque nada le quedaba bien en los hombros excepto las armaduras hechas a medida, pero estaba limpio y olía a jabón de sebo y a la dignidad específica de un hombre que ha hecho un esfuerzo.

Leif estaba a su lado, como siempre, con la túnica azul que guardaba para las ocasiones y el pelo suelto y una sonrisa que no se le había quitado en toda la mañana. Signe los miró a los dos, al grande y al flaco, el limpio y el sonriente, y les dijo:

---Si alguno de los dos llora antes que yo, os arranco los ojos.

Los jarls que se habían quedado para el Thing seguían en Hrafnheim: Halfdan, Ragnar, Ketil, Asmund. Otros dos habían vuelto para la boda porque una boda de jarl era un evento político además de personal, y perderte una boda de jarl era como perderte una votación: podías hacerlo, pero después no te quejaras de las consecuencias.

Thyra se había sentado en primera fila con la autoridad de quien lleva seis décadas asistiendo a bodas ajenas y que sabía más de ceremonias que el propio oficiante. Llevaba un broche de plata que no le había visto antes ---grande, labrado, con un diseño de serpiente que se mordía la cola--- y la expresión de alguien que está evaluando si la organización está a la altura de sus estándares. Los estándares de Thyra eran los estándares de una mujer que había

sobrevivido a tres maridos y que opinaba que las bodas eran básicamente contratos con flores.

Yo estaba de pie junto al fuego central de la longhouse, en el punto donde el oficiante me había dicho que esperara, con la túnica buena ---la misma de la propuesta, lavada, planchada por Signe con un hierro caliente y un nivel de violencia innecesario--- y la lira de mi madre colgada de la espalda con la correa nueva. No la iba a tocar durante la ceremonia. Iba a tocarla después. Pero llevarla era importante: era mi madre presente en la única forma que podía estarlo, en la madera y las cuerdas y la música que había dejado atrás como instrucciones para los que seguíamos.

Halfdan oficaba. Lo había pedido Sólveig, lo cual era lo correcto porque Halfdan era el jarl de mayor rango y porque había presidido el Thing que había condenado a Sigurd y porque su presencia cerraba un círculo: el hombre que había certificado la muerte del enemigo certificaba ahora la unión de los que habían sobrevivido. Halfdan aceptó con una reverencia mínima y la sombra de una sonrisa que era lo más parecido a emoción que le había visto en sesenta años.

Estaba nervioso. No debería. Había peleado en doce batallas, había matado a más hombres de los que podía contar, había enfrentado a Sigurd Hakkonsson con un hacha y una concusión. Pero de pie en la longhouse de mi padre, esperando a la mujer a la que le había pedido que se quedara, las manos me sudaban y el corazón me latía en las sienes y tenía que hacer un esfuerzo consciente para no moverme de un pie al otro como un muchacho en su primer baile.

Bjǫrn, detrás de mí:

---Respíra.

---Estoy respirando.

---Estás conteniendo la respiración desde hace un minuto. Me he fijado. Si te desmayas delante de los jarls no te lo perdono.

La puerta se abrió.

Signe entró primero. Con un ramillete de flores silvestres en la mano y una sonrisa que intentaba ser solemne y que no podía porque Signe no era capaz de la solemnidad sostenida: le duraba tres segundos antes de que la cara se le rompiera en algo que era puro placer de estar viva y ser parte de esto. Detrás de ella, los niños.

Bjarki. Yrsa. Torfi. Los tres delante, con flores en las manos que Signe les había dado con instrucciones precisas de tirarlas al suelo a lo largo del camino y que Bjarki tiraba con el entusiasmo de un niño de seis años al que le han dado permiso para tirar cosas dentro de la casa, y Yrsa tiraba con la concentración de alguien que quiere hacer cada gesto perfecto, y Torfi tiraba una flor a la vez, despacio, mirándola caer con la seriedad de un ritual que solo él entendía.

Detrás de los niños, los demás: los ocho restantes que había curado Sólveig, los que habían estado a punto de morir y que ahora caminaban por una longhouse tirando flores en una boda, y la ironía de eso ---estos niños que estaban vivos porque ella estaba aquí, caminando hacia el hombre que la había traído aquí--- era del tipo que te cierra la garganta si piensas demasiado en ella.

Después de los niños, ella.

Sólveig.

Llevaba un vestido que no había visto. Azul oscuro ---el azul del fiordo en la hora antes del amanecer, el azul que no es negro ni azul

sino el color que hay entre los dos---, con bordados de plata en el cuello y las mangas que Signe había cosido durante seis noches seguidas quedándose despierta hasta que Thyra la obligaba a dormir. El broche de mi madre en el hombro izquierdo. Las llaves del clan en el cinturón. Las trenzas recogidas en un estilo que Thyra le había hecho esa mañana, un estilo antiguo, de jarl, con las trenzas laterales entrelazadas en la coronilla y el resto del pelo cayendo suelto por la espalda, y en las trenzas, entrelazada, la cinta roja que Huginn le había traído meses atrás.

Caminaba despacio. No por ceremonia: por algo más, algo que yo reconocía porque lo había sentido en mí mismo la primera vez que subí a este estrado como jarl después de la muerte de mi padre. Caminaba despacio porque estaba absorbiendo el momento, guarándolo, archivándolo en el sitio donde se guardan las cosas que necesitas poder recordar con precisión porque tu vida se divide en antes y después de ellas.

Me miró.

Y lo que vi en sus ojos me quitó el aire que Bjǫrn me había mandado respirar, porque era lo mismo que yo sentía, la misma aleación imposible de terror y certeza que no debería existir junta pero que existía, que era esto: *tengo miedo de lo grande que es esto y no cambiaría ni un segundo*.

Llegó a mi lado. Frente a Halfdan, que nos miró a los dos con los ojos que habían visto seis décadas y que ahora veían algo que probablemente habían visto pocas veces: dos personas que se elegían, no por alianza ni por territorio ni por la lógica fría de la política, sino porque no podían hacer otra cosa. Porque elegir otra

cosa habría sido como dejar de respirar: técnicamente posible, pero contrario a la naturaleza de seguir vivo.

Halfdan habló. Dijo las palabras que se dicen: la invocación a los dioses, el reconocimiento de los clanes, la formulación del vínculo. Las dijo con la voz grave del viejo que respeta la tradición sin confundirla con lo sagrado, porque lo sagrado no estaba en las palabras sino en lo que había debajo de ellas: la decisión, el compromiso, la terquedad de dos personas que habían decidido que no iban a perder más.

Los anillos.

Signe los había encargado al herrero del clan: dos aros de hierro, simples, sin adornos, porque Sólveig había dicho que no quería oro ---*el hierro es más honesto, Signe, el hierro se forja con fuego y con golpes y dura más que el oro, y además el oro me recuerda a Sigurd y prefiero no pensar en Sigurd el día de mi boda*---. Dos aros de hierro que Signe llevó al altar en un cuenco de madera con la solemnidad de alguien que transporta reliquias.

Huginn bajó de la viga.

El cuervo ---el maldito cuervo, la desgracia emplumada, el animal que llevaba meses robando todo lo que brillaba en Hrafnheim--- bajó de la viga con la velocidad de una flecha negra, metió el pico en el cuenco y cogió uno de los anillos y salió volando hacia el techo con el hierro en el pico y un graznido de triunfo que resonó en la longhouse como una carcajada.

Silencio. Doscientas personas mirando al techo donde un cuervo se paseaba por la viga con un anillo de boda en el pico y el orgullo insufrible del ladrón que acaba de hacer el golpe de su vida.

Sólveig se rió.

No la risa pequeña que yo conocía, la que le salía en la cama o en los momentos privados. Una carcajada. Abierta, entera, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta y el sonido llenando la longhouse como agua que desborda un vaso. Y fue contagiosa: Signe se rió, y Bjǫrn se rió, y Leif se rió, y los niños se rieron sin saber de qué pero riéndose porque los adultos se reían, y Thyra en primera fila se tapó la boca con la mano pero los hombros le temblaban, y Halfdan ---el viejo Halfdan, el jarl de sesenta años que no había sonreído en la batalla ni en el Thing ni en la ejecución--- se rió. Una risa corta, seca, arrancada a la fuerza como una astilla de madera vieja, pero una risa.

Sólveig miró al cuervo. El cuervo la miró a ella. Dos ladrones reconociéndose.

---Huginn ---dijo, con la voz que usaba para los pacientes difíciles: firme, paciente, con la amenaza implícita de quien tiene arsénico en el estante---. Devuelve el anillo.

Huginn ladeó la cabeza. Evaluó. Le brillaban los ojos con la inteligencia oscura de los cuervos, la inteligencia que evalúa y calcula y decide y que ahora estaba decidiendo si el anillo valía más que la buena voluntad de la mujer que lo alimentaba.

Bajó. Se posó en la mesa. Dejó el anillo en la madera con un golpe metálico. Graznó una vez ---protesta formal--- y voló de vuelta a la viga.

---Gracias ---dijo Sólveig, con la dignidad de alguien que acaba de negociar la devolución de un anillo de boda con un pájaro delante de doscientas personas y que no piensa disculparse por ello.

Signe recogió el anillo del cuervo. Me lo pasó junto con el otro. Cogí los dos. El hierro estaba frío en mi palma. Dos aros simples. Sin

nombre, sin inscripción. Honestos, como había pedido ella.

Le cogí la mano izquierda. Los dedos que conocía de memoria ---los callos de la aguja en el pulgar y el índice, la cicatriz pequeña del cuchillo de hueso en la base del anular, las uñas cortas de sanadora---. Le puse el anillo. Entró justo: Signe había hecho medir a Sólveig mientras dormía, con un hilo de lana y la sutileza de un espía.

Sólveig me cogió la mano. Las suyas temblaban. Un temblor mínimo, casi invisible, que yo sentí porque conocía esas manos como conocía la lira: cada tensión, cada músculo, cada movimiento. Me puso el anillo. El hierro me rodeó el dedo con la firmeza de las cosas que no se quitan.

Halfdan nos miró. Nos miró a los dos, a las manos juntas con los anillos recién puestos, y dijo las palabras finales, las que sellaban el vínculo bajo los ojos de los dioses y de los jarls y de doscientas personas y de once niños y de un cuervo ladrón que miraba desde la viga con un ojo, ladrón y testigo al mismo tiempo.

---Ante los dioses y este Thing, Eirik Ragnvaldsson y Sólveig Haraldsdóttir están unidos. Lo que el hierro une, solo la muerte lo separa. ---Pausa. Los ojos viejos con un brillo que no era lágrimas sino algo más raro: satisfacción, la satisfacción profunda de alguien que ha vivido lo suficiente para ver cómo algo sale bien---. Bésala, muchacho. Que llevas seis meses queriendo y ya es hora.

Doscientas personas se rieron. Yo no. Le puse las manos en la cara ---las palmas en sus mejillas, los pulgares en sus pómulos, los dedos en su pelo suelto--- y la besé como la había besado en la ladera una semana antes pero distinto, porque esta vez había doscientas personas mirando y yo no veía a ninguna, porque esta vez ella tenía hierro en el dedo y yo tenía hierro en el mío y el peso

de ese metal era más ligero que cualquier cosa que hubiera cargado, porque esta vez era para siempre y para siempre era una palabra que dieciséis años atrás me había jurado no usar y que ahora me sabía a hidromiel y a tomillo y a la boca de Sólveig que era el único para siempre que necesitaba.

Aplausos. Gritos. Bjǫrn golpeando la mesa con la mano buena. Leif silbando. Signe llorando ---ella, que había amenazado con arrancar ojos si alguien lloraba antes que ella, llorando con la boca abierta y las manos en la cara y el ramillete de flores aplastado contra la mejilla---. Thyra en primera fila, con un pañuelo que se pasaba por los ojos con la discreción de alguien que nega estar llorando y que estaba llorando con una intensidad que desmintía seis décadas de dureza.

Bjarki corrió hacia nosotros y se lanzó contra las piernas de Sólveig con la fuerza de un proyectil de seis años. Yrsa lo siguió, más lenta, más seria, y se quedó de pie a nuestro lado con la mano en la falda del vestido de Sólveig y la expresión de propiedad absoluta de una niña que ha decidido que esta mujer es suya y que no piensa compartirla con nadie excepto con el hombre grande que la besa.

Torfi se acercó último. Caminó hasta mí. No hasta Sólveig: hasta mí. Me miró desde abajo con los ojos oscuros que eran más viejos que su cara. Levantó la mano. Me tocó el anillo de hierro. Lo giró con un dedo, despacio, comprobando que era real, que estaba ahí, que no iba a desaparecer.

Después me cogió la mano. No la soltó.

La garganta. De nuevo la garganta cerrándose con algo que no podía mostrar aquí, delante de los jarls y los guerreros y todo el

clan, pero que estaba ahí, empujando, porque un niño que no hablaba me había cogido la mano como se coge la mano de un padre y yo no era su padre pero podía serlo, iba a serlo, si él me dejaba, si el mundo nos dejaba.

Sólveig me miró por encima de las cabezas de los niños. Me vio la cara. Vio lo que había en ella. No dijo nada. No hacía falta. Me puso la mano en la nuca ---su gesto, su forma de decir *estoy aquí*--- y me apretó una vez.

El festín duró hasta que se acabó el hidromiel, que fue mucho tiempo porque Signe había preparado una cantidad obscena.

Comimos. Bebimos. Ragnar Thorvaldsson brindó por la alianza de Hrafnheim y Skálholt con un discurso que duró demasiado y que Thyra interrumpió con un *acaba ya, Ragnar, que se me enfría el cerdo*. Ketil brindó por los caídos, y el silencio que siguió tuvo el peso de los nombres que todos recordábamos. Asmund no brindó ---Asmund no hablaba en público---, pero levantó el cuerno hacia mí desde el fondo de la mesa con un gesto mínimo que significaba más que cualquier discurso.

Bjǫrn se levantó.

Lo hizo con la dificultad de un hombre grande, herido y levemente borracho que necesita las dos manos para levantarse y solo tiene una. Leif lo ayudó sin que se notara, que era el arte de Leif: ayudar a Bjǫrn sin que pareciera que lo ayudaba, porque Bjǫrn no aceptaba ayuda de nadie excepto de la persona que le daba la ayuda de forma que no pareciera ayuda.

---Voy a decir una cosa ---dijo Bjǫrn---. Una cosa sola. Después me siento y sigo bebiendo.

La longhouse se calló. Bjǫrn callando una sala era un fenómeno físico: no necesitaba levantar la voz. La gente se callaba por masa, por presencia, por la certeza instíntiva de que lo que Bjǫrn tenía que decir importaba porque Bjǫrn solo hablaba cuando importaba.

Me miró. Miró a Sólveig. Miró a los niños que estaban sentados en el suelo alrededor de nuestros pies como cachorros alrededor de una hoguera.

---Llevo veinte años en este clan ---dijo---. He visto morir a Ragnvald. He visto crecer a Eirik. He visto irse a Astrid. He visto a Signe convertirse en la mujer más aterradora de Noruega, que es un logro considerable. ---Pausa. La voz le salió más gruesa de lo normal, que era mucho decir porque la voz normal de Bjǫrn ya parecía un terremoto---. Y he visto llegar a Sólveig. He visto lo que ha hecho. Con los niños. Con el clan. Con él. ---Me señaló con la mano buena---. Le ha devuelto la música. Le ha devuelto la risa. Le ha devuelto el clan que su padre le dejó y que él no sabía cómo cuidar solo. ---Levantó el cuerno---. Por Sólveig Haraldsdóttir. Que vino como cautiva y se queda como husfreyja. Y que Odín me lleve si alguien intenta volver a quitárnosla.

La longhouse rugió. Doscientos cuernos levantados. Doscientas voces coreando *skál* con la fuerza del hidromiel y la gratitud y la euforia específica de la gente que ha sobrevivido junta algo terrible y que ahora celebra porque puede, porque está viva, porque la vida después de la muerte sabe más dulce.

Sólveig no dijo nada. Le temblaba la barbilla. Tenía los ojos brillantes con algo que no dejó caer, que contuvo con la fuerza de siempre, con la disciplina de la mujer que lleva dos años sin permitirse llorar en público. Pero debajo de los ojos brillantes había

una sonrisa, pequeña, temblorosa, la sonrisa más real que le había visto: la de alguien que acaba de recibir algo que no sabía que necesitaba y que ahora no sabe dónde ponerlo porque es más grande que cualquier sitio que tenga.

Toqué la lira.

Después de las brindis, después de la comida, cuando el hidromiel había bajado lo suficiente para que la gente estuviera cálida y suelta y receptiva. Saqué la lira de la espalda, me senté en el banco junto al fuego, y toqué. La de la ballena primero ---para Bjarki, que la pedía siempre, y para el clan que no la había oído---. Después otras. Las que mi madre me había enseñado y las que yo había inventado durante el invierno, sentado en la cama con Sólveig dormida a mi lado y las cuerdas bajo los dedos y la necesidad de poner en música lo que no podía poner en palabras.

La longhouse escuchó. Los guerreros con los cuernos en la mano y las caras ablandadas por el hidromiel y la música. Las mujeres con los niños en el regazo. Thyra con los ojos cerrados, moviéndo un dedo al ritmo como si dirigiera una orquesta invisible. Halfdan con las manos en la mesa y la expresión de un hombre que escucha algo que le recuerda a algo que perdío hace mucho tiempo y que ahora, por un momento, recupera.

Y Torfi. Torfi se levantó del suelo, se puso frente a mí, y empezó a moverse. No era baile: era algo anterior al baile, algo que nacía del ritmo y del cuerpo y que no tenía forma ni nombre. Se mecía. Balanceaba los brazos. Giraba sobre un pie con la inestabilidad de un niño que todavía está aprendiendo dónde están sus límites. Y tenía los ojos cerrados y la boca abierta en algo que no era risa ni sonrisa sino los dos juntos, la expresión de un niño que ha encontrado la

música y que se entrega a ella con la confianza de quien no sabe que se puede caer.

Bjarki se unió. Y después Yrsa. Y después los demás, uno a uno, once niños bailando delante de la lira del jarl en la longhouse que olía a hidromiel y a cerdo asado y a flores de abril, y los adultos mirándolos con los ojos húmedos de quien ve crecer algo que creyó que había muerto.

La noche avanzó. La gente se fue yendo. Halfdan se retiró primero, con una reverencia mínima y la frase *ha sido una buena boda, muchacho, tu madre habría estado orgullosa* que me costó tres respiraciones procesar sin que la cara me delatara. Ragnar, Ketil, Asmund se fueron después. Los guerreros se fueron en grupos, tambaleándose, cantando canciones que Signe habría prohibido si hubiera estado escuchando pero que Signe no escuchaba porque Signe estaba dormida en un banco con la cabeza en una piel y el ramillete de flores todavía en la mano.

Bjǫrn fue de los últimos. Se levantó con la ayuda de Leif, se acercó a mí, y me puso la mano buena en el hombro. No dijo nada. Lo había dicho todo en el brindis. Me apretó el hombro una vez, fuerte, y se fue con Leif.

Thyra se fue murmurando *bien, bien, bien* con la cadencia de alguien que aprueba y que no quiere que se le note.

Nos quedamos solos. Sólveig y yo. En la longhouse vacía que olía a fiesta acabada ---cera, hidromiel derramado, flores marchitas, humo---, con la lámpara baja y los restos del festín en las mesas y Huginn dormido en la viga con el pico bajo el ala, el único invitado que no se había ido.

Sólveig me miró desde el otro lado de la mesa con las mejillas sonrosadas del hidromiel y los ojos del color que tenían cuando estaba a punto de decir algo que iba a destruirme de la mejor forma posible.

---Esposo ---dijo. Probándola. Dándole vueltas en la boca como un sabor nuevo.

La palabra me golpeó debajo de las costillas con una dulzura que dolía.

---Esposa ---respondí.

Ese gesto suyo. El tirón mínimo de la boca. Y después algo más: los ojos estrechándose con la evaluación de la sanadora, la mirada que la recorría de arriba abajo no para diagnosticar sino para algo que estaba en las antípodas del diagnóstico, algo que tenía que ver con la forma en que la lámpara baja le daba a mi cara y a mis manos y a la túnica buena que Signe había planchado con violencia.

---Llévame a la cama, Eirik Ragnvaldsson ---dijo---. Antes de que me quede dormida aquí como tu hermana.

La llevé.

No literalmente: Sólveig caminaba sola y seguiría caminando sola hasta el último día porque era ese tipo de mujer y yo era el tipo de hombre al que eso le parecía lo más atractivo del mundo. Pero la llevé de la mano, por el pasillo, hasta mi cuarto ---nuestro cuarto, ahora nuestro, con sus cosas ya instaladas: el cuchillo de hueso en el estante, las hierbas colgadas del techo, el morral de Bjarki junto a la puerta como un centinela de cuero--- y cerré la puerta y nos quedamos solos.

La lámpara de aceite. El fuego bajo en la chimenea. La cama con las pieles de lobo ---la que yo le había puesto sobre los hombros la

primera noche, la que ella había guardado como una declaración que ninguno de los dos había verbalizado---. La ventana abierta al fiordo, con la luna de abril poniendo una línea de plata en el agua negra.

Nos miramos. Con la calma de la gente que sabe lo que viene y que no tiene prisa, porque la prisa pertenecía al antes: al antes de la guerra, al antes de la propuesta, al antes de los anillos de hierro. Ahora estaba el después. Y el después tenía todo el tiempo del mundo.

Le deshice las trenzas. Una a una. Con los dedos, sin tirar, soltando las hebras como se desarma algo precioso que quieres conservar. Saqué la cinta roja y la dejé en el estante junto al cuchillo de hueso, dos objetos que no tenían ninguna relación y que tenían toda la relación. El pelo le cayó suelto por la espalda y yo hundí la cara en él y respiré y era tomillo y humo y Sólveig.

Me quitó la túnica buena. Con cuidado. Con el mismo cuidado con el que me había quitado la cota de malla después de la batalla, pero esta vez sin sangre, sin urgencia, sin nada que tuviera que lavar o curar. Me la pasó por la cabeza y la dejó en la silla con la atención de quien sabe que Signe le arranca la piel si la encuentra en el suelo.

Me besó la cicatriz. Siempre la cicatriz primero. El ritual. El lugar donde habíamos empezado, donde sus manos habían tocado mi piel por primera vez con intención de curar y habían acabado curando algo que no era la herida del hombro.

---Mi marido ---dijo contra la cicatriz. Probando otra vez. Y la sonrisa que sentí contra mi piel ---no que vi: que sentí, con las terminaciones nerviosas del hombro que ella había reconstruido--- fue la cosa más íntima que me había dado.

La desvestí despacio. El vestido azul que Signe había cosido durante seis noches: se lo saqué por la cabeza con la reverencia de quien deshace algo hecho con amor. El broche de mi madre lo dejé en la mesa con las llaves del clan. Las llaves tintinearon contra la madera y el sonido era el sonido de una puerta que se cierra: la puerta entre lo público y lo privado, entre la husfreyja y la mujer, entre el día y la noche.

La acosté en la cama. Sobre las pieles de lobo. El pelo suelto extendiéndose sobre la piel gris como oro derramado, y la piel blanca con las pecas que yo conocía de memoria ---siete en el hombro izquierdo, tres detrás de la oreja, dos en la clavícula---, y los ojos verdes mirándome desde abajo con una expresión que era nueva.

No era deseo. No era confianza. Las dos cosas estaban ahí, pero debajo había algo más: tranquilidad. La tranquilidad específica de alguien que no tiene que preguntarse si esto es temporal, si mañana va a cambiar, si lo que siente es correspondido. Sabía. Sabíamos los dos. Y saber cambiaba todo.

Hicimos el amor como esposos. No sé cómo explicar la diferencia excepto que la había: algo en el gesto de poner la mano en su cadera y sentir el anillo de hierro contra su piel, algo en cómo ella dijo mi nombre con una sílaba extra que era el peso de la palabra *marido* dicha una hora antes, algo en la lentitud que no era contención sino lujo, el lujo de dos personas que saben que van a despertar juntas mañana y pasado mañana y pasado pasado y que pueden tomarse todo el tiempo porque el tiempo ya es suyo.

Nos reímos. Cuando la piel de lobo se resbaló de la cama al suelo con un ruido sordo. Cuando Huginn graznó desde fuera de la

ventana en el peor momento posible y Sólveig dijo *pájaro del demonio* con la cara hundida en mi cuello y la risa vibrándole contra mi pulso. Cuando me enredé en su pelo suelto y tuve que parar para desengancharlo de un botón que ya no existía porque ya no llevaba túnica.

La risa en la cama. La intimidad definitiva. Más íntima que el sexo, más desnuda que la desnudez: dos personas que se ríen en medio de lo más vulnerable porque se sienten tan seguras que la vulnerabilidad no asusta, es cómica, es humana, es la prueba de que esto es real y no la versión perfecta de una saga donde nadie se enreda en el pelo.

Después, la calma. El ritmo encontrado. Los cuerpos que se conocían moviéndose juntos con la fluidez de algo ensayado mil veces y que cada vez es distinto porque cada vez son distintos ellos: más seguros, más libres, más dispuestos a pedir lo que quieren y a darlo sin reserva. Sólveig debajo de mí con los ojos abiertos y las manos en mi espalda y las piernas alrededor de mis caderas y la boca diciendo mi nombre como lo había dicho la primera noche y como lo diría todas las noches: como una oración que no necesita dios porque el dios está en la sílaba.

Terminamos juntos. Con la frente contra la frente y los ojos abiertos y las manos entrelazadas sobre la piel de lobo que habíamos recuperado del suelo, y el placer fue lento y profundo y tuvo la forma de algo que no se acaba, de algo que se transforma, de algo que mañana va a ser distinto y mejor y más.

Se durmió con la cara en mi cuello. Se durmió como se dormía siempre: de golpe, como un animal que sabe que está a salvo, con la respiración haciéndose profunda en tres latidos y el cuerpo

abandóndose contra el mío con la confianza total de quien no necesita vigilar.

Me quedé despierto.

No por insomnio. No por miedo. No por el hábito de las noches de antes, cuando me quedaba despierto porque tenía que pensar en amenazas y estrategias y en las cien formas en que el mundo podía quitarme lo que tenía. Me quedé despierto porque quería. Porque su peso contra mi pecho era la cosa más real que había sentido y quería sentirla un poco más antes de que el sueño me la quitara, aunque fuera solo hasta la mañana.

Su respiración. El anillo de hierro en mi dedo. La lira en la repisa. La luna de abril en el fiordo. El silencio de un mundo que, por primera vez desde que tenía memoria, no contenía ninguna amenaza.

Al amanecer, antes de que se despertara, me levanté. Fui a la mesa. Cogí lo que había dejado allí la noche anterior, envuelto en un paño de lino.

Morgengifu. El regalo de la mañana siguiente. La tradición que mi padre le había dado a mi madre y que mi madre me había contado riéndose, con las mejillas rojas de hidromiel, diciendo *tu padre me regaló un peine de hueso y yo le regalé veinte años de mi vida, así que salí ganando*.

Desenvolví el paño. Lo dejé en la mesa junto a la cama, donde lo vería al despertar.

No era un peine. No era una joya. No era nada que costara dinero o que impresionara a los jarls.

Era un trozo de madera tallado. Un letrero, pequeño, del tamaño de una mano, con letras rúnicas que yo había tallado durante la

semana con el cuchillo y la paciencia y la torpeza de un hombre que no es artesano pero que quiere que cada letra sea perfecta porque cada letra es una promesa.

Las runas decían: *Jardín de Sólveig*.

Volví a la cama. Me acosté a su lado. Ella se movió dormida, se acercó a mí, me puso la mano en el pecho sobre la cicatriz donde siempre.

Cerré los ojos.

Y por primera vez en dieciséis años, me dormí sin miedo.

Capítulo 24

El jardín

El letrero lo clavó Bjarki.

Le di el martillo y el clavo y lo levanté para que alcanzara la estaca que Eirik había plantado en la esquina de la parcela, y Bjarki golpeó el clavo con la concentración devastadora de un niño de seis años al que le han dado un martillo y una misión. El primer golpe falló y le dio a la madera del letrero. El segundo le dio al clavo pero torcido. El tercero entró limpio, recto, con el sonido seco de algo que se fija donde debe estar, y Bjarki me miró con la expresión de un hombre que acaba de construir una catedral.

Jardín de Sólveig. Las runas talladas a mano, irregulares, con la torpeza honesta de alguien que no es artesano pero que ha puesto cuidado en cada trazo. La madera olía a abedul fresco. El letrero estaba ligeramente torcido porque Bjarki había clavado el clavo un centímetro más a la izquierda de lo previsto. No lo enderecé. Un jardín con un letrero torcido era un jardín de verdad, no una idea de jardín: imperfecto, vivo, real.

Bajé a Bjarki al suelo. Corrió hacia la parcela donde Yrsa ya estaba cavando con una pala del tamaño de su antebrazo que Dalla le había dado. Cavaba con la precisión de alguien que ha recibido instrucciones detalladas y que piensa seguirlas al milímetro: surcos rectos, separados por un palmo exacto, la tierra removida colocada a un lado en un montículo que alisaba con la mano después de cada

pasada. Tenía tierra en las mejillas, en las rodillas, debajo de las uñas. Me miró desde el suelo con los ojos enormes.

---¿Así?

---Perfecto, Yrsa. Exactamente así.

Asintió una vez. Satisfecha. Volvió a cavar.

Torfi estaba sentado junto a la estaca del letrero con las piernas cruzadas y un saco de semillas en el regazo. Le había dado el trabajo de separar las semillas por tipo: las redondas pequeñas de salvia, las alargadas de valeriana, las diminutas de menta que se le escapaban entre los dedos como arena. No era un trabajo fácil para un niño de ocho años con dedos pequeños, pero Torfi lo hacía con la paciencia del que ha descubierto que las tareas metódicas le calman algo por dentro, algo que no tiene nombre pero que se aquieta cuando las manos están ocupadas en algo que tiene sentido.

Yo estaba de rodillas en la tierra con las manos hundidas hasta las muñecas. Abril había calentado la ladera sur lo suficiente para que la tierra estuviera húmeda y blanda, con el olor denso de la materia orgánica despertándose después de cuatro meses de hielo. Era un olor que conocía de Skálholt: el olor del jardín de mi madre cuando empezaba la primavera, el olor de meter las manos en la tierra y sentir que la tierra respondía, cálida, fértil, con ganas de que le pusieran algo dentro que pudiera crecer.

Skálholt vino. Sin permiso, sin aviso. No con fuego ni con gritos esta vez: vino con el olor a tierra húmeda y con las manos de mi madre en el jardín, con la forma en que inclinaba la cabeza cuando sembraba, con la canción que tarareaba sin letra, la misma tres notas una y otra vez, la música de la mujer que sabía que las

plantas crecen mejor cuando alguien les canta aunque no haya ninguna evidencia empírica de ello.

Las manos me temblaron. El temblor de antes. El que ya conocía.

Pero esta vez no agarré la mesa ni cerré los ojos ni conté hasta que el recuerdo se retirara. Esta vez dejé que viniera. Dejé que las manos de mi madre estuvieran en las mías, metías en la tierra de otra ladera en otro fiordo, y dejé que la canción sin letra sonara un momento en algún sitio por dentro de las costillas, y la sentí: la presencia de alguien que ya no está pero que ha dejado las instrucciones en las manos de la hija que le queda.

El temblor paró.

No por el protocolo. No por contar. Paró solo. Como una fiebre que se rompe: un momento está y al siguiente no, y lo que queda no es la ausencia del síntoma sino algo más, algo que se parece a la paz que Signe había dicho que existía al otro lado de la supervivencia.

Seguí plantando.

Salvia al sur, donde daba más el sol. Valeriana en la sombra de la roca. Menta junto al sendero ---la planté sabiendo que iba a invadir todo lo demás, porque la menta es así, imparable, generosa en exceso, incapaz de quedarse en su sitio, como ciertas personas que conocía---. Equinácea en el centro, donde la tierra era más profunda y el drenaje mejor. Y las parcelas de los niños en la esquina este, marcadas con piedras que Yrsa había alineado con la precisión de una topógrafa.

Bjarki plantó una piedra. Literalmente. Cavó un hoyo, metió una piedra del tamaño de su puño, la cubrió de tierra, la regó con agua del cubo y se sentó a esperar.

---¿Qué has plantado? ---le pregunté.

---Una espada.

---Bjarki, las espadas no crecen de las piedras.

---Ésta sí.

No discutí. Había aprendido que discutir con Bjarki sobre la viabilidad agrícola de las armas era una pérdida de tiempo que no iba a ganar. Además, un jardín donde un niño cree que va a brotar una espada es un jardín donde todavía pasan milagros, y yo necesitaba vivir en un sitio donde pasaran milagros, aunque fueran imposibles, aunque fueran de piedra.

Yrsa plantó valeriana en su parcela. Por supuesto. La niña que observaba todo y no se le escapaba nada había observado que la valeriana era lo que yo usaba para calmar el dolor, y había decidido que su parcela iba a producir la hierba más útil. Había medido la distancia entre semillas con un palito que había cortado a la longitud exacta que yo le había enseñado. Iba a ser una sanadora mejor que yo. Lo sabía con la certeza de la maestra que reconoce en la alumna algo que va más allá de lo que puede enseñarle.

Torfi se acercó con las semillas separadas. Tres montículos en un paño de lino: salvia, valeriana, menta. Me los puso delante sin hablar. Le señalé su parcela.

---¿Qué quieres plantar?

Me miró. Los ojos oscuros, viejos, con la profundidad del niño que piensa demasiado y habla demasiado poco. Se agachó. Cogió un puñado de cada montículo. Los mezcló en la palma de la mano. Los plantó juntos, revueltos, sin orden, en un hoyo que cavó con las manos desnudas.

Un jardín mixto. Todo junto. Todo revuelto. Todo creciendo en el mismo sitio sin importar las reglas de qué va con qué y qué necesita espacio y qué necesita sol. Un desastre botánico que iba a ser precioso si sobrevivía, y algo en la forma en que Torfi lo miraba --- con la cabeza ladeada y la sombra de algo en la boca que no era sonrisa pero que iba en esa dirección--- me dijo que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Cubrió las semillas con tierra. Las aplastanó con la palma. Levantó la cara.

---Sólveig.

Mi nombre. Dicho con la voz ronca de la puerta que se abre, la misma voz que había dicho *otra* la noche de la boda. Pero esta vez era mi nombre: tres sílabas completas, pronunciadas con el esfuerzo de alguien que está sacando palabras de un sitio donde llevan mucho tiempo guardadas y que necesitan luz para no pudrirse.

No gritó. No había dicho *mamá*. Había dicho mi nombre, que era mejor, que era más: era el reconocimiento de quién era yo para él, no un rol sino una persona, no una función sino un nombre propio que había elegido pronunciar porque quería, no porque necesitara nada, solo porque quería que supiera que lo sabía.

La garganta. Cerrada. Caliente. El escozor detrás de los ojos.

---Aquí estoy, Torfi.

Asintió. Volvió a su parcela mixta. Regó con el cubo.

Me senté en la hierba. Dejé que la garganta se me cerrara y se me abriera y se me cerrara otra vez, como un músculo que aprende una contracción nueva, y miré a los tres niños trabajando en el jardín que Eirik me había dado con un letrero torcido y runas torpes,

y pensé: *esto. Esto es lo que hay al otro lado. Tierra y semillas y un niño que dice tu nombre como si fuera una cosa que merece decirse*.

Los días después de la boda fueron extraños.

Extraños no por lo que pasaba sino por lo que no pasaba. No pasaba peligro. No pasaba miedo. No pasaba la vigilancia constante, la evaluación de amenazas, el cálculo automático de salidas y rutas de escape que había sido mi estado base durante dos años. Lo que pasaba era la mañana, la tarde, la noche. Lo que pasaba era levantarse, trabajar, comer, dormir. Lo que pasaba era la rutina, y la rutina me desorientaba con la fuerza de las cosas simples que resultan incomprensibles cuando llevas mucho tiempo sin tenerlas.

Me despertaba cada mañana en la misma cama. Esto, que para cualquier persona del clan era lo más normal del mundo, para mí era un fenómeno que tardaba tres segundos en procesar: la misma cama, las mismas pieles, la misma ventana, el mismo hombre dormido a mi lado con el brazo sobre mi cintura y la respiración profunda y la cara que en el sueño perdía la máscara del jarl y era solo Eirik, solo el hombre, solo la versión de él que existía cuando nadie miraba y que ahora me pertenecía todas las mañanas.

Las llaves. Las llaves del clan que Signe me había dado el primer día y que ahora pesaban diferente en mi cinturón: no como un préstamo sino como una herencia, no como un símbolo sino como una herramienta. La husfreyja no era un título decorativo: era la persona que decidía qué se comía, cuánto se guardaba para el invierno, quién recibía qué porción del salmón ahumado, cómo se distribuían las pieles, cuándo se encendía el baño común y cuándo se lavaba la ropa. Era logística, política doméstica, economía aplicada. Y yo era buena en ello porque era buena en sistemas ---los

sistemas del cuerpo humano, los sistemas de una despensa, los sistemas de un clan que necesita comer y dormir y funcionar--- y porque Thyra me había enseñado durante meses sin que yo me diera cuenta de que me estaba enseñando.

Thyra. Thyra que ahora me miraba con una satisfacción que no se molestaba en disimular.

---Ya era hora de que este clan tuviera a alguien con cabeza al mando de la despensa ---dijo la segunda mañana después de la boda, sentada en su banco con la autoridad de las seis décadas---. Tu suegra era buena. Pero se fue. Signe intentó, pero a Signe le interesa más quemar cosas que organizarlas. Y Eirik\... ---un resoplido que contenía veinte años de opinión sobre la capacidad doméstica del jarl---. Eirik es capaz de conquistar un fiordo y perder un queso.

Me reí. Thyra me miró con la aprobación de quien ha dicho algo gracioso y aprecia que se lo reconozcan.

---Necesitamos más salmón ahumado para el verano. Y un sistema mejor para el grano: el que tenemos pierde un veinte por ciento por humedad. Y alguien debería hablar con Dalla sobre cómo organiza las hierbas secas, porque lo que tiene montado en la cabaña es un crimen contra la botánica.

---Me encargo.

---Ya lo sé ---dijo Thyra---. Por eso te lo digo a ti y no a tu marido.

Me encargaba. Me encargaba de las despensas y del grano y de las hierbas y del baño común y de la distribución de comida y de las disputas entre mujeres del clan que Thyra me pasaba con la eficiencia de alguien que delega lo que puede para poder seguir

controlando lo que quiere. Me encargaba de los heridos, que se recuperaban despacio pero se recuperaban: los veintiocho supervivientes iban mejorando día a día, las suturas cerrando, las infecciones controladas con cataplasmas de equinácea y cambios de vendaje dos veces al día. Signe y Dalla se encargaban de los que ya podían caminar. Yo me encargaba de los cinco graves que todavía necesitaban supervisión.

Bjǫrn era el peor paciente de la historia de la medicina.

A los cinco días de la boda intentó levantar un tronco con el brazo herido. Lo encontré en el patio con la cara blanca de dolor y el vendaje manchado de sangre fresca y la expresión culpable de alguien que sabe que ha hecho exactamente lo que le dijeron que no hiciera.

---Te dije tres semanas.

---Han pasado dos.

---Dos no son tres, Bjǫrn. Eso lo sabe un niño de cuatro años. ---Le señalé la cabaña---. Adentro. Ahora.

---Sólveig.

---Si me discutes otra vez sobre plazos de curación, le digo a Leif que duerma en otra cabaña hasta que cumplas.

El silencio que siguió tuvo la densidad de una amenaza nuclear. Bjǫrn me miró con los ojos abiertos de un hombre que acaba de escuchar la peor amenaza posible y que no puede determinar si es un farol. Lo era. Probablemente. Pero Bjǫrn no podía estar seguro, y la duda fue suficiente.

Entró en la cabaña. Se sentó. Me dejó cambiarle el vendaje en silencio. La herida estaba bien ---los puntos habían aguantado, la sangre era superficial, de esfuerzo no de reapertura---, pero le

apreté el cabestrillo un agujero más de lo necesario como recordatorio.

---Una semana más. Una.

---Una semana ---dijo. Con la resignación de la derrota total.

Leif apareció en la puerta cuando Bjǫrn salía. Me miró con una ceja levantada.

---¿Le has amenazado con lo mío?

---Ha funcionado.

La sonrisa de Leif. La sonrisa del hombre que ha encontrado en el mundo exactamente a la persona que necesitaba y que disfruta cada día de esa certeza con la tranquilidad de quien no tiene prisa porque no tiene duda.

---Husfreyja ---dijo. Inclinando la cabeza un milímetro. El reconocimiento. El título. No dicho como burla ni como formalidad sino como constatación de algo que ya era cierto antes de la boda y que la boda había hecho oficial.

Las noches eran lo mejor.

Las noches eran lo que debían ser las noches cuando nadie te persigue y la puerta está cerrada y la persona que duerme a tu lado es la persona que elegiste y que te eligió: un espacio cerrado donde el mundo se reducía a dos cuerpos y una cama y la lámpara baja y el sonido del fiordo entrando por la ventana.

Eirik tocaba la lira antes de dormir. No todas las noches: algunas noches estaba demasiado cansado, o tenía que reunirse con Halfdan para hablar de la redistribución de las tierras de Sigurd, o simplemente se tumbaba boca arriba con los brazos detrás de la cabeza y miraba el techo con la expresión del hombre que está procesando algo y que necesita silencio para hacerlo. Pero muchas

noches tocaba. Para mí. Para los dos. Para la habitación que se llenaba de la música de su madre como se llena un cuenco de agua: despacio, desde el fondo, sin desbordarse.

Y después de la música, o en vez de la música, o interrumpiendo la música porque yo le quitaba la lira de las manos y la dejaba en el suelo con más prisa de la necesaria, venía lo otro.

El sexo de los primeros días de matrimonio era diferente del sexo de antes. No mejor ni peor: diferente. Con un matiz de propiedad que me sorprendía cada vez que lo notaba y que no era posesión sino pertenencia, la pertenencia mutua de dos personas que se han declarado del otro delante de doscientos testigos y un cuervo y que ahora, cuando se tocan, se tocan con la autoridad de quien tiene derecho a estar ahí.

La décima noche le quité la lira en mitad de una melodía.

Estaba tocando la de la ballena ---para mí, porque sabía que me gustaba, porque sabía que me relajaba--- y yo lo miraba desde la cama con la cabeza apoyada en la mano y el pelo suelto y la túnica de dormir que Signe me había cosido y que era demasiado fina para el frío de abril pero que no me importaba porque la calefacción iba a llegar de otra fuente.

Lo miraba y pensaba en lo que había cambiado. En cómo este hombre que tocaba la lira a escondidas debajo de la cama ahora la sacaba después de cenar y se sentaba junto al fuego de la longhouse y tocaba para el clan, y Torfi bailaba y los niños se dormían y los guerreros se callaban y Thyra cerraba los ojos, y la música que había estado escondida llenaba el espacio como si siempre hubiera estado ahí esperando que alguien le abriera la puerta. Pensaba en eso. Y pensaba en sus manos en las cuerdas. Y

pensaba en sus manos en mí. Y las dos cosas se mezclaban de una forma que me cortaba la respiración.

Me levanté. Caminé hasta él. Le quité la lira de las manos. La dejé en la repisa.

Me miró con las manos vacías y los ojos que ya sabían lo que venía y que se oscurecían con la velocidad de una nube cubriendo la luna: el gris volviéndose carbón, las pupilas dilatándose, toda la concentración que un segundo antes estaba en las cuerdas redirigida hacia mí con una intensidad que me calentaba la piel como si me hubiera acercado al fuego.

---Estaba tocando ---dijo. Pero la voz ya le había cambiado. Ya era la voz de las noches, la del río profundo, la que me bajaba por la columna como una mano.

---Estás haciendo otra cosa ahora ---dije. Me senté en su regazo. A horcajadas. Con las rodillas a los lados de sus caderas y las manos en sus hombros y la cara a la distancia donde podía sentir su aliento y él el mío y el espacio entre nuestras bocas era tan pequeño que respirar era casi besarse.

Las manos le fueron a mi cintura. Automáticas. Los pulgares en las caderas, los dedos en la espalda baja, la presión exacta que conocía de memoria porque estas manos me habían tocado cien veces y cada vez sabían mejor dónde ir, cuánto apretar, dónde detenerse para que yo fuera la que pidiera que no se detuvieran.

---¿Estás segura? ---preguntó. Lo preguntaba cada vez. No porque dudara de la respuesta sino porque preguntarlo era parte de lo que éramos: dos personas que se pedían permiso no por obligación sino por costumbre, por respeto, por el placer específico de escuchar al otro decir *sí* cuando podía decir *no*.

---Eirik ---dije. Despacio. Mirándolo a los ojos---. Estoy sentada en tu regazo a las once de la noche con una túnica que es básicamente transparente. No es un momento de ambigüedad.

Ese tic suyo. El tirón que no era sonrisa. Y después la risa, corta, baja, la risa del hombre que se ríe porque está feliz y porque la mujer que ama le hace gracia y porque la combinación de felicidad y gracia y deseo es algo para lo que no tiene marco de referencia y que lo deja sin defensa.

Le quité la túnica. Tirando hacia arriba, pasándosela por la cabeza con la familiaridad de un gesto que había hecho decenas de veces pero que nunca dejaba de provocarme algo cuando la tela le despeinaba el pelo y después aparecía él debajo: la cicatriz del hombro, la línea de la clavícula, el pecho ancho con el vello oscuro que bajaba por el centro en una línea que mis dedos conocían de memoria y que mis dedos siguieron ahora, de arriba abajo, del esternón al ombligo, notándo los músculos contraerse bajo mi contacto como las cuerdas de la lira vibran bajo la pulsación.

Me quitó la túnica transparente. Sin prisa. Deslizándola por los hombros, dejándola caer. Y después me miró como me miraba siempre la primera vez que me veía desnuda en una noche: como si fuera la primera vez, como si no me hubiera visto antes, como si cada noche fuera un descubrimiento nuevo que necesitaba procesar desde el principio. La mirada que me recorría desde la cara hasta las caderas con la atención del hombre que mira algo que no puede creer que sea suyo y que cada noche necesita confirmarlo de nuevo.

Lo besé. Desde arriba. Controlando el ángulo, la profundidad, el ritmo. Controlando todo porque esta noche era mía, porque me apetecía que fuera mía, porque la husfreyja que dirigía un clan

durante el día quería dirigir esto también y porque Eirik se lo permitía con la entrega del hombre que ha descubierto que rendirse ante esta mujer no es debilidad sino la forma más inteligente de fuerza.

Le usé el cuerpo como él usaba la lira: con las manos, con la atención, con el conocimiento acumulado de meses de aprendizaje. Sabía dónde tocar para que la respiración se le cortara. Sabía dónde besar para que los ojos se le cerraran contra su voluntad. Sabía qué ritmo lo deshacía y cuál lo mantenía al borde y cuál lo llevaba más allá, y usé los tres, uno detrás de otro, como las notas de una melodía que sube y baja y se sostiene y resuelve, y cuando se resolvió fue con mi nombre en su boca y mis manos en su pelo y nuestras frentes juntas y el sonido de dos personas que no necesitan decir nada porque los cuerpos ya han dicho todo lo que había que decir.

Después. En la cama. Con la lámpara apagándose y su brazo debajo de mi cabeza y el anillo de hierro contra mi sien donde antes había estado la ficha de cuervo.

---Hoy Torfi ha dicho mi nombre.

Silencio. Después, su brazo apretanédome más fuerte.

---Lo sé ---dijo---. Yrsa me lo ha contado. Me ha contado con detalle clínico cómo ha dicho tu nombre, en qué tono, cuántas sílabas, y después me ha preguntado si eso significa que ahora es nuestro hijo, y le he dicho que eso era una conversación que tenía que tener con mi esposa, y Yrsa ha dicho ---pausa--- que mi esposa ya lo sabía.

Cerré los ojos. La risa y las lágrimas ocupando el mismo espacio detrás de los párpados, empujando en direcciones opuestas,

cancelándose la una a la otra hasta dejar algo que no era ninguna de las dos sino las dos juntas: la emoción de la gente que está construyendo algo que no existía y que ahora existe, pieza a pieza, ladrillo a ladrillo, semilla a semilla.

---Tu esposa ya lo sabía ---dije.

Me besó la sien. Sobre el anillo. Me quedé dormida con el sonido del fiordo entrando por la ventana y el olor a tierra del jardín todavía en mis uñas y la certeza ---no la esperanza, no la fe, la certeza, la certeza empírica y verificable de la sanadora que necesita pruebas para creer--- de que la salvia iba a crecer y la valeriana iba a florecer y la piedra de Bjarki no iba a dar espadas pero iba a dar algo mejor, algo que no tenía nombre en ningún herbário pero que crecía de todas formas.

Crecía de todas formas.

Capítulo 25

La alianza

Diez jarls y un mapa.

El mapa lo había dibujado Thyra en un trozo de cuero de becerro con la precisión de alguien que llevaba seis décadas observando quién tenía qué y dónde estaban las fronteras que nadie había escrito pero que todo el mundo respetaba. La costa norte entera: desde el fiordo de Halfdan al oeste hasta las tierras de Asmund al este, con Hrafnheim en el centro y las tierras de Sigurd ---Vestfold, la franja más rica de la costa, el premio--- extendiéndose al sur como una lengua de tierra que llegaba casi hasta el mar abierto.

Diez jarls sentados alrededor de la mesa de mi longhouse mirando ese mapa con la concentración específica de hombres que calculan qué pueden ganar. El reparto de Vestfold iba a definir la política de la costa durante una generación. Lo sabían. Lo sabía yo. Lo sabía Halfdan, que estaba sentado a mi derecha con las manos cruzadas sobre el estómago y la expresión del hombre que ya ha calculado todas las variantes y que está esperando a ver cuál elijo yo.

El silencio tenía el peso de la tierra que estaba en juego. Nadie quería hablar primero. Hablar primero era mostrar la mano, y mostrar la mano era perder ventaja, y perder ventaja en un Thing de reparto era perder tierra, y la tierra era la única moneda que no se devaluaba.

Hablé primero.

---Vestfold se divide en cuatro partes ---dije. Sin preámbulo, sin agradecimientos, sin la retórica que los jarls usaban para envolver las decisiones en palabras que sonaran a deliberación cuando eran imposiciones. No tenía tiempo para retórica. Tenía un jardín que regar antes de que cayera el sol---. La franja costera, que es la más fértil, para Halfdan. Las tierras del interior norte para Ragnar. Las del interior sur para Ketil. Y la desembocadura del río, con el puerto, para Asmund.

Silencio. Pero un silencio diferente: no el silencio de la expectativa sino el del cálculo. Diez cerebros procesando los números, las ventajas, las implicaciones. Ragnar se inclinó sobre el mapa. Ketil frunció el ceño. Asmund no se movió, pero algo le cambió en los ojos: un destello, rápido, controlado, que en un hombre que nunca mostraba nada era el equivalente de una carcajada.

---¿Y tú? ---preguntó Ragnar. Directo, sin diplomacia, que era la forma de Ragnar---. Eres el jarl que mató a Sigurd. Tienes derecho a la mejor parte.

---No maté a Sigurd. Lo mató el Thing. ---Pausa. La verdad era más complicada: Bjǫrn me había salvado, Halfdan lo había ejecutado, Sólveig lo había derrotado antes de que ningún hacha lo tocara. Pero la verdad complicada no servía en un Thing de reparto. La verdad simple sí---. Y Hrafnheim no necesita más tierra. Necesita paz. Necesita aliados que no me apuñalen por la espalda mientras duermo. Y la mejor forma de garantizar eso es que todos tengan algo que perder si la alianza se rompe.

Halfdan me miró. La sombra de la sonrisa que era lo máximo que su cara permitía.

Ragnar se recostó en el banco. Me evaluó durante tres respiraciones. Lo que buscaba en mi cara era lo que había buscado la primera vez que me vio en el Thing de invierno: la trampa. El ángulo oculto. El beneficio disfrazado de generosidad. No lo encontró porque no estaba. Lo que estaba era algo que Ragnar no tenía marco para procesar: un jarl que no quería más tierra. Un jarl que quería dormir tranquilo.

---Las tierras del interior norte son buenas para el ganado ---dijo Ragnar. Aceptándolo. No con palabras de aceptación sino con las palabras que venían después: las palabras de quien ya está planificando qué hacer con lo que acaba de recibir.

Ketil asintió. Asmund asintió. Los seis jarls restantes, que no recibían tierra de Vestfold pero que recibían la garantía de una alianza estable con cuatro jarls más poderosos que antes, asintieron también.

Diez asintimientos. Ningún voto. Ningún debate. El reparto más limpio de la historia del Thing, cerrado en menos tiempo del que tardaba Signe en decidir qué hierbas poner en el estofado.

Halfdan se quedó después.

Los demás se fueron con la satisfacción de los hombres que han ganado algo sin tener que pelear por ello, que era la forma más pura de victoria. Ragnar se llevó a su gente antes de mediodía. Ketil invitó a tres de los jarls menores a navegar con él hasta Vestfold para inspeccionar las tierras. Asmund desapareció sin despedirse, como siempre, como si fuera humo que se disipa cuando dejas de mirarlo.

Halfdan se quedó en la longhouse con una jarra de cerveza y la calma de los ríos que no tienen prisa por llegar al mar.

---Tu padre habría repartido de otra forma ---dijo.

No era crítica. Era observación. Halfdan no criticaba: observaba, como los geólogos observan las capas de roca y sacan conclusiones sobre lo que pasó hace mil años.

---Mi padre se habría quedado con la mitad y habría repartido la otra ---dije---. Y habría pasado los siguientes diez años defendiendo esa mitad de los que querían quitársela.

---Sí. ---Halfdan bebió. La cerveza le brilló en la barba. Se la secó con el dorso de la mano con la naturalidad de un hombre que ha bebido cerveza durante sesenta años y que no va a empezar a usar servilleta ahora---. Tu padre era un buen jarl. Pero pensaba que la fuerza era lo que mantenía un clan unido. Tú piensas que es otra cosa.

---¿Qué cosa?

---No me preguntes a mí. Es tu clan. ---Pausa. Los ojos viejos, de seis décadas, mirándome con la evaluación del hombre que ha visto nacer jarls y morir jarls y que sabe distinguir entre los que duran y los que no---. Pero si me pidieras una opinión que no te estoy dando, te diría que lo que mantiene un clan no es la fuerza ni la tierra ni el oro. Es la sensación de que el jarl sabe lo que hace. De que hay alguien al mando que piensa más allá de la próxima batalla. De que si sigues a ese hombre, vas a llegar a algún sitio que merece la pena.

Bebió otra vez. Me miró por encima de la jarra.

---Y si ese hombre, además, tiene a su lado a una mujer que puede curarte cuando estás herido, envenenarte si la traicionas y organizar una despensa mejor que cualquier intendente de Noruega, entonces los demás van a pensar que seguir a ese hombre no solo merece la pena sino que es la opción más inteligente disponible.

La boca le tiró. A pesar de todo, a pesar de la seriedad del momento, la boca le tiró hacia arriba.

---Le transmitiré el cumplido a mi esposa.

---No lo hagas. Ya sabe lo que vale. No necesita que se lo digan. ---Se levantó con la lentitud de los huesos viejos que protestan cuando se mueven después de estar quietos---. Eirik.

---Halfdan.

---El verano es buen momento para viajar. ---Lo dijo sin mirarme. Lo dijo como se dice lo que se ha pensado mucho y se ha decidido decir en la última frase, como recompensa o como advertencia---. Tu esposa tiene un hogar que no ha vuelto a ver. Algún día va a necesitar verlo. Mejor que seas tú quien la lleve y no la necesidad.

Se fue. Salí detrás de él a la luz de abril y lo vi caminar hacia el muelle donde su barco esperaba con la vela enrollada y los hombres listos, y pensé que Halfdan era la clase de hombre que el mundo produce pocas veces y que nunca valora lo suficiente: el viejo que dice lo que necesitas oír en el momento en que necesitas oírlo y después se va, porque lo importante no es que él esté ahí sino que la semilla esté plantada.

Skálholt. La semilla que Halfdan había plantado.

Sólveig no había mencionado Skálholt desde la noche de la confesión. Había hablado de ello en el juicio, con la voz clínica, con la distancia de la sanadora que presenta un caso. Pero no había dicho *quiero volver*. No había dicho *necesito ver lo que queda*. No había dicho nada, y yo conocía a esta mujer lo suficiente para saber que su silencio no era ausencia de necesidad sino exceso de ella, tanta necesidad acumulada que la primera capa de defensa era no mencionarla.

Bjǫrn me encontró en el patio de armas. Sin cabestrillo.

Me detuvo antes de que dijera nada.

---Tres semanas y dos días. He contado. He cumplido. Tu esposa puede verificarlo con Leif, que ha vigilado cada minuto como un halcón con barba. ---Levantó el brazo. Lo extendió. Lo flexionó. Los treinta puntos de Sólveig habían cerrado en una línea limpia, rosada, que iba a ser una cicatriz espectacular y que probablemente iba a exhibir en cada fiesta durante los próximos veinte años---. ¿Ves? Funciona. Se mueve. Puedo hacer esto. ---Cerró el puño---. Y esto. ---Abrió la mano---. Y esto. ---La giró---. Todo. Tu esposa es un milagro con aguja y yo estoy listo para volver a entrenar.

---Habla con mi esposa, no conmigo.

---Ya he hablado con tu esposa. Tu esposa ha dicho que hable contigo. Tu esposa ha dicho *si tu jarl te da permiso, yo te doy el alta*. Lo cual es una jugada política brillante porque me obliga a pedirte permiso a ti, lo cual le da a ella la distancia para no ser la mala si digo que sí y el brazo se rompe otra vez.

Me reí. Una risa corta, seca, que sonó en el patio de armas con la claridad de algo que llevaba días sin pasar: una risa que no era de alivio ni de felicidad sino de la satisfacción específica de vivir con una mujer que era más lista que todos los jarls del Thing juntos y que usaba esa inteligencia para maniobras domésticas con la misma precisión que para detectar arsénico.

---Tienes permiso ---dije---. Entrenamiento suave. Una semana. Si en una semana el brazo aguanta, entrenamiento completo.

Bjǫrn sonrió. La sonrisa del oso que ha salido de la cueva después del invierno y que ve el mundo entero como un sitio donde

rodar, correr y romper cosas. Se giró, salió del patio, y antes de llegar a la puerta gritó:

---¡Leif! ¡Trae las hachas!

Desde algún sitio del clan, la voz de Leif:

---¡Bjǫrn, ha dicho suave!

---¡Ésta es mi versión de suave!

Esa tarde hice algo que no había planeado.

No soy hombre de planes. Soy hombre de decisiones: las tomo cuando las veo, las ejecuto cuando las tomo, y la distancia entre ver y ejecutar es lo más corta que puedo hacerla. Sólveig planifica. Sólveig hace listas, calcula dosis, organiza sistemas. Yo veo y actúo. Los dos juntos funcionamos porque ella piensa a tres meses y yo pienso a tres segundos, y entre los dos cubrimos todo el espectro.

Lo que vi fue a Torfi.

Estaba en el patio de armas, sentado en el muro donde Bjǫrn se había sentado durante la convalecencia. Tenía los pies colgando y un trozo de madera en la mano que estaba tallando con un cuchillo pequeño que alguien le había dado ---Leif, probablemente, porque Leif era la clase de persona que notaba cuándo un niño necesitaba un cuchillo y un trozo de madera y la libertad de hacer algo con las manos---. Tallaba despacio, con concentración, sacando virutas pequeñas que caían al suelo como nieve de madera.

Me senté a su lado. No dije nada. Bjǫrn me había enseñado de muchacho que la mejor forma de acercarse a alguien que no habla es no hablar con él: sentarse, estar, compartir el silencio hasta que el silencio deje de ser una barrera y se convierta en un puente.

Tallamos. Yo no tenía cuchillo ni madera, así que cogí una piedra y la froté contra otra con movimientos lentos que no producían nada

excepto un sonido suave, rítmico, que se mezclaba con el de sus virutas cayendo.

Cinco minutos. Diez. El sol de abril moviéndose sobre el patio con la lentitud de las tardes que no tienen prisa.

---¿Qué tallas? ---pregunté.

Me enseñó la madera. Una forma que todavía no era forma: el comienzo de algo, los bordes desbastados, la silueta emergiendo de la madera como un animal que sale del agua. Tuve que girar la pieza dos veces para verlo.

Un cuervo.

La garganta. Otra vez la garganta. Iba a tener que pedirle a Sólveig que me examinara la garganta porque no era normal que se me cerrara tantas veces al día; algo tenía que estar mal, algún músculo, alguna reacción. O quizá no tenía nada mal. Quizá era lo que pasaba cuando un niño que no hablaba te tallaba el símbolo de tu clan con un cuchillo prestado y unas manos que todavía estaban aprendiendo a no temblar.

---Es bueno ---dije. Y lo era: la línea del pico era precisa, las alas tenían la proporción correcta. El niño tenía ojo. El niño tenía manos. El niño tenía algo que el mundo no le había podido quitar a pesar de haberlo intentado.

Torfi me miró. Los ojos oscuros, viejos. Después bajó la vista. Siguió tallando.

---Torfi ---dije---. Quiero preguntarte algo.

No levantó la vista. Pero las manos pararon. La hoja del cuchillo quieta contra la madera, inmóvil, esperando.

---Sólveig y yo queremos que te quedes. No como huésped, no como niño del clan. Como nuestro. Como hijo. ---Las palabras me

salían más fáciles de lo que había esperado, quizá porque no eran nuevas, quizá porque llevaban semanas formándose y ahora simplemente caían como fruta madura---. Bjarki también. Yrsa también. Los tres. Si vosotros queréis.

Silencio. El silencio de Torfi, que no era ausencia sino presencia: un silencio lleno, denso, cargado con lo que pasaba por detrás de esos ojos oscuros que no levantaban la vista de la madera.

Esperé. Lo que Sólveig me había enseñado sobre los niños que no hablan era que el peor error era llenar su silencio: las palabras ajenas les robaban el espacio que necesitaban para encontrar las propias. Así que esperé. Con las piedras en las manos y el sol en la cara y el sonido de Bjǫrn y Leif entrenando al fondo del patio como una percusión lejana, constante, reconfortante.

Torfi levantó la vista.

Me miró durante un tiempo que no sé medir porque los relojes no funcionan cuando un niño de ocho años te mira con los ojos de alguien que ha perdido todo y que está decidiendo si puede volver a confiar en que algo sea permanente. Lo vi pensar. Lo vi calcular, no con la frialdad de Sigurd sino con la cautela del animal herido que quiere acercarse al fuego pero que recuerda la última vez que se quemó.

Asintió.

Un movimiento. Pequeño. La cabeza bajando un centímetro y subiendo. Después volvió a tallar. Las virutas cayendo. El cuervo emergiendo de la madera con cada pasada del cuchillo.

Me levanté del muro. Le puse la mano en la cabeza. Un segundo. Después la quité y me fui, porque conocía a Torfi y sabía que

necesitaba digerir las cosas solo, en silencio, con las manos ocupadas.

Fui a buscar a Bjarki y Yrsa.

Bjarki estaba en la playa construyendo algo con restos de drakkar que parecía alternativamente una fortaleza, un barco, y una trampa para monstruos marinos. Cuando le dije lo que quería decirle, me miró con la perplejidad de alguien a quien le explican algo que ya sabía.

---¿Pero eso no era ya?

---No, Bjarki. Eso no era ya. Ahora es ya.

---Ah. ---Pausa. La pausa de un niño que procesa información y la archiva en el cajón de *cosas que los adultos necesitan hacer oficiales para sentirse mejor*---. ¿Puedo seguir construyendo?

---Puedes seguir construyendo.

Volvió a su fortaleza-barco-trampa con la tranquilidad de un niño cuyo mundo no ha cambiado porque su mundo ya estaba donde necesitaba estar.

Yrsa fue diferente.

La encontré en la cabaña de Sólveig, ordenando frascos. Los estaba alineando por tamaño sobre el estante con la meticulosidad de alguien que hereda una tradición y la toma en serio. Cuando entré, levantó la vista con esos ojos enormes que archivaban todo ---la hora, la luz, la expresión de mi cara, la posición de mis manos--- y supe antes de hablar que esta niña iba a entenderlo todo, cada capa, cada implicación, cada matiz que Bjarki había dejado pasar y que Torfi había procesado en silencio.

Le dije lo que le había dicho a Torfi. Las mismas palabras.

Yrsa me miró. No asintió. No sonrió. Bajó del taburete donde estaba subida para alcanzar los estantes. Caminó hasta mí con la gravedad de alguien que camina hacia algo que ha estado esperando y que necesita hacer bien.

Me cogió la mano.

No la mano del anillo. La otra. La que tenía la cicatriz de la espada de Sigurd, la que Sólveig había cosido con doce puntos. Me la cogió con las dos suyas ---pequeñas, manchadas de tinta de las hierbas, con los dedos finos de sanadora en formación--- y la sostuvo contra su cara. La mejilla contra mis nudillos. Los ojos cerrados.

No dijo nada. No hacía falta. Lo que hacía su cara contra mi mano era más elocuente que cualquier palabra: era un gesto de llegada, de final de viaje, de alguien que ha buscado un puerto durante mucho tiempo y que ahora cierra los ojos porque por fin puede dejar de buscar.

Le puse la otra mano en la cabeza. El pelo fino, rubio, con un lazo que Sólveig le había puesto esa mañana. Nos quedamos así un momento que no sé cuánto duró porque en los momentos donde un niño te elige como padre los relojes se detienen, lo he comprobado, se detienen porque el tiempo sabe que hay cosas más importantes que pasar.

Después Yrsa abrió los ojos. Me soltó la mano. Volvió a subirse al taburete. Siguió ordenando frascos.

Desde el taburete, sin mirarme, con la voz clara de quien está constatando un hecho:

---Ya se lo he dicho a Bjarki. Antes de que tú vinieras. Le he dicho que eras nuestro padre. Le ha parecido obvio. ---Pausa. Movió

un frasco dos milímetros a la izquierda---. Torfi lo sabía desde la boda.

Salí de la cabaña con la cara que debía tener: la cara de un hombre que acaba de descubrir que sus hijos lo adoptaron a él antes de que él los adoptara a ellos y que está procesando la ironía de ser siempre el último en enterarse de las cosas que pasan en su propio clan.

Sólveig estaba en el jardín. De rodillas en la tierra, con las manos hundidas, con una mancha de barro en la mejilla que tenía la forma de un país que no existía. Me miró subir por el sendero con la expresión de la mujer que ya sabía, porque Yrsa también se lo había contado a ella, probablemente con detalle clínico, probablemente antes del desayuno.

---Ya lo sabías ---dije.

---Desde hace tres semanas.

---Y no me dijiste nada.

---Necesitabas llegar solo. ---Se limpió las manos en la falda. Me miró con los ojos verdes que tenían todo dentro: la risa, la ternura, el conocimiento profundo de quién era yo y de lo que necesitaba y de cuándo dármelo y cuándo dejar que lo encontrara por mí mismo---. Eirik Ragnvaldsson. Jarl. Marido. Padre de tres.

Las tres palabras. Las tres nuevas, las tres como semillas recién plantadas que iban a crecer en la parcela de algo que no tenía letrero pero que tenía forma, la forma de una familia construida no con sangre sino con elección, no con herencia sino con las manos en la tierra y la voluntad de que algo creciera.

Me arrodillé a su lado. En la tierra del jardín, entre la salvia y la valeriana, con el letrero torcido de Bjarki a la espalda y el fiordo azul

abajo y el sonido de Bjǫrn y Leif entrenando en el patio y el grito lejano de Huginn volando sobre el clan con algo brillante en el pico que probablemente era de alguien y que probablemente iba a provocar una discusión.

---Halfdan me ha dicho algo antes de irse ---dije.

Sólveig me miró. Esperó.

---Ha dicho que el verano es buen momento para viajar. Que tienes un hogar que no has vuelto a ver.

La cara le cambió. No de golpe sino despacio, como una superficie de agua cuando la tocas con un dedo: la onda expandiéndose desde el centro, alterando todo sin romper nada. Vi pasar el miedo, la resistencia, el dolor, y después algo más: algo que estaba debajo de todo eso, algo que había estado esperando.

---Skálholt ---dijo. Probando la palabra como había probado *esposo* la noche de la boda: giándola en la boca, sintiéndola, decidiendo si todavía le dolía o si el dolor se había transformado en otra cosa.

---Cuando quieras. Si quieres. No tiene que ser ahora. No tiene que ser nunca.

---Tiene que ser ---dijo. Con la voz de la sanadora que diagnostica: firme, precisa, sin espacio para la negociación---. Tiene que ser porque si no vuelvo, Skálholt se queda congelado en la noche del fuego. Y yo necesito que Skálholt sea otra cosa. Necesito que sea el sitio de donde vengo, no el sitio donde todo se acabó.

Le cogí la mano. La que tenía tierra debajo de las uñas, la que plantaba semillas y cosía heridas y sujetaba la mía cuando el mundo era demasiado grande.

---Entonces vamos ---dije---. Este verano. Los cinco.

Los cinco. Porque ya éramos cinco.

Desde la viga de la longhouse, Huginn graznó. Como si contara. Como si dijera: *seis*.

Sólveig se rió. Con barro en la mejilla y tierra en las manos y semillas bajo las uñas y la risa saliéndole del sitio donde antes vivía el miedo y donde ahora vivía algo que no necesitaba nombre porque ya tenía forma: la forma de un jardín torcido en una ladera, la forma de tres niños que te eligen antes de que los elijas, la forma de un fiordo que ya era suyo.

La besé en la mejilla. En la mancha de barro. Sabía a tierra y a abril y al futuro.

Capítulo 26

El viaje

Zarpamos con la primera marea de junio.

La *Astrid* salió del fiordo de Hrafnheim al amanecer, con la vela cuadra desplegada y el viento del norte empuándonos hacia el sur como si el propio cielo tuviera prisa por llevarnos. Eirik había elegido su mejor barco ---no un drakkar de guerra sino un knarr mercante, más ancho, más estable, con espacio para carga y para niños que no se estuvieran quietos---, y le había puesto el nombre de su madre hacía años, cuando era joven y todavía no sabía que los barcos con nombre de madre te llevan a los sitios que necesitas aunque no quieras ir.

Siete en el barco. Eirik al timón, con el pelo recogido y la túnica de mar y las manos en la caña con la familiaridad de alguien que lleva navegando desde que sus piernas alcanzaban la cubierta. Bjǫrn y Leif en los remos cuando el viento no daba ---Bjǫrn remando con la potencia de un molino y Leif igualando su ritmo con la eficiencia del remero que compensa técnica por masa---. Y nosotros cinco. Los cinco que ya eran una palabra que no necesitaba explicación: Eirik, yo, Bjarki, Yrsa, Torfi. Cinco.

Bjarki fue el primero en subir al barco. Se le vio en la cara que la *Astrid* era el sitio donde había querido estar desde que nació y donde no sabía que quería estar hasta que la cubierta le crujío bajo los pies. Corrió de proa a popa tres veces antes de que saliéramos del fiordo. Se asomó por la borda hasta que Bjǫrn lo cogió de la

cintura y lo sentó en el banco con una mano y la frase *si te caes al agua no me meto a buscarte, que está fría*. Se quedó quieto tres minutos. Después volvió a asomarse.

Yrsa se sentó junto a mí. Llevaba un cuaderno de cuero que Thyra le había dado ---un cuaderno real, con páginas de pergamino cosidas a mano, un objeto de valor que Thyra le había entregado con las palabras *anota lo que veas, que las cosas que no se anotan se pierden*--- y un trozo de carbón para escribir. Empezó a dibujar en cuanto salimos del fiordo: la línea de la costa, la forma de las nubes, el perfil de los acantilados. Dibujaba con la concentración de alguien que está construyendo un archivo del mundo, pieza a pieza, detalle a detalle, con la paciencia de la niña que ya sabía que las cosas se pierden si no las fijas en algún sitio.

Torfi estaba en la proa. De pie. Con las manos en la borda y la cara al viento y los ojos puestos en el horizonte con una expresión que no le había visto antes: abierta. El viento le echaba el pelo hacia atrás y la sal le brillaba en la piel y había algo en la forma en que mantenía el cuerpo ---erguido, los hombros abiertos, la barbilla levantada--- que me hizo pensar en un pájaro que descubre que tiene alas. No se había apartado de la proa desde que zarpamos. No se iba a apartar. El mar le había dicho algo que la tierra no había sabido decirle, y Torfi estaba escuchando.

Y yo.

Yo estaba sentada en el banco central con las manos en el regazo y el morral a los pies y la línea de la costa pasando a mi izquierda como un pergamino que se desenrollaba, y cada metro de costa que pasábamos era un metro más cerca de Skálholt, y el

pecho me latía con la cadencia de un reloj que cuenta hacia atrás pero que no sabe cuándo llega a cero.

La costa.

La conocía. No toda ---no había navegado más allá de medio día de Skálholt en mi vida anterior---, pero las formas generales eran familiares de la forma en que es familiar una cara que has visto en sueños: los acantilados de basalto, las playas de arena oscura, los fiordos que se abrían como dedos verdes en la roca. Era la costa de Noruega y era mi costa, la que había mirado desde la ventana de la cabaña de mi madre cada mañana durante dieciocho años, la que había dejado de mirar una noche de diciembre cuando las velas negras aparecieron al amanecer y todo lo que conocía ardió.

No había vuelto. Dos años huyendo hacia el norte, siempre hacia el norte, con la costa a la espalda porque la costa significaba sur y sur significaba Sigurd y Sigurd significaba muerte. Ahora Sigurd estaba muerto, enterrado en arena que la marea borraba dos veces al día, y yo navegaba hacia el sur en un barco con el nombre de una madre muerta, con mis tres hijos y mi marido y un oso con un brazo recién cosido, y la ironía de todo aquello era del tipo que no sabías si reír o llorar y que por tanto te dejaba en un estado intermedio, suspendida, como el barco entre el cielo y el mar.

El primer día fue fácil. El viento cooperaba, el mar estaba en calma, y los niños ofrecían suficiente distracción para no pensar. Bjarki preguntó cuarenta y tres preguntas antes de mediodía ---las conté, porque contar me anclaba---: por qué el barco flota, cómo sabía Eirik adónde ir, qué pasaba si un pez saltaba dentro, podía Huginn volar hasta nosotros desde Hrafnheim, qué era esa roca, y esa, y esa otra, y si las focas eran peligrosas, y si podía tirar piedras

al mar, y por qué no. Eirik le contestó las veinte primeras con la paciencia de un hombre que ha descubierto que ser padre es básicamente responder preguntas sin fin. Bjǫrn le contestó las siguientes con la eficiencia de alguien que cree en respuestas de una sílaba.

---¿Puedo remar?

---No.

---¿Puedo llevar el timón?

---No.

---¿Puedo tirarme al agua?

---No.

---¿Puedo tirar a Leif?

Leif, sin levantar la vista del remo:

---Inténtalo.

Yrsa me tiró de la manga a media tarde. Me enseñó el cuaderno. Había dibujado la línea de la costa desde que salimos: cada bahía, cada cabo, cada fiordo que habíamos pasado, con una precisión que me dejó sin palabras. No eran dibujos de niña. Eran mapas. Mapas toscos, sin escala, con los trazos gruesos del carbón sobre pergamino, pero mapas: la representación de un espacio real hecha por alguien que entiende que el espacio tiene estructura y que la estructura puede capturarse.

---Es muy bueno, Yrsa.

---Lo sé ---dijo. Sin vanidad: con la constatación clínica de alguien que evalúa su propio trabajo con los mismos criterios que aplica a todo lo demás---. Pero me falta la escala. ¿Cómo sé cuánto mide de verdad?

Le enseñé. Le enseñé a medir la distancia entre dos puntos usando el ángulo del sol y la velocidad del barco y las marcas en la costa que los navegantes usaban como referencia. Le enseñé porque mi madre me había enseñado a mí ---mi madre que era sanadora pero que sabía de navegación porque en Skálholt todos sabían de todo, porque en un clan pequeño cada persona es cinco personas---, y enseñarle a Yrsa lo que mi madre me había enseñado era otra forma de que mi madre siguiera existiendo: a través de las manos, a través del conocimiento, a través de una niña de ocho años con un cuaderno de pergamino y una necesidad insaciable de entender el mundo.

La noche cayó despacio, como caen las noches de junio en Noruega: sin prisa, sin oscuridad completa, con una luz crepuscular que se negaba a irse y que teñía el mar y el cielo de un gris azulado que no era día ni noche sino el espacio entre los dos, el espacio donde las cosas son ambiguas y los contornos se difuminan y puedes creer por un momento que el mundo está hecho de otra materia.

Anclamos en una bahía protegida. No desembarcamos: dormimos en el barco, bajo las pieles, con el vaivén suave del agua meciéndonos como una cuna gigante. Bjarki se durmió primero, entre Bjǫrn y Leif, usando el brazo de Bjǫrn como almohada con la naturalidad de un niño que ha decidido que todos los adultos grandes son muebles diseñados para su comodidad. Yrsa se durmió con el cuaderno contra el pecho como otros niños duermen con muñecos. Torfi se durmió en la proa, acurrucado contra la borda, con la cara vuelta hacia el mar como si necesitara seguir oyéndolo para poder descansar.

Eirik y yo nos quedamos despiertos.

Se sentó a mi lado en el banco central. El crepúsculo gris azulado nos envolvía con la intimidad de algo que no es luz ni oscuridad sino permiso: permiso para hablar bajo, para estar cerca, para decir las cosas que el día, con su ruido y su movimiento, no deja decir. Sacó la lira. La apoyó en el regazo. No tocó: la sostuvo, con las manos quietas sobre las cuerdas, esperándome.

Sabía lo que estaba haciendo. Estaba abriéndome un espacio. Poniendo la música ahí, disponible, como una puerta que podía cruzar o no. Si yo hablaba, él escuchaba. Si yo callaba, él tocaba. Las dos opciones eran válidas. Las dos opciones me sostenían.

Hablé.

---Mi madre tenía un jardín ---dije. La voz me salió baja, pegada al agua, como si las palabras quisieran quedarse cerca de la superficie---. Más grande que el nuestro. Estaba en la ladera sur de Skálholt, como el nuestro, porque las laderas sur son donde la salvia crece mejor, y mi madre cultivaba la mejor salvia de la costa. Se lo decían los comerciantes: *Sigrid, tu salvia cura la mitad de Noruega*. Y ella se reía y decía que no era la salvia, que era el suelo. Que la salvia de cualquier sitio es salvia, pero la salvia de Skálholt tenía algo en la tierra que la hacía distinta. Más fuerte. Más amarga. Mejor.

Eirik no habló. Las manos quietas en la lira. Los ojos en mí, abiertos, presentes, con la atención del hombre que sabe que lo que está escuchando es un regalo que ha tardado dos años en llegar y que necesita recibirlo entero.

---La cabaña de curar estaba junto al jardín. Era pequeña. Más pequeña que la mía en Hrafnheim. Tenía una ventana que daba al

fiordo y otra que daba al jardín, y mi madre decía que las dos ventanas eran necesarias porque cuando curabas necesitabas ver el horizonte para no perder la perspectiva y necesitabas ver las plantas para no perder la fe. ---Pausa. El recuerdo llegó con olor a árnica y a menta y a la madera de la mesa donde había aprendido a suturar, con la mano de mi madre guíando la mía y la voz de mi madre diciendo *más despacio, Sólveig, la prisa mata más que la herida*---. Tenía frascos. Cientos. Los frascos de cristal que mi abuelo había traído de un viaje al sur, y mi madre los guardaba como si fueran oro porque el cristal era más valioso que el oro para una sanadora. Cada uno etiquetado. Cada uno con la letra de mi madre. Salvia, valeriana, equinácea, menta, milenrama, árnica, corteza de sauce. La farmacia entera de la costa en una cabaña de dos ventanas.

---¿Qué más? ---dijo Eirik. Dos palabras. Sin presionar, sin dirigir. Solo: *sigue, si quieres*.

---Arn. ---El nombre me salió más fácil de lo que esperaba. Quizá porque estaba en el agua, quizá porque la noche de junio daba permiso para los nombres difíciles, quizá porque llevaba dos años sin decirlo en voz alta y la palabra estaba cansada de estar guardada---. Mi hermano. Dieciséis años. Dos años menor que yo. ---Sonreí. Una sonrisa que me dolió pero que era real---. Era desastroso. Con todo. Rompía todo lo que tocaba. No podías darle un frasco de cristal ni un instrumento de cirugía ni nada que requiriera delicadeza porque lo destruía en cinco minutos. Mi madre se desesperaba. Decía que Arn había nacido con las manos equivocadas, que le habían puesto manos de herrero en un cuerpo de niño. Pero tenía\... ---buscé la palabra--- tenía algo. Una forma de reírse. Se reía con toda la cara, no solo con la boca. Se le arrugaban los ojos y se le movían las

orejas ---se le movían las orejas, Eirik, era la única persona que he conocido que se le movían las orejas al reír--- y cuando se reía no podías estar triste, aunque quisieras. Era físicamente imposible estar triste cerca de Arn riéndose.

Las lágrimas me bajaron por la cara. Silenciosas. Sin aviso. No las lágrimas del dolor sino las del recuerdo, las que salen cuando desentíarras algo que creías perdido y descubres que sigue ahí, intacto, con los colores vivos y los bordes afilados, y la emoción de encontrarlo es tan grande que el cuerpo no sabe qué hacer con ella excepto llorar.

Eirik no me tocó. No me secó las lágrimas. No dijo ninguna de las cosas que la gente dice cuando alguien llora delante de ella. Tocó la lira.

Suave. Apenas audible. Una melodía que no conocía y que creo que estaba inventando en ese momento, sacándola de las cuerdas como se saca agua de un pozo: despacio, con cuidado, sin perturbar la superficie. Tres notas que se repetían con variaciones mínimas, como el vaivén del agua contra el casco, como una respiración, como el ritmo de algo vivo que acompaña sin invadir.

Hablé con la música debajo. Le conté las cosas que no le había contado en la noche de la confesión porque esa noche era la noche del fuego y esta era la noche del antes, la noche de Skálholt cuando todavía era Skálholt y no una palabra que sabía a ceniza.

Le conté que en verano el fiordo de Skálholt se llenaba de salmones y que Arn y yo bajábamos a pescar con las manos desnudas y que Arn no pescó un solo salmón en su vida porque se reía tanto que los espantaba. Le conté que mi madre cantaba mientras preparaba las hierbas, una canción sin letra, tres notas que

se repetían, y que yo la tarareaba todavía sin darme cuenta cuando trabajaba en la cabaña de Hrafnheim. Le conté que mi padre tenía las manos más grandes que había visto ---más grandes que las de Bjǫrn, lo cual era difícil de creer pero era cierto--- y que con esas manos enormes tallaba animales diminutos de madera que regalaba a los niños del clan, y que yo tenía un gato de madera que él me había tallado cuando cumplí doce años y que lo llevaba en el morral cuando huí y que lo perdí en algún río de algún valle del que ni siquiera recuerdo el nombre, y que perder ese gato de madera fue peor que perder todo lo demás porque todo lo demás ya se había ido y el gato era lo último.

La música de Eirik seguía debajo de mis palabras como un río debajo de un puente: sosteníaéndome, sin llevarme, dejándome cruzar a mi ritmo.

Le conté que la biblioteca de hierbas de mi madre tenía trescientos cuarenta y dos frascos cuando los conté la última vez, que fue la semana antes del raid, porque me gustaba contarlos, porque contar me anclaba entonces como me ancla ahora, porque los números son la única cosa en el mundo que no cambia de significado cuando todo lo demás se derrumba. Le conté que en invierno la cabaña de curar olía a menta porque mi madre colgaba ramas de menta del techo para mantener el aire limpio, y que ese olor ---menta y madera y el humo bajo de la lámpara de aceite--- era el olor de mi infancia, de la seguridad, de la certeza de que alguien sabía lo que hacía y de que ese alguien te protegía.

---No sé lo que vamos a encontrar ---dije. La voz me había bajado al fondo de la garganta, rasposa, gastada de decir cosas que llevaban dos años encerradas---. No sé si queda algo. Las velas

negras llegaron al amanecer y cuando me fui estaba todo ardiendo. Todo. La longhouse, las casas, la cabaña de curar, el jardín. ---Tragué---. Los frascos de cristal de mi abuelo se reventaron con el calor. Oí cómo explotaban. Uno a uno. Trescientos cuarenta y dos explosiones. Las conté. Mientras corría, las conté.

Eirik paró de tocar. Dejó la lira en el banco. Me cogió la mano. La que tenía el anillo de hierro. La apretó con la presión exacta que conocía de memoria: presente, firme, sin invadir.

---Vamos a encontrar lo que haya ---dijo---. Y si no queda nada, plantamos algo.

La frase. Seis palabras. *Plantamos algo.* La solución del hombre que no hablaba mucho pero que cuando hablaba decía exactamente lo que necesitabas oír, no porque lo calculara sino porque pensaba así: en soluciones, en acciones, en lo que podía construirse en el espacio que la destrucción había dejado.

Le apreté la mano. Me apoyé en su hombro. El olor a sal y a cuero y a él, el olor que era mi ancla cuando los otros olores ---humo, ceniza, menta quemada--- intentaban arrastrarme.

El segundo día el viento giró y tuvieron que remar. Bjǫrn remó con la ferocidad del hombre que lleva tres semanas sin poder usar un brazo y que ahora usa los dos con la gratitud violenta de quien ha recuperado algo que creía perdido. Leif remó a su lado, un ritmo constante, regular, el metronomo que mantenía a Bjǫrn anclado cuando Bjǫrn quería remar a la velocidad de un berserker.

Bjarki intentó remar. Le dieron un remo pequeño que Eirik guardaba para ese propósito ---sospeché que lo había tallado la semana anterior, porque Eirik hacía esas cosas: preveía las necesidades de sus hijos con la misma precisión con la que preveía

los movimientos de un enemigo--- y el niño remó durante diez minutos con una técnica que consistía básicamente en golpear el agua con entusiasmo y sin rumbo. No avanzó nada. Estaba encantado.

Torfi se ofreció a remar en silencio: se sentó junto a Leif, agarró el remo y encontró el ritmo a la tercera remada. Leif lo miró con la sorpresa del profesional que reconoce talento bruto. Remaron juntos media hora. Cuando Torfi paró, Leif le dijo:

---Tienes buen ritmo.

Torfi no dijo nada. Pero las orejas se le pusieron rojas.

La costa cambió al tercer día.

Lo supe antes de ver las marcas. Lo supe por el cuerpo, que es más sabio que la mente y que recuerda cosas que la mente ha decidido olvidar: una tensión en los hombros, un estrechamiento de los pulmones, las manos que se cerraban sobre la tela de la falda sin que yo les diera la orden. El cuerpo reconoció la costa antes de que los ojos la confirmaran: la forma de los acantilados, el ángulo de la entrada del fiordo, la roca en forma de cabeza de caballo que marcaba el límite sur de las tierras de Skálholt y que mi padre llamaba *el vigía*.

El vigía. Ahí estaba. Igual que siempre. La piedra no quema. La piedra no huye. La piedra se queda.

Eirik me miró desde el timón. No preguntó. Lo vio en mi cara: vio el reconocimiento, vio el impacto, vio la contracción de algo que no era miedo ni dolor sino las dos cosas trenzadas con algo nuevo, algo que no había estado ahí la noche anterior cuando le hablé de los salmones y de la risa de Arn: anticipación. La anticipación terrible y

necesaria de alguien que está a punto de ver lo que queda de todo lo que perdío.

Bjarki se acercó.

---¿Esa es tu casa, Sólveig?

Le miré la cara. Los ojos azules, abiertos, sin peso. La pregunta más simple y la más difícil. *¿Esa es tu casa?*

---Era mi casa ---dije---. Vamos a verla.

Yrsa me cogió la mano izquierda. Torfi bajó de la proa y se puso a mi lado derecho, no tocándome pero cerca, a la distancia exacta donde podía sentir su calor sin que nos rozáramos: la distancia que había aprendido de mí, la que yo usaba con Eirik cuando sabía que lo que el otro necesitaba no era contacto sino compañía.

La *Astrid* entró en el fiordo de Skálholt con la primera luz de la tarde.

El fiordo era más pequeño de lo que recordaba. O quizá yo era más grande. Las montañas que de niña me habían parecido inmensas eran montañas normales, verdes ahora con el verano, con la nieve solo en las cumbres. El agua era del mismo azul verdoso que recordaba, transparente cerca de la orilla donde se veían las piedras del fondo, y los salmones\... Los salmones seguían ahí. Saltaban. Destellos de plata en el agua azul, como si el fiordo estuviera cosido con hilo metálico.

Le temblaron los labios. Los apreté.

Al fondo del fiordo, donde la playa de arena gris se curvaba en una media luna entre los acantilados bajos, vi lo que quedaba de Skálholt.

Había esperado ceniza. Había esperado esqueletos de madera, vigas negras apuntando al cielo como dedos de un muerto, el

paisaje de la destrucción que llevaba dos años recreando en las pesadillas.

Lo que vi fue verde.

La hierba había crecido sobre las ruinas. Dos años de primaveras y veranos habían cubierto los restos con un manto de vegetación que suavizaba los contornos, que redondeaba los ángulos, que convertía lo que había sido destrucción en algo que parecía un sueño: los rectángulos bajos donde habían estado las casas, los montículos verdes donde habían estado los techos, las depresiones donde habían estado los cimientos. Todo cubierto. Todo verde. Todo vivo de una forma que era lo contrario de lo que esperaba y que me golpeó más fuerte que cualquier ceniza.

La tierra no esperaba. La tierra no guardaba luto. La tierra seguía haciendo lo que sabía hacer: crecer. Sobre los muertos, sobre las ruinas, sobre los frascos rotos y la madera quemada y los recuerdos de la gente que había vivido ahí. Crecía. Con la indiferencia magnífica de lo que no sabe detenerse.

Y en la ladera sur, donde había estado el jardín de mi madre, algo crecía que no era hierba.

Salvia.

Salvaje, sin podar, extendida más allá de los límites que mi madre le había puesto, desbordándose por la ladera como un río lento de hojas grises verdosas. La salvia de mi madre. La mejor de la costa. La que tenía algo en la tierra que la hacía más fuerte, más amarga, mejor.

Dos años. Había sobrevivido dos años. Sin nadie que la podara, la regara, la cuidara. Había sobrevivido al fuego y al invierno y al

abandono, y ahí estaba, creciendo, obstinada, terca, viva con la terquedad específica de las cosas que se niegan a morir.

Como yo.

Le apreté la mano a Yrsa. Me agaché y le dije:

---¿Ves eso? ¿La planta gris de la ladera?

---Salvia ---dijo Yrsa, porque Yrsa siempre sabía.

---La salvia de mi madre.

Yrsa miró la ladera. Miró la salvia. Me miró a mí. Abrió el cuaderno. Empezó a dibujar.

La *Astrid* tocó la arena de Skálholt con el susurro del barco que llega a donde debe llegar. Eirik saltó al agua. Me extendió la mano. Bajé con los pies en la arena húmeda que no pisaba desde hacía dos años, cuatro meses y diecisiete días, y el número me vino solo porque los números siempre venían solos cuando los necesitaba, y cuando mis pies tocaron la arena de Skálholt sentí en las plantas un frío que no tenía nada que ver con la temperatura del agua y todo que ver con la temperatura de los recuerdos: el frío de diciembre, el frío del amanecer, el frío de la niña que corrió descalza por esta playa con los pies cortándose en las conchas mientras a su espalda el mundo ardía.

Respiré.

Cuatro tiempos de inspiración, seis de exhalación. El protocolo. Pero no contra el recuerdo, esta vez. Con el recuerdo. Respirando el aire de Skálholt que olía a sal y a hierba y a la tierra que seguía creciendo. Dejando que el recuerdo existiera y que la realidad existiera al mismo tiempo, la una sobre la otra, como capas de sedimento que son distintas pero que forman parte del mismo suelo.

Eirik estaba a mi lado. Los niños detrás. Bjǫrn y Leif asegurando el barco.

Di el primer paso hacia las ruinas verdes de mi hogar.

Capítulo 27

Las ruinas

Lo primero que hizo fue arrodillarse.

No donde había estado la longhouse ni donde había estado su cuarto ni junto a ningún punto reconocible del clan destruido. Se arrodilló en la arena de la playa, justo en el límite donde la arena mojada se volvía arena seca, y puso las manos planas en el suelo como había hecho mil veces sobre la mesa de la cabaña cuando necesitaba el protocolo, cuando necesitaba la solidez de algo fijo debajo de las palmas para que el mundo dejara de moverse. Pero esta vez no era el protocolo. Esta vez era otra cosa. Estaba tocando Skálholt. Con las manos abiertas, con los dedos hundidos en la arena de su infancia, estaba comprobando que existía.

La dejé. No me acerqué. No le puse la mano en la espalda. No hice nada de lo que el instinto me gritaba que hiciera ---tocarla, hablarle, interponerme entre ella y lo que estaba sintiéndo--- porque conocía a esta mujer y sabía que lo que necesitaba era exactamente lo que estaba haciendo: tocar la tierra sola, sin mediación, sin el filtro de la mano de nadie entre sus dedos y el suelo de lo que había sido su hogar.

Los niños esperaron detrás de mí. Bjarki con la boca abierta de quien ve un lugar nuevo y quiere explorarlo todo al mismo tiempo. Yrsa con el cuaderno contra el pecho y los ojos moviéndose de un lado a otro, archivando, catalogando, construyendo un mapa mental antes de construir el de pergamino. Torfi mirando la espalda de

Sólveig con la comprensión silenciosa de alguien que reconoce lo que ve porque lo ha vivido: la persona que vuelve al sitio donde todo se rompió.

Un minuto. Dos. Las manos de Sólveig en la arena. La respiración lenta, controlada, los cuatro-seis que yo conocía de memoria. Después levantó la cabeza. Se limpió las manos en la falda. Se levantó.

Me miró. Los ojos verdes, brillantes, con algo húmedo que no cayó.

---Vamos ---dijo.

Subimos de la playa al clan. O a lo que había sido el clan.

De cerca, el verde era más complejo de lo que parecía desde el barco. No era un manto uniforme: era un mosaico de hierbas, musgos, flores silvestres que habían colonizado los restos con la tenacidad de lo que crece sin permiso. La hierba salía de las grietas entre piedras ennegrecidas. El musgo cubría las vigas caídas con una capa aterciopelada que las transformaba en troncos de bosque. Las flores ---violetas, blancas, amarillas--- brotaban de los cimientos como si alguien las hubiera plantado ahí, como si la destrucción fuera un tipo de suelo particularmente fértil.

Sólveig caminaba despacio. No por cuidado: por reconocimiento. La vi identificar los sitios con la precisión de alguien que lee un mapa superpuesto ---el mapa de la memoria sobre el mapa de las ruinas---. Se detuvo donde había estado la longhouse: un rectángulo de cimientos bajos cubiertos de musgo, los postes principales caídos como costillas de un animal enorme que se hubiera tumbado a morir. Se detuvo donde había estado la entrada, reconocible por las piedras del umbral que todavía formaban un escalón.

---Aquí ---dijo. En voz baja. Para ella, no para nosotros---. La puerta estaba aquí.

Dio tres pasos hacia la derecha. Se detuvo.

---La mesa estaba aquí. ---Señaló al frente---. El fuego ahí. La silla de mi padre ahí. ---La voz le salía con la cadencia del inventario, la voz de la sanadora que enumera síntomas: clínica, precisa, una forma de procesar que mantenía la emoción a una distancia manejable---. Los tapices estaban en esa pared. Mi madre los había tejido. Había uno con un barco y una ballena que Arn decía que parecía un accidente marítimo.

La comisura. Le tembló. Se estabilizó.

Bjarki se soltó de mi mano. Corrió hacia el interior de las ruinas con la velocidad de un niño al que le han dado un territorio nuevo que explorar y que no entiende que ese territorio es sagrado, que es un cementerio sin tumbas, que cada piedra es un recuerdo que alguien necesita manejar con cuidado. Pero eso era lo bueno de Bjarki: su incapacidad de tratar las cosas como sagradas las volvía soportables. Donde yo veía destrucción y Sólveig veía memoria, Bjarki veía un sitio donde buscar cosas.

---¡Mira! ---gritó desde el fondo de las ruinas. Había encontrado algo en la tierra. Lo levantó con las dos manos. Corrió hacia nosotros.

Una piedra de hogar. Ennegrecida por el fuego, rectangular, pesada. La piedra central de una chimenea vikinga, la que sostenía el fuego y que se heredába de una generación a otra porque la piedra de hogar era la casa: donde estaba la piedra estaba el hogar, y donde estaba el hogar estaba el clan.

Sólveig se quedó quieta. Miró la piedra en las manos de Bjarki. Le miró la cara, manchada de tierra, radiante con el orgullo del descubridor. Miró la piedra otra vez.

Le temblaron las manos. Las cerró. Las abrió. Las cerró.

---Es la piedra de hogar de mi familia ---dijo. Con la voz que usaba cuando controlaba algo que quería descontrolarse: tensa, baja, calibrada al milímetro---. Mi abuelo la trajo del río cuando construyó la longhouse. ---Pausa---. Mi madre hacía pan sobre ella.

Bjarki la levantó más alto, con esfuerzo, porque pesaba más de lo que un niño de seis años debería poder cargar.

---¿Nos la llevamos?

Sólveig lo miró. Lo miró durante un latido de más, el latido donde pasan las cosas que no se dicen: la gratitud, el asombro ante la simplicidad brutal de un niño que ve una piedra y piensa *llévatela*, sin peso, sin drama, sin el equipaje de dos años de duelo. *Nos la llevamos.* Como si fuera así de fácil. Como si rescatar la piedra de hogar de un clan destruido fuera lo mismo que recoger una concha en la playa.

Y quizá lo era. Quizá Bjarki tenía razón y lo difícil era lo que los adultos añadíamos encima: las capas de significado, las capas de dolor, las capas de *debería sentir algo más grande que esto*. Quizá llevar la piedra al barco era exactamente lo que había que hacer, y todo lo demás era ruido.

---Nos la llevamos ---dijo Sólveig.

Bjarki sonrió. Cargó la piedra hasta el barco con la determinación de un explorador que regresa con el tesoro. Bjǫrn lo vio llegar desde la *Astrid*, vio la piedra, entendió. No dijo nada. Le ayudó a subirla a

bordo y la colocó junto al mástil sin comentario. Los silencios de Bjǫrn eran a veces más elocuentes que los brindis.

Sólveig siguió caminando. Y yo la seguí. Medio paso detrás, lo suficiente para estar presente sin estar encima, como ella me había enseñado a hacer: la distancia del que acompaña sin dirigir.

La cabaña de curar.

Se detuvo antes de llegar. Se detuvo a cinco pasos, como si hubiera una línea invisible en el suelo que no pudiera cruzar sin prepararse. La cabaña había caído entera: las paredes derrumbadas, el techo hundido, la madera quemada a medias y después podrida por dos años de lluvia y nieve. Pero los cimientos estaban ahí. Las piedras del suelo estaban ahí. Y en los cimientos, entre la hierba y el musgo, algo brillaba.

Sólveig lo vio antes que yo. Se arrodilló. Metío las manos en la tierra. Sacó un trozo de cristal.

Pequeño. Del tamaño de una moneda. Curvado, con el borde fundido por el calor. Un fragmento de un frasco. Uno de los trescientos cuarenta y dos frascos de cristal de su abuelo que habían explotado uno a uno mientras ella corría por la playa contándolos.

Lo sostuvo en la palma. Lo miró con la atención que ponía en todo lo que importaba: la atención total, sin parpadeo, la atención de la sanadora que examina una herida y que necesita ver cada detalle antes de decidir qué hacer.

No lloró. Las lágrimas le estaban ahí ---las veía en el borde de los ojos, temblando, indecisas---, pero no cayeron. Sólveig decidía cuándo lloraba. Sólveig decidía todo lo que pasaba en su cuerpo, con la excepción de lo que yo le provocaba en la cama, y

probablemente también eso lo decidía ella y me dejaba creer que era yo.

Cavó más. Con las manos desnudas, hundiendo los dedos en la tierra que había sido el suelo de la cabaña de curar de su madre. Sacó más fragmentos. Siete en total. Siete trozos de cristal de distintos tamaños, algunos transparentes, algunos verdes, uno de un azul pálido que le arrancó un sonido ---un sonido pequeño, involuntario, el sonido de alguien que reconoce algo que no esperaba volver a ver---.

---El azul era el frasco de la árnica ---dijo. Sin mirarme. Hablándole al fragmento---. El único frasco azul. Mi abuelo lo consiguió en un viaje a las islas del norte. Mi madre decía que era el más valioso porque la árnica es la hierba más importante de una sanadora: cura golpes, reduce inflamaciones, cierra contusiones. Sin árnica no eres sanadora. Eres una persona con buenas intenciones y las manos vacías.

Guardó los siete fragmentos en el morral con el cuidado de quien guarda reliquias. Porque lo eran. Eran los restos del templo de su madre, los huesos de cristal de un lugar sagrado que el fuego había destruido pero no borrado, porque nada se borra del todo, porque siempre queda algo en la tierra si sabes dónde cavar.

Yrsa apareció a su lado. En silencio, como aparecía siempre, materializándose junto a Sólveig como si tuviera un instinto para saber exactamente cuándo la necesitaba y cuándo no. Se arrodilló en la tierra. Abrió el cuaderno. Empezó a dibujar los cimientos de la cabaña de curar con el carbón, trazando las líneas de las piedras con la precisión de la topógrafa que ya era.

Sólveig la miró dibujar. Le puso la mano en la cabeza. Un segundo. Después la quitó y siguió caminando.

La encontré después en la ladera sur.

Había subido sola. Yo me había quedado abajo con los niños --- Bjarki explorando los restos del muelle con Bjǫrn, Yrsa dibujando, Torfi sentado en lo que había sido la longhouse con las piernas cruzadas y los ojos cerrados y una quietud que era meditación o era duelo o era el silencio específico de un niño que entiende los lugares rotos porque él también es un lugar que se rompió y que está recomponiéndose.

Subí por el sendero de la ladera. La salvia me llegó al muslo. Salvaje, descontrolada, creciendo sin contención en todas las direcciones, desbordando la parcela que su madre le había asignado con la energía de lo que no ha tenido límites durante dos años. El olor era denso: amargo, herbal, con un fondo de tierra caliente que el sol de junio levantaba de la ladera. El olor que Sólveig decía que era distinto al de cualquier otra salvia de la costa. Más fuerte. Más amargo. Mejor.

Estaba de rodillas entre la salvia. Las manos en la tierra. Cavando. No buscando esta vez: extrayendo. Sacaba matas de salvia con la raíz intacta, separándolas del suelo con el cuidado de una cirugía, cortando las raíces laterales con un cuchillo para liberar la planta sin dañarla. Tenía ya seis matas dispuestas sobre un paño húmedo, con las raíces envueltas en tela mojada para que no se secaran.

Me vio llegar. No levantó la vista.

---Si envuelvo las raíces y las mantengo húmedas, aguantan tres días ---dijo. La voz de la sanadora que explica un procedimiento:

eficiente, informativa, con la concentración puesta en lo práctico---. Necesito al menos diez matas para tener garantía de que arraigan. La salvia es resistente pero no indestructible. Si planto diez, sobreviven siete. Siete matas de la salvia de mi madre en la ladera de Hrafnheim. Siete es suficiente. Siete se expanden.

Me senté a su lado. Cogí el cuchillo. Empecé a cavar.

No hablamos. Cavamos juntos en la tierra de Skálholt arrancando salvia con la delicadeza que requería ---la misma delicadeza con la que ella cosía heridas, la misma con la que yo pulsaba las cuerdas de la lira: la delicadeza de las manos que saben que lo que tocan es frágil y valioso y que merece la mejor versión de tus dedos--- mientras el sol de junio nos calentaba la espalda y el fiordo brillaba abajo con los salmones saltando como monedas de plata arrojadas al aire.

Diez matas. Once. Doce, porque Sólveig era incapaz de conformarse con lo suficiente cuando podía tener lo seguro. Las envolvió en tela húmeda, las guardó en un cesto que Leif había subido desde el barco, y las miró con la satisfacción de alguien que acaba de rescatar algo del borde de la desaparición.

Después se sentó. En la ladera, entre la salvia, con las manos sucias de tierra de Skálholt y la cara vuelta hacia el fiordo. Me senté a su lado. A la distancia de siempre, la de un brazo, la de un puente.

---¿Estás bien? ---pregunté. Sabiendo que la respuesta nunca era simple con ella, que *bien* era una palabra que Sólveig no usaba a la ligera.

---No lo sé ---dijo. La misma respuesta que le había dado a Signe el día de la ejecución. La honestidad de alguien que no miente sobre lo que siente aunque no sepa lo que siente---. Pero estoy aquí. Y no

me he roto. Y tengo doce matas de salvia que van a crecer en una ladera que no es ésta pero que es mía. ---Pausa---. Y eso es algo.

---Es mucho.

---Es mucho ---repitió. Probando la frase. Dándole vueltas como daba vueltas a las palabras nuevas que cambiaban de significado según cómo las miraras: *esposo*, *husfreyja*, *madre*, *mucho*.

Se levantó. Me extendió la mano. La cogí. Me levantó con la fuerza que no debería tener una mujer de su tamaño pero que tenía, la fuerza de los que han cargado cosas más pesadas que un hombre y que ya no se sorprenden de lo que sus brazos pueden hacer.

---Hay un sitio más ---dijo.

La seguí.

Bajamos de la ladera por el otro lado, el lado este, donde los acantilados bajos formaban una cornisa natural sobre el mar. Sólveig caminó sin vacilar, siguiendo un sendero que ya no existía pero que sus pies recordaban, y la vi navegar los restos del mundo destruido con la certeza de alguien que camina por su propia casa a oscuras: los pies saben dónde pisar aunque los ojos no vean.

Se detuvo en un punto donde la hierba crecía más espesa que en ningún otro lugar. Un rectángulo pequeño, de dos metros por uno, marcado por cuatro piedras que alguien había colocado en las esquinas. No las había puesto la naturaleza. Las había puesto una mano humana. Las había puesto alguien que conocía las dimensiones de un cuerpo de dieciséis años y que había medido el espacio necesario para que ese cuerpo descansara.

---Yo lo enterré ---dijo Sólveig. Quieta. De pie frente al rectángulo verde con las manos a los costados y la voz que ya no era la de la sanadora ni la de la husfreyja sino la de la hermana, la voz que

usaba solo cuando hablaba de Arn, la voz que venía de un sitio más profundo que los demás---. Antes de irme. Lo encontré en la playa. La flecha todavía estaba. No la saqué. No podía. No tenía tiempo. Estaban viniendo. ---Tragó---. Lo traje aquí. Lo enterré con las manos. Puse las piedras. No sé cuánto tardé. Los números no me funcionaban esa noche.

Los números no le funcionaban. Sólveig, que contaba todo ---frascos, latidos, vendajes, días---, a la que los números la anclaban como un ancla ancla un barco, y aquella noche los números no le habían funcionado. Eso me dijo más sobre lo que había pasado esa noche que cualquier descripción del fuego.

Se arrodilló junto a la tumba. Puso las manos en la hierba que cubría el rectángulo. La hierba era densa, verde oscuro, alimentada por lo que había debajo, y la obscenidad de ese pensamiento me golpeó con la fuerza de las cosas que no quería pensar pero que pensaba de todas formas porque mi cerebro era así, sincero hasta la crueldad, incapaz de no ver lo que estaba ahí.

---Arn ---dijo. Al suelo. A la hierba. Al hermano que llevaba dos años debajo de esta tierra sin que nadie le hablara, sin que nadie viniera, sin que nadie le dijera que la persona que lo enterró con las manos seguía viva---. He vuelto.

Silencio. El viento del fiordo movía la hierba sobre la tumba con la suavidad de una mano que acaricia.

---Estoy casada. Con un jarl. Se llama Eirik. Toca la lira. Tiene un cuervo que roba cosas y una hermana que da más miedo que tú. ---La comisura. Un temblor que era risa y que era llanto y que era las dos cosas trenzadas en una sola contracción muscular---. Tengo tres

hijos. Ninguno es mío. Los tres son míos. Se llaman Bjarki, Yrsa y Torfi. Bjarki se parece a ti. Rompe todo lo que toca.

Las lágrimas le cayeron. Sin sonido. Sin sacudida. Cayeron por la cara y se depositaron en la hierba como lluvia.

---Soy sanadora. Como mamá. Tengo una cabaña con dos ventanas ---una al fiordo y otra al jardín, como la de ella, Arn, exactamente como la de ella--- y tengo aprendizas y heridos y un jardín donde estoy plantando salvia de mamá. ---Pausa. Las manos en la hierba, agarrándola, con los dedos hundidos en la tierra que separaba el aire de su hermano---. Y el hombre que te mató está muerto. Enterrado en arena sin nombre. La marea lo borra dos veces al día. Nadie lo recuerda. Nadie lo va a recordar. ---La voz le bajó al fondo, al lugar de las cosas que se dicen una sola vez---. A ti te recuerdo yo. Y voy a recordarte siempre. Y les voy a contar quién eras: el chico que se reía con las orejas y que no pescó un salmón en su vida.

Se inclinó hacia delante. Puso la frente en la hierba. Un segundo. Dos. El gesto de alguien que se despide pero que no dice adiós, que dice *hasta que vuelva*, que dice *estoy aquí aunque me vaya*.

Me senté detrás de ella. No la toqué. Esperé. Con las manos en las rodillas y los ojos en el fiordo y el peso de ser testigo de algo que era más privado que cualquier cosa que hubiera visto, más íntimo que el sexo, más desnudo que la desnudez: una mujer hablándole a su hermano muerto sobre la vida que había construido después de que le quitaran todo.

Se levantó. Se secó la cara con las dos manos. Respiró. Me miró.

No dijo nada. No hacía falta. Lo que había en su cara era algo que no le había visto antes en relación con Skálholt: aceptación. No

resignación ---la resignación es rendirse, y Sólveig no se rendía--- sino aceptación: el acto de mirar lo que pasó y decidir que no iba a definir lo que viene. La diferencia entre las dos cosas era la diferencia entre caer y saltar: en las dos te mueves hacia abajo, pero en una eliges.

Le tendí la mano. La tomó.

Bajamos juntos. Los niños estaban en la playa. Bjarki había construido algo con piedras y palos que podía ser una fortaleza o un monumento o ambas cosas. Yrsa tenía el cuaderno lleno de dibujos: los cimientos de la longhouse, la cabaña de curar, la ladera de la salvia, la línea de la costa. Un archivo completo de Skálholt hecho por las manos de una niña de ocho años para que el lugar existiera en algún sitio que no fuera solo la memoria de Sólveig.

Torfi había tallado algo. Estaba sentado en la arena con el cuchillo de Leif y un trozo de madera negra que había encontrado entre las ruinas ---una viga quemada, lo que quedaba de la longhouse de Skálholt---, y había tallado una forma que reconocí antes de que la levantara.

No era un cuervo esta vez.

Era un gato.

Pequeño. Del tamaño de un pulgar. Tallado en madera negra de Skálholt con las manos de un niño de ocho años que no hablaba mucho pero que escuchaba todo ---todo, cada historia que Sólveig contaba, cada detalle, cada gato de madera perdido en un río sin nombre--- y que ahora le extendía un gato nuevo tallado en la madera de su propia casa destruida, ofreciéndoselo con la mano abierta y los ojos oscuros que decían lo que su boca no decía: *no es el mismo, pero es éste*.

Sólveig se arrodilló en la arena. Tomó el gato de la mano de Torfi. Lo miró. Era tosco ---las patas desiguales, la cabeza demasiado grande, la cola torcida---, pero era un gato, inequívocamente un gato, tallado con la intención de serlo y con la dedicación de alguien para quien hacer cosas con las manos era la única forma de decir lo que las palabras no podían.

Lo apretó en el puño. Cerró los ojos. Abrió los brazos.

Torfi entró en ellos.

Se abrazaron en la arena de Skálholt, la mujer que había perdido un gato de madera y el niño que le había hecho otro, y si alguien me hubiera preguntado en ese momento qué era la familia habría dicho esto: un gato de madera tallado en los restos de una casa quemada por las manos de un niño que no necesita hablar para decir todo lo que importa.

Bjarki se unió al abrazo porque Bjarki se unía a todos los abrazos que encontraba. Yrsa se acercó despacio, cerró el cuaderno, y se pegó al costado de Sólveig con la precisión de la pieza que encaja donde debe encajar.

Los miré desde donde estaba. De pie en la playa de Skálholt con Bjǫrn a mi lado y Leif al otro y la *Astrid* meciéndose detrás, y la garganta ---otra vez, siempre la garganta--- cerrándose con algo que iba a tener que pedirle a Sólveig que me examinara porque no era posible que un órgano humano pudiera cerrarse tantas veces al día sin consecuencias médicas.

Bjǫrn, a mi lado:

---Tienes una buena familia, Eirik.

Leif, al otro:

---La mejor.

No respondí. No podía. La garganta.

Zarpamos con la marea de la tarde. La *Astrid* salió del fiordo de Skálholt con doce matas de salvia en un cesto húmedo, una piedra de hogar junto al mástil, siete fragmentos de cristal en un morral, un cuaderno lleno de mapas, un gato de madera negra apretado en el puño de una mujer que ya no necesitaba contar los días desde la noche del fuego porque los días habían dejado de contar hacia atrás.

Sólveig estaba en la popa. Mirando el fiordo alejarse. La línea de la costa achicándose con cada remada, los acantilados haciéndose pequeños, la ladera sur con la salvia convirtiéndose en una mancha verde indistinguible, y después la roca del vigía cerrando el fiordo como una puerta que se cierra despacio, sin ruido, sin prisa.

No lloraba. Miraba. Con los ojos verdes fijos en lo que se iba y las manos en la borda y el gato de madera en el bolsillo y la espalda recta de alguien que se va porque ha elegido irse, no porque huya, no porque la persigan, no porque no tenga opción: porque tiene una opción y la opción es un fiordo al norte con un letrero torcido y un jardín que necesita sus manos y tres niños que necesitan su presencia y un hombre que necesita su todo.

La roca del vigía desapareció detrás de la curva de la costa. Sólveig se giró hacia la proa. Hacia el norte. Hacia nosotros.

Me miró. La comisura. No la mía: la suya. La que yo llevaba meses aprendiendo a leer como se lee un idioma nuevo, la que significaba cosas distintas según el ángulo y la profundidad y la luz, y que ahora, en la cubierta de la *Astrid* con el viento del sur empujándonos a casa, significaba una sola cosa.

Estoy lista. Llévame a casa.

Puse el timón al norte. La vela se llenó de viento. Los niños se acomodaron en la proa: Bjarki preguntando cosas, Yrsa dibujando, Torfi con la cara al viento y los ojos abiertos como un pájaro que ya sabe que tiene alas y que está decidiendo en qué dirección volar.

Navegamos hacia el norte. Hacia Hrafnheim. Hacia el jardín con el letrero torcido donde doce matas de salvia de Skálholt iban a echar raíces en tierra nueva y a crecer con la terquedad de las cosas que se niegan a morir.

Como ella. Como nosotros. Como todo lo que merecía crecer.

Capítulo 28

El regreso

El fiordo de Hrafnheim apareció al atardecer del tercer día y me dolió de una forma que no esperaba.

No de tristeza. De reconocimiento. El dolor específico de ver algo que es tuyo y que no sabías que era tuyo hasta que te alejaste y volviste y al volver te golpeó la certeza como una ola: esto es mío. Las montañas verdes de junio a los lados, el agua azul en el centro, las casas de madera agrupadas en la orilla como animales que se acercan al agua a beber, y al fondo, la longhouse con la columna de humo y el murmuro del clan que funcionaba y vivía y existía, y era mío, todo, desde el letrero torcido del jardín hasta el cuervo que volaba hacia nosotros desde la costa con la velocidad de un proyectil negro.

Huginn nos encontró antes de que entráramos en el fiordo. Bajó en picado sobre la *Astrid*, graznó tres veces ---protesta, queja, reproche: *dónde estabais*--- y aterrizó en la proa donde Torfi levantó el brazo para recibirlo con la naturalidad de alguien que ha hecho ese gesto cien veces. El cuervo se posó en su antebrazo. Le miró la cara. Le picoteó el pelo con la suavidad del animal que está verificando que la persona sigue entera. Torfi no se inmutó. Le rascó la cabeza con un dedo.

Bjarki gritó *¡Huginn!* con la fuerza de alguien que reencuentra a un amigo perdido después de una eternidad que en realidad habían sido tres días, y extendió el brazo para que el cuervo se le posara, y

Huginn lo evaluó con el ojo brillante y decidió que no, que se quedaba con Torfi, gracias, y Bjarki le dijo *traidor* con la indignación de un niño de seis años al que un pájaro acaba de rechazar.

Signe estaba en el muelle.

La vi antes de que la *Astrid* tocara la madera: de pie en el extremo del muelle con los brazos cruzados y la cara que tenía cuando había estado preocupada y no quería que se le notara. Llevaba el delantal de trabajo y el pelo recogido de cualquier manera y los labios apretados con la fuerza de alguien que se ha pasado tres días controlando un clan entero sola y que ha descubierto que controlar un clan no es tan difícil como parece pero que es considerablemente más aburrido sin nadie a quien gritarle.

Bjǫrn lanzó la cuerda. Signe la atrapó al vuelo ---sin mirar, sin esfuerzo, con la destreza de la mujer que ha crecido en un muelle--- y la ató al poste con un nudo que habría sujetado un drakkar en una tormenta.

---Tres días ---dijo. Sin saludo, sin *bienvenidos*, sin ninguna de las formas que la gente normal usaba cuando alguien volvía de un viaje---. Tres días. La cabra se ha escapado dos veces. Dalla ha tirado un caldero de tinte sobre la reserva de lino. Y Thyra me ha hecho reorganizar la despensa entera porque dice que mi sistema es *lógicamente ofensivo*. ---Pausa. Los ojos le brillaban con algo que no era rabia---. Así que espero que haya merecido la pena.

Bajé del barco. Le puse las manos en los hombros. Signe era de mi altura, lo cual significaba que la miraba directamente a los ojos, y lo que vi en esos ojos era lo que siempre había estado allí debajo de la queja y el sarcasmo y la furia performativa: miedo. El miedo de la

hermana menor que se queda cuando los demás se van y que no sabe si van a volver.

---Ha merecido la pena ---dije---. Y te he traído algo.

Le enseñé las matas de salvia. Las doce, envueltas en tela húmeda, con las raíces intactas. Signe las miró como miraba todo --- rápido, evaluando, calculando el esfuerzo y el valor y la utilidad--- y después me miró a mí y no dijo nada, pero los labios le temblaron un segundo, un solo segundo, antes de que los apretara otra vez y dijera:

---Bien. Las planto mañana. Alguien tiene que asegurarse de que se haga bien.

Le tembló la voz en *bien*. No lo mencioné.

Thyra estaba esperando en la puerta de la longhouse con la postura de un centínela que lleva tres días vigilando y que no piensa reconocer que ha vigilado. Me miró subir desde el muelle con los niños y el cesto de salvia y el morral con los fragmentos de cristal, y algo le cambió en la cara: una suavidad que se puso y se quitó en el mismo segundo, como una nube pasando sobre el sol.

---¿Traéis la piedra de hogar? ---preguntó.

No le habíamos dicho que traíamos una piedra de hogar. No le habíamos dicho nada. Thyra sabía las cosas antes de que pasaran, o después de que pasaran, o mientras pasaban: las tres opciones eran posibles y ninguna la sorprendía.

---Bjarki la encontró ---dije.

Thyra miró a Bjarki. Bjarki le devolvió la mirada con la tranquilidad de un niño que no le tiene miedo a nada excepto a irse a dormir temprano.

---Buen chico ---dijo Thyra. Era la primera vez que le decía algo a Bjarki que no fuera una orden o una corrección. Bjarki sonrió como si le hubieran dado un escudo nuevo.

Esa tarde plantamos la salvia.

Los cinco. Más Signe, que dirigía la operación con la eficiencia de una general desplegando tropas. Más Bjǫrn, que cavaba los hoyos con una pala y un brazo que finalmente funcionaba del todo, haciendo en tres golpes lo que a cualquier otra persona le costaba diez. Más Leif, que llevaba el agua desde el arroyo con la constancia del hombre que nunca se cansa porque ha calibrado su esfuerzo a la frecuencia exacta que puede mantener indefinidamente. Más Dalla, que trajo abono del establo con la expresión de alguien que hace exactamente lo que le han pedido y nada más.

Doce matas de salvia en la ladera sur de Hrafnheim, junto a la salvia que ya crecía allí, junto a la valeriana de Yrsa y el jardín mixto de Torfi y la piedra de Bjarki que seguía enterrada en su parcela sin dar espadas pero sin rendirse.

Las planté con las manos. Sin herramientas. Las manos en la tierra de Hrafnheim abriendo espacio para las raíces de Skálholt, y mientras hundía cada mata en el suelo y la apretaba y la regaba y la miraba asentarse en la tierra nueva, pensaba en las manos de mi madre haciendo esto mismo en otra ladera hace años, y la canción de tres notas me vino sin permiso y la tarareé, despacio, sin darme cuenta, y Yrsa levantó la vista de su parcela de valeriana y me miró con la atención de la niña que archiva todo, y supe que iba a recordar esas tres notas y que iba a repetirlas algún día mientras plantara sus propias hierbas en su propia ladera y que así mi madre

seguiría existiendo: a través de una canción sin letra que viajaba de manos a manos como las semillas viajan de tierra a tierra.

Después, la piedra.

Bjǫrn la bajó del barco. La cargó solo, sin ayuda, porque Bjǫrn podía cargar cualquier cosa y porque este gesto necesitaba ser simple: un hombre, una piedra, el camino del muelle a la longhouse. La llevó en las manos, delante del pecho, con el cuidado que no ponía en nada excepto en las cosas que importaban ---Leif, los niños, las promesas---, y la dejó en el suelo de la longhouse junto al fuego central con un golpe suave que resonó en la madera como un corazón empezando a latir.

Eirik la miró. Miró la piedra de hogar de Skálholt en el suelo de la longhouse de Hrafnheim. Levantó la vista hacia mí.

---¿Aquí? ---preguntó. Señalando el fuego central. Donde ya había una piedra de hogar: la de los Ragnvaldsson, la que su padre había puesto, la que su madre había usado durante veinte años.

---Al lado ---dije.

Lo entendió. Lo vi en la cara: la comprensión instantánea del hombre que no necesitaba que le explicaran las metáforas porque las leía en los objetos con la misma claridad con la que leía el mar. Dos piedras de hogar juntas. Dos clanes. No uno absorbiendo al otro: los dos, lado a lado, como los anillos de hierro en nuestros dedos.

Colocó la piedra de Skálholt junto a la piedra de Hrafnheim. Se ajustaban. No perfectamente ---la de Skálholt era más oscura, más pequeña, con los bordes redondeados por generaciones de fuego---, pero se ajustaban de la forma en que se ajustan las cosas que no estaban diseñadas para estar juntas pero que encuentran la manera:

no encajando sino acomodándose, cediendo espacio la una a la otra, dejando que la diferencia fuera parte de la forma.

Thyra lo vio desde su banco. Asintió una vez. El asentimiento de la mujer que ha visto seis décadas de fuegos de hogar y que sabía que este fuego ---el que ardería sobre dos piedras en vez de una--- iba a durar más que la mayoría.

La noche cayó sobre Hrafnheim con la lentitud del verano: despacio, sin prisa, dándole al día todas las horas que necesitaba antes de cederle el turno al crepúsculo. Los niños cenaron con el hambre de los viajeros que vuelven a la comida de casa y que descubren que la comida de casa sabe mejor después de tres días de pescado seco en un barco. Bjarki comió tres raciones. Yrsa comió una y pidió queso. Torfi comió despacio, como comía todo, saboreando cada bocado con la atención del niño que ha aprendido que la comida no es infinita y que merece respeto.

Los acosté. A los tres. En la habitación que ya era suya y que llevaba meses siendo suya y que ahora, después de la palabra *hijos*, era suya de otra forma: no prestada, no temporal, sino suya como era suya la cama y las pieles y el techo y el derecho a estar ahí cuando lloviera.

Bjarki se durmió en quince segundos. Record personal.

Yrsa se durmió con el cuaderno, como siempre, pero esta noche el cuaderno estaba abierto por la página de la salvia de Skálholt, y el dibujo era bueno ---no bonito, no decorativo: *bueno*, con la precisión de alguien que dibuja para documentar, no para adornar--- y supe que algún día esa niña iba a dibujar mapas que los navegantes usarían de verdad, y me costó un esfuerzo físico salir de la

habitación sin sentarme junto a ella a mirar el cuaderno durante una hora.

Torfi estaba despierto. Los ojos abiertos en la oscuridad, mirando el techo, con la quietud del niño que piensa antes de dormir. Le puse la mano en la frente. La tenía fresca. No era fiebre lo que lo mantenía despierto.

---¿Qué pasa?

Silencio. El silencio de Torfi que ya no era muralla sino conversación: un silencio que pedía tiempo, no distancia.

---El gato ---dijo. Con la voz ronca de siempre, la voz de la puerta---. ¿Te ha gustado?

La garganta. Cerrada. Caliente. El gato de madera negra que llevaba en el bolsillo desde Skálholt, que tocaba con los dedos veinte veces al día sin darme cuenta, que pesaba menos que una moneda y más que cualquier cosa que hubiera cargado.

---Es lo más bonito que me han regalado nunca ---dije. Y era verdad. No la verdad amable que los adultos les dicen a los niños para que se sientan bien: la verdad real, la verdad empírica, la verdad de una mujer que había recibido un anillo de hierro y un letrero tallado y un jardín en una ladera y que podía decir sin mentir que un gato deforme de madera quemada tallado por un niño de ocho años las superába todas.

Torfi cerró los ojos. La sombra de algo en la boca. No sonrisa: prefiguración de sonrisa. La promesa de que algún día, cuando las puertas se abrieran del todo, lo que había del otro lado iba a ser luminoso.

Le besé la frente. Salí de la habitación. Cerré la puerta.

Eirik estaba en nuestro cuarto. Sentado en la cama. Con la lira en las manos. No tocaba: la sostenía. El gesto que ya conocía, el gesto que significaba *te estoy esperando, tómate el tiempo que necesites*.

Cerré la puerta detrás de mí. Me apoyé en ella. Lo miré.

El hombre que me había capturado en un raid. El hombre que me había puesto una piel de lobo sobre los hombros la primera noche. El hombre que tocaba la lira debajo de la cama y que ahora la tocaba delante de doscientas personas. El hombre cuyo hombro había curado con veinte puntos de seda y cuyo corazón había curado sin darme cuenta de que estaba curando el mío al mismo tiempo. El hombre que había navegado conmigo hasta los restos de mi vida anterior y que me había dicho *plantamos algo* cuando no quedaba nada, y que ahora estaba sentado en nuestra cama con la lira de su madre entre las manos y la cara que tenía cuando me miraba, la cara que no se parecía a ninguna otra cara que pusiera para nadie más: abierta, despojada, sin máscara, sin jarl, sin capas. Solo Eirik.

---Pon la lira en la repisa ---dije.

La puso. Sin preguntar por qué, porque lo sabía, porque a estas alturas sabía leer en mi voz lo que yo sabía leer en su comisura: el cambio de registro, la frecuencia que bajaba de la conversación al otro sitio, al sitio donde las palabras sobraban y los cuerpos decían lo que importaba.

Caminé hasta él. Me paré entre sus rodillas. Le puse las manos en la cara. Las palmas en sus mejillas, los pulgares en los pómulos, los dedos en el pelo que le caía sobre las sienes y que siempre estaba un poco largo, un poco desordenado, un poco fuera de control como todo lo que había dentro de él.

Lo besé despacio. Con la boca cerrada primero ---solo labios, solo contacto, solo la declaración de *estoy aquí*--- y después con la boca abierta, después con la lengua, después con los dientes en su labio inferior que le arrancaron un sonido bajo, del fondo de la garganta, el sonido que me hacía perder la capacidad de pensamiento racional y que me convertía en algo más primario, más honesto, más yo de lo que era en cualquier otro momento.

Me agarró las caderas. Me acercó. Me senté en su regazo con la familiaridad de un gesto que ya era nuestro, que tenía su forma específica y su peso específico y su lugar específico en el vocabulario de cosas que hacíamos sin hablar. Las piernas a los lados de sus caderas. Las manos en su pelo. La boca en su cuello, en el punto debajo de la oreja donde el pulso le latía más rápido cuando yo estaba cerca, y le latía rápido ahora, lo sentía contra los labios como un código que decía *te quiero* en el idioma del sistema circulatorio.

Nos desvestimos sin prisa. Con el cuidado de quien desenvuelve algo valioso, no porque sea frágil sino porque merece atención. Le saqué la túnica por la cabeza. Besé la cicatriz del hombro. Siempre la cicatriz primero, el ritual, el lugar donde todo había empezado: mis manos en su piel con intención de curar que se había transformado en otra intención, en otra curación, en algo que los herbários no tenían nombre para catalogar pero que funcionaba de todas formas.

Me quitó el vestido. Los dedos en los lazos, despacio, con la paciencia del hombre que había aprendido que la lentitud era un lujo y que ahora podía permitírselo. La tela cayó. Me miró con los ojos que se oscurecían como se oscurece el fiordo cuando las nubes cruzan el sol: el gris volviéndose tormenta, la pupila tragándose el

iris, toda la atención de un hombre concentrada en una sola mujer como si el resto del mundo hubiera dejado de existir y quizá lo había hecho.

---Mi esposa ---dijo. Contra mi clavícula. Contra la piel que tenía las pecas que conocía de memoria. La palabra vibrándome en los huesos con la frecuencia de las cosas que son más reales cada vez que se dicen.

Me acostó en la cama. Sobre las pieles de lobo. Debajo de él. Con su peso sobre mí que no era peso sino refugio, como el peso de una manta en invierno, como el peso de las cosas que te cubren y te protegen y te hacen sentir que el mundo tiene límites y que esos límites son seguros.

Hicimos el amor como se hace el amor cuando has vuelto a casa después de un viaje que te ha cambiado: con la urgencia de quien necesita confirmar que lo que dejó sigue ahí y con la lentitud de quien quiere que la confirmación dure. Con las manos que se buscaban en la oscuridad ---porque la lámpara se había apagado y la luna de junio entraba por la ventana en una línea de plata que nos cortaba la cama por la mitad, él en la luz y yo en la sombra y después yo en la luz y él en la sombra, alternando, como alternábamos todo---. Con los sonidos que ya eran nuestros: su respiración cortada cuando le tocaba cierto punto del cuello, mi nombre dicho de la forma que solo él lo decía, con una sílaba extra que era el peso de todo lo que habíamos vivido juntos comprimido en tres letras.

Me dije *te quiero* contra el hombro y él me lo dijo contra la frente y las dos frases se encontraron en algún sitio entre nuestras pieles como las piedras de hogar en la longhouse: distintas, de distinto

origen, pero juntas, juntas formando el suelo sobre el que ardía algo que no iba a apagarse.

Terminé con su nombre en la boca y los ojos abiertos y las manos agarradas a las suyas sobre la piel de lobo, y el placer fue como volver: como llegar a un sitio conocido después de un viaje largo y descubrir que el sitio ha mejorado en tu ausencia, que es más grande por dentro, que caben más cosas de las que recordabas.

Después. En la oscuridad. Con su brazo debajo de mi cabeza y mi mano en su pecho sobre la cicatriz y la respiración de los dos sincronizándose como se sincronizaban los remos de Bjǫrn y Leif: sin esfuerzo, por ritmo, por la costumbre de hacer las cosas juntos.

---Eirik.

---Mm.

---Hay algo que tengo que contarte.

Le sentí el cuerpo tensarse. Un milímetro. La tensión del hombre que ha aprendido que las frases que empiezan así pueden contener cualquier cosa y que todavía no ha aprendido a no prepararse para lo peor.

---Dime.

Me incorporé sobre el codo. Lo miré desde arriba. La luna le daba en la cara y le plateaba los ojos grises y la cicatriz pequeña de la batalla en la sien y la barba de tres días que le oscurecía la mandíbula. Le puse la mano en el pecho. Sentí el corazón: rápido. Más rápido de lo normal. Esperando.

---Llevo cinco días de retraso ---dije.

El corazón bajo mi mano cambió de ritmo. No se aceleró: se detuvo. Un latido perdido, un hueco, un silencio cardíaco que duró lo que duran las cosas que cambian tu vida ---un segundo, menos de

un segundo, la fracción de tiempo que el cuerpo necesita para procesar la información antes de que el cerebro la alcance--- y después volvió. Más fuerte. Más rápido.

---Cinco días ---repitió. Con la voz que usaba cuando procesaba algo grande: baja, cuidadosa, midiendo cada sílaba.

---Cinco. Mi ciclo es de veintiocho días. Lleva siendo de veintiocho días desde que tengo quince años. Nunca se ha retrasado. Ni cuando huía, ni cuando pasaba hambre, ni cuando el estrés debería haberlo alterado. Veintiocho días. Como un reloj. Y ahora llevo treinta y tres.

Los números. Los números que me anclaban, que me decían la verdad cuando todo lo demás mentía. Veintiocho días. Treinta y tres. Cinco de retraso. Los números no mentían.

Eirik se incorporó. Lento. Me miró a la cara. Levantó la mano. Me tocó la mejilla con los nudillos, el gesto suave que hacía cuando no sabía qué decir y necesitaba tocar para que las manos dijeran lo que la boca no encontraba.

---¿Estás\...?

---Todavía no lo sé con certeza ---dije. La sanadora hablando, la mujer que necesitaba datos antes de conclusiones, la mujer que no podía decir *sí* hasta que su cuerpo le diera la confirmación que los números sugerían pero no probaban---. Es pronto. Puede ser el viaje, el estrés, el cambio de dieta. Puede ser muchas cosas.

---Pero crees que no es ninguna de esas cosas.

Lo conocía. Conocía esa frase, la frase de Eirik que no era pregunta sino lectura: me leía como leía el mar y las alianzas y las intenciones de los hombres, y lo que leía en mí era la verdad que yo todavía no me había permitido decir en voz alta.

---Creo que no es ninguna de esas cosas ---dije.

Le puse la mano en el estómago.

Plano. Normal. Nada había cambiado por fuera. Pero la palma de mi mano sobre su piel sentía algo que no era algo ---no todavía, no aún, no en ningún sentido que pudiera percibirse con las manos--- pero que estaba ahí de la misma forma en que las semillas están en la tierra antes de que broten: invisibles, enterradas, reales.

Sólveig me miró la mano en su estómago. Me miró la cara. Y lo que vi en sus ojos ---lo que me destruyó de la mejor forma posible, la destrucción que ya era mi estado natural con esta mujer--- fue miedo. No el miedo de Sigurd ni el miedo de la batalla. El miedo de lo nuevo. El miedo específico de la persona que ha construido algo bueno y que descubre que lo bueno puede crecer y que crecer significa cambiar y cambiar significa arriesgar.

---Hey ---dije. Porque a veces las palabras que importan son las que no significan nada excepto *estoy aquí*.

---Tengo miedo ---dijo. La mujer que había enfrentado a Sigurd, que había curado heridas de batalla, que había sobrevivido dos años sola, diciéndome en la oscuridad que tenía miedo de algo del tamaño de una semilla.

---Yo también.

Me miró con la sorpresa de alguien que esperaba otra respuesta. Que esperaba *no tengas miedo* o *todo va a salir bien* o cualquiera de las mentiras que la gente dice cuando el miedo del otro la incomoda. Pero yo no le mentía. No podía. No a ella.

---Tengo miedo ---dije--- de ser padre de alguien que no puede elegirme. ---Le acaricié el estómago con el pulgar, despacio, trazando círculos sobre lo invisible---. Bjarki, Yrsa, Torfi: ellos me

eligieron. Tuvieron opción. Lo que hay aquí no va a tener opción. Va a nacer y yo voy a ser su padre y no va a poder decidir si soy bueno o malo en eso, va a tener que vivir con lo que sea que yo consiga darle. Y eso me aterroriza más que Sigurd y la batalla y los quince drakkars juntos.

Sólveig me puso la mano sobre la mía. Las dos manos juntas sobre su estómago, como las piedras de hogar en la longhouse: dos cosas de distinto origen formando un suelo.

---Vas a ser un padre terrible ---dijo.

La miré.

---Vas a ser sobreprotector. Vas a enseñarle a pelear antes de que aprenda a caminar. Vas a tocarle la lira todas las noches hasta que tenga quince años y te pida que pares. No vas a dormir los primeros tres meses. Vas a mirar a Bjǫrn como si fuera un peligro público cada vez que lo coja en brazos. Y vas a quererlo con la misma intensidad absurda, desmesurada e insostenible con la que quieres todo lo que quieres. ---Pausa. La comisura. La suya. La que yo llevaba meses aprendiendo a leer---. Que es exactamente la intensidad correcta.

No respondí. No podía. La garganta.

---Y yo ---dijo, bajando la voz al fondo, al sitio donde guardaba las cosas que solo decía una vez--- voy a ser una madre que sabe demasiado. Que conoce todas las enfermedades y todas las complicaciones y todos los porcentajes de todo lo que puede salir mal. Que va a despertarse de noche a comprobar que respira. Que va a calcular dosis antes de dar un bálsamo para la dentición. Que va a quererlo con la precisión clínica de alguien que sabe

exactamente cuánto puede doler perder lo que amas y que elige amarlo de todas formas.

La besé. En la frente. Después en la boca. Después en el estómago, donde mis labios tocaron la piel plana que no había cambiado y que iba a cambiar, que iba a crecer y a transformarse y a producir algo que era nuestro de una forma que nada más era nuestro: no elegido, no rescatado, no conquistado. Creado. Por nosotros. De nosotros.

Se durmió con mi mano en su estómago. Se durmió como se dormía siempre: de golpe, entera, con la confianza del animal que sabe que está a salvo.

Me quedé despierto.

No por miedo. No por el hábito de las noches de antes. Me quedé despierto porque la mano en su estómago sentía lo que no se podía sentir todavía: el futuro, el que empezaba aquí, en esta cama, sobre estas pieles de lobo, entre estas paredes de madera de Hrafnheim donde dos piedras de hogar sostenían el fuego y la salvia de Skálholt crecía en la ladera y un cuervo ladrón dormía en la viga y tres niños que nos habían elegido dormían en la habitación de al lado y un cuarto ---invisible, imposible, real--- empezaba a existir debajo de mi palma.

La luna de junio movió la línea de plata a través de la cama. Me llegó a la cara. La cerré los ojos. Olía a Sólveig, a tomillo, a sal, a la tierra de dos fiordos mezclada debajo de sus uñas.

Cerré los ojos. La mano en su estómago. El futuro debajo de la palma.

Y pensé: *cuatro*.

Capítulo 29

Crecer

Siete días de retraso. Después nueve. Después catorce.

Los números no mentían. Llevaba once años sangrando cada veintiocho días con la regularidad de un faro: puntual, invariable, indiferente a las circunstancias. Había sangrado en Skálholt, había sangrado huyendo por los valles del norte durmiendo en cuevas, había sangrado con fiebre y con hambre y con el tipo de estrés que debería haber roto cualquier ciclo y que no había roto el mío porque mi cuerpo era terco, obstinado, incapaz de alterarse por algo tan trivial como el colapso total de mi vida.

Y ahora, catorce días. Catorce días de silencio donde debería haber sangre, y en su lugar: náuseas a primera hora de la mañana. Un olfato que se había agudizado hasta el punto de que podía oler el estofado de Dalla desde el jardín, que estaba a cien metros. Una sensibilidad en los pechos que convertía el roce de la túnica en algo entre la incomodidad y la tortura. Y un cansancio: denso, pesado, el cansancio de los primeros meses que mi madre me había descrito con la precisión de alguien que lo había sentido dos veces y que lo recordaba como *dormir de pie, Sólveig, como si alguien te hubiera puesto piedras en los párpados*.

Lo sabía. Lo sabía antes de confirmar nada porque era sanadora y conocía los signos y los signos estaban todos ahí, claros, legibles, inconfundibles: estaba embarazada. El número me lo había dicho primero. El cuerpo me lo confirmó después. Y la certeza me llegó

entera una mañana de julio cuando me agaché a regar la salvia y la náusea me subió tan rápida y tan fuerte que tuve que sentarme en la hierba con la cabeza entre las rodillas y esperar a que el mundo dejara de girar.

Sentada en la hierba del jardín, con la náusea retirándose como la marea, miré la salvia de Skálholt. Había arraigado. Las doce matas: todas. Ni una sola pérdida. Los tallos nuevos salían verticales, firmes, con hojas de un verde grisáceo que ya tenía el tono específico de la salvia de mi madre, el tono que no se parecía al de ninguna otra salvia de la costa. El olor también: amargo, denso, con esa profundidad que mi madre atribuía al suelo de Skálholt pero que ahora crecía en el suelo de Hrafnheim, lo cual demostraba que mi madre estaba equivocada ---no era el suelo, era la planta, era la genética obstinada de una salvia que insistía en ser ella misma dondequiera que la pusieran--- o demostraba que mi madre tenía razón de otra forma: que el suelo eras tú, el suelo era donde echabas raíces, y si las raíces eran fuertes el suelo no importaba.

Se lo dije a Signe primero.

No por protocolo sino por necesidad: necesitaba decírselo a alguien que reaccionara con la intensidad que la noticia merecía, y Signe era la persona más intensa que conocía, incluido Bjǫrn. Eirik lo sabía desde hacía una semana y lo había procesado con la calma controlada del jarl que gestiona información, pero debajo de la calma le había visto la cara cada noche cuando se metía en la cama y me ponía la mano en el estómago con la delicadeza de quien toca algo que podría romperse, y la cara del jarl desaparecía y quedaba la cara del hombre, la cara de Eirik, la que sonreía con la boca entera y

no solo con la comisura y que me hacía pensar que algún día iba a tener que catalogar sus sonrisas porque ya no bastaba con *el milímetro*: había una taxonomía completa que nadie había documentado.

Encontré a Signe en la cabaña de lavado. Estaba de pie sobre un taburete restregando tinte de una túnica con la furia de alguien que le tiene algo personal a esa mancha en concreto. Le dije:

---Signe. Estoy embarazada.

Se cayó del taburete.

No literalmente: saltó, que es distinto, saltó del taburete con los pies por delante y la túnica todavía en las manos y la boca abierta en un círculo que habría cabido una manzana y los ojos tan abiertos que le vi el blanco completo alrededor del iris, y aterrizó en el suelo de la cabaña de lavado con un golpe que hizo temblar el cubo de agua y que asustó al gato del establo que dormitaba junto a la puerta.

---¿QUÉ?

---Estoy emb---

---TE HE OÍDO. ---Soltó la túnica. Se llevó las manos a la boca. Se las quitó. Se las volvió a poner. Se las quitó otra vez. Un ciclo de manos y boca que duró tres repeticiones antes de que decidiera qué hacer con las extremidades y lo que decidió fue abalanzarse sobre mí con la fuerza de un ariete pequeño y abrazarme con los dos brazos y la túnica mojada todavía goteando entre las dos.

El abrazo de Signe. Un fenómeno físico que debería tener unidad de medida propia: apretaba como si quisiera fusionarse conmigo, con la cara hundida en mi hombro y los brazos cerrados en mi espalda y un sonido que salía de algún sitio entre la risa y el llanto y

que no tenía nombre en ningún idioma pero que significaba *estoy tan feliz que mi cuerpo no sabe qué hacer*.

---¿Cuánto? ---preguntó contra mi hombro.

---Seis semanas. Quizá siete.

---¿Lo sabe Eirik?

---Sí.

---¿Y no me lo ha dicho? ---Se separó. La indignación reemplazó la euforia con la velocidad de una puerta que se cierra---. ¿Mi hermano sabía que voy a ser tía y no me lo ha dicho? ¿Cuántos días ha sabido esto sin decírmelo?

---Siete.

---Siete días. ---La voz le bajó a la frecuencia específica de la ira fría de Signe, que era más aterradora que la ira caliente---. Voy a matarlo.

---Le pedí que esperara a que yo estuviera segura.

---Da igual. Voy a matarlo igualmente. ---Pausa. La cara le cambió. La ira fría se derritió como hielo al sol y lo que quedó debajo fue otra cosa, más blanda, más peligrosa en un sentido completamente distinto---. Voy a ser tía.

---Vas a ser tía.

Los ojos se le llenaron. No cayó nada. Signe era como yo en eso: decidía cuándo lloraba. Pero los ojos se le llenaron y la barbilla le tembló y la boca se le torció en algo que era la versión de Signe de no llorar, que consistía en apretar los labios y levantar la barbilla y parpadear muy rápido como si pudiera evaporar las lágrimas por pura fuerza de voluntad.

---Voy a enseñarle a cocinar ---dijo. Con la voz estrangulada de quien habla a través de una garganta cerrada---. Y a pelear. Y a

gritar. Y a no aceptar estupideces de nadie. ---Pausa---. Y si es niña le enseño a incendiar cosas de forma segura.

---Si es niña o si es niño, Signe.

---Cierto. La igualdad en la piromanía.

Me reí. Con Signe siempre me reía. Era su don específico: convertir cualquier emoción en algo que incluyera risa, no para trivializarla sino para hacerla soportable, para añadirle aire, para que el peso de lo grande no te aplastara.

Thyra lo supo antes de que se lo dijera. Por supuesto.

Entré en la longhouse esa tarde para hablar con ella y me encontré un paño doblado en mi silla habitual ---la silla junto a Thyra, la que había sido de la madre de Eirik--- con un atado de hierbas encima. Hierbabuena seca y raíz de jengibre molida. El remedio clásico para las náuseas del embarazo.

Miré a Thyra. Thyra miró al frente con la expresión de alguien que no ha hecho nada y que no piensa reconocer que ha hecho algo.

---¿Cómo lo has sabido? ---pregunté.

---Llevo tres semanas viéndote hacer muecas por la mañana cuando hueles el porridge. Nadie odia mi porridge. Mi porridge es excelente. Si le haces muecas es que estás embarazada o que has perdido el gusto, y tú no has perdido el gusto porque te vi comer salmón ahumado ayer con la satisfacción de alguien que tiene las papilas intactas. ---Pausa---. Además, te brillan los ojos.

---El brillo de los ojos no es un síntoma médico, Thyra.

---No. Pero es un síntoma de felicidad, y tú llevas tres semanas más feliz de lo normal, y la única cosa que hace a una mujer más feliz de lo normal sin motivo visible es un secreto bueno, y el único

secreto bueno que hace muecas al porridge es un embarazo. ---Me miró con los ojos de seis décadas que habían visto todo lo que merecía verse y bastante de lo que no---. Infúsiones de hierbabuena tres veces al día. Jengibre rallado en el agua por la mañana. Y deja de subir a la ladera a mediodía: el calor no te conviene. Sube temprano o al atardecer.

---Gracias, Thyra.

---No me des las gracias. Dame un nieto sano. ---Lo dijo sin pestañear. Sin la sombra de duda sobre su derecho a llamar *nieto* al hijo de una mujer que no era su hija y de un hombre que no era su hijo pero que eran ambos lo más parecido que tenía y que era suficiente, era más que suficiente, era todo.

Bjǫrn se enteró porque Leif se lo dijo, y Leif se enteró porque Signe se lo dijo, y Signe se lo dijo porque Signe era físicamente incapaz de guardar un secreto que la hiciera feliz durante más de cuatro horas. El circuito de información de Hrafnheim era más eficiente que cualquier sistema de mensajería que los romanos hubieran inventado.

Bjǫrn me encontró en la cabaña de curar revisando suministros. Entró por la puerta ---que era demasiado pequeña para él, como todas las puertas eran demasiado pequeñas para él--- y se quedó de pie mirándome con una expresión que no le había visto: una suavidad en la mandíbula y alrededor de los ojos que convertía su cara de oso en algo que parecía, contra toda evidencia física, tierno.

No dijo nada. Se acercó. Se arrodilló ---que en Bjǫrn era un evento sísmico, las rodillas impactando el suelo con la fuerza de dos troncos que caen--- y quedó a mi altura. Me miró.

---Si necesitas algo ---dijo. Con la voz que le salía cuando hablaba de las cosas que importaban: baja, grave, sin la fanfarria del brindis ni la autoridad del guerrero, solo la voz del hombre debajo de todo eso---. Cualquier cosa. A cualquier hora.

---Lo sé, Bjǫrn.

---Voy a enseñarle a usar un hacha ---dijo.

---No antes de los cinco años.

---Cuatro.

---Cinco.

La comisura. La suya. La comisura de Bjǫrn que era un acontecimiento tan raro como un eclipse y que significaba lo mismo: algo extraordinario estaba pasando en el cielo.

---Cinco ---aceptó. Se levantó. Salió de la cabaña. Desde fuera, la voz de Leif:

---¿Has llorado?

---No.

---Tienes los ojos rojos.

---Es el humo.

---Estamos fuera, Bjǫrn. No hay humo.

Silencio. Después, pasos de Bjǫrn alejándose con la dignidad de un hombre que ha sido pillado llorando y que no piensa reconocerlo bajo ninguna circunstancia.

Los niños.

Se lo dijimos juntos. Eirik y yo. En la habitación de los niños, una noche después de la cena, con la lámpara baja y los tres sentados en la cama de Torfi ---la más grande, la que daba a la ventana--- y nosotros de pie delante de ellos como dos personas que están a punto de dar un discurso y que no saben cómo empezarlo.

Eirik me miró. Yo lo miré. El momento de *di tú algo* que podía haber durado indefinidamente si Yrsa no hubiera intervenido:

---Estás embarazada ---dijo. Desde la cama. Con la voz plana de quien constata un hecho que ha deducido por su cuenta.

La miré. La miró Eirik. La miró Bjarki. Torfi no la miró porque Torfi ya lo sabía también, lo supe en ese instante por la ausencia de sorpresa en su cara, por la calma de alguien que espera la confirmación de algo que ya ha procesado.

---¿Cómo lo has sabido? ---pregunté. Pregunta que iba haciéndose retórica porque aparentemente todo el clan lo sabía antes que yo.

---Las náuseas por la mañana. El cansancio. Has dejado de beber cerveza. Y ayer le pediste a Dalla más sal para la comida, lo cual es un síntoma clásico del primer trimestre por el aumento de volumen sanguíneo y la consecuente necesidad de retener líquidos. ---Pausa. Me miró con los ojos enormes que archivaban todo---. Lo leí en tu herbário.

Mi herbário. La niña de ocho años había leído mi herbário y había diagnosticado mi embarazo antes de que yo lo anunciara. Iba a ser mejor sanadora que yo. Mucho mejor. Y la mezcla de orgullo y terror que eso me producía era indescriptible.

Bjarki:

---¿Es un niño o una niña?

---Todavía no lo sé, Bjarki.

---¿Y cuándo lo sabes?

---Cuando nazca.

---¿No puedes verlo antes?

---No.

---¿Y si le preguntas?

---Bjarki, los bebés no hablan.

---Los bebés no hablan *fuera*. A lo mejor dentro sí hablan y nadie les pregunta.

Eirik se tapó la boca con la mano. El gesto que hacía cuando se le escapaba la sonrisa entera y no quería que Bjarki lo viera reírse porque Bjarki era absolutamente serio y reírse de una persona absolutamente seria era una falta de respeto que se pagaba con la indignación de un niño de seis años, que era la más pura y la más devastadora de todas las indignaciones.

Torfi se levantó de la cama. Caminó hasta mí. No me miró a la cara: me miró el estómago. Lo miró con la seriedad del niño que piensa antes de actuar, que mide, que calcula, que decide. Levantó la mano. La puso en mi vientre. Plana, quieta, con los dedos abiertos.

No dijo nada. No hacía falta. Lo que decía su mano era lo mismo que decía la mano de Eirik cada noche: *estoy aquí, estoy contigo, voy a estar cuando llegue*.

Le puse la mano sobre la suya. La de él pequeña, la mía encima, las dos sobre el estómago donde algo crecía que todavía no tenía forma pero que ya tenía gente esperándolo, que ya tenía manos que lo tocaban a través de la piel.

Yrsa cerró el cuaderno. Me miró con una seriedad que daba miedo.

---Necesito que me enseñes todo sobre partos ---dijo---. Las complicaciones, los procedimientos, las hierbas. Todo.

---Yrsa, tienes ocho años.

---Y tú vas a necesitar una asistente.

No discutí. Tenía razón. Iba a necesitar una asistente.

El verano avanzó con la lentitud dorada de los días largos del norte, donde el sol no se pone del todo y la luz se extiende como miel sobre el fiordo hasta las once de la noche y después vuelve a las tres de la madrugada, y en ese intervalo apenas oscuro el mundo se detiene, respira, se repone antes de volver a empezar.

El jardín crecía. La salvia de Skálholt se había extendido un palmo en cada dirección, colonizando la tierra nueva con la misma terquedad con la que había sobrevivido dos años sola. La valeriana de Yrsa floreía: flores blancas pequeñas que olían a dulce y a algo subterráneo, y Yrsa las contaba cada tarde y las anotaba en el cuaderno con la meticulosidad de una científica. El jardín mixto de Torfi era un desastre magnífico: la salvia, la valeriana y la menta creciendo entrelazadas sin orden ni jerarquía, cada planta buscándose la vida entre las otras, y el resultado era una parcela que parecía un pequeño bosque medicinal en miniatura y que olía a todo al mismo tiempo.

La piedra de Bjarki seguía ahí. Sin espadas. Sin brotes. Sin cambios. Bjarki la regaba cada mañana con la fe del agricultor que aún no ha visto resultados pero que no piensa rendirse.

---Todavía no ha crecido ---me dijo una mañana, con la regadera en la mano y la frente arrugada.

---Algunas cosas tardan más que otras, Bjarki.

---¿Cuánto?

---A veces mucho.

Miró la tierra. Miró el cielo. Miró la tierra otra vez. Regó.

Yrsa empezó su formación de forma oficial. No porque yo la hubiera programado sino porque ella se presentó en la cabaña de

curar al amanecer del día siguiente a mi anuncio con el cuaderno bajo el brazo y un lápiz de carbón y la frase *estoy lista* pronunciada con la autoridad de alguien que lleva esperando este momento toda su vida y que ha decidido que esperar se ha terminado. Le enseñé a preparar cataplasmas. Le enseñé a tomar el pulso con dos dedos en la muñeca, contando los latidos en quince segundos y multiplicando por cuatro. Le enseñé las propiedades de cada hierba del estante, y ella lo anotó todo en el cuaderno con una caligrafía que era mejor que la mía y con un nivel de detalle que me había llevado a mí años alcanzar.

Le di el frasco azul.

No el fragmento de Skálholt: un frasco nuevo, de cristal azul, que le había pedido a un comerciante que pasó por Hrafnheim a mediados de julio. Más pequeño que el de mi abuelo, más tosco, fabricado en alguna parte del sur por manos que no conocía. Pero era azul. Y se lo di con árnica dentro.

---Es tuyo ---le dije---. El árnica es la hierba más importante de una sanadora. Sin árnica no eres sanadora. Eres una persona con buenas intenciones y las manos vacías.

Las palabras de mi madre. Dichás con mi voz, en otra cabaña, a otra niña. La cadena que no se rompe.

Yrsa cogió el frasco. Lo miró con la atención que le daba a todo lo valioso: sin parpadear, absorbiendo cada detalle, archivándolo en el lugar donde guardaba las cosas que iba a recordar siempre. Lo puso en el estante, al lado de los demás, con la precisión milimétrica de la niña que ya sabía que un estante organizado podía salvar una vida cuando diez segundos importaban.

---Gracias ---dijo. Sin emoción visible, porque Yrsa procesaba la emoción por dentro y lo que dejaba ver era la superficie: calma, precisión, control. Pero la forma en que tocó el frasco antes de soltarlo ---con las puntas de los dedos, despacio, como se toca una cosa que todavía no te crees que es tuya--- dijo todo lo que la palabra *gracias* no alcanzaba.

Torfi hablaba más.

No mucho. No como Bjarki, que hablaba sin parar como un arroyo que no sabe que puede secarse. Torfi hablaba como hablaba alguien que está aprendiendo a usar un instrumento: despacio, con notas sueltas, con silencios largos entre las palabras que no eran vacíos sino preparación. Decía *otra* cuando Eirik tocaba la lira. Decía mi nombre por las mañanas, una vez, al verme, como verificación: *estás aquí*. Decía *no* cuando no quería algo, que era un avance enorme porque decir *no* requiere la confianza de que el *no* va a ser respetado, y Torfi confiaba.

Y una tarde, en el patio de armas, mientras tallaba sentado en el muro ---donde siempre, con el cuchillo de Leif y la madera de lo que fuera que estuviera tallando esa semana---, dijo:

---Papá.

Lo dijo mirando a Eirik, que cruzaba el patio con Bjǫrn hacia el cobertizo de armas. Lo dijo una vez. En voz baja, casi para sí, como si probara la palabra, como si la sacara del sitio donde la tenía guardada para ver si todavía funcionaba, si todavía significaba algo, si podía usarla sin que doliera.

Eirik se paró. Se giró. Lo miró desde el otro lado del patio con los ojos que se le habían puesto brillantes en el tiempo que tarda un corazón en latir una vez.

No dijo nada. Porque qué dices cuando un niño que no hablaba te llama *papá* por primera vez en un patio polvoriento de junio. No dices nada. Asientes. Con la garganta cerrada y los ojos como están y la cara que se te queda cuando el mundo te da algo que no sabías que necesitabas con tanta desesperación hasta que lo tienes.

Asintió. Siguió caminando. Bjǫrn, a su lado, no dijo nada. Le puso la mano buena en el hombro. Un segundo. Después la quitó.

Lo vi todo desde la puerta del jardín. Con la mano en el estómago. Con la salvia de Skálholt a mis pies y la salvia de Hrafnheim a mi espalda y las dos creciendo juntas, entrelazándose bajo la tierra en raíces que ya no podías separar.

El verano siguió. Los días pasaron con la cadencia de las estaciones que no tienen prisa: cosecha, conserva, preparación del invierno que vendría. Signe y yo inventariamos la despensa con la eficiencia de dos mujeres que saben que el frío no perdona y que cada pescado ahumado de más es un día de vida cuando la nieve cierre el fiordo. Thyra supervisaba. Thyra siempre supervisaba. Desde su banco, con los ojos de seis décadas que no se perdían nada, y la voz que cortaba las discusiones como un cuchillo corta la mantequilla: sin esfuerzo, sin aviso, dejando los bordes limpios.

Mi cuerpo cambió. Despacio primero ---la cintura ensanchándose un centímetro, los pechos llenándose, el cansancio del primer trimestre que se retiró como una marea y dejó en su lugar una energía nueva, más densa, más caliente, como si la sangre hubiera aprendido a circular más rápido para llegar a más sitios--- y después más rápido, con la aceleracíon del segundo trimestre: el estómago redondeándose, el equilibrio cambiando, el centro de gravedad

moviéndose como un barco que carga más peso a proa y que necesita ajustar la vela para no escorar.

Eirik tocaba la lira cada noche con la mano en mi estómago. Y una noche de agosto, mientras tocaba la de la ballena, algo se movió debajo de su palma.

Paró de tocar. Me miró. Miró su mano. Miró mi estómago.

---Ha sido\...

---Sí.

El primer movimiento. La primera señal de algo que existía por su cuenta, que tenía voluntad, que se movía porque podía y porque quería, y que lo había hecho al ritmo de la canción de la ballena, que era nuestra canción, que era la primera música que iba a conocer.

La cara de Eirik. La sonrisa que ya no era milímetro ni comisura ni esquina: era la cara entera, los ojos y la boca y las arrugas que le salían alrededor de los ojos cuando sonreía de verdad y que eran las líneas más bonitas que había visto en una cara humana, más bonitas que cualquier mapa de Yrsa, más elocuentes que cualquier palabra de Torfi.

Volvió a tocar. La de la ballena. Y debajo de su palma, el movimiento otra vez: pequeño, como un pez saltando en agua tranquila, como una semilla que empuja la tierra desde abajo.

Dos piedras de hogar en la longhouse. Doce matas de salvia en la ladera. Tres niños dormidos en la habitación de al lado. Un cuervo ladrón en la viga. Una lira tocando la canción de la ballena. Y debajo de todo, debajo de las manos y la música y la piel, algo nuevo que crecía con la terquedad de la salvia de Skálholt y la obstinación de la piedra de Bjarki y la paciencia de las raíces que buscan agua en la oscuridad: despacio, sin prisa, con la certeza de que arriba hay sol.

Crecía. Y yo crecía con ello. Y Hrafnheim crecía a nuestro alrededor. Y lo único que podía pensar, con la mano de Eirik en el estómago y la música de su madre en el aire y la salvia de la mía en la tierra, era que mi madre tenía razón: el suelo no importa. Lo que importa son las raíces. Y las mías estaban aquí.

Capítulo 30

Nacer

El grito me despertó a las tres de la mañana.

No era un grito de dolor. Era algo anterior al dolor: un sonido gutural, profundo, que venía de un sitio del cuerpo que yo no conocía y que Sólveig probablemente podía nombrar con precisión anatómica. Me incorporé en la oscuridad con el corazón en la garganta y la mano buscando el hacha que ya no dormía junto a la cama porque Sólveig la había quitado el mes pasado diciéndome que no iba a parir en una habitación con armas.

Sólveig estaba sentada en la cama. Recta. Con las manos en el estómago y los ojos abiertos en la oscuridad y la respiración controlada ---cuatro tiempos, seis tiempos, el protocolo que ya era parte de ella como lo eran las manos y la voz---, y me miró con la calma específica de alguien que lleva meses preparándose para este momento y que ahora que ha llegado está exactamente donde necesita estar: en control.

---Es ahora ---dijo.

Dos palabras. Las palabras más grandes que me había dicho, incluidas *sí, me quedo* y *estoy embarazada* y *te quiero*. Dos palabras que contenían todo el futuro y que me dejaron de pie junto a la cama en la oscuridad de noviembre sin saber qué hacer con las manos, que era ridículo, que era humillante, que yo era un jarl que había dirigido una batalla y que ahora no sabía qué hacer con las manos porque su esposa iba a tener un hijo.

---Eirik. ---La voz de la sanadora. La voz que sacaba a los vivos del borde de los muertos y que ahora me sacaba a mí del borde de la parálisis---. Despierta a Signe. Despierta a Yrsa. Pon agua a hervir. Tráeme los paños limpios del estante de arriba, los que preparé la semana pasada. Y despierta a Thyra.

---Thyra está dormida.

---Thyra no ha dormido una noche entera desde 1956. Está esperando.

Salí de la habitación. Me puse las botas. Me equivoqué de pie. Me las quité y me las puse otra vez. Me equivoqué del mismo pie. Sólveig desde la cama:

---Eirik. Las botas se ponen izquierda-izquierda, derecha-derecha.

---Lo sé.

---Tu pie izquierdo está en la bota derecha.

Me cambié las botas. Salí. Fui a buscar a Signe.

Signe estaba despierta. Estaba de pie en la puerta de su cabaña con una lámpara en la mano y los paños limpios en la otra y la expresión de alguien que lleva tres semanas durmiendo vestida por si acaso.

---Ya ---dije.

---Ya lo sé ---dijo---. La he oído. Todo el fiordo la ha oído. Yrsa ya está dentro.

Yrsa ya estaba dentro. La niña de ocho años ---nueve, ya nueve, cumplidos en septiembre con una tarta que Signe quemó y que comieron igual porque Bjarki dijo que las tartas quemadas eran las mejores y nadie tuvo valor para discutirle--- se había levantado antes que todos, había cogido el morral que tenía preparado junto a la puerta desde hacía un mes ---con hierbas, vendas, hilo de sutura

y el cuaderno de apuntes que contenía todo lo que Sólveig le había enseñado sobre partos comprimido en una caligrafía apretada y metódica--- y se había instalado en nuestra habitación con la autoridad de una profesional que llega a su puesto.

Thyra estaba en la longhouse. Sentada en su banco. Con una infusión de hierbabuena ya preparada en la mano y la cara de alguien que lleva despierta desde las dos porque *ya te he dicho que esa niña iba a nacer con la primera helada, Sólveig, las de noviembre siempre nacen con la primera helada, lo sé porque yo nací con la primera helada y mi madre nació con la primera helada y somos gente puntual*.

---Agua caliente ---dijo Thyra---. Toallas. Y saca a tu marido de en medio.

Me sacaron de en medio.

No literalmente: Signe me puso la mano en el pecho cuando intenté entrar en la habitación por tercera vez y me dijo, con la dulzura de un bloqueo de escudo:

---Eirik. Lo digo con cariño. Si entras una vez más voy a cerrarte la puerta en la cara y voy a usar el cerrojo. Tu esposa está trabajando. Tú estás estorbando. Ve a esperar fuera con los hombres como han hecho todos los padres desde el principio de los tiempos.

---No puedo estar fuera.

---Puedes y vas a estar. ---Me miró con los ojos que eran los míos, los de mi madre, los ojos de la familia que no se perdían nada y que no permitían tonterías---. Escúchame. Sólveig es la mejor sanadora de la costa. Yrsa le ha leído el herbário de partos cuatro veces. Thyra ha asistido a más nacimientos que años tienes. Y yo

estoy aquí. Tu esposa está en las mejores manos posibles. Lo único que puedes hacer es no estar en medio.

La lógica era impecable. La lógica era insoportable. La lógica me daba igual.

Fui a esperar fuera. Con Bjǫrn.

Bjǫrn estaba sentado en el banco del pasillo con la espalda contra la pared y las piernas estiradas y una jarra de cerveza en la mano que no estaba bebiendo sino sosteniendo, como un ancla, como algo que hacer con las manos cuando las manos quieren hacer algo y no tienen nada que hacer. Leif estaba a su lado, despierto, silencioso, con el brazo contra el brazo de Bjǫrn en la oscuridad.

Me senté enfrente. En el suelo. Porque el banco estaba a tres pasos de más de la puerta y el suelo estaba a un paso y un paso era la diferencia entre soportable e insoportable.

Bjǫrn:

---Respira.

---No me digas que respire.

---Te digo que respires porque la última vez que no respiraste fue en la boda y casi te desmayas delante de Halfdan.

---No casi me desmayé.

---Eirik. Te pusiste blanco. Te agarraste al poste del fuego. Leif te vio.

Leif, confirmando desde la oscuridad:

---Te vi.

Respiré. No porque me lo dijeran sino porque desde dentro de la habitación llegó otro sonido, más largo que el anterior, más profundo, y necesité el aire para no levantarme y tirar la puerta abajo.

Bjarki apareció en el pasillo. En pijama, descalzo, con el pelo de punta y los ojos de un niño que se ha despertado con ruido y que ha venido a investigar con la valentía de alguien que no sabe que debería tener miedo.

---¿Ya viene? ---preguntó.

---Ya viene.

---¿Puedo verlo?

---Cuando salga.

---¿Cuándo sale?

---No lo sé, Bjarki.

---¿Cómo que no lo sabes? Tú sabes todo.

Bjǫrn desde el banco:

---Siéntate, chico. Va para largo.

Bjarki se sentó. A mi lado, en el suelo, con las piernas cruzadas y la espalda recta y la cara de un soldado que se prepara para un asedio. Después de un minuto de silencio:

---¿Y si es una niña?

---Si es una niña, es tu hermana.

---¿Y le enseño a pelear?

---Le enseñas lo que ella quiera aprender.

Asintió. Satisfecho. Se recostó contra mi brazo y se quedó ahí, caliente y pequeño y presente, como una piedra de hogar portatil.

Torfi vino después. En silencio. Se sentó al otro lado de la puerta, de espaldas a la pared, con las rodillas contra el pecho. Llevaba el cuchillo de tallar en el bolsillo ---lo supe por la forma en que se tocaba la tela del pantalón, el gesto de comprobar que estaba ahí, que su ancla estaba ahí--- y los ojos fijos en la puerta con la concentración de alguien que vigila.

No dijo nada. No hacía falta. Estaba donde tenía que estar: al otro lado de la puerta, esperando a que la persona que le había devuelto las palabras le diera una cosa más que todavía no sabía que necesitaba.

Las horas pasaron como pasan las horas cuando no puedes hacer nada excepto esperar y escuchar los sonidos que vienen de detrás de una puerta cerrada: despacio, deformadas, con la densidad del tiempo que no avanza porque el mundo se ha detenido en un punto y no va a moverse hasta que algo cambie.

Los sonidos. Eso era lo peor: los sonidos. La voz de Sólveig que no era la voz que yo conocía ---no la voz de la sanadora ni la de la esposa ni la de la madre--- sino una voz nueva, primitiva, un registro que no le había escuchado y que me bajaba por la columna como agua helada. Los murmullos de Signe entre las contracciones, suaves, constantes, el río que sostenía sin llevar. La voz de Thyra dando instrucciones con la autoridad de alguien que ha hecho esto muchas veces y que sabe exactamente cuándo preocuparse y cuándo no, y que ahora no se preocupaba, lo cual debería haberme calmado y no me calmaba.

Y la voz de Yrsa. Clara, precisa, leyendo del cuaderno: *dilatación, fase activa, respiración, posición*. La niña de nueve años asistiendo a un parto con su cuaderno de apuntes y el frasco azul de árnica en el morral y la calma de alguien que ha estudiado para esto y que no piensa fallar.

Bjarki se durmió contra mi brazo. La cabeza cayendo sobre mi bíceps con el peso de la confianza absoluta del niño que sabe que el adulto lo sostiene. Torfi no se durmió. Torfi vigilaba.

Las tres de la mañana. Las cuatro. Las cinco. La oscuridad de noviembre que no cedía, que se agarraba al cielo como una piel de lobo sobre un hombre dormido, como si el mundo supiera que lo que pasaba dentro de esa habitación necesitaba oscuridad para poder ocurrir, como las semillas necesitan la oscuridad de la tierra para germinar.

El dolor era un animal.

No una metáfora: una realidad. Un animal vivo que se movía dentro de mí con ciclos propios, con mareas propias, que subía desde la pelvis con la fuerza de algo que no podía controlarse y que no quería controlarse y que iba a hacer lo que iba a hacer independientemente de lo que yo opinara. Lo conocía. Lo había estudiado. Sabía el nombre de cada músculo que se contraía, sabía la fisiología de cada fase, sabía la secuencia exacta de lo que estaba pasando en mi cuerpo con la precisión de alguien que ha leído cada texto disponible sobre el tema.

Saber no ayudaba. Saber no ayudaba nada. Saber que el dolor era la contracción del músculo uterino empujando al bebé hacia el canal de parto no hacía que el dolor doliera menos; solo le ponía nombre científico a algo que no tenía nada de científico, que era puro cuerpo, pura biología cruda haciendo lo que la biología cruda lleva haciendo desde que existen los mamíferos: expulsar vida al mundo a través del dolor porque no existe otro camino.

Signe me sostenía. Detrás de mí, en la cama, con la espalda de ella contra la cabecera y mi espalda contra su pecho y sus brazos alrededor de mis hombros, y entre cada contracción me susurraba cosas que no tenían sentido y que tenían todo el sentido: *ya falta menos, estás haciéndolo, estoy aquí*. El río de Signe. La constancia

de Signe que era el ancla cuando mi ancla ---los números, el protocolo, el control--- no funcionaba porque no se puede contar cuando el dolor borra los números.

Yrsa estaba a mi derecha. Con el cuaderno abierto en una mano y la otra mano libre, preparada, y los ojos que no parpadeaban. Me miraba con la atención de la aprendiz que está aprendiendo en tiempo real lo que ningún libro puede enseñar: que la teoría del parto y la realidad del parto son dos idiomas distintos, y que la única traducción posible es estar ahí, con las manos listas, y hacer lo que haya que hacer.

---Yrsa ---dije. Entre contracciones, en el espacio donde el dolor se retiraba como una ola que baja y te deja jadeando en la arena---. El paño frío. En la frente.

Me lo puso. Inmediato. Sin temblar. El paño estaba a la temperatura exacta que yo le había enseñado: frío pero no helado, la diferencia entre alivio y shock. Iba a ser la mejor sanadora de la costa. Iba a ser mejor que mi madre. Iba a ser mejor que yo. Y la certeza de eso ---en medio del dolor, en medio de la noche, en medio de todo--- me dio algo a lo que agarrarme que no eran números: era orgullo.

Thyra dirigía desde la silla que Signe le había puesto junto a la cama porque Thyra no iba a asistir un parto de pie a sus años, gracías, y además la experiencia no necesitaba piernas, necesitaba ojos y voz, y las dos cosas las tenía intactas.

---Bien ---decía Thyra. Después de cada contracción. Una sola palabra que contenía más información que cualquier diagnóstico: *bien* significaba que todo iba como debía ir, que el progreso era el correcto, que el bebé bajaba donde tenía que bajar y que yo estaba

haciendo lo que tenía que hacer. *Bien* dicho por Thyra era lo más parecido a un certificado de calidad que existía en Hrafnheim.

Las horas se comprimieron y se expandieron al mismo tiempo, como el tiempo siempre hace cuando el cuerpo está en el límite: cada contracción duraba un siglo y el espacio entre ellas duraba un parpadeo, y perdí la cuenta de cuántas había tenido porque los números no me funcionaban, como no me habían funcionado la noche de Skálholt, y la ironía de que las dos noches más importantes de mi vida fueran las noches en que los números me fallaban era del tipo que podría haberme hecho reír si hubiera tenido aliento para reír.

Pero esta noche era lo contrario de aquella noche. Aquella noche huía. Esta noche estaba donde tenía que estar. Aquella noche perdía. Esta noche ganaba algo que no tenía todavía nombre ni cara pero que estaba viniendo, abriéndose camino, empujando con la terquedad de las cosas que insisten en existir.

---Ya veo la cabeza ---dijo Thyra. Con la calma de quien ha dicho esa frase muchas veces y que sabe que es la frase que lo cambia todo, la frase después de la cual el mundo se divide en antes y después---. Empuja.

Empujé. Con todo. Con cada músculo que tenía, con cada gramo de fuerza que me quedaba, con el grito que salío de un sitio que no tenía nombre y que contenía todo lo que era: la sanadora, la esposa, la madre, la superviviente, la mujer que había cruzado un país entera huyendo y que ahora empujaba en dirección contraria, no huyendo sino trayendo, no perdiendo sino creando, no muriendo sino dando vida con la misma fuerza bruta con la que la vida le

había sido arrancada dos años y nueve meses atrás en una playa de arena gris.

Signe me apretó. Yrsa me cogió la mano. Thyra dijo:

---Otra vez.

Empujé.

Y el dolor cambió. Se transformó de presión a liberación, de algo que apretaba a algo que se abría, y sentí el momento exacto en que el cuerpo dejó de resistir y dejó pasar, y la sensación fue como la de la fiebre que se rompe ---un instante está y al siguiente no---, y en el espacio que dejó el dolor entró un sonido.

El llanto.

Pequeño. Agudo. Furioso. El llanto de alguien que acaba de llegar a un sitio frío y ruidoso y desconocido y que tiene opiniones al respecto y que no va a callarse hasta que alguien haga algo. El llanto más hermoso y más terrible y más necesario que había escuchado, porque era la prueba de que los pulmones funcionaban, de que el aire entraba y salía, de que lo que había estado creciendo debajo de la mano de Eirik y la mía durante meses era real, estaba aquí, estaba vivo y protestando.

Thyra la cogió. Con las manos de seis décadas que sabían sostener a un recién nacido con la firmeza exacta ---ni demasiado suave ni demasiado fuerte, la presión que dice *no voy a dejarte caer*---. La envolvió en el paño caliente. Me la puso en el pecho.

Era pequeña. Arrugada. Roja. Con los ojos cerrados y los puños apretados y la boca abierta en el grito que no paraba, que no iba a parar, que era su forma de decir *estoy aquí* de la única forma que sabía.

Una niña.

Le puse la mano en la espalda. Cabía entera en mi palma. La espalda, los hombros, la cabeza: todo cabía en una mano de sanadora que había sostenido cuchillos y hierbas y heridas y la mano de un hombre que tocaba la lira, y que ahora sostenía esto, este peso mínimo que era más pesado que cualquier piedra de hogar.

Dejó de llorar. No de golpe: despacio, como una tormenta que amaina, el llanto bajando de grito a queja a murmullo a silencio. Me tenía contra su mejilla. La escuchaba. El latido de mi corazón bajo su oreja, el sonido que había escuchado durante nueve meses desde dentro y que ahora escuchaba desde fuera y que reconocía, porque la biología es así de simple y así de devastadora: el corazón de la madre es el primer hogar.

Signe lloraba. Sin sonido, sin sacudida, con las lágrimas cayéndole por la cara y la sonrisa más grande que le había visto, y me apretaba todavía desde atrás, los brazos alrededor de mí y de la niña, envolviéndonos a las dos.

Yrsa tenía el cuaderno en el regazo. No escribía. Miraba. Con los ojos enormes que archivaban todo y que ahora archivaban esto: el primer nacimiento al que asistía, el primero de los cientos que iba a asistir en su vida, y que iba a recordar con la precisión de la niña que no olvidaba nada.

Thyra se secó las manos en el delantal. Me miró con la expresión que le había visto pocas veces: suave. Las líneas de la cara relajadas, los ojos húmedos con algo que no iba a reconocer, la boca temblándole un segundo antes de que la controlara.

---Niña sana ---dijo. La evaluación profesional. Y después, más bajo, para ella y no para mí pero lo oí igual---: Ya era hora de que hubiera otra mujer en esta familia.

---Abre la puerta ---dije.

Signe abrió la puerta.

Llevaba la cara empapada, los ojos rojos, el pelo salido del recogido y la sonrisa que no le cabía en la cara, y no dijo nada, no necesitó decir nada, la cara lo decía todo y lo que decía me levantó del suelo donde llevaba horas sentado con la velocidad de alguien a quien le han quitado las cuerdas que lo ataban al mundo.

Bjarki se despertó con mi movimiento. Se levantó de un salto. Torfi ya estaba de pie.

Entré.

La habitación olía a sangre y a agua caliente y a hierbas y a algo más que no tenía nombre o que tenía un nombre que yo no conocía: el olor de lo nuevo, de lo recién llegado, de lo que no existía hace una hora y que ahora existía con la realidad incontestable de un grito diminuto.

Sólveig estaba en la cama. Recostada contra los almohadones que Signe le había puesto detrás. El pelo suelto, pegado a las sienes por el sudor. La cara pálida con un rubor alto en los pómulos. Los ojos brillantes de algo que era cansancio y que era otra cosa, algo más grande que el cansancio, algo que la iluminaba desde dentro como una lámpara que alguien acaba de encender.

En sus brazos, contra su pecho, una cosa pequeña envuelta en un paño blanco que se movía.

Caminé hasta la cama. Me arrodillé. El suelo duro contra las rodillas y no lo sentí porque no sentía nada que no fuera lo que tenía delante: mi esposa, viva, con la cara destruida de agotamiento y con la sonrisa más luminosa que le había visto ---más que la de la boda, más que la del jardín, más que cualquiera de las sonrisas que yo

había empezado a catalogar porque ya no bastaba con el milímetro--- y en sus brazos algo que era nuestro de la forma más absoluta en que algo puede ser de alguien.

Apartó el paño. Me la enseñó.

Pequeña. Roja. Arrugada. Con una mata de pelo oscuro que era mío y una nariz que era de ella y los ojos cerrados y los puños cerrados y la boca haciendo un movimiento que no era sonrisa ni llanto sino la búsqueda primordial del recién nacido que busca, que necesita, que ya sabe lo que quiere antes de saber nada más.

La garganta. La garganta otra vez, cerrándose con la fuerza de algo que ya no iba a pedirle a Sólveig que me examinara porque sabía lo que era: era esto. Era lo que pasa cuando ves por primera vez a la persona que va a cambiar todo lo que creías saber sobre ti mismo. Era lo que pasa cuando el mundo te da algo que no te mereces y que vas a pasar el resto de tu vida intentando merecer.

---Cógela ---dijo Sólveig.

La cogí.

Cabía en mis manos. Las manos que habían sujetado hachas y timones y cuerdas de lira y los hombros de hombres moribundos, y que ahora sostenían algo del tamaño de un gato de madera, algo que pesaba menos que la piel de lobo y más que el mundo, algo que abrió los ojos en mis manos.

Me miró.

Los ojos no eran grises ni verdes. Eran oscuros, indefinidos, con la opacidad de los recién nacidos que todavía no han decidido de qué color van a ser, que todavía están eligiendo, que todavía tienen todas las opciones abiertas. Me miró sin verme porque los recién nacidos no ven, pero la dirección de los ojos era hacia mí, y el peso

de esa mirada ciega fue más fuerte que la mirada de cualquier jarl, cualquier enemigo, cualquier hombre que hubiera intentado intimidarme en treinta y dos años de vida.

Se le cerraron los ojos. Se durmió. En mis manos. Con la confianza absoluta de alguien que acaba de llegar al mundo y que ha decidido que las primeras manos que la sostienen son manos seguras.

Bjarki apareció a mi lado. En puntillas. Con la cara a la altura de mis manos.

---Es muy pequeña ---dijo. Con asombro.

---Es recién nacida.

---¿Va a crecer?

---Va a crecer.

---¿Cuánto?

---Mucho.

---¿Cómo yo?

---No lo sé, Bjarki. Puede que más.

La cara de Bjarki al contemplar la posibilidad de que otra persona fuera más grande que él: evaluación, recalibrado, aceptación.

---Vale. Le enseño a pelear cuando sea grande.

Torfi entró último. Caminó hasta la cama. No miró a la niña: miró a Sólveig. La miró como la miraba siempre, con los ojos oscuros que eran más viejos que su cara, verificándo: *estás aquí, estás entera, no te has ido*. Sólveig le extendió la mano. La cogió. Después miró a la niña. La miró durante mucho rato. Con la cabeza ladeada. Evaluando.

---Tiene tu nariz ---dijo. A Sólveig. Tres palabras. La frase más larga que había dicho espontáneamente en meses, y era una

observación clínica sobre genética facial, lo cual era tan Torfi que quise reírme y no pude porque la garganta.

Sólveig me miró. Con la niña en mis manos y los tres niños alrededor y Signe en la puerta y Thyra en la silla y la primera luz de noviembre entrando por la ventana ---gris, fría, pero luz: luz después de la noche más larga del año, luz que llegaba cuando se suponía que debía llegar, como todo lo que llega cuando has esperado lo suficiente---.

---Sigrid ---dijo.

El nombre de su madre. El nombre de la mujer del jardín, la de la salvia, la de los trescientos cuarenta y dos frascos, la de la canción de tres notas. El nombre que Sólveig había llevado dentro durante nueve meses sin decirlo, guardándolo como se guardan las semillas: en la oscuridad, a la temperatura correcta, esperando el momento exacto para plantarlo.

---Sigrid ---repetí. Y la palabra me salió con el peso de una piedra de hogar y la ligereza de una nota de lira y la certeza de algo que era correcto, que era lo único correcto, que era el nombre que esta niña llevaba antes de que nadie se lo dijera.

Se lo dije a la niña dormida en mis manos. Se lo dije bajito, para ella, para que la primera vez que escuchara su nombre fuera de mí, en mis manos, con la voz que iba a decirle ese nombre cada mañana durante el resto de mi vida.

---Sigrid Eiriksdóttir. Bienvenida a Hrafnheim.

La niña no se despertó. Dormía con la paz de alguien que no necesita estar despierto para estar a salvo.

Yrsa cerró el cuaderno. Lo puso en la mesa. Cogió la mano de Sólveig y la de Torfi y se quedó entre los dos, con la cara seria de

siempre y algo debajo de la seriedad que era nuevo: asombro. El asombro de alguien que ha visto llegar la vida y que todavía está procesando lo enorme que es.

Bjǫrn apareció en la puerta. Detrás de Signe, que intentaba bloquearlo y que no podía bloquearlo porque Bjǫrn no era bloqueable. Se asomó por encima de la cabeza de Signe. Vio a la niña. La cara le cambió con la lentitud de un amanecer: primero los ojos, después la boca, después toda la cara del oso que ve algo pequeño y frágil y que decide que esa cosa pequeña y frágil es suya para proteger.

Leif detrás de él, con la mano en su espalda, con la sonrisa del hombre que ha visto llegar muchas cosas buenas al lado de este hombre y que no se cansa de verlas llegar.

Puse a Sigrid en brazos de Sólveig. Me levanté. Fui a la repisa. Cogí la lira.

Sólveig me miró. Sabía lo que iba a hacer. Lo sabía porque me conocía como conocía las hierbas de su estante y los huesos del cuerpo humano y la forma de cada fiordo que había navegado: con precisión, con certeza, con la intimidad de alguien que ha memorizado cada detalle porque cada detalle importa.

Toqué la de la ballena.

Para Sigrid. Como la había tocado para Bjarki, para Yrsa, para Torfi, para el clan. La melodía que mi madre me había enseñado y que yo le enseñaba ahora a esta niña que no podía escucharla con los oídos de los que entienden pero que la escuchaba con el cuerpo, con la piel, con los huesos diminutos que vibraban con las cuerdas como vibra la madera de un barco con el mar: por simpatía, por

resonancia, por la física inevitable de las cosas que están hechas para vibrar juntas.

La habitación se llenó de música y de silencio al mismo tiempo: la música de la lira y el silencio de la gente que escucha algo que es más grande que lo que suena. Signe con la cara húmeda apoyada en el marco de la puerta. Bjǫrn con la mano de Leif en la espalda y los ojos cerrados. Thyra en su silla, con un dedo moviéndose al ritmo. Bjarki sentado en el suelo con las piernas cruzadas y la boca abierta. Yrsa con el cuaderno cerrado en el regazo, sin escribir por primera vez. Torfi de pie junto a la cama, con la mano en la mano de Sólveig, moviéndose al ritmo como se había movido en la boda: con los ojos cerrados y la boca abierta en algo que era más que sonrisa.

Y Sólveig. Sólveig con Sigrid en el pecho, con la cara vuelta hacia mí, con los ojos que me habían mirado desde una cama de enferma en una longhouse desconocida hacía un año y que ahora me miraban desde nuestra cama en nuestro hogar con nuestra hija en los brazos, y lo que había en esos ojos era lo que había habido siempre, desde el principio, desde la primera curación y la primera pelea y el primer beso en la tormenta: la mirada de alguien que ha sobrevivido a todo y que ha decidido que sobrevivir no es suficiente, que lo que viene después de sobrevivir es vivir, y que vivir es esto.

Esto. La música. El llanto. La luz de noviembre. Los niños. El cuervo que graznó desde la viga cuando la primera nota sonó y que ahora escuchaba en silencio, con la cabeza ladeada, ladrón y testigo y guardián. Las dos piedras de hogar debajo de nosotros, calentando el suelo de la longhouse, sosteniendo el fuego que no iba a apagarse.

Y debajo de la música, debajo de todo, el sonido más pequeño de la habitación: la respiración de Sigrid contra el pecho de su madre. Constante. Tranquila. El sonido de alguien que respira porque puede, porque el aire está ahí y los pulmones funcionan y el mundo, a pesar de todo, a pesar de la sangre y el fuego y el hielo y la pérdida, el mundo tiene sitio para una persona más.

Seguí tocando. La de la ballena. La que empezaba baja, subía, y volvía a bajar transformada: la misma nota, con la respuesta dentro. La toqué hasta que Sigrid se durmió y después seguí, porque la música no era para dormirla: era para decirle lo que no sabía cómo decir con palabras, lo que nunca iba a saber cómo decir con palabras, lo que las palabras no alcanzan y la música sí: que estaba a salvo. Que estaba en casa. Que había gente a su alrededor que la había esperado antes de conocerla y que iba a quedarse después de conocerla y que el único *para siempre* que importaba era el que sonaba en las cuerdas de una lira heredada de una mujer que ya no estaba pero que seguía existiendo en la madera, en las notas, en las manos de su hijo, en el nombre de su nieta.

Sigrid. Como la abuela que nunca conocería. Como la salvia que crecía en la ladera. Como todo lo que se pierde y se recupera y se transforma y sigue.

Sigue.

Capítulo 31

Quedarse

La salvia floreció en abril.

Cinco meses después del nacimiento de Sigrid. Un año después de la boda. Catorce meses después de la batalla. Dos años después de llegar a Hrafnheim con las muñecas atadas y los pies descalzos y la certeza de que iba a morir en este fiordo. Los números. Siempre los números, contando, marcando, anclándome a la secuencia de los días para no perderme en lo que había entre ellos.

Pero esta mañana los números no hacían falta. Esta mañana lo que me ancló no fue una cifra sino un olor: la salvia de Skálholt floreciendo en la ladera sur de Hrafnheim, y el olor era el mismo, exactamente el mismo, el olor del jardín de mi madre un día de abril hace mil años, y no me derrumbé. No me senté. No necesité el protocolo. Lo que hice fue cerrar los ojos, respirar, y dejar que el olor estuviera ahí, entero, sin filtro, sin defensa, porque ya no necesitaba defenderme de los recuerdos. Los recuerdos ya no eran el enemigo. Eran el suelo.

Abrí los ojos. El fiordo estaba delante: azul oscuro con el sol de la mañana rompiéndose en la superficie como monedas de plata lanzadas al agua. Las montañas verdes a los lados, con la nieve retirándose hacia las cumbres en la lentitud del deshielo. Las casas de madera abajo, con el humo de las chimeneas subiendo recto porque no había viento, y el sonido del clan despertándose: puertas,

voces, un martillo, un gallo que no servía de nada porque todo el mundo se levantaba antes que él.

El jardín estaba vivo.

No solo vivo: desbordado. La salvia de Skálholt se había extendido el doble de lo que había proyectado, colonizando la ladera con la voracidad de una planta que ha encontrado tierra buena y que no piensa conformarse con la parcela asignada. Las doce matas originales eran ahora treinta y tantas ---había dejado de contarlas en febrero cuando las raíces subterráneas empezaron a generar brotes nuevos más allá de los límites que yo había marcado, y había algo profundamente satisfactorio en una planta que no respetaba los límites, que crecía donde le daba la gana, que se negaba a ser contenida---. El olor era tan denso que lo olías desde la cabaña de curar, que estaba a treinta metros, y Yrsa lo había anotado en su cuaderno con la seriedad de una científica: *radio de olor de la salvia: treinta metros en día sin viento, cincuenta con brisa del sur*.

La valeriana de Yrsa había sobrevivido el invierno y rebrotaba en líneas rectas que reflejaban la personalidad de quien las había plantado: ordenadas, precisas, sin una sola planta fuera de sitio. El jardín mixto de Torfi era exactamente lo contrario: un caos magnífico de salvia, menta, valeriana y tres especies que no sabía identificar y que probablemente habían llegado solas, traídas por el viento o por los pájaros, y que Torfi había aceptado como si fueran invitadas de honor porque Torfi no rechazaba nada que quisiera crecer en su parcela. Su jardín era un refugio: todo lo que llegaba se quedaba.

Y la piedra de Bjarki.

Me arrodillé junto a ella. Seguía ahí. Enterrada a medias, con la superficie gris sobresaliendo de la tierra como un diente viejo. Bjarki

la había regado cada mañana durante un año. Trescientos sesenta y cinco días de regar una piedra con la fe de alguien que cree en lo imposible porque nadie le ha dicho todavía que lo imposible no existe. Y la piedra no había dado espadas. No había dado brotes. No había hecho nada de lo que Bjarki le había pedido.

Pero tenía musgo.

Una capa fina, verde, aterciopelada, cubriendo la cara norte de la piedra con la delicadeza de algo que ha llegado sin que nadie lo invitara y que se ha quedado porque ha encontrado un sitio donde le gusta estar. Musgo. En la piedra de Bjarki. Una forma de vida creciendo sobre una cosa que no debería dar vida. No era una espada. Era algo mejor: era la prueba de que si riegas algo durante suficiente tiempo, algo pasa. No lo que esperabas. No lo que pedías. Pero algo.

Bjarki lo había descubierto la semana pasada. Había venido corriendo desde el jardín con la cara roja de la carrera y los ojos encendidos de quien acaba de presenciar un milagro, y había gritado desde la puerta de la longhouse:

---¡HA CRECIDO ALGO! ¡SÓLVEIG! ¡MI PIEDRA HA DADO ALGO!

Le había explicado que era musgo. Que el musgo crecía en las piedras húmedas de forma natural. Que no era resultado de su riego sino de las condiciones ambientales del suelo. Bjarki me había mirado con la superioridad aplastante de un niño de siete años que sabe más que todos los adultos del mundo y me había dicho:

---No. Ha crecido porque yo la he regado. Todos los días. Durante un año.

Y no le discutí. Porque quizá tenía razón. Quizá la terquedad era un tipo de agua que la ciencia no había catalogado, y quizá el musgo

había crecido no por la humedad del suelo sino por la fe ciega de un niño que no aceptaba que una piedra no pudiera dar vida. Quizá todo lo que necesitas para que algo crezca es negarte a aceptar que no puede.

Me levanté del jardín. Bajé por el sendero hacia la cabaña de curar. El aire de abril olía a tierra mojada, a salvia, a humo de hogar, a los tres olores que ya eran Hrafnheim para mí, que eran *casa* en un idioma que no necesitaba palabras.

La cabaña estaba abierta. Yrsa ya estaba dentro.

Nueve años. Un año de formación. Y ya preparaba cataplasmas sola, tomaba el pulso con la precisión de una veterana, conocía las doscientas cuarenta y tres hierbas del estante por nombre y por uso y por contraindicación, y tenía un cuaderno que ya iba por el tercer volumen con una enciclopedia médica escrita en la letra apretada de alguien que documentaba todo porque todo podía ser importante. El frasco azul de árnica estaba en su sitio. La mañana que encontré a Yrsa reorganizando el estante ---sin que nadie se lo pidiera, sin que nadie le enseñara el sistema, simplemente porque había observado el mío y había decidido que podía mejorarlo--- supe que la cabaña de curar de Hrafnheim iba a sobrevivirme. Que cuando yo fuera vieja y tuviera las manos temblorosas y la vista cansada, Yrsa iba a estar aquí, con las manos firmes y los ojos que no se perdían nada, haciendo lo que mi madre había hecho y lo que yo había hecho y lo que había que seguir haciendo: curar. Con el frasco azul en el estante y los números en la cabeza y la misma terquedad de la salvia que se niega a morir.

---Buenos días ---dijo Yrsa sin levantar la vista del mortero donde machacaba raíz de valeriana con la técnica que le había enseñado:

golpes cortos, angulados, sin desperdiciar fuerza---. La infusión de hierbabuena para Thyra está lista. Y Dalla tiene un esguince en la muñeca izquierda que se hizo ayer cargando leña y que no ha mencionado porque Dalla no menciona nada, pero la he visto favorecer la derecha al comer y la inflamación es visible a dos metros.

Diagnóstico a distancia. A los nueve años. Mi madre habría llorado de orgullo.

---Véndala después del desayuno. Vendaje en ocho, sin apretar demasiado. Y dile que la próxima vez que se lesione y no me lo diga, le pongo la cataplasma de ortiga.

Yrsa levantó la comisura. El gesto mínimo que era su versión de una carcajada y que significaba que había entendido no solo la instrucción sino el humor, y que iba a ejecutar ambas cosas con la misma precisión.

Salí de la cabaña. Crucé el patio. Dalla estaba junto al pozo, favoreciendo la derecha, como Yrsa había dicho. Bjǫrn cruzaba el patio con un tronco al hombro y Leif a su lado llevando la otra mitad del tronco que Bjǫrn probablemente podía cargar solo pero que Leif insistía en compartir, porque Leif insistía en compartir todo con Bjǫrn: la carga, la mesa, el invierno, la vida. El brazo de Bjǫrn había curado completo. La cicatriz era larga y fea y él la enseñaba con el mismo orgullo con que enseñaba la marca de cada batalla, y cuando alguien le preguntaba quién se la había cosido decía *mi cuñada* con una voz que contenía más afecto del que Bjǫrn era capaz de expresar con las palabras y que por eso lo metía en una sola: cuñada.

Torfi estaba en el muro del patio de armas. Tallando. Siempre tallando. Las manos que no paraban de hacer cosas con la madera, que necesitaban la madera como yo necesitaba los números: para ordenar lo de dentro, para darle forma a lo que no tenía forma, para convertir lo invisible en algo que se pudiera tocar. Tenía nueve años y ya tallaba con la habilidad de un artesano adulto: cuervos, barcos, animales, y de vez en cuando una figura humana con los rasgos de alguien del clan, reconocible, precisa, tallada con la atención del niño que miraba todo y que devolvía lo que veía transformado en madera.

Le había tallado un cuervo a Sigrid. Pequeño, suave, con los bordes lijados para que no cortaran. Lo había dejado en la cuna sin decir nada, como hacía todo: en silencio, sin anuncio, depositando sus regalos en el mundo con la discreción del que no necesita que le agradezcan porque el acto de dar ya es suficiente.

Hablaba más. Cada semana un poco más. No con la fluidez de Bjarki ni con la precisión de Yrsa: con su propio ritmo, con pausas largas entre las palabras, como un músico que deja que el silencio sea parte de la melodía. Decía *papá* cuando veía a Eirik, naturalmente, como quien dice el nombre de una estación o de un río. Decía *mamá* y me miraba después, cada vez, comprobando que la palabra seguía siendo verdad, que la persona detrás de la palabra seguía ahí. Seguía ahí. Iba a seguir.

Entré en la longhouse. El fuego central ardía sobre las dos piedras de hogar: la de Hrafnheim y la de Skálholt, juntas, ennegrecidas por el mismo fuego, calentando el mismo suelo. Un año después ya no se distinguía cuál era cuál. El hollín las había igualado. El fuego las había fundido en una sola superficie oscura, y

me gustó eso: que el tiempo hubiera borrado la frontera, que lo que al principio eran dos piedras de dos sitios distintos ahora fuera una sola cosa, una sola base, un solo hogar.

Thyra estaba en su banco. A las siete de la mañana, con la infusión que Yrsa le había preparado y el ojo que no se perdía nada. Llevaba décadas en ese banco. Iba a seguir en ese banco hasta que su cuerpo decidiera otra cosa, y cuando su cuerpo decidiera otra cosa este clan iba a sentir la ausencia como se siente la ausencia de una columna: todo sigue en pie, pero notas que falta algo que sostenía sin que te dieras cuenta.

---Tienes ojeras ---dijo.

---Sigrid me ha despertado tres veces esta noche.

---Ponle salvia bajo la almohada. El olor la calma.

---Thyra, eso no tiene base médica.

---Tiene base de seis décadas de poner salvia bajo almohadas. Funciona. No necesito tu base médica.

No discutí. Thyra tenía razón con una frecuencia estadísticamente improbable para alguien que rechazaba la estadística.

Sigrid estaba en la habitación. Despierta. De espaldas en la cuna, con los puños en el aire y las piernas moviendose y los ojos abiertos ---ya no los ojos oscuros e indefinidos del recién nacido: ahora eran verdes, verdes como los míos, verdes como los de mi madre, y el día que Eirik lo notó se quedó mirándola durante un minuto entero sin parpadear y después me miró a mí y dijo *tiene tus ojos* con la voz de alguien a quien le acaban de dar una cosa que no se puede devolver ni romper ni perder y que por eso aterroriza más que cualquier hacha---. El pelo era oscuro, el de Eirik, grueso, con un remolino en la coronilla que hacía imposible peinarlo en ninguna dirección y que

Signe había intentado domar tres veces y había renunciado calificándolo de *genéticamente incorregible, como su padre*.

La cogí. Se acurrucó contra mi pecho con la confianza de los cinco meses, la confianza de un cuerpo que conoce otro cuerpo y que sabe que ese otro cuerpo es seguro, caliente, suyo. Me agarro la túnica con los dedos, con la fuerza de agarre de los bebés que es desproporcionada a su tamaño y que tiene sentido evolutivo ---los primates necesitan agarrarse a la madre, el agarre es supervivencia, la fuerza es instinto--- y por una vez el pensamiento médico no enfrió la emoción sino que la completó: mi hija se agarraba a mí porque la biología le decía que yo era su sitio seguro, y la biología tenía razón.

Salí con ella al sol. Abril en Hrafnheim: el aire limpio, la luz nueva, el fiordo brillando con la intensidad que tiene el agua del norte cuando el sol le da de lleno y la convierte en algo que parece más metal que líquido, como si alguien hubiera forjado el mar igual que se forja el hierro.

Huginn bajó de la viga de la longhouse. Aterrizó en la cerca del patio y ladeó la cabeza para mirar a Sigrid con el ojo brillante del pájaro que evalúa. Llevaba cinco meses evaluándola. No le había robado nada todavía, lo cual era un récord absoluto de contención para un animal que había robado un anillo de boda delante de doscientas personas.

Mentía. Le había robado el sonajero la semana pasada. Se lo había llevado a la viga, lo había examinado con la seriedad de un joyero evaluando una pieza, y lo había devuelto una hora después dejándolo caer en la cuna desde una altura que habría sido alarmante si Sigrid no hubiera estado en mis brazos en ese

momento. Eirik había tenido con Huginn la conversación que tenía cada vez que el cuervo robaba algo ---la conversación que consistía en mirarlo fijamente mientras Huginn lo miraba fijamente de vuelta y ninguno de los dos cedía---, y Huginn había graznado una vez, que era su forma de decir *lo devolveré cuando me dé la gana y no un segundo antes*.

Sigrid lo vio. Le miró el plumaje negro, la cabeza ladeada, el ojo brillante. Y se rió.

La primera risa. Cinco meses y cuatro días. No la sonrisa de gas que hacen los recién nacidos ni el gorjeo que podría ser risa o podría ser otra cosa: una risa real, con sonido, con la boca abierta y los ojos cerrados y el cuerpo entero temblando con la fuerza de algo que la divertía de verdad, y la cosa que la divertía era un cuervo ladrón con plumas negras y un historial delictivo que abarcaba anillos, botones, cucharas, un calcetin de Bjarki, la cinta roja de mis trenzas y ahora un sonajero.

Huginn la miró. Ladeó la cabeza al otro lado. Graznó suave. Sigrid se rió más fuerte.

Estaba mirando a mi hija reírse de un cuervo en el patio de un clan vikingo en el norte de Noruega en una mañana de abril, y el pensamiento que me vino no fue un número ni un diagnóstico ni un inventario ni ninguna de las formas que usaba para ordenar el mundo. El pensamiento fue: *estoy en casa*.

Sin contarlo. Sin medirlo. Sin necesitar las cifras para saberlo.

Eirik salió de la longhouse. El pelo mojado del lavado de la mañana, la túnica oscura de trabajo, las manos que había lavado tres veces porque las manos de Eirik siempre olían a madera y a hierro y a cuerdas de lira y él insistía en lavárselas antes de tocar a

Sigrid, como si la niña fuera algo que requiriera las manos limpias, algo sagrado, algo que merecía la mejor versión de sus dedos.

Me vio. Nos vio: a mí con Sigrid en brazos, al cuervo en la cerca, a Sigrid riéndose del cuervo. Y la cara le hizo lo que le hacía cada vez que nos veía juntas, lo que le había hecho desde el primer día y que no había dejado de hacerle: la comisura. Pero no el milímetro de antes, no la fracción de antes. La sonrisa entera que le había empezado a salir el día de la boda y que ahora le salía varias veces al día, como si el músculo de la sonrisa se hubiera fortalecido con el uso y ya no le costara esfuerzo, como si sonreír fuera tan natural como respirar y hubiera tardado treinta y dos años en descubrirlo.

Se acercó. Le puso la mano a Sigrid en la cabeza ---la mano entera cubriéndole el cráneo, envolviéndolo, como una promesa hecha con los dedos---. Sigrid le agarró el pulgar. Lo apretó con la fuerza desproporcionada de los cinco meses. Eirik la miró con los ojos grises que se le mojaban cada vez que ella le apretaba un dedo, porque el jarl que había dirigido una batalla y juzgado a un asesino y tocado la lira para los muertos no podía sostener la mirada de una niña de cinco meses sin que se le cerrara la garganta.

---Tiene tu nariz ---dije. Repitiendo a Torfi. Porque era verdad y porque decirlo se había convertido en un juego entre nosotros: catalogar los rasgos de Sigrid como científicos que estudian un espécimen nuevo, asignándole cada parte a una genealogía. Los ojos eran míos. El pelo era de él. Las manos eran de él ---largas, estrechas, con dedos que algún día iban a pulsar cuerdas de lira o a sostener cuchillos de curar o a hacer las dos cosas, porque en esta familia no había que elegir---. La terquedad era mía. La intensidad era de él. El grito era de Signe.

---Y la capacidad de despertar a todo el fiordo a las tres de la mañana es de Thyra ---dijo Eirik.

Me reí. Con la risa de la mañana, la risa fácil que me había costado un año recuperar y que ahora salía sin esfuerzo, como la salvia crecía sin esfuerzo, como todo lo que ha echado raíces crece sin esfuerzo una vez que las raíces han encontrado agua.

Eirik me miró. Con la mirada que era solo para mí, la que no le ponía a nadie más, la mirada del hombre debajo del jarl que me había dicho una tarde de abril en esta misma ladera, de rodillas, con las manos vacías: *¿Quieres quedarte conmigo?*

Me había quedado.

Me había quedado y había plantado salvia en su tierra y había puesto la piedra de mi clan junto a la de su clan y había cosido a sus heridos y entrenado a sus mujeres y aceptado a sus niños como míos y había dado a luz a su hija en una noche de noviembre con la hermana de él sosteniéndome la espalda y la hija que yo estaba criando leyéndome el herbário y la mujer más vieja del clan diciendo *bien* después de cada contracción. Me había quedado y la palabra *quedarse* se había transformado con el uso, como se transforman las piedras de hogar con el fuego: al principio significaba *no irme*, después significó *elegir estar*, después significó *pertenecer*, y ahora significaba otra cosa que no tenía traducción porque era demasiado grande para una sola palabra, era más bien una frase o un jardín o una longhouse con dos piedras de hogar o una niña de ojos verdes que se reía de un cuervo o un hombre que sonreía con la boca entera porque había aprendido a hacerlo o una lira en una repisa que ya no se escondía debajo de la cama.

Bjarki salió corriendo de la longhouse con un trozo de pan en la mano y la camisa al revés y la energía de un niño de siete años para quien cada mañana es el primer día del mundo. Yrsa salió detrás con el morral al hombro y el paso de alguien que tiene trabajo que hacer y que no piensa perder el tiempo. Torfi salió último, despacio, con el cuchillo de tallar en el bolsillo y un trozo de madera en la mano que ya tenía forma de algo ---un barco, un animal, una persona: todavía no se sabía, todavía estaba decidiendo, todavía tenía todas las opciones abiertas---.

Los miré. A los cinco. Bjarki corriendo hacia el muelle donde Bjǫrn lo esperaba para enseñarle algo que probablemente iba a involucrar un hacha y que Signe iba a prohibir antes del mediodía. Yrsa caminando hacia la cabaña de curar con la determinación de la sanadora que ya era. Torfi sentándose en su muro, tallando, con Huginn volando desde la cerca hasta posarse en su hombro como hacía cada mañana, como si el niño y el cuervo tuvieran un acuerdo que no necesitaba palabras. Y Sigrid en mis brazos, con la mano de su padre en la cabeza, con los ojos verdes de su abuela abiertos al fiordo, mirando el mundo por primera vez cada día.

La lira estaba en la repisa de la longhouse. Donde la había puesto Eirik la noche del funeral, donde llevaba un año, donde iba a estar siempre: visible, accesible, sin esconderse, sin esconderse nunca más. Esta noche la tocaría. La de la ballena. Como la tocaba cada noche, para los niños, para Sigrid, para mí, para el clan que escuchaba desde la longhouse y que iba enmudeciendo con las notas hasta que el único sonido era la música y la respiración y el fuego sobre las piedras de hogar.

Me había preguntado *¿quieres quedarte conmigo?* un día de abril con las rodillas en la hierba y la música de su madre en el aire.

Y yo me había quedado.

No porque me capturaran. No porque no tuviera opción. No porque el miedo me atara ni porque la costumbre me anclara ni porque los números me dijeran que era la decisión correcta. Me quedé porque la salvia de mi madre crecía en esta tierra. Me quedé porque mis hijos dormían detrás de estas paredes. Me quedé porque la piedra de hogar de mi abuelo calentaba este suelo junto a la piedra de hogar de su padre. Me quedé porque un cuervo ladrón hacía reír a mi hija y un niño que no hablaba me llamaba *mamá* y una niña de nueve años iba a heredar todo lo que yo sabía y a mejorarlo y a pasarlo a la siguiente y a la siguiente después de esa, como las semillas, como la salvia, como la canción de tres notas que mi madre cantaba y que yo tarareaba y que Yrsa iba a tararear algún día en su propia ladera.

Me quedé porque este hombre me había devuelto la música y yo le había devuelto la sonrisa y entre los dos habíamos construido algo que no era ni suyo ni mío sino nuestro, nuestro como es nuestro el aire que se comparte en una habitación cerrada: no puedes dividirlo, no puedes separar el tuyo del mío, solo puedes respirarlo juntos.

Me quedé.

No por lo que había perdido. Por lo que crecía.

La salvia en la ladera. Los niños en el patio. El musgo en la piedra. La música en la repisa. El fuego sobre dos piedras. Las raíces que ya no podías separar.

Todo lo que necesitas para que algo crezca es negarte a aceptar que no puede.